



¿Y si te diesen un mapa para descubrir quién eres?

¿Seguirías la ruta marcada hasta el final?

Imagina que estás destinada a salvar a tu hermana, pero al final ella muere y la razón de tu existencia se desvanece. Eso es lo que le ocurre a Grace Peterson, la chica que siempre se ha sentido invisible, la que nunca ha salido de Nebraska, la que colecciona palabras y ve pasar los días refugiada en la monotonía. Hasta que llega a sus manos el juego de *El mapa de los anhelos* y, siguiendo las instrucciones, lo primero que debe hacer es encontrar a alguien llamado Will Tucker, del que nunca ha oído hablar y que está a punto de embarcarse con ella en un viaje directo al corazón, lleno de vulnerabilidades y sueños olvidados, anhelos y afectos inesperados. Pero ¿es posible avanzar cuando los secretos comienzan a pesar demasiado? ¿Quién es quién en esta historia?



Alice Kellen

## **El mapa de los anhelos**

**ePub r1.0**

**Titivillus** 31-03-2022

Título original: *El mapa de los anhelos* Alice Kellen, 2022

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



*Para Juan , que no escribió esta novela ,*

*pero hizo posible que yo la acabase .*

Más o menos cada diez años echo una mirada hacia el pasado y puedo ver el mapa de mi viaje, si es que eso puede llamarse un mapa; parece más bien un plato de tallarines. Si uno vive lo suficiente y mira para atrás, es obvio que no hacemos más que andar en círculos.

ISABEL A LLENDE

### **La historia de Grace**

#### **1**

##### ***Me llamo Grace***

A veces me tumbo en la cama, cierro los ojos e imagino el comienzo de mi vida. Veo un espermatozoide más rápido que el resto moviéndose con brío hasta llegar a las trompas de Falopio. Se abre paso a coletazos y logra conquistar el óvulo que todos ansían atravesando la membrana plasmática. Y entonces, tras la fecundación, aparezco en escena. Todavía no tengo ojos ni boca ni extremidades, pero existo.

Una existencia con un propósito.

La mayoría de la gente que conozco se pregunta a menudo por qué ha llegado a este mundo, cuál es su cometido o si su vida tiene una razón de ser. No puedo darles una respuesta, pero mi destino estuvo claro desde el principio, como la hierba que crece para alimentar al ganado o las abejas y su afán por polinizarlo todo. Así que, de pequeña, cada vez que en el colegio me pedían que me presentase poniéndome en pie o que escribiese una redacción sobre mi familia, siempre empezaba diciendo:

«Me llamo Grace Peterson y nací para salvar a mi hermana».

El abuelo suele decir que llegué al mundo con una capa de superheroína. Una capa morada, por supuesto. Ondeaba a mi espalda, aunque nadie más pudiese verla, ni siquiera la matrona que me cogió por primera vez. Seguro que, a pesar de que lloré de forma escandalosa en cuanto nací, todos estaban más pendientes de otra cosa: el valioso cordón umbilical lleno de sangre, cuyas células madre pudieron transferir a Lucy para erradicar la leucemia mieloblástica que le habían diagnosticado al año y medio.

Mientras crecí, nunca pensé mucho en ello, pero creo que supuso una unión profunda entre nosotras, incluso a pesar de que no podríamos haber

sido más distintas. Mi hermana era dulce y todo el mundo decía que su sonrisa era genuina y contagiosa; los médicos la adoraban, mamá se dirigía a ella llamándola «mi sol» y, cuando su estado de salud le permitía asistir a clase, todas sus compañeras se desvivían por ella. «Brillas, Lucy —le aseguraba papá—, eres como una estrella centelleante».

¿Y quién no quiere que la comparen con las estrellas, la Luna, astros, constelaciones o galaxias fascinantes e infinitas?

Yo, claro.

Yo, que siempre he sido más como un agujero negro: nadie me entiende demasiado bien, por mucho que en teoría tenga sentido, y sigo siendo un misterio incluso para mí misma, con mi campo gravitatorio impidiendo que ninguna partícula escape.

Así que, lejos de la luminosidad de Lucy, tengo que esforzarme constantemente por sonreír. «Es como si tuviese los labios

de cartón duro», le confesé una vez a mi abuelo. Y él, tras arroparme en la cama, contestó: «¿Sabes que el cartón se ablanda cuando le echas un poco de agua? Deberías probarlo a ver qué pasa, Grace». Me avergüenza admitir que nunca le he puesto mucho empeño. Pero tengo mis razones: el mundo es un lugar hostil. No logro visualizar la vida como un regalo, sino como un camino pedregoso repleto de dolor, injusticias, enfermedades y diversas penurias.

Se lo dije a Lucy una noche de insomnio en pleno invierno, cuando los copos de nieve revoloteaban tras el cristal y ella se levantó de madrugada para ir a por un vaso de agua. Nuestras habitaciones estaban la una enfrente de la otra, así que el contraste resultaba evidente: su colcha era rosa, la mía morada; ella aún conservaba peluches de la infancia y yo los había relegado todos al desván; ella tenía láminas de tonos pasteles enmarcadas en las paredes y las mías estaban llenas de postales fotográficas de Vivian Maier o papelitos con palabras sueltas que me obsesionaban.

—Lucy, no entiendo la vida. —¿Qué quieres decir? —Está sobrevalorada.

Dejó el vaso en mi mesilla de noche y le hice un hueco en la cama. Tenía las manos frías. Apenas distinguía su silueta en la oscuridad, pero podía visualizar su cabello rubio desparramado por la almohada, la piel

pálida, las ojeras y el rostro hinchado por la medicación, en contraste con las piernas flacas como las de un flamenco.

—Quizá el problema sea que intentes «entender» la vida. No es un rompecabezas, Grace. Créeme, le he dado muchas vueltas. He pensado a menudo en ella como si fuese un juego, pero es un asco porque no hay manual de instrucciones ni táctica que valga y tan solo consiste en lanzar un dado y ver qué números salen.

No había nada que a Lucy le gustase más que los juegos de mesa. Tiene su explicación: el hospital era su segunda casa, así que para entretenerse pasaba el rato con una baraja de cartas o el último juego que le hubiesen regalado. En mi familia todos somos expertos contrincantes, pero ella nunca tuvo rival.

«Tengo muy buena memoria y demasiado tiempo para pensar», solía decir cuando le preguntaba cómo era posible que adivinase todos y cada uno de mis movimientos cuando nos enfrentábamos delante de cualquier tablero. En lugar de responder, me limitaba a volver a repartir las fichas. Separar a Lucy de su enfermedad era como coger varios pegotes de pintura al óleo, mezclarlos y luego intentar restaurar los colores. Las dos formaban una enredadera, con sus flores y sus espinas: en ocasiones la primavera ganaba la batalla y Lucy resplandecía durante una temporada, pero el invierno regresaba tarde o temprano.

«Debería haberse curado», decía papá.

Para ser precisos, técnicamente lo hizo. Se curó. Pero unos meses después le diagnosticaron EICH, la enfermedad de injerto contra huésped. O lo que es lo mismo: una complicación grave tras el trasplante alógeno que se resumía en la lucha incansable de mis células contra el sistema inmunitario de Lucy. Empezaron a darle corticoides e inmunodepresores para evitar que rechazase el trasplante, pero, como contrapunto, sus defensas se debilitaron tanto que siempre estaba expuesta ante cualquier infección oportunista, desde neumonías hasta múltiples infecciones de orina.

Cuando hablaban de ello, tan solo era capaz de pensar en un puñado de lombrices retorciéndose.

Lo fascinante de Lucy era que, a pesar de todo, no estaba enfadada con el mundo por lo que le ocurría. Cuanto más aceptaba ella su enfermedad, más me molestaba que lo hiciese. La gran pregunta siempre flotaba a mi

alrededor: «¿Por qué?». Mi abuelo dice que, ya desde pequeña, se veía venir que aquello se convertiría en un problema, porque viví con intensidad esa etapa en la que los niños se lo cuestionan todo. «¿Por qué no pueden existir nuevos colores?», «¿por qué las vacas tienen manchas negras y no violetas?», «¿por qué todos los chicos de clase llevan el pelo corto?», «¿por qué los pepinillos se llaman pepinillos?», «¿por qué el agua del mar es salada?».

En la actualidad, sigue colgado en la pared de mi habitación el primer papelito que escribí, en el que puede leerse «¿POR QUÉ?». Todos los demás han ido cambiando con el paso de los años: hubo una época en la que me obsesioné con la palabra «pizpireta» y otra en la que no podía dejar de pensar en la belleza que encerraban «azahar», «escarabajo» o «buganvilla». Mi pared es una serpiente que va mudando de piel.

Sin embargo, la gran pregunta permanece. Da igual el tiempo que pase, sobrevive bajo la lluvia y no la perturban el frío ni las altas temperaturas. Es inamovible.

«¿Por qué Lucy tuvo que estar enferma?».

Cualquiera dirá: «Pues porque sí, porque la vida es así, porque el mundo es un lugar aleatorio y caótico, no hay reglas ni estadísticas que valgan. Así que deja de darle vueltas, arranca el dichoso papelito de la dichosa pared y acéptalo de una vez por todas».

Pero, como no soy cualquiera, sigo en mis trece.

¿Estaba escrito? ¿Hay un código secreto para cada uno de nosotros en el inmenso universo tan intrincado como el propio ADN? ¿Podríamos cambiar nuestro destino si lográsemos adivinar lo que va a ocurrir en el futuro? ¿Es posible que algún ser superior y divino decida que una niña de dos años merece enfrentarse al cáncer, a una inundación, a morir de hambre o a cualquier otra desgracia por el estilo?

Mamá me contó en una ocasión cómo empezó todo: fue por culpa de unas petequias. La pequeña barriga de Lucy se llenó de puntitos rojizos y, después, llegaron los hematomas. «¿Te has caído?». «No», decía ella. «¿Un niño te ha pegado en el parque?». Y volvía a negar con la cabeza. Tras una visita rutinaria al pediatra terminó ingresada en el hospital y allí comenzaron a hacerle pruebas.

El diagnóstico fue rápido. También la quimioterapia. Y mi llegada triunfal al mundo, con todas esas esperanzas puestas en unas cuantas

células.

La felicidad duró poco.

Si echo la vista atrás, creo que crecí en el interior de un palacio abandonado que se derrumbó hasta convertirse en un

montón de ruinas.

Mis padres se habían conocido en una fiesta de la empresa para la que trabajaban y en esa época imagino que el salón del palacio imaginario estaría en todo su esplendor, con lámparas de araña y paredes revestidas con papel pintado mientras ellos bailaban en el centro: él siempre fue un hombre muy atractivo (lo decían constantemente las vecinas y las amigas de mamá) y ella era inteligentísima. Juntos, formaban un equipo perfecto: cuando su unión se consolidó, celebraban barbacoas en el jardín y eran considerados «una pareja interesante». A mí se me ocurren pocos halagos más maravillosos que ese: ser interesante.

Ambos eran agentes inmobiliarios.

Papá encandilaba a los compradores con su simpatía, su sonrisa blanca y perfecta, sus gestos seguros y esa seducción estilo años cincuenta que emanaba sin esfuerzo.

Pero ella era mucho mejor. A mamá la apodaban «Rosie, el tiburón». Los clientes se convertían en presas cuando caían en sus manos. Lograba emparejar cada casa con sus potenciales compradores. Había vendido viviendas en ruinas, otras con fama de estar encantadas e incluso un par en las que se habían cometido asesinatos. Fue nombrada dos veces consecutivas como la mejor agente inmobiliaria del estado y en las galas navideñas que se celebraban en la ciudad siempre deslumbraba.

Con la llegada de Lucy al mundo, los Peterson se convirtieron en el matrimonio perfecto. Hasta que la palabra «cáncer» se hizo un hueco en sus vidas y aparecieron las primeras fisuras. Cuando llegué al mundo, el daño aún era reparable. Pero, conforme la salud de mi hermana se fue deteriorando, la brecha se volvió más profunda y mamá pasó de ser una estrella en la empresa a conformarse con jugar al Monopoly en el hospital cuando Lucy tenía un buen día. Dejó el trabajo. Dejó de cantar por las mañanas mientras preparaba café. Dejó de quedar con sus amigas. Dejó de mirarse al espejo. Lo dejó todo.

Como había empezado diciendo, en el colegio nos pedían a veces que escribiésemos una redacción sobre nuestra familia hablando de un día especial o que hiciésemos un dibujo. La figura más destacable de mi obra

de arte siempre era la de mi abuelo: lo representaba más grande que a mis padres porque así era el papel que tenía en mi vida. A Lucy la plasmaba a menudo con un sol en la cabeza y tumbada inerte sobre una cama. Y a su lado estaba yo: pequeñita, casi anecdótica, un borrón de tinta que podría pasar desapercibido.

Cuando tienes una hermana enferma aprendes a la fuerza a valerte por ti misma. No esperas que tus padres te lean cuentos antes de ir a dormir o que acudan a verte en la próxima competición de patinaje sobre hielo, porque probablemente estarán ocupados intentando que su otra hija no muera por culpa de una infección.

No recuerdo en qué momento se dieron cuenta de que fingir cierta normalidad familiar era una utopía ridícula. A veces había temporadas buenas, esas en las que incluso Lucy podía ir a clase y todos nos sentíamos como si estuviésemos congelados dentro de un cuadro perfecto de Edward Hopper que reflejase un momento absurdamente cotidiano, pero nunca duraba demasiado. Siempre llegaba la recaída y el hospital se convertía en el cuartel general de la batalla, con mi madre al pie del cañón y mi padre trabajando cada vez más horas para lograr cubrir los gastos médicos y aislarse del dolor.

¿Y dónde encajaba yo en esa ecuación?

Pues en casa de mi abuelo, que vivía a unas cuantas manzanas de distancia. Si pienso en mi niñez, contemplo el tejado a dos aguas de color oscuro, los nidos que los pájaros construían en el árbol que se veía desde la ventana del salón y cuyas hojas se desplomaban de un día para otro cuando llegaba el otoño: lo sé porque me encantaba saltar sobre ellas y oír como crujían. Crac, crac, crac. Un poco más allá, Henry Tallon, como todos en el barrio conocen a mi abuelo, me observaba en silencio mientras bebía café sentado en los escalones del porche. Nunca ha sido un hombre hablador, tiene la firme creencia de que el «sí» y el «no» son suficientes para responder a casi cualquier cosa y no le gusta la idea de malgastar palabras. Posee esa practicidad que mi generación ha perdido del todo; es decir, solo sale a comprarse unos zapatos cuando se le rompen los que usa o, al llegar la temporada de calabaza, se rinde ante ella porque siente la obligación de no rechazar nunca lo que le ofrecen sus generosos vecinos, así que comemos crema de calabaza, pasteles y bizcochos de calabaza, cerveza de

calabaza, carne rellena de calabaza, tortitas de calabaza con miel y hasta espaguetis de calabaza.

Pero, cuando pienso en él, también lo veo llevándome a la pista de hielo o acompañándome hasta la parada del autobús escolar. Y regalándome mi primera cámara de fotografía o enseñándome a montar en bicicleta. Fue algo así:

—¿Pongo los pies en los pedales?

—Sí.

Lo hice. Logré avanzar un metro antes de caerme al final de la calle. Mi abuelo me cogió del codo para ayudarme a ponerme en pie.

—¿Lo he hecho bien?

—No.

—Probaré otra vez.

—Sí.

—¿Este es el freno?

—Sí.

—Vale.

Y con unos cuantos síes y noes más, aprendí a controlar el equilibrio. Desde entonces me muevo en bicicleta por Ink Lake, no me importa que sea invierno o verano. Se lo debo a él, como tantas otras cosas. No es que mis padres no desearan formar parte de ese momento, sino que siempre tenían cosas más trascendentes que hacer. Imagina que tienes que decidir entre pasar la tarde con tu hija moribunda a la que acaban de intubar por una nueva complicación o pedalear un

rato con la otra. La balanza estuvo inclinada antes siquiera de que escribiesen mi nombre en la partida de nacimiento.

Así que me acostumbré a vivir entre las sombras, detrás del telón.

Si no haces ruido, si aprendes a caminar de puntillas, llega un momento en el que te vuelves invisible incluso cuando te miras al espejo. «¿Quién eres?», me preguntaba a veces contemplando el reflejo de mis veintidós años. La respuesta se repetía en mi cabeza cuando alguna noche regresaba a casa de madrugada y la encontraba vacía, o papá estaba allí, pero ni siquiera se molestaba en echarme la bronca. Nunca iba sola: me acompañaban dos copas de más y una soledad asfixiante.

Al dejarme caer en la cama, aquella certeza daba vueltas a mi alrededor. «Me llamo Grace Peterson y nací...». Cazaba las palabras que revoloteaban

como libélulas. «Nací para...». Las escribía en papelitos, buscaba chinchetas, las clavaba en la pared para que no escapasen. «... salvar a mi hermana». Y al final el sueño me abrazaba conforme amanecía al otro lado de la ventana. Dormía tranquila. Lo hacía porque mis vacíos se empequeñecían cuando recordaba que, pese a ellos, era la chica que logró cambiar una vida, desafiar al destino, ser la heroína de la historia.

En el mundo de las ilusiones estaba encima de un escenario lleno de focos, el público aplaudía entusiasmado y Lucy me miraba con una sonrisa pletórica mientras extendía el brazo para coger mi mano; pero, justo cuando sus dedos rozaban la punta de los míos, la fantasía se convertía en pesadilla y ella empezaba a desvanecerse como si estuviese hecha de humo: volutas púrpuras ondeaban hasta que desaparecía de golpe.

«Me llamo Grace Peterson y nací para salvar a mi hermana».

Entonces, ¿qué ocurre cuando la razón de tu existencia termina bajo tierra con una lápida de granito de color gris impala de más de cien kilos encima?

Ocorre que te encuentras a la deriva en mitad del océano. Ocorre que es como flotar y, al mismo tiempo, llevar una mochila llena de piedras. Ocorre que el mundo se distorsiona a tu alrededor como las ondas de calor en verano. Ocorre que el miedo le gana la batalla a la razón. Ocorre que todo se paraliza.

Así que ahora Lucy está muerta.

Y yo ya no sé quién soy.

## 2

### *El juego de Lucy*

Dos hechos importantes del día de hoy: han pasado cuatro meses desde que Lucy dejó este mundo y el abuelo cumple setenta y ocho años.

Resulta casi una ironía, como si ambos estuviesen en dos lados de una balanza y el azar se hubiese encargado de jugar con ellos para pasar un rato divertido. El abuelo ha vivido cincuenta y cuatro primaveras más que su nieta mayor, aunque sé que de buena gana le habría regalado todos esos años si esto fuese una distopía y pudiésemos mercadear con el tiempo; claro que, entonces, quizá Lucy nunca hubiese existido.

Sigo dándole vueltas a eso mientras Tayler me besa.

—Vuelve a la tierra, Grace. ¿En qué estás pensando?

«En el azar y la muerte», pero sé que Tayler no quiere escuchar algo así. Siendo precisa, lo único que desea en realidad es limitarse a desnudarse y desnudarme. No tengo ni idea de por qué sigo quedando con él ni tampoco podría explicar de manera coherente la razón por la que empezamos a acostarnos. «Por aburrimiento». «Para mitigar este sentimiento de soledad que nunca me abandona». «Para dejar de pensar en Lucy». «Porque la línea que separa el sexo del amor es fina y siempre albergo la esperanza de conseguir saltar de un lado al otro». Cualquiera de las opciones anteriores podría ser válida. Pero qué más da. ¿Acaso a alguien le importa?

—Pienso en lo mucho que me gustas —miento.

Tayler sonríe satisfecho y apaga el cigarrillo en el cenicero antes de inclinarse y colar sus manos bajo mi camiseta. Intento dejarme llevar por sus caricias cuando lo tengo encima, pero vuelvo a distraerme con la palabra que lleva semanas revoloteando por mi mente. «Nefelibata: dicho

de una persona, soñadora, que vive en la inopia». Me encantaría ser justo así y saltar entre las nubes algodonosas ajena a todo.

Clavo la vista en el techo del dormitorio mientras Tayler se hunde en mi interior. La sensación no es nueva, llevamos viéndonos de manera intermitente bastante tiempo. En el instituto, él iba tres cursos por delante y era el típico chico malo: iba en moto, trapicheaba con las drogas y acababa cada noche con un ligue distinto. Ocho años después, a los veintiséis, sigue siendo exactamente igual. Nunca he mantenido una conversación interesante con él y dudo que en el fondo sepa algo de mí más allá del tamaño de mis tetas, pero nos une algo esencial: tanto su vida como la mía están estancadas. Y nos encontramos varados en medio de la nada.

Se aparta cuando termina. Ni siquiera me he corrido.

—Oye, Grace.

—Dime.

—¿Sacas la basura cuando te vayas?

—Que te jodan.

Pero no me enfado. Es imposible enfadarse con una persona que no te importa. Tayler intenta retenerme abrazándome por

la cintura, así que me zafo de él y me visto con prisas. Pregunto si volveré mañana. Me limito a enseñarle el dedo corazón, aunque los dos sabemos que probablemente hablaremos dentro de unos días.

He dejado la bicicleta atada a la farola que hay junto a la casa que Tayler comparte con otros dos amigos. Monto en ella y pedaleo con brío por las calles anchas delimitadas por árboles en todo su esplendor primaveral, aunque siempre me he sentido más atraída por los paisajes otoñales, cuando las hojas doradas y marrones alfombran las aceras. Es una ciudad pequeña, pero no tanto como para no sentirse entre un mar de desconocidos. Excepto en la zona residencial donde vivimos, claro, ahí todo el mundo sabe que somos la familia de la chica muerta. Acudieron muchos vecinos al entierro y la nevera de casa, que acostumbra a estar semivacia, se llenó con los platos que traían y que terminaron pudriéndose. Puede que Ink Lake tan solo sea una ciudad más perdida en medio de Nebraska, pero la amabilidad de la gente es parte de su encanto.

A vista de pájaro tiene una forma redondeada, aunque alberga una leve desviación en un extremo, así que en realidad se parece a un caracol. En el centro hay tiendas, varias cafeterías, restaurantes y tabernas, negocios

familiares y una farmacia que ha subsistido hasta la fecha gracias a la medicación que encargábamos para Lucy. También hay un cine, pero es pequeño y tan antiguo que si te sientas en una de las butacas corres el riesgo de no volver a levantarte; es mejor no saber por qué están pegajosas. Casi a las afueras, se encuentra la zona más precaria, ocupada por caravanas, y también mi hamburguesería preferida: imposible resistirse a la especialidad de la casa.

Cuando iba al instituto, casi todos mis compañeros soñaban con largarse a otro lugar mejor. A pesar de haber sido testigo de esa fantasía durante toda mi vida, nunca la he valorado en serio. Y eso que jamás he salido del estado. Debido a la enfermedad de Lucy, nos desplazábamos asiduamente a Omaha hasta que la derivaron a otro especialista en el hospital de Lincoln, que estaba más cerca. De esa manera, cuando la ingresaban y quería verla, podía coger el autobús de la línea nueve y escuchar música durante la hora y cuarto de trayecto, ya que conducir siempre me ha dado pánico.

Entonces, al llegar junto a su cama, mi existencia volvía a tener sentido. Ahí estaba. La heroína invisible. La salvadora silenciosa. La portadora de células indestructibles.

—¿Te imaginas cómo sería ir a la universidad, Grace? —me preguntó Lucy una tarde lluviosa de primavera—. Estudiar algo que te apasione en un lugar donde poder empezar desde cero sin que nadie presuponga nada sobre ti.

—No creo que sea para tanto.

—Tú podrías hacerlo. Ir a Nueva York, vestirme de forma extravagante y comerte un perrito caliente delante de algún escaparate decorado. ¿Y quién sabe? Quizá acabarías siendo una patinadora famosa y yo iría a visitarte en verano y me quedaría en la habitación de invitados de tu sofisticado apartamento minimalista.

—Ves demasiadas películas, Lucy.

—Fantasear es gratis —contestó.

Cogí la caja del juego que tenía en la mesilla de noche, lo abrí y repartí las fichas. La tarde avanzó entre tiradas de dados hasta que se quedó dormida y una de las enfermeras entró para ponerle otra dosis de medicación. Después, el silencio fue nuestra única compañía. Mamá había aprovechado mi visita para ir a casa y darse una ducha, pero no tardaría en regresar. Contemplé el rostro de mi hermana e intenté vislumbrar esa parte

de ella que parecía ajena a la enfermedad. ¿Cómo habría sido su vida con salud? Más complejo aún: ¿cómo habrían sido las vidas de la familia Peterson?

En una ocasión, de pequeña, mientras observaba el tronco del árbol que crecía en la parcela de la casa del abuelo, comprendí que era el símil perfecto de la existencia. En primer lugar: necesita agua y nutrientes para sobrevivir. En segundo lugar: el camino inicial es recto, pero tarde o temprano se divide, crecen varias ramas y debes empezar a tomar decisiones. La vida deja de ser lineal y pasa a parecerse más a un laberinto. Cada sendero que tomas implica que dejas otros atrás, y eso es aterrador. Así que, sí, en otra vida tengo amigas y hablo con ellas sobre marcharme lejos de Ink Lake. Cumpló mis sueños, alcanzo el éxito, conozco hombres interesantes, me enamoro, rompo algún corazón y como helado junto a mis compañeras de piso cuando me devuelven la jugada. Viajo a Europa, celebro el fin de año por todo lo alto, llorar me hace fuerte, pruebo platos exóticos y bebo vino blanco en copas de cristal. Durante las vacaciones, vuelvo a casa a visitar a mis padres y abrazo a mi hermana en cuanto entro por la puerta. Es una hermana con las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes, el pelo sedoso y las células intactas. Me presenta a su novio y, tras la cena familiar, nos quedamos riéndonos y hablando en el tejado de casa hasta las tantas, cuando mamá aparece por el hueco de la buhardilla para pedir que bajemos la voz.

Es tan ridículamente perfecto que me entran náuseas mientras pedaleo cada vez más rápido, con las manos apretando el manillar como si deseara estrangularlo.

En cualquier caso, rebobinemos.

El camino recorrido fue otro. Por eso me encuentro atrapada en una ciudad pequeña de la que nunca me he planteado escapar. El estancamiento tiene algo atrayente difícil de explicar. Imagina un pozo oscuro: el agua no se mueve, no fluye, todo se mantiene silencioso e inmóvil, en calma. Y, si te tapas la nariz, ni te darás cuenta del olor putrefacto que desprende. Así que aquí estoy, anclada en un presente gris, con la palabra «Nefelibata» flotando alrededor. Hace años que no patino sobre hielo, no estoy segura de tener ni una sola amiga de verdad, creo que mi padre tiene secretos y en un minuto giraré a la izquierda para entrar en casa de mi abuelo, celebrar su

cumpleaños y fingir que la vida continúa y que, en concreto, la mía todavía tiene algún sentido.

La mesa ya está puesta en el salón y huele a tarta de limón, que es la preferida del abuelo. Me parece un milagro que mi madre se haya tomado la molestia de hacerla, supongo que se debe a que es una ocasión especial. Cuando nos sentamos alrededor del pollo relleno, me fijo en que los cubiertos están alineados sobre las servilletas azules. En teoría todo parece perfecto, pero el silencio en la estancia es denso. Mamá se encarga de cortar y servir la comida, papá parece concentrado en un hilito suelto que cuelga del mantel y el abuelo se mantiene tan serio y callado como de costumbre. Me encantaría gritar. O ponerme a bailar. O hacer algo del todo inesperado, como el pino contra la pared o imitar los movimientos de un orangután enfadado.

—Está delicioso, Rosie —comenta mi padre—. Justo en su punto. —Gracias, Jacob. —Ella ni siquiera se molesta en mirarlo.

Podrían ser dos actores que se acaban de conocer y están leyendo unas líneas del guion alrededor de la mesa para que el equipo de la película decida si hay química.

El veredicto: es inexistente.

La comida transcurre entre conversaciones triviales y pausas demasiado largas tras cada frase, como si nos supusiese un esfuerzo pronunciar cada palabra. Nadie me pregunta dónde he pasado la noche; además, lo más probable es que ni siquiera se hayan percatado de mi ausencia. El único que intentó ponerme límites hace años fue el abuelo y le fue imposible seguir haciéndolo cuando cumplí la mayoría de edad.

—Iré a por la tarta. —Mamá se levanta.

Me pongo en pie y quito la mesa junto a los demás. Parecemos cuatro fantasmas mientras vamos del salón a la cocina y viceversa. Minutos después, mi madre coloca el pastel con una cobertura amarillenta de limón en el centro de la mesa y pone las velas. ¿Alguien más está pensando ahora mismo que Lucy nunca cumplirá los treinta, los cuarenta o los cincuenta? Será eternamente joven en nuestra memoria y me pregunto si, cuando yo tenga la edad del abuelo, me resultará extraño pensar en mi hermana mayor

como en esa chica rubia que se murió pocos días antes de cumplir los veinticinco.

Él sopla con fuerza y apaga las velas.

—¿Has pedido un deseo, abuelo?

—Pues sí. —Coge el plato que le tiende su hija y hunde la cuchara en el gelatinoso pastel. Después, se la lleva a la boca y parece pensativo cuando añade—: En realidad, tengo algo que deciros sobre ese deseo. Me marchó a Florida.

—¿Qué? —Mamá lo mira con incredulidad.

Puede parecer algo trivial, pero si hago memoria no recuerdo que el abuelo haya dormido fuera de casa ni una sola vez. Tampoco sé qué se le ha perdido en Florida.

—Un amigo me ha invitado a pasar una temporada en la ciudad. Creo que me irá bien un cambio de aires. Además, iremos de pesca. Siempre he querido aprender a pescar.

—Pero ¿qué amigo, papá?

—McGregor, coincidimos en la división.

—Con todo lo que ha pasado, no creo que este sea el mejor momento para vivir una aventura. El médico dijo que tu corazón está débil y tienes el colesterol alto...

El abuelo se mete la cucharada de pastel en la boca y traga con tanta fuerza que cualquiera diría que acaba de zamparse un bocado de tornillos. Respira hondo y, a continuación, dice la frase más larga que le he oído pronunciar en toda mi vida:

—Rosie, hija, si no es ahora, ¿cuándo? Mírame. Tengo casi ochenta años y hace décadas que no me ocurre nada interesante. Me he pasado media vida llorando por la pérdida de tu madre y el resto, sufriendo por la enfermedad de Lucy. He intentado ser un pilar firme para esta familia, pero abre los ojos: ella ya no está y la mejor forma de honrar su memoria es continuar adelante.

El abuelo engulle otra cucharada. A mamá se le llenan los ojos de lágrimas y se levanta de la mesa con brusquedad. Papá se disculpa con un murmullo casi inaudible y la sigue poco después. Se oyen voces a lo lejos y luego un portazo. El cumpleaños y yo nos sumimos en un silencio cómplice.

—Parece que nos hemos quedado a solas.

—¿Vas a comerte tu trozo de pastel?

—Sí —respondo—. Y, a propósito, creo que es un buen plan lo de Florida, aunque no sé si te imagino pescando. ¿Sabes que los gusanos siguen vivos cuando los atraviesas con el anzuelo? Lo vi en un documental. El abuelo sonríe levemente y después lanza un suspiro. Parece cansado mientras me observa en silencio comer una cucharada de pastel tras otra. Me considero una cirujana emocional brillante y a menudo cojo un bisturí mental para abrir el corazón de los que me rodean y ver qué tienen dentro, pero el abuelo Henry es un hueso duro de roer. «Quizá tenga el corazón de piedra y necesite un maldito taladro para llegar hasta el fondo», pensé en una ocasión. No es fácil saber qué está sintiendo cuando se le oscurece la mirada y se muestra ausente, a millas de distancia. Ha tenido una vida difícil y el alma se le ha ido arrugando mientras pasaba las horas en el taller, antes de jubilarse, tallando muebles o cachivaches de madera. El día que Lucy nos dejó fue como si una losa acabase de caer sobre él. Mi abuelo siempre había sido la isla a la que remar cuando te sentías a la deriva; pero, de pronto, lo vi envejecido y más taciturno que de costumbre.

Hasta el día de hoy.

Nos hacemos compañía y, pasado un rato, advierto que está nervioso. No es algo habitual en él debido a esa actitud reservada, pero sus dedos repiquetean sobre la mesa y aparta la vista cuando mis ojos buscan los suyos.

—¿Qué ocurre? ¿Te preocupa el viaje?

—No.

—Ya sabías que mamá se lo tomaría así —insisto, porque no es un secreto que Rosie ha pasado los últimos cuatro meses metida en la cama o delante del televisor, sin saber qué hacer tras la muerte de su hija; no concibe que el mundo siga girando ajeno a su dolor—. Pero llevas años cuidando de todos nosotros y creo que es el momento de que hagas lo que te dé la gana.

—Grace...

—Deberías comprarte un bañador.

—Tengo que darte algo.

—No te estarás planteando repartir la herencia antes de irte a Florida, ¿verdad? Porque ya sé que estas semanas están siendo complicadas, pero pronto encontraré un trabajo que me dure más de un par de días...

—Es de Lucy —me corta con la voz ronca.

No me muevo. El abuelo sale del salón mientras lo sigo con la mirada y regresa un par de minutos más tarde sosteniendo en las manos una caja envuelta con suave papel dorado y un pomposo lazo que parece resguardar un sobre morado en el que hay algo escrito, pero no llego a leerlo porque me tiende otro de color lila en el que puede leerse «Grace» y, antes de ser consciente de lo que esto significa, ya estoy rasgando el papel con las manos temblorosas y el corazón desbocado.

—Te dejo a solas —dice el abuelo.

Tengo la boca tan seca que no consigo responder antes de que salga del salón. Y allí, junto a los restos del pastel de limón y el olor a cera de las velas de cumpleaños, me reencuentro con mi hermana. No es ella. No en carne y hueso, al menos. Pero no hay duda de que la caligrafía alargada es suya, dolorosamente suya, y tengo que hacer un esfuerzo para leer porque veo borroso por culpa de las lágrimas.

*No existe una manera correcta de empezar esta carta. He probado desde el típico «si estás leyendo esto, significa que estoy muerta» hasta intentar ser graciosa o estúpidamente profunda, pero todo suena forzado. Así que tendrás que conformarte con esto, pequeña Grace .*

*Siempre me gustó llamarte así. Creo que se debe a esa fantasía irreal en la que ejerzo de hermana mayor y tú buscas mi experiencia para hablar de chicos o amistades, estudios o inquietudes. ¿Te imaginas? Podría haber usado frases como «ya te dejaré ese lápiz de ojos cuando cumplas los quince» o cosas por el estilo, pero las dos sabemos que eso nunca sucedió. En la práctica, tú has ido un paso por delante, con independencia de la edad .*

*Por eso me quedo con el apelativo cariñoso, al menos. Y supongo que también explica que tengas esta carta en las manos. Resulta que estoy lista para despedirme del mundo, pero no de ti. Todavía hay demasiadas cosas que me gustaría haberte dicho o vivido a tu lado. Me encantaría que hubiésemos podido seguir creciendo juntas, pero no soy tan ingenua como para no darme cuenta de que el final está cerca. Lo curioso es que, conforme se me acaba el tiempo, los días me parecen más largos y monótonos atrapada en esta cama. Y pienso mucho. Pienso demasiado porque no tengo otra cosa que hacer, aparte de ganar sin esfuerzo cada vez que alguien se decide a hacerme compañía y coger una baraja de cartas o abrir un tablero. Así que un día tuve una idea brillante: «¿Por qué no crear mi propio juego?». Uno que fuese único, distinto y en el que pudiese vivir de alguna manera cuando ya no esté .*

*Así que lo hice. Lo hice para ti .*

*«El mapa de los anhelos ».*

*He tenido la inmensa suerte de contar con la ayuda del abuelo. Si te ha dado el paquete, significa que por fin piensa que es el momento adecuado y se ha decidido*

*a hacer ese viaje a Florida que lleva años posponiendo. Por favor, dale un beso de mi parte y dile que lo quiero y que espero que disfrute de cada instante .*

*Pequeña Grace, hace mucho tiempo tú me salvaste una vez. Ahora me toca a mí hacer algo por ti. Nada de saltarte las reglas, que ya nos conocemos. Sigue todas y cada una de las instrucciones del juego .*

*Y hazle caso a Will .*

*Con amor, Lucy .*

Parpadeo varias veces. Aún estoy conmocionada. Vuelvo al principio para releerla más despacio, saboreando cada palabra y deteniéndome en los puntos y las comas. Pero cuando llego al final sigo igual de confundida. Porque, para empezar, ¿quién demonios es Will?

### 3

#### **Will Tucker**

Esta es la situación: estoy sentada delante de una caja que, en teoría, esconde «El mapa de los anhelos» y no puedo abrirla. Lo mismo ocurre con el sobre morado que sostengo en la mano y que no dejo de mirar desde todos los ángulos, deseando tener el superpoder de ver a través de la materia para poder leer la carta que hay en su interior.

En letras grandes y mayúsculas pone: «Will Tucker».

Y un poco más abajo hay una dirección. La calle me suena, sé que está por el centro de Ink Lake, apenas tardaría veinte minutos en plantarme allí con la bicicleta si me decidiese a levantarme y ponerme en marcha, aunque eso no parece probable.

Me siento paralizada.

Tengo la extraña sensación de que Lucy está y no está aquí al mismo tiempo. Resulta inquietante, sobre todo teniendo en cuenta lo mucho que me he esforzado durante estos meses para no pensar en ella, para no recordarla, para no llorar cada día.

—No lo entiendo —repito otra vez.

—Puede que esa sea la clave, Grace.



—Pero, vamos a ver, ¿por qué no me dijo nada? Nosotras nos los contábamos todo. O casi todo. Quiero decir: ella lo hacía, al menos.

—Ah, así que tú podías tener secretos, pero Lucy, no. —El abuelo alza una ceja en alto y después suspira—. Voy a preparar café.

—El mío doble, por favor.

Sé lo que ha insinuado antes de salir del salón, pero, claro, él no entiende que en ocasiones me parecía una crueldad contarle a Lucy que esa misma noche me iba a una fiesta o que había quedado con algún chico, así

que tenía mis secretos, sí. Lo hacía por ella. Por ella y por mí, porque odiaba la culpa que sentía cuando me marchaba y ella tenía que quedarse en el hospital con todas sus células, las suyas y las mías, librando una batalla agotadora junto al ejército de corticoides que le provocaban ese color de piel oliváceo, la hinchazón en el rostro o el picor en la piel y la descamación.

Pero pensaba que lo sabía todo sobre Lucy.

Porque «todo» no era mucho, en realidad.

En verano, durante las vacaciones, se veía con algunas compañeras con las que había coincidido en el instituto si regresaban a la ciudad. Y de vez en cuando iba a ver a su amiga Marge a la cafetería en la que trabajaba. El último chico con el que tuvo algo se llamaba Tom y de aquello hacía más de tres años. Aunque ahora ya no estoy segura de eso, claro. Porque en las manos aún sostengo el sobre con el nombre de ese desconocido.

Will.

Will Tucker.

Lo susurro en voz alta con la esperanza de que acuda algún recuerdo a mi mente, pero no, estoy segura de que jamás lo he oído antes.

Tengo tantas ganas de abrirlo que apenas puedo contenerme y agradezco que el abuelo aparezca con dos tazas de café porque, de lo contrario, creo que habría incumplido las normas de Lucy incluso antes de empezar a jugar. —Sigo sin entenderlo —insisto.

El abuelo lanza un largo suspiro.

—Grace, solo tienes que seguir las reglas.

—Sabes que eso no se me da bien. —Me quemo la lengua con el café, pero no me importa. Estoy entumecida—. ¿Desde cuándo estabas al tanto de esta locura?

—Unos meses antes...

«Unos meses antes de su muerte» sería la frase completa, pero no necesito que lo diga para entenderlo. Me cuesta imaginarlos planeando todo esto a mis espaldas, sobre todo tratándose de él, aunque entiendo que mi hermana lo eligiese y también que el abuelo accediese, claro. ¿Cómo negarse a cumplir las últimas voluntades de su querida nieta?

—¿De verdad no conoces a Will?

—Ya te he dicho que no —responde, a punto de perder la paciencia—. ¿Vas a ir a verlo?

Asiento con la cabeza, aún pensativa, y vuelvo a dejar el sobre bajo el lazo pomposo de la caja. Miro la hora en el móvil: son las cinco de la tarde. Decido que, antes de poner rumbo a la misteriosa dirección, debo ir a casa para ver cómo está mamá y darme una ducha, así que me despido del abuelo con un beso en la mejilla y le prometo que lo mantendré al tanto de todo y que cenaré con él la noche antes de su viaje.

Algo peculiar que me llamaba la atención de pequeña era el olor característico de cada hogar. Va más allá de la colonia o el suavizante que use esa familia y yo, antes de cruzar el umbral de cada puerta, era capaz de distinguir perfectamente el aroma de la casa de Olivia, la que fue mi mejor amiga, de los vecinos o del abuelo. Por eso resulta tan curioso que la mía no me huela a nada. Es aséptica, como un museo o la sala de espera de un abogado. Siempre he tenido la sensación de que cualquiera podría ocuparla y hacerla suya en menos de cinco minutos, porque, a pesar de las fotografías que hay en el salón, en realidad nunca ha llegado a ser un hogar cálido. No sé si se debe a la indiferencia que se palpa entre mis padres, al hecho de que ha sido una residencia compartida con habitaciones de hospital o a que acostumbramos a celebrar los grandes acontecimientos, como la Navidad o los cumpleaños, en casa del abuelo.

Cuando llego, tan solo encuentro silencio.

Las llaves del coche de mi padre no están en la entrada, así que deduzco que se ha marchado. Mamá está en el sofá, con la mirada clavada en el televisor, y parece una niña desamparada. Dubitativa, la miro durante unos segundos desde la puerta, pero decido que es mejor no contarle nada sobre «El mapa de los anhelos», al menos por el momento. No sé cómo se lo tomaría y estoy segura de que, a pesar de las instrucciones de Lucy, abriría la caja que llevo en las manos a toda prisa, desesperada por encontrar en su interior algún resquicio de la hija que ha perdido.

Subo a mi habitación y voy al armario para coger ropa limpia. La cama lleva dos días sin hacerse, el escritorio que ya no uso para estudiar está lleno de trastos inútiles y en la pared destaca una fotografía en blanco y negro de un brazo con la piel erizada y los pelos de punta, justo al lado de un artículo sobre los tornados y las tormentas eléctricas que recorté de una

revista, una postal de *El beso* de Gustav Klimt y algunos papelitos con palabras sueltas. Al lado de «¿POR QUÉ?» distingo la nota en la que pone «Nefelibata». Tiro con fuerza de ella para arrancarla y la estrujo entre los dedos hasta convertirla en una bolita que encesto en la papelera.

Pienso en la carta de Lucy mientras el agua caliente cae sobre mi rostro y reprimo las ganas de llorar al recordar su voz dulce y tranquila cuando me llamaba «pequeña Grace». A mí también me gustaba que lo hiciese. Me gustaba mucho. Luego

salgo, me desenredo el pelo a tirones e ignoro a la chica morena y de piel pálida que encuentro en el espejo. Un secreto: a veces no me gusta. Respiro hondo y decido que, sean como sean esas reglas de Lucy, voy a cumplirlas a rajatabla. Total, no tengo nada mejor que hacer. Literalmente. Llevo semanas buscando trabajo, después de que me despidiesen de PizzaK, y la idea de encontrar algo que no me resulte odioso cada vez es más lejana.

Me visto con vaqueros negros, zapatillas deportivas y sudadera.

Estoy a punto de salir de casa con el paquete dorado metido en la mochila cuando mi madre me intercepta en el pasillo y me sonríe sin ganas. —¿Adónde vas? ¿Has quedado con Olivia?

—Sí. No sé a qué hora volveré.

—Dale recuerdos de mi parte.

Monto en la bicicleta y me dirijo hacia el centro de la ciudad. Han pasado casi ocho meses desde que Olivia dejó de dirigirme la palabra, pero mi madre ni siquiera se ha dado cuenta de que ya nunca aparece por casa. Mejor. Así no tengo que mentirle cuando me pregunte qué es lo que ha ocurrido entre nosotras.

Me dirijo hacia la calle que está escrita en el sobre y ato la bici a una farola cuando estoy cerca. La mayoría de los establecimientos de la zona ya han cerrado. Busco el número y, entonces, al llegar frente a una puerta negra, descubro que no se trata de una vivienda particular, sino de un *pub* llamado Zinrock que acaba de abrir sus puertas para empezar la jornada. Entro. El camarero es un hombre de unos treinta años con los brazos llenos de tatuajes. ¿Will? Quizá. No lo he visto antes, eso seguro. Levanta la barbilla cuando ve que me acerco a la barra y arquea las cejas. Imagino que los clientes suelen aparecer cuando cae la noche y le sorprende mi actitud cautelosa mientras lo estudio tanto a él como el entorno, aunque el lugar no

tiene nada de especial: parece el típico local al que acuden los jóvenes a tomarse unas cuantas cervezas para finalizar el día.

—¿Will Tucker?

—¿Quién lo pregunta? —Me mira de arriba abajo—. No estaba al tanto de que Will se relacionase con otros seres humanos. Qué sorpresa más inesperada.

Se ríe de su propio chiste, aunque está claro que no lo he pillado. —¿Sabes dónde puedo encontrarlo? Tengo que hablar con él.

Su mirada abandona mi rostro y se desplaza algo más allá.

—Mira, ahí lo tienes —dice, y luego se dirige a él—: Llegas tarde otra vez.

La respuesta no es un «lo siento» o «no volverá a ocurrir», sino una especie de gruñido malhumorado, mientras yo me giro para encontrarme con un completo desconocido.

Si tuviese que describirlo como haría cualquier persona normal diría: cabello oscuro, rasgos duros, demasiado alto para mi gusto, ojeras bajo unos llamativos ojos verdes, ceño fruncido, hombros en tensión cobijados por una cazadora negra que me recuerdan a los de una estrella del equipo de fútbol de alguna universidad. Su belleza resulta un poco frívola, como la cáscara vacía de un bonito y colorido huevo de Pascua.

Pero si tuviese que decir lo que evoca su presencia sería: granos de maíz sobre una sartén convirtiéndose en palomitas, una mariposa azulada a punto de morir, agua fresca cayendo por la ladera de una montaña, polos de menta, nubes cirros. Y lo más importante: casi puedo ver su aura púrpura y melancólica flotando tras él.

Pasa de largo como si fuese invisible.

—Había tráfico —dice.

—Venga ya, Will. —Los tatuajes parecen cobrar vida cuando alza los brazos para colocar en la estantería algunas botellas—. Tienes visita. Entonces sí, entonces me mira.

Y parece tan descolocado como si su compañero le hubiese dicho que ha aterrizado en la puerta un ovni.

—¿Quién demonios eres?

«Y mira tú qué simpático».

Cojo aire. O valor. Lo mismo es.

—Me llamo Grace. Vengo de parte de Lucy Peterson.

—Lucy... —Se pasa una mano por el pelo, inquieto—. ¿Cómo está? Así que no lo sabe.

¿Quién puede ser tan importante para mi hermana como para hacerlo partícipe de un juego a pesar de que, como es evidente, no hablaba con él a menudo?

Busco las palabras adecuadas con la esperanza de encontrar la manera más suave de decirlo, pero ¿a quién pretendo engañar? Es una batalla perdida.

—Murió hace cuatro meses.

Will parpadea, primero incrédulo y después dolido. Traga saliva y aprieta los dientes. Ha dejado de mirarme.

—Joder —masculla.

Y luego sale del local.

Cesa el tintineo de las copas que el hombre de los tatuajes estaba colocando y el silencio se abre paso. Lanza sobre su hombro el trapo que llevaba en la mano y me observa cauteloso.

—¿Quién has dicho que eras?

—No es asunto tuyo.

—Oye, espera...

Pero no le hago caso. Al fin y al cabo, esto es entre Will y yo. Abro de un tirón la puerta y salgo. El frío me muerde la piel. No hay rastro del chico de los ojos verdes. Se ha esfumado. Deambulando por la calle con el paquete contra el pecho, me cruzo con algunos transeúntes: un hombre con un ramo de flores, una mujer que pasea a un perro de patas cortas, un par de quinceañeros. Ninguno es él. Estoy a punto de rendirme cuando, de pronto, al cruzar delante de un semáforo, lo veo sentado en los escalones de una vivienda adosada que se encuentra en un callejón sin salida.

No llora. Tan solo contempla ensimismado la pared de enfrente. Por un instante, me recuerda a uno de esos bustos de piedra que estudiaba en la clase de Historia del Arte cuando iba al instituto. A él también se le ondula un poco el pelo en la zona de las sienes y la nuca. Y parece estar hecho de mármol, granito o algún otro material duro.

—¿Se puede saber qué pasa contigo? —Avanzo hacia el interior del callejón cabreada, y él alza la vista con pasmosa lentitud—. Tengo mejores cosas que hacer que ir persiguiéndote por ahí. —Es mentira, claro, pero una tiene su orgullo.

Ni siquiera se molesta en responder. Suspira profundamente al tiempo que se pone en pie. Tengo que levantar la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—Toma. —Le estampo el sobre contra el pecho.

—¿Qué es esto? —Una carta. —Eso es evidente. —Una carta de Lucy. —¿Para mí?

—Para ti, sí.

No sé si es que sigue conmocionado o que no tiene muchas luces. Cambio el peso de un pie al otro cuando se decide a abrir el sobre de una vez por todas. Saca una sola hoja de papel y yo reviso mi teléfono para dejarle intimidad, aunque, en realidad, lo que deseo es quitársela y leerla. Se pasa una mano por el pelo.

Después, dobla la nota por la mitad con delicadeza y la mete en el sobre. Intento contenerme, pero, como no reacciona, pregunto:

—¿Y bien?

Me mira, por fin.

Hay algo distinto en sus ojos. ¿Es posible que parezca confuso y sereno al mismo tiempo? La expresión que a uno lo atraviesa cuando acaba de tomar una decisión, pero todavía se debate.

—Grace, ¿verdad? Dame tu número de teléfono —exige, y me falta poco para bromear diciéndole que antes debería invitarme a una copa. Sin embargo, dada la situación, reprimo mi lado sarcástico y me limito a dictárselo—. ¿Qué haces el jueves?

—Nada.

En realidad, nunca tengo nada interesante que hacer, más allá de quedar con Tayler, buscar trabajo o ir a alguna fiesta en la que siempre me siento fuera de lugar, como una avispa en una colmena de abejas.

—Te mandaré un mensaje para que me envíes tu dirección. Pasaré a buscarte a las cuatro de la tarde. La caja, por cierto, es para mí.

Me la arrebató de las manos sin vacilar y una sensación extraña me atenaza la garganta, como si acabase de quitarme una parte de Lucy, lo único que me queda de ella.

—Pero... Espera... —Tengo la boca seca—. ¿De qué va todo esto? ¿Puedes decirme al menos qué ponía en la carta? Ni siquiera sé cómo os conocisteis Lucy y tú...

—Lo siento, tengo que volver al trabajo.

Y así, sin más, se aleja a paso rápido. No se molesta en mirar a ambos lados de la calle antes de cruzar. Me quedo observando a Will hasta que desaparece junto al círculo de tristeza que lo envuelve. En mi cabeza, es del color de las glicinas. Y ese pensamiento, la visión de las flores derramándose en cascadas, me estremece.

#### 4

##### **Trapisonda**

«Trapisonda».

Tumbada en la cama, contemplo la palabra que escribí ayer en un papelito. No recuerdo exactamente dónde la encontré, pero me gustó uno de sus dos significados: «Agitación del mar a causa de pequeñas olas que se cruzan en diversos sentidos». He llegado a la conclusión de que me encuentro justo ahí. Y es agotador intentar mantenerse a flote entre tantas sacudidas.

Hay una voz en mi cabeza que en ocasiones me grita cosas sin sentido. «Duerme ocho horas diarias, Grace». «Sigue adelante». «Bebe agua». «Haz algo útil con tu vida». «Come más verduras». «¿Piensas continuar comportándote como una eterna adolescente?».

La otra tiene un tono más bajo. «¿Y qué más da?, ¿qué sentido tiene levantarse y buscar un trabajo y reír y bailar y soñar si todos, en algún momento, vamos a morir?».

En realidad, no siento que ninguna de esas dos voces sea mía.

La que de verdad me pertenece lleva adormecida mucho tiempo. Siempre he tenido la incómoda sensación de que, si la dejase salir, si de verdad dijese en voz alta las cosas que pienso a diario, no solo confirmaría las sospechas de la gente sobre mis rarezas, sino que, además, seguirían sin entenderme.

¿Y existe una soledad más grande que la de sentirse profundamente incomprendida?

Abro los ojos.

Contemplo el techo blanquecino.

Me he pasado los últimos cuatro días pensando en Will Tucker. Me giro y cojo un papel para garabatear «¿Qué estará haciendo él?» y luego lo clavo con una chincheta en la pared. Esa es la pregunta que me ha estado asaltando. Lo he imaginado abriendo la nevera, rascándose la espalda, durmiendo, duchándose, paseando por la calle y sirviendo copas. En todas esas escenas, él tiene mi caja dorada. Porque la siento mía, muy mía, aunque está claro que Lucy no pensaba lo mismo. No saber lo que guarda en su interior es angustioso. Solo tengo una certeza al respecto: mi hermana me conocía lo suficientemente bien como para predecir que sería incapaz de seguir las reglas si «El mapa de los anhelos» dependía tan solo de mí y mi capacidad para contenerme.

La contención, como es evidente, es una cualidad que poseo a medias. Y tampoco es que me quite el sueño, la verdad. Es decir: refrenar los sentimientos, impulsos o pasiones es inútil a largo plazo, aunque inteligente en ciertos momentos para, lo dicho, no parecer de otro planeta. Sin embargo, no estoy segura de si se puede mantener ese disfraz. Igual que tampoco sé si lograré cumplir las reglas, porque hasta la fecha he fracasado en todo aquello que me he propuesto.

Pero, a lo largo de la semana, no solo he pensado en Lucy, Will y el juego, también he seguido buscando trabajo. He hecho dos entrevistas y no he recibido respuesta de ninguna. La primera fue en un restaurante de comida india de la ciudad de al lado, que es mucho más grande que Ink Lake y queda apenas a unas millas de distancia. La segunda, en la gasolinera que está a las afueras.

En lo que va de año, he tenido tres trabajos. De uno me despidieron por llegar a las siete de la mañana sin haberme acostado antes y oliendo a alcohol y cigarrillos. A la granja dejé de ir porque no soportaba ver a los pollos hacinados, y del último me gusta pensar que fue una especie de acuerdo: mi jefe y yo no nos caíamos bien.

Así que, en cierto momento, me obligo a dejar de mirar la pared y de pensar en metáforas que incluyan la palabra «trapisonda». Cojo el portátil y vuelvo a echar un vistazo rápido a las ofertas de empleo más recientes de la zona. Como debo de ser la única persona de la ciudad mayor de diecisiete años que no conduce, tengo algunas limitaciones en lo referente a las distancias y eso me hace descartar casi la mitad de lo que encuentro. Pero,

de pronto, me topo con un particular que busca que alguien cuide a su perro. No lo pienso antes de ponerme en pie y llamar al número de teléfono.

—¿Diga?

—Llamo por el anuncio.

—¿Tienes experiencia con animales?

—No. —Cuando era pequeña tuve un pez de colores que murió trágicamente, así que prefiero no comentarlo—. Pero se me dan bien los perros y vivo a diez minutos de la zona que aparece en la oferta de empleo. —¿Puedes acercarte para hablarlo?

Le digo que sí y quedamos una hora más tarde. Me visto con lo primero que pillo antes de salir.

La casa en cuestión es enorme y tiene una cristalera circular. Ya antes de llamar a la puerta escucho los ladridos del perro. Cuando la dueña abre, le sonrío. Se presenta como Anne Rogers y es una de esas señoras encantadoras que me recuerdan al tipo de persona que mi madre podría haber sido. Vamos, que todo es una fantasía mía. Pero, si la vida no le hubiese puesto la zancadilla a Rosie Peterson, estoy segura de que habría sido una empresaria de éxito acostumbrada a vestir con impecables trajes que le harían una silueta envidiable recién cumplidos los cincuenta y tres. Anne me explica que Mr. Flu (así se llama el perro) necesita un paseo diario cuando ella está fuera por asuntos de trabajo. «Le gusta salir por la avenida principal y llegar hasta el parque». Atiendo mientras me detalla la cantidad exacta de comida que debe ingerir para evitar que «se ponga fofo», palabras textuales.

No se puede decir que esté especialmente orgullosa de mí misma cuando consigo el trabajo. Es decir, me viene bien por ir haciendo algo hasta que encuentre otra cosa mejor, pero no me saco de encima la sensación de que tengo la vida de una estudiante de secundaria. Solo que sin ir al instituto, con veintidós años y sin ninguna perspectiva de futuro.

Es jueves. Me siento en el borde de la acera que hay delante de mi casa cuando todavía son las tres y media. Y espero. Espero, espero, espero...

A las cuatro y diez, empiezo a ponerme nerviosa.

¿Dónde se ha metido Will Tucker?

Estoy segura de que acordamos que me recogería a en punto. Llevo toda la semana aguardando este momento y apenas he podido pegar ojo.

Me muerdo las uñas. Me levanto. Paseo arriba y abajo. Vuelvo a sentarme. Procuro mantener la serenidad, pero lo logro a duras penas.

Will hace acto de presencia con veinte minutos de retraso.

Aparece subido en un Audi negro reluciente que me llama la atención, porque no es un coche común. Baja la ventanilla

cuando frena a mi lado, sin apagar el motor, y hace un gesto vago con la mano derecha.

—Venga, sube, que llegamos tarde.

—¡Llevo casi media hora esperando!

Pero él ignora mis protestas porque está ocupado sacando de la guantera las gafas de sol de marca que se pone instantes después. Arranca casi antes de que logre cerrar la puerta. Miro a mi alrededor. Retiro lo de «reluciente» en referencia al coche: por fuera es impresionante, por dentro hace mucho que nadie se molesta en limpiarlo. Y hay cosas, demasiadas cosas. Es decir, el asiento trasero está lleno de libros y varias bolsas y artilugios.

—¿Puedo saber adónde vamos?

—No, lo siento. Órdenes de Lucy.

Le dirijo una mirada que pretende dejar claro lo mucho que me molesta su actitud en general, pero él ni se percata y mantiene la vista fija en la carretera.

—¿Cómo conociste a mi hermana?

Me presta atención dos míseros segundos.

—La vida y eso.

Y ya está. No dice nada más. Sigue conduciendo como si la explicación que acaba de darme fuese suficiente. Mientras dejamos atrás Ink Lake, lo miro con detenimiento. Tras un vistazo rápido podría parecer normal, con los vaqueros y esa camiseta tan negra como su pelo. Pero no es difícil darse cuenta de que algo no encaja en Will. Es un limón entre pomelos, una almendra en un paquete de nueces, un lobo disfrazado en un rebaño de ovejas. Lo sé porque así es como me siento casi todo el tiempo. Puedo reconocerlo en la tensión que emana su cuerpo: resulta muy complicado relajarse cuando eres incapaz de sentirte cómodo en tu propia piel.

—¿De verdad no piensas decírmelo? Me mira de reojo y lanza un suspiro. —No.

—Pero...

—No.

Me mantengo callada alrededor de cinco minutos antes de volver a la carga. La necesidad de saber es más fuerte que mis ganas de ignorarlo. —¿Fue en el instituto?

—No.

—Tienes un vocabulario bastante limitado, Will Tucker.

Creo que murmura algo por lo bajo, pero no llego a oírlo bien. Giro la cabeza para contemplar a través de la ventanilla los trazos verdes que dejamos atrás. El paisaje característico de colinas onduladas y acantilados de arenisca de Nebraska nos acompaña durante todo el viaje, pero, sobre todo, los infinitos campos de maíz que se extienden como alfombras larguísimas más allá de las granjas de vacuno.

Cuando uno se pierde, es fácil ubicarse buscando los silos o los molinos de cereal que suelen alzarse alrededor de la mayoría de las poblaciones. En este estado, todos crecemos hablando de tres cosas: el ganado, la cosecha y el Kool-Aid, una bebida dulce en polvo con sabor a frutas que se inventó en Nebraska.

¿Quién necesita más?

En un momento dado, Will sube el volumen de la radio cuando suena una canción antigua: *Ghost Ship*, de Blur. Imagino que le gusta, pero es difícil deducirlo, teniendo en cuenta que usa gafas de sol, aunque está nublado, y su expresión es pétrea.

No tardamos en llegar a nuestro destino.

Will estaciona delante de un edificio del que cuelga un cartel maltrecho en el que pone «Centro social». Me tenso al instante. Él se quita las gafas y observa mi reacción.

—¿De qué va todo esto?

—No tengo ni idea —dice con gesto serio—. Pero, en teoría, se supone que tienes que bajar del coche y entrar ahí. Será mejor que no tardes, llegamos con diez minutos de retraso.

—Mira, necesito respuestas. No entiendo qué hago aquí, tampoco sé quién eres tú y todo esto es una locura. No estoy segura de que valga la pena.

Él alza una ceja y frunce el ceño. Quizá esperaba que fuese un perro obediente que hace lo que le ordenan sin recibir jamás ningún tipo de

explicación. Quiero a mi hermana. Quería. No, en pasado no. La quiero en presente, pese a que ella ya no exista, pero todo esto... Todo esto no tiene ningún sentido y me altera demasiado.

—Yo creo que es un regalo.

—¿Qué quieres decir?

—Lucy te dejó esto antes de irse. —Se pasa una mano por el pelo tal como hizo en el callejón cuando leyó la carta. Está incómodo. Es evidente que las palabras no son lo suyo—. No sé por qué creó «El mapa de los anhelos» ni qué la llevó a pedirme que formase parte de él, pero deberías disfrutarlo porque, si lo piensas bien, es lo último que te queda de ella. Trago saliva con fuerza y asiento.

—¿Qué tengo que hacer?

—No lo sé. Yo solo sigo órdenes concretas. Estaré esperándote aquí mismo dentro de cuarenta y cinco minutos. ¿Te parece bien?

Su mirada es ahora más cautelosa, quizá hasta cálida, aunque sigue predominando en él esa distancia que no invita a traspasar las fronteras que impone. Me pregunto si es consciente de que lo único que consigue mostrándose tan enigmático es que te entren ganas de desentrañar aquello que se esfuerza por proteger y ocultar.

—Me parece bien —contesto.

Salgo del coche y me interno en el edificio de enfrente. Un pasillo escasamente iluminado conduce hasta una sala de la que proviene una voz suave. Cuando llego hasta allí, me quedo paralizada en la puerta y varios pares de ojos me miran. Hay unas siete u ocho personas sentadas formando un círculo y, un poco más allá, una mesa con una cafetera y algunas pastas. Sonríe con nerviosismo, porque si esto es lo que creo que es me parece que Lucy debió de ingerir demasiados calmantes el día que lo ideó.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarte? —pregunta una mujer de mediana edad con una melena corta y pelirroja que enmarca el rostro más dulce que he visto jamás.

—Lo siento... Me he equivocado...

—¿Estás segura? —insiste.

—Yo... Bueno...

Es muy incómodo debatirse delante de todas estas personas que estudian con extraordinaria atención cada uno de mis movimientos. La

mujer se pone en pie pasados unos segundos y me invita a acercarme gesticulando con la mano.

—No hace falta que participes de forma activa. Si te apetece, puedes sentarte y tan solo escuchar lo que los demás tienen que decir.

Me gustaría decirle que no, pero existen tres razones por las que termino caminando sin pensar y acomodando mi trasero en una silla libre: que me he propuesto seguir las reglas del juego de Lucy, que a esa señora encantadora resulta difícil contradecirla y que Will Tucker está esperándome fuera.

Así que lo hago.

Escucho.

Un hombre corpulento llamado Adrien cuenta entre sollozos el largo camino que recorrió junto a su mujer y la palabra «cáncer» antes de que ella perdiese la batalla. Y una chica joven se desahoga hablando sobre lo duro que le está resultando criar sola a su hijo pequeño tras la pérdida de su marido. Finalmente, otra mujer comenta que ha logrado apuntarse al gimnasio después de meses de apatía, y todos aplauden.

La señora pelirroja es la encargada de moderar.

No sé cómo se le pudo pasar a mi hermana por la cabeza que yo, precisamente yo, sería capaz de abrirme delante de un montón de desconocidos que lo único que parecen tener en común es que la muerte les ha arrebatado a uno de sus seres queridos.

Pero aguanto. Y no digo nada. Casi ni respiro.

Lo de que el tiempo es relativo es una gran verdad. Los minutos pueden volverse eternos cuando deseas que avancen más rápido. O todo lo contrario, y correr a la desesperada en esos instantes en los que pararías el mundo si fuese posible. Ojalá existiese un botón mágico con el que poder controlarlo, pero, como no es así, me limito a dejar que transcurran los cuarenta y cinco minutos de la sesión hasta que todos se levantan.

La moderadora se acerca antes de que pueda escapar.

—Me llamo Faith. —Es imposible ignorar la calidez de sus ojos, de manera que pospongo la huida—. Soy psicoterapeuta y la fundadora de este grupo, así que si hay algo que pueda hacer por ti estaré encantada de ayudarte.

—No, lo siento, es que creo que...

—Esto no es para ti —adivina.

—Sí, justo eso. Tan solo he venido porque tenía que hacerlo. —Trago saliva con incomodidad—. Tenía que hacerlo por alguien —aclaro.

—Lo entiendo. En cualquier caso, las puertas seguirán abiertas si en algún momento cambias de opinión. Nos reunimos todos los jueves a la misma hora.

Asiento y suelto el aire que he estado conteniendo. Por fin puedo largarme sin mirar atrás. Pero, justo cuando estoy a punto de atravesar la puerta por la que se han marchado el resto de los asistentes, una duda me zarandea y doy la vuelta.

—¿Le suena el nombre de Lucy Peterson?

La mirada de Faith se ilumina antes de mostrar compasión, y entonces comprendo que no solo la conoce, sino que además sabe que está muerta. —¿Eres Grace? —Asiento con los labios apretados—. Lamento tu pérdida.

Mantengo una lucha bastante razonable con el uso impreciso del verbo «perder», pero no es el momento para reflexionar

sobre ello.

—¿Lucy estuvo aquí?

—Sí, vino en varias ocasiones a lo largo del año pasado, cuando su estado de salud se lo permitía. Al principio no estaba segura de que fuese una buena idea, pero la dejé quedarse como oyente. ¿Cómo iba a negarme? Era un encanto.

—Pero no lo entiendo...

—A Lucy le preocupaba mucho qué sería de su familia cuando ella ya no estuviese. Creo que necesitaba entender el proceso de duelo. Así que venía, escuchaba y vivía a través de otros aquello que nunca podría presenciar.

—Ya. —Tomo aire con brusquedad—. Lo siento, debo irme.

No soy capaz de despedirme en condiciones antes de dar la vuelta y salir de allí. Para colmo, cuando lo hago, descubro que el coche de Will ha desaparecido.

## 5

### *Ser invisible*

Encuentro a Will dos calles más abajo. Lo veo a través del cristal de una cafetería con una decoración tan anodina que recuerda a otras docenas de establecimientos. Él está delante de una taza vacía y lee plácidamente un libro viejo y amarillento.

Abro la puerta con fuerza y hago ruido, pero Will ni se inmuta.

Solo cuando me tiene delante, apenas a medio metro, alza la vista y me mira para, a continuación, echarle un vistazo rápido a ese reloj que lleva en la muñeca y que, claramente, no usa como debería. Es evidente que la puntualidad no es lo suyo, ya lo dejó caer el chico de los tatuajes con el que trabaja cuando apareció tarde.

—¿Qué problema tienes?

—Estaba a punto de ir.

Pongo los ojos en blanco y me acomodo en el banco desgastado que hay frente a él. Will alza una ceja, como si no estuviese de acuerdo con la situación, pero le dirijo una mirada de advertencia que parece silenciarlo. Una camarera se acerca para tomar nota y pido un trozo de pastel de zanahoria y un café descafeinado.

—¿Qué tal ha ido?

—¿Sabías que era un grupo de terapia o algo así?

—Ni idea. —Clavo mis ojos en él—. Te lo juro, Grace.

Creo que dice la verdad, pero como sigue siendo un total desconocido a pesar de esto que nos une, no sé si puedo fiarme del todo de su palabra. La camarera trae el pedido y hundo el tenedor en la tarta. Está deliciosa, no demasiado dulce.

—¿Qué hay dentro de la caja?

—«El mapa de los anhelos».

—Ya. ¿Y cómo es? Dime algo que puedas contarme, al menos. Imagina lo raro que está siendo todo esto. Es decir, creía que lo sabía todo sobre mi hermana y resulta que no solo no te conozco, sino que, además, estoy descubriendo que tenía otros secretos.

—¿Acaso eso es malo?

Lo miro con atención. Está ligeramente recostado en el reservado granate que ocupamos, con un brazo por encima del respaldo y el otro sobre la mesa, cerca del libro que minutos atrás leía. Distingo el título: *El eudemonismo*.

Hay algo en Will que me ha llamado la atención desde la noche que lo conocí y ahora advierto al fin de qué se trata: se mueve por el mundo como lo hacen las personas que han vivido con una red de seguridad a sus pies, esas que han tenido toda su vida servicio doméstico y cierta libertad que termina traduciéndose en miradas ligeramente condescendientes.

—¿Tener secretos? No lo sé, dímelo tú, Will. ¿Qué hay que hacer para trabajar en un *pub* a media jornada y conseguir un sueldo que me permita tener tu coche?

Sé que he dado en el blanco cuando me taladra con la mirada.

—Eso no es asunto tuyo. Te recuerdo que te estoy haciendo un favor y solo lo hago porque tu hermana me cae... —se muerde la lengua—, me caía bien.

Tiene razón, pero todo este asunto del juego, los secretos y la presencia constante de Lucy a mi alrededor cuando ya creía haberme despedido de ella hacen que esté más alterada de lo normal y me siento... un poco confusa, como si tuviese un montón de abejorros en la cabeza y no dejasen de zumbir día y noche, noche y día.

Decido aflojar y dar marcha atrás.

—¿Os conocisteis en el hospital porque tenías algún familiar enfermo que estaba en la misma planta que ella? —Engullo otro trozo de tarta. Entonces, para mi sorpresa, veo a Will sonreír por primera vez. Es un gesto casi imperceptible, la comisura derecha de su boca se alza despacio y luego recupera el rictus habitual, como si nunca hubiese ocurrido. Pero ha pasado. Y ha sido electrificante.

—No.

—¿Hubo algo entre vosotros...?

—No. Y déjalo estar ya. El cómo no es tan importante, quizá deberías empezar a plantearte el porqué —gruñe; luego, se acerca a la barra para pagar y da la conversación por finalizada.

No hablamos durante el camino de regreso hasta que frena delante de mi casa. Y justo ahí, subido en la moto y fumándose un cigarrillo, me espera Tayler. Alza la vista hacia nosotros y frunce el ceño antes de dar una última calada.

—Entonces, ¿cuándo volveremos a vernos? —Te mandaré un mensaje —dice Will. —De acuerdo. Supongo que... gracias.

Se muestra igual de inexpresivo que de costumbre mientras salgo del vehículo y cierro la puerta. Unos metros más allá, Tayler baja de la moto, se acerca con paso decidido y me rodea la cintura antes de darme un beso. Su olor, el de la colonia que todos los chicos del instituto usaban cuando se puso de moda hace unos años, me reconforta. Es el efecto anestésico de aquello que resulta familiar.

Cuando me separo de Tayler, el coche de Will ya se aleja calle abajo. —¿Quién era ese?

—Un amigo —digo. Tayler asiente y pregunta: —¿Vamos a mi casa?

Acepto el casco que me ofrece para montar tras él en la moto. Me planteo entrar en casa y avisar a mis padres de que llegaré tarde, pero luego pienso: ¿es realmente necesario? Mamá estará delante del televisor y papá se habrá quedado en la oficina haciendo a saber qué y con quién. Ni siquiera se percatarán de que llevo la misma ropa cuando regrese por la mañana y, probablemente, darán por hecho que he dormido en casa del abuelo.

La vida es mucho más sencilla cuando eres invisible.

Dos de la madrugada.

Todo está a oscuras, pero consigo encontrar mi camiseta a los pies de la cama. Tropiezo con un mueble y me muerdo la lengua para no gritar. La luz de la farola de la calle se cuela en la habitación y distingo el cuerpo de

Tayler tendido boca arriba. Envidio su cerebro: lo imagino lleno de pliegues huecos y sinuosos. Me gustaría ser capaz de dejar la mente en blanco para dormir tan profundamente como él.

Salgo a la calle. No tengo la bicicleta porque llegué en moto, así que camino a solas en mitad de la madrugada. Mis pasos resuenan entre el silencio tan solo interrumpido por algún coche esporádico o los ladridos de los perros del vecindario que piensan que soy una intrusa.

Quizá sea cierto.

¿Y si soy una intrusa de mi propia vida?

## 6

### ***No hay brújula que valga***

El sábado por la noche es la despedida del abuelo. Mamá se une al plan y vamos a cenar a su casa temprano. En apenas unas horas, a la mañana siguiente, cogerá un avión que lo llevará directo a Florida y, por primera vez en su vida, no tendrá responsabilidades. Solo deberá preocuparse por su felicidad. Me pregunto cuánto tiempo lleva deseándolo. Quizá sea cierto eso de que todos tenemos secretos.

—¿Estás nervioso, abuelo?

—Solo espero acostumbrarme al clima.

—El buen tiempo nunca es un problema.

—¿Llevas la medicación para el corazón? —interviene mi madre mientras saca los cubiertos del cajón—. También ropa de abrigo; por mucho calor que haga por allí, seguro que refresca al anochecer. Y no olvides llamar en cuanto llegues...

—Rosie, tranquilízate.

Nos acomodamos alrededor de la mesa de la cocina, que es más pequeña que la del salón y perfecta para nosotros tres. Para este adiós, aunque sea un viaje temporal, el abuelo ha preparado lo más típico de Nebraska, así que comemos sándwiches Reuben con salsa rusa y pepinillos en vinagre mientras bebemos gaseosa.

—¿Dónde está papá? —pregunto.

—No lo sé —murmura mi madre.

Después, el abuelo empieza a hablar sobre algo de actualidad que ha salido en las noticias y yo me distraigo cuando me suena el teléfono móvil.

Will: Te recojo mañana a las diez.

Grace: ¿Al decir a las diez te refieres a las diez y veinte? ¿Y no podrías haberme avisado antes? Apenas faltan unas horas.

Mi madre me pregunta si quiero repetir, pero niego con la cabeza. Me levanto para dejar el plato en el fregadero y cuando vuelvo a la mesa veo que tengo otro mensaje.

Will: Coge tus patines.

Grace: No sabía que tuvieses sentido del humor. Porque imagino que esto es una broma, ¿no?



Will: No.

Trago saliva con fuerza, sosteniendo el móvil aún en la mano, sopesando qué responder. El abuelo percibe mi inquietud.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí, perfectamente.

Grace: Pues lo siento, pero no tengo patines. Seguro que podremos hacer cualquier otra cosa.

Will: Tu hermana escribió una nota en la que comentaba

que dirías justo eso.

Te transcribo sus palabras:

«Los patines están en el baúl

verde que hay al fondo del desván».

De nada.

Me gustaría contestarle que es idiota, pero hago el esfuerzo de recordar que tan solo es el mensajero. Un mensajero poco compasivo. Si supiera lo que me está pidiendo... Si me conociera tan solo un poco...

—¿Grace? —insiste mi madre. —Perdona. ¿Qué decías? —¿Quieres un vaso de leche? —Sí, gracias.

Tengo la extraña sensación de que el resto de la velada transcurre como a trompicones: el abuelo gruñe por lo bajo en un par de ocasiones ante la desmesurada preocupación que muestra su hija y yo intento prestar atención a la conversación, pero lo hago a medias porque tengo la cabeza en otra

parte. Finalmente, cuando nos levantamos para irnos, mamá va a coger su abrigo y me quedo a solas con el abuelo.

—Ven aquí, Grace. —Sus brazos me envuelven como hacía cuando era pequeña y me caía o volvía llorando del colegio—. Sé una buena chica en mi ausencia. Y sigue las instrucciones: era importante para tu hermana. —Ya, bueno, lo intentaré...

—Seguro que no es difícil.

—Si supieras... —Miro por encima del hombro hacia las escaleras que conducen a la segunda planta para comprobar que mamá no nos escuche—. Tuve que ir a uno de esos grupos de autoayuda que parecen sacados de los ochenta.

El abuelo no se muestra impresionado y dice:

—Lo sé. ¿Quién crees que llevó a Lucy cuando se empeñó en ir a ese sitio? Pero, si me permites un consejo, deberías dejar de mirar tanto hacia atrás en busca de respuestas y centrarte en lo que sí puedes hacer. Y hablando de eso, tengo algo para ti. Toma.

Se saca del bolsillo un círculo pequeño de madera que, visto de cerca cuando lo tengo en la mano, resulta ser una brújula tallada con todos los detalles.

—Gracias, aunque no sé si será muy precisa. —Hundo la uña en una zona con relieve—. Es broma. Me encanta, de verdad.

—Simboliza precisamente eso, Grace.

—¿El qué?

—Que no hay brújula que valga para la vida y ha llegado la hora de que empieces a guiarte siguiendo tu instinto. El problema es que no te escuchas. Abro la boca con una réplica preparada, pero entonces los escalones crujen ante el regreso de mamá. Nos despedimos del abuelo. Intento no pensar en lo mucho que voy a echarlo de menos porque, tras la fachada de indiferencia, noto que me escuecen los ojos.

Volvemos en coche, aunque tan solo unas manzanas separan ambas casas. Cuando mamá aparca delante de la nuestra, permanecemos en silencio sin salir del vehículo.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí, es solo... Olvídalo. —Sacude la cabeza, luego me mira con atención y eso es raro y resulta incómodo—. ¿Te has hecho otro agujero en la oreja?

—Sí. Hace dos meses. —Ah. Te queda bien. Asiento y abro la puerta.

Encuentro a mi padre en la cocina, delante de la ventana, con una copa de algo amarillento en la mano. Me pregunta qué tal lo hemos pasado, comenta algo sobre que lamenta no haber podido asistir por culpa del trabajo y bebe un trago largo. Durante toda mi vida he oído a la gente hablar sobre la belleza de mi padre y lo mucho que me parezco a él en los gestos; «es por la mirada —dijo una vez una vecina—, es una mirada que se hunde en la carne y más allá». Esa apreciación me pareció algo siniestra, pero no dije nada al respecto. Sin embargo, ahora que lo observo en la penumbra, tan solo veo a un hombre cansado y bastante gris, con bolsas bajo los ojos, el cabello ligeramente plateado y la piel cenicienta.

—Buenas noches, papá —digo.

—Buenas noches, saltamontes.

Así era como me llamaba cuando era pequeña, porque decía que nunca estaba quieta, pero tampoco parecía tener claro a qué lugar quería ir.

Es curioso: ahora me siento igual.

Lo pienso tras tumbarme en la cama con la brújula de madera en la mano. Vuelvo a palpar el relieve con los dedos e imagino al abuelo haciéndola solo para mí en el pequeño taller que aún conserva en el garaje de su casa. Sería liberador saber cuál es la dirección correcta y tomarla sin volver nunca más la vista atrás.

Tardo un rato en decidirme, pero al final cojo aire y voy hasta el desván. Escucho a mis padres discutir en el piso de abajo mientras me interno en ese lugar lleno de polvo y recuerdos. Aquí están todos mis peluches y los juguetes que usábamos de niñas, bolsas llenas de ropa y regalos, como vajillas o pequeños electrodomésticos, que apenas llegamos a usar. Descubro el baúl verde el fondo. Aunque Lucy no lo hubiese especificado, sabía perfectamente dónde estaban mis patines de hielo. Quito algunas cajas que hay encima y después abro la tapa, que cruje de forma desagradable. Está todo exactamente como lo dejé un día cualquiera hace bastantes años, cuando comprendí que es mejor no ver aquello que nos hace daño. Deslizo el dedo por una de las cuchillas del patín.

Y sonrío. Pero es una sonrisa temblorosa.

Ya es tarde cuando la casa se queda en silencio y salgo por la ventana de mi habitación al tejado. Hace frío y llevo un plumífero de color morado oscuro. Me siento en ese pequeño espacio desde donde pueden verse las casas de alrededor, casi todas con las luces apagadas, y la hilera de farolas que brillan en la infinitad de la noche.

Saco el móvil y escribo un mensaje con los dedos entumecidos.

Grace: De acuerdo, lo haré. Will: Bien.

No ha tardado ni un minuto en responder. Contemplo ensimismada el vaho que sale de mi boca y que se desvanece poco después. A veces imagino el mundo como un lugar lleno de personas y partículas, partículas y personas, todas muy juntas formando algo compacto, pero, al mismo tiempo, tan distanciadas emocionalmente que nadie diría que pertenecen a la misma especie. Creo que a eso se le llama «soledad». Es una palabra que encierra cierta densidad y me recuerda al petróleo, no sé por qué. Pero también a la belleza y la paz de un glaciar desierto y jamás pisado por el hombre.

Vuelvo a escribir:

Grace: ¿Qué haces despierto a estas horas? Will: Llegué hace poco del trabajo.

Tampoco suelo dormir demasiado.

Grace: ¿Elección o maldición? En cualquier caso,

he comprobado que las personas moradas sufren problemas de sueño.

Will: Explícame eso.

Grace: Tengo el don de poder adivinar de qué color es el aura de la gente.

Y contigo no tuve dudas. Will: Buenas noches, Grace.

No parece muy impresionado, la verdad. Suspiro y me guardo el teléfono en el bolsillo de la chaqueta. Me quedo allí un rato más hasta que me aburro de mis propios pensamientos enredados y entro en la habitación para acostarme.

***¿Qué quieres ser de mayor?***

Will aparece a la hora acordada y ni siquiera apaga el motor del coche antes de bajar la ventanilla y pedirme que suba. Dejo los patines en el asiento trasero, junto a los demás trastos, mientras él acelera como si tuviese prisa por llegar a nuestro destino.

—¿Cuánto tiempo llevas sin limpiar el coche? Porque tienes un montón de cachivaches y está claro que lo de «cinco plazas» en este caso resulta casi sarcástico...

—Métete en tus asuntos, Grace.

Lo ignoro y cojo un libro.

—Raymond Carver. ¿Lo has leído? —Él asiente—. Es bastante inquietante. Y un poco como todo en la vida: impacta más por lo que no dice que por lo que dice.

Will no contesta y se limita a seguir conduciendo. La decepción trepa por mi garganta. Supongo que, como en uno de los cuentos del libro que tengo en la mano, me hubiese gustado tener con él una conversación extravagante que paliase por un momento la curiosidad y la soledad. Pero quizá sea mejor seguir su ejemplo y mantener las distancias. Así que, a pesar de distinguir otros nombres interesantes desperdigados aquí y allá, como Fitzgerald o Joan Didion, no digo nada más.

La pista de patinaje está en el pueblo de al lado, enfrente del único centro comercial de la zona. Lo sé bien porque, cada vez que había entrenamiento, mis padres tenían que llevarme hasta allí, y aquello se convirtió en un problema cuando dejó de ser un pasatiempo y comencé a competir a nivel estatal. Pero hablar de eso sería como leer las últimas

páginas de una novela negra, así que antes debería rebobinar e ir al principio.

La primera vez que me deslicé sobre el hielo fue casi de manera accidental. Lucy cumplía diez años y estaba pasando una buena época, así que nuestra madre decidió darle una sorpresa e invitó a sus tres mejores amigas del colegio a merendar y a pasar la tarde en la pista de patinaje. Yo fui con ellas, claro. Bebimos batidos de chocolate y luego alquilamos los patines. Lo que ocurrió fue lo siguiente:

Ellas se lo pasaron en grande.

Yo entendí lo que un pájaro sentía al volar.

Lo primero que pensé al deslizarme sobre el hielo fue que no existía resistencia alguna que se interpusiese en mi camino. Lo segundo tuvo que ver con la libertad, incluso a pesar de que a los siete años no podía comprender en toda su plenitud el significado abstracto de esa palabra. Sin embargo, aquella tarde descubrí que una puede sentir cosas a las que es incapaz de ponerles nombre. Así que fui un ave pequeña y rapaz mientras me movía por el hielo y el frío me azotaba la piel; no me importaron las caídas que me dejaron varios moratones ni las risas de mi hermana y sus amigas, que no parecían interesadas en patinar y pasaron el rato sujetas a la barandilla que rodeaba la pista.

Esa noche, durante la cena en el comedor, pregunté: —¿Cuándo volveremos a la pista de patinaje? —No lo sé, Grace. —Mamá sirvió más agua. —Pero necesito que me des una fecha. —¿Para qué?

—Para apuntarla en el calendario.

—Ya veremos, cariño.

Ignoré a mi madre para probar suerte con papá. Cada vez que quería conseguir algo usaba la técnica de ir de uno a otro y, si al final no lograba nada, acudía al abuelo.

—Papá, tú siempre dices que debemos tener metas.

—Claro que sí, saltamontes.

—Quiero ir a la pista de hielo.

—Alguien ha perdido un tornillo. —Lucy soltó una risita que ahogó ante la mirada de advertencia de mamá. Luego apartó un trozo de brócoli

con el tenedor y me dijo—: Tampoco ha sido para tanto, si te interesa mi opinión.

—No me interesa —repliqué sin mirarla.

—Basta —intervino papá—. Grace, te llevaré si haces tus tareas semanales. Ya sabes: sacar la basura, ordenar tu habitación, poner la mesa, hacer los deberes...

—El profesor de Historia dice que eso se llama «esclavitud».

Lucy sonrió al oír mi respuesta y a mí se me contagió el gesto. Una vez leí en algún sitio que hay gemelas que tienen la capacidad de sentir lo mismo que la otra experimenta y, desde entonces, siempre me he preguntado si el hecho de haberle donado células a mi hermana estaría relacionado con lo fácil que nos resultaba sincronizarnos, incluso a pesar de lo distintas que éramos. A veces, cuando tenía un mal día, me bastaba que ella estuviese de buen humor para darle un giro a mi estado de ánimo, o viceversa.

Recuerdo aquella insólita conexión cuando Will aparca el coche delante de la pista de patinaje. El cartel, que está descolorido, ha vivido épocas mejores.

—Creo que está cerrado —digo.

Él no contesta antes de bajar del coche, así que lo sigo con resignación. Se acerca a la puerta e intenta abrirla en vano. Llama con la mano. Empuja con el hombro. Me sorprende que el cartel de «Se alquila» no lo desanime. —¿Qué pretendes? —le pregunto.

—Mierda. —Will se pasa una mano por el pelo y mira alrededor, como si esperase que en cualquier momento apareciese alguien dispuesto a abrirnos—. ¿Y ahora qué?

Con desgana, me cruzo de brazos delante de él. Cualquier cosa mejor que dejar entrever el alivio que me invade por no tener que ponerme los patines.

—No lo sé, dímelo tú. Al fin y al cabo, eres «el mensajero». Todavía estoy intentando entender por qué mi hermana te eligió para hacer todo esto.

—Pues ya somos dos —replica irritado.

Es tan morado... Profundamente morado.

Una de las características de este color es el perfecto equilibrio que mantiene entre el rojo y el azul. Y el control. El poder. La arrogancia. Bajo

la primera capa de melancolía, Will tiene un poco de todo eso. Quizá explique lo mucho que le cuesta flexibilizar y buscar alternativas; es alguien de ideas fijas.

—No creo que sea el fin del mundo. ¿Cómo funciona el juego? —Son... Son una serie de casillas...

—Pues avancemos a la siguiente.

—Está bien, pero tendremos que dejarlo para otro momento. —Mira a su alrededor—. ¿Te apetece que busquemos un sitio para tomar algo? Creo que nos iría bien a los dos.

Nos dirigimos al centro comercial. La mayoría de las tiendas siguieron los pasos de la pista de patinaje y echaron el cierre hace tiempo, lo que le da a todo un aspecto decadente, pero encontramos una cafetería abierta. Contemplo a Will mientras él lee la carta. Es atractivo de una manera demasiado obvia para mi gusto. Siempre me he preguntado qué sentirá la gente que es guapa, lo sabe y lo usa en su beneficio. ¿Se admiran delante del espejo o también tienen complejos e inseguridades que el resto no percibimos? Y en el caso de que así sea, ¿tienen derecho a sentirse de esa manera con el regalo que el destino les ha dado? ¿De qué depende que alguien sea bendecido con la belleza? Es más: ¿qué demonios es la belleza? —¿En qué estás pensando?

Su voz áspera y profunda me sacude. Él ha dejado la carta de precios sobre la mesa y me está mirando. Lo hace de verdad. Y diría que la pregunta también es sincera. Estoy tan acostumbrada a pasar inadvertida que me descoloca un poco. Trago saliva.

—¿No te resulta extraño que estemos compartiendo algo tan íntimo sin saber apenas nada el uno del otro?

Will se encoge de hombros.

—Define «íntimo».

—Mi hermana me ha dejado una especie de misión póstuma y tú eres un completo desconocido.

—¿Te sentirías mejor si te dijese mi talla de zapatos, la edad que tengo o cuál es mi comida favorita?

—No me importaría saberlo.

El camarero se acerca mientras nos miramos con una intensidad que está fuera de lugar. Él termina apartando la vista.

—Tomaré el revuelto del día.

—Para mí un café, gracias —digo.

El silencio nos rodea hasta que Will lo rompe con un leve carraspeo. Luego, murmura entre dientes:

—La 44, tengo veinticinco años y me gusta el queso.

—Si hasta puedes ser simpático...

Will sonríe mientras nos sirven el pedido. Su plato tiene un aspecto delicioso y él está hambriento, porque empieza a comer de inmediato.

—¿Y qué hay de ti?

—¿De mí? —repito.

—Sí. ¿De qué iba todo eso de la pista de patinaje? ¿Un *hobby* compartido con tu hermana o algo así?

—No, Lucy odiaba patinar.

—¿Entonces?

Y comprendo que es el momento decisivo. Cuando conoces a alguien, existe un instante concreto en el que sostienes la puerta entreabierta y tienes que elegir si quieres cerrarla o abrirla. Yo estoy acostumbrada a dar portazos. Les dejo ver algo por una pequeña rendija, pero luego siempre termino girando la llave que descansa en la cerradura antes de que puedan distinguir las entrañas más allá de la piel. Nunca he tenido la sensación de que alguien «lo sepa todo de mí», no he sentido esa complicidad con ningún otro ser humano; ni siquiera con mi hermana, a pesar de lo cerca que estábamos. Y la idea de que nadie pueda ver a la verdadera Grace Peterson resulta asfixiante y reconfortante al mismo tiempo. Hay un vacío, sí, un vacío similar al hueco que permanece cuando un pantano se seca, pero también es la forma más sencilla de vivir segura dentro de la fortaleza que he ido construyendo ladrillo a ladrillo, sin hacer paradas para descansar y tomar aliento.

Sin embargo, en esta ocasión vacilo.

No sé por qué. Quizá se deba a que Will parece ser una especie de fantasma que ha aparecido de la nada. O a que no nos conocemos, ni siquiera de vista, así que al mirarlo solo veo un folio en blanco. Puede que, a pesar de que hay algo en él que me mantiene alerta, considerar que su aura es de mi color preferido allane el camino para que abra la puerta de golpe.

Así que, en lugar de atajar el tema inventándome alguna tontería, digo:

—Cuando era pequeña, conseguí que me apuntasen a clases de patinaje. Me encantaba. Y se me daba bien. Con el paso de los años, empecé a competir a nivel estatal. Entrenaba en la ciudad, de manera que mis padres hacían malabares para poder llevarme hasta allí. Tenía quince años cuando me ofrecieron participar en una competición nacional, pero nunca llegué a intentarlo porque, una semana antes, durante un campeonato en Omaha, mi hermana se puso enferma. La encontramos casi inconsciente al volver a casa por culpa de una infección urinaria severa. Recuerdo que llamamos a la ambulancia, se la llevaron al hospital y mi madre no dejaba de decir que no deberían haberla dejado sola mientras se llevaba las manos a la cabeza... —Omito que toda mi alegría tras ganar aquel certamen se convirtió en una culpabilidad viscosa—. Entonces comprendí que el patinaje sobre hielo no era prioritario, así que metí los patines en el baúl verde del desván y dejé de entrenar. Fin de la historia. ¿Me dejas probar el revuelto?

Sin dejar de mirarme, Will desliza el plato hacia mí. —Yahora tu hermana quiere que vuelvas a patinar. —Un poco siniestro, ¿no crees?

Agradezco que Will se mantenga casi inexpresivo, como si estuviésemos hablando del tiempo atmosférico o de algo trivial, aunque creo que puede percibir que esto es importante para mí. Ahora que las palabras ya no pesan y parecen flotar entre nosotros, tengo que admitir que resulta bastante liberador.

—Depende de la perspectiva —dice.

Ya está. No me suelta un discurso esperanzador sobre las verdaderas intenciones que Lucy podría tener ni se esfuerza por hacerme cambiar de idea. Y eso me gusta.

—Creo que empiezo a entender por qué creó este juego. Mi hermana siempre estaba fantaseando, ¿sabes? Quiero decir que imaginaba vidas paralelas. Yo también lo hago a veces. La cuestión es que Lucy pensaba que desperdiciaba el tiempo.

—¿Y lo haces?

—Es un concepto un poco ambiguo, ¿no crees? ¿Cómo medir lo mucho o poco que cada uno aprovecha su vida? Para algunos quizá la felicidad sea sentarse todos los días en el mismo banco a leer una novela y otros necesiten tirarse en paracaídas.

—Podrías dejar de hablar en tercera persona y hacerlo en primera.

—Qué cotilla eres, Will Tucker —replico evitando sonreír.

Él sí lo hace. Por segunda vez, sus labios se estiran y yo me fijo en que son finos y el superior tiene una curva pronunciada que le da un cariz travieso, como si quisiese decir «hasta besar puede resultar aburrido por culpa de los excesos».

—Solo me intereso por mis obligaciones.

—No soy tu obligación, eso que quede claro —puntualizo—. Y, sinceramente, no lo sé. ¿Quién puede estar seguro de si está aprovechando su vida? ¿Tú, acaso?

—No hablábamos de mí.

—Pues ahora sí.

Will lanza un suspiro y me mira como si fuese un rompecabezas que quisiese resolver. No se ha terminado la comida y tiene los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿A qué te dedicas?

—Hoy, en este instante, soy cuidadora de perros.

—Cuidadora de perros... —repito despacio.

—En realidad, solo cuido de un perro. Esta tarde tengo que ir a darle un paseo y dejarle comida. Pero he tenido varios trabajos en lo que va de año. No se me da bien conservarlos, como imaginarás. Creo que todo este asunto de los empleos y el dinero y demás es de lo más opresivo.

—¿En qué sentido?

—Pues en todos. Ya en la más tierna infancia la gente se empeña en preguntarte qué quieres ser de mayor. ¿No te molestaba? Yo una vez le contesté a la vecina: «Quiero ser un tiranosaurio que aplaste cabezas», y ya nunca volvió a interesarse por mi futuro laboral. Lo que intento decir con esto, y estarás de acuerdo conmigo, es que decidir a qué quieres dedicarte cuando apenas has vivido unos años es una estupidez.

Will me mira tan fijamente que resulta incómodo.

—Y toda esta conversación surge a raíz de lo del patinaje.

—No, no, nada de eso. Hablábamos de... —Permanezco pensativa unos segundos y un gesto de satisfacción se dibuja en su rostro—. Bah, ¿sabes? No importa. Si lo que estás pensando es que mi sueño era ser patinadora hasta que se truncó y por eso parezco tan resentida, te equivocas. Me gustaba, sí. Pero recuerda lo del tiranosaurio: ya de pequeña tenía la misma opinión sobre el tema. Y ahora te toca a ti.

—¿Qué me toca?

—Pues exponer tu causa.

—¿Quieres abrir un debate?

—Quiero saber qué opinas sobre esto.

—Veamos... —Will se muerde el labio inferior y, por la manera en la que lo hace, cualquiera podría pensar que ha ensayado el gesto delante del espejo muchas veces—. Yo no tuve muchas dudas. A veces sencillamente te gusta algo y vas a por ello.

—¿Y qué te gustaba a ti?

—¿Quién cotillea ahora?

Pongo los ojos en blanco, me levanto y me subo la capucha de la sudadera; es lila y en la espalda pone: «¿Qué demonios estás mirando?». —Olvídalo. Tienes razón, no me importa.

No hablamos durante el camino de regreso, aunque en esta ocasión el silencio no resulta incómodo. Nos acompaña una canción llamada *Hummingbird* que cesa cuando frena delante de mi casa. Entonces, saca un sobre de la guantera y me lo da.

—Es de Lucy —aclara al ver mi expresión.

Logro contener la impaciencia mientras Will me asegura que pronto me dirá el próximo paso después del fiasco con la pista de patinaje. Nos despedimos y, en cuanto entro por la puerta, rasgo el papel y saco la nota que se esconde dentro.

## 8

### ***¿Con quién estás enfadado?***

Mr. Flu es uno de esos perros que pasea con la lengua fuera y que no deja de tirar de la correa, así que acabo trotando la mitad del trayecto para seguirle el ritmo, aunque en algún lugar leí que lo correcto sería mostrarme firme y alzarme como la líder de la manada. Pero es mi primer día, así que logro a duras penas regresar a casa de la señora Rogers entre empujones y tras permitir que el animal lamiese los restos de un helado que había en el suelo porque ha sido más rápido que yo.

Una vez allí, mientras él devora su ración de pienso, contemplo la espaciosa cocina llena de muebles blancos impecables. Me gustan las casas ajenas. No las propiedades como tal, sino el hecho de pensar que, momentáneamente, su intimidad me pertenece. Podría echar un vistazo en la despensa para averiguar qué come Anne Rogers o abrir el cajón de su escritorio, ¿quién sabe? Las posibilidades son infinitas.

Sin embargo, permanezco al lado de Mr. Flu.

Luego, el día se convierte en una sucesión de horas encadenadas entre sí que dan paso a una semana monótona que podría resumirse en la ausencia de mi padre, los silencios de mamá delante del televisor, alguna llamada esporádica del abuelo, una noche en que salgo con Tayler y su grupo de amigos a beber cervezas y poco más.

El jueves se despereza tras un cielo anaranjado con nubes.

Vuelvo a leer la nota de Lucy para convencerme de que lo correcto es hacerle caso, pero, sinceramente, si la tuviese delante le diría cuatro cosas. Porque en lugar de dejarme una carta emotiva o especial recordatorio, por ejemplo, alguna anécdota de cuando éramos pequeñas, lo único que tengo en las manos es la prueba material de que el deseo de mi hermana es que

siga asistiendo a las reuniones grupales. Y me gustaría mucho decirle: «No, no pienso hacerlo, porque es una pérdida de tiempo», pero está muerta. Así que no es una cuestión que pueda discutir con ella, tan solo aceptarla.

Lo único que añadió tras esa petición fue: «*Recuerda cómo se llama el juego, Grace. Imagina un mapa lleno de carreteras, aunque en este caso no hay una ruta correcta, todas conducen a un destino diferente. En el trayecto habrá zonas pedregosas, pero debes recorrerlas para dejarlas atrás. Con el dolor ocurre lo mismo: no hay que rodearlo, sino atravesarlo*».

Por eso Will vuelve a recogerme el jueves.



—¿Lista para pasar una tarde divertida?

Lo fulmino con la mirada tras dejarme caer en el asiento del copiloto. Visto vaqueros oscuros, Converse moradas y una sudadera gris parecida a la que él lleva.

—Sé que no nos conocemos demasiado, pero creo que es mi obligación decirte que el humor no es tu punto fuerte, Will Tucker.

Parece bastante tranquilo mientras conduce y de vez en cuando me mira de reojo al tomar una recta larga. No hemos hablado en toda la semana, pero el ambiente dentro del coche es agradable, como si tras la última conversación en el centro comercial se hubiese creado una especie de camaradería entre nosotros.

—¿Una semana difícil? ¿Problemas con tu chico? Lástima que el efecto dure menos de cinco minutos. —No sé de qué «chico» estás hablando.

—Del que te besó el otro día cuando te dejé en la puerta de casa como si intentase marcar su territorio —aclara.

—Ah, ese. Ya.

Will me mira de reojo. —¿Acaso hay más? —A veces —contesto. —¿Te agobian las ataduras? —¿De verdad te interesa? —No.

—Bien.

Nos ignoramos mutuamente hasta que él aparca. Dice que esperará en la cafetería donde estuvo el otro día y asiento antes de salir del coche.

Recorro el pasillo. Oigo los murmullos. Llego al salón.

Todos esos ojos tristes se posan en mí y me pregunto si mi mirada también esconde una pena insondable como la que encuentro en ellos. Es posible, porque siempre he pensado que mi aura es azul: desdichada, quebrada, solitaria y pálida como el cielo al amanecer cuando aún está brumoso, justo antes de que los colores del día cobren fuerza y vibren.

Faith me sonríe con dulzura y me invita a sentarme. Una señora llamada Dona, que rondará los setenta años y tiene el pelo blanco recogido en una trenza, me pregunta si quiero café y le contesto que no, pero que gracias. Luego insiste con la limonada y termino aceptando tan solo para no parecer una desagradecida antipática.

—Como comentaba, hoy Adrien quería hablar sobre los detalles. Esas pequeñeces en apariencia que despiertan recuerdos inmensos en los que es fácil precipitarse.

—Fue por culpa de la tostadora —dice Adrien, que lleva una gorra de béisbol encajada en la cabeza—. En una ocasión, salimos a cenar a uno de esos restaurantes minimalistas que sirven porciones diminutas y acabamos bebiendo más vino de lo habitual. Al llegar a casa de madrugada seguíamos hambrientos, así que Kate, mi mujer, decidió hacer unas tostadas con mantequilla de cacahuete y, cuando el pan saltó, se asustó tanto que se cayó al suelo. Acabamos allí los dos, borrachos y con un ataque de risa. Fue una noche fantástica, la verdad, como volver un poco a esa adolescencia que ya nos quedaba tan lejana. Lo pasamos estupendamente. Así que hace dos días, el martes, resulta que decido cenar un sándwich de queso, saco la tostadora y meto las rebanadas en las ranuras. Sigo a lo mío mientras escucho la radio y, de pronto, ¡clac!, el temporizador llega a su fin, salta el pan y el recuerdo de aquella noche me sacude como un huracán. Fue terrible. Terrible. No podía dejar de llorar. Y todo por culpa de la maldita tostadora.

Adrien se inclina para coger un pañuelo de la caja que descansa en el centro de la mesa y el resto de los presentes aplauden tras su intervención. Y así, uno tras otro, van abriéndose en canal.

Es un espectáculo grotesco y confortable, ambas cosas a la vez, por contradictorio que parezca. Me asombra que sean capaces de contar cosas tan personales y de hablar con tanta franqueza sobre los seres queridos que han perdido, pero, en realidad, conforme pasan los minutos, comprendo que en ocasiones resulta más sencillo hacerlo delante de desconocidos que con

tu propia familia. ¿No fue eso acaso lo que pensé cuando decidí ser sincera con Will y abrir la puerta que llevaba años cerrada y llena de telarañas? —¿Hay algo que te apetezca contarnos, Grace?

Faith tiene las manos en el regazo, sobre el vestido floreado que cae hasta sus rodillas. Desprende tanta ternura que me pregunto cómo puede vivir en Nebraska alguien que, claramente, parece hecha para estar en algún lugar luminoso cerca de la costa y no en este rincón por el que transitan huracanes y tormentas en plena primavera.

—No, creo que no.

—De acuerdo, entonces...

—Espera. Sí. Hay una cosa. No tiene importancia, pero estamos hablando justo de eso, de los detalles insignificantes en apariencia. —Tengo un nudo en la garganta por culpa de este impulso tonto que se ha apoderado de mí—. Lucy y yo no nos parecíamos en nada, aunque éramos iguales. Para mí tiene sentido. Siempre lo tuvo. Lo que quiero decir es que estábamos compenetradas; echo mucho de menos hablar con ella porque teníamos grandes conversaciones y, seamos sinceros, hay pocas cosas en la vida más difíciles que encontrar a otro ser humano con el que puedas hablar y hablar durante horas sin aburrirte ni sentir que estás perdiendo el tiempo. Y me encantaba ver películas con ella porque siempre las diseccionábamos, tanto para bien como para mal. Dejábamos el mando a distancia entre las dos y, cuando una quería comentar algo, la paraba. La mayoría de la gente odia eso porque solo quieren llegar al final de la cinta, como si la meta importase más que el camino. Pero nosotras no. También nos gustaba volver a ver nuestras favoritas y encontrar cosas que no habíamos percibido las primeras veces o sacar otras conclusiones. Nos encantaba la trilogía de *Antes del amanecer*. No sé cuántas veces hemos acompañado a Jesse y Céline paseando por las calles de Viena, París y Grecia, pero en una ocasión mi hermana paró la cinta y la rebobinó una y otra vez para oír lo que decía la protagonista: «Necesito los pequeños detalles, son el reflejo de cada uno de nosotros. Es lo que echo de menos constantemente. Por eso no se puede reemplazar a nadie, porque todos estamos hechos de pequeños y preciosos detalles». Y luego Lucy me preguntó: «¿Crees que es una tontería aferrarme a la idea de que, a pesar de todo, de estas células rebeldes y este sistema inmune débil, sigo siendo irremplazable?».

Trago saliva con la vista clavada en la moqueta.

—¿Y qué le dijiste? —pregunta Dona.

Todos aguardan con impaciencia como si estuviese a punto de revelarles un secreto aeroespacial. Inspiro profundamente. Podría contarles que aquello era una tontería porque, en este universo inmenso, somos tan insignificantes como una hormiga. Pero, entre el océano de tristeza, hay esperanza en sus ojos. Así que les miento, igual que le menté a Lucy en su día, porque necesito creerlo tanto como ellos y dentro del engaño hay una pizca de verdad. Puede que su existencia no cambiase el curso del mundo, pero sí lo hizo para las personas que la queríamos.

—Le dije que sí, que era irremplazable.

Luego me levanto precipitadamente en cuanto la sesión llega a su fin y, cuando advierto que Faith se acerca para hablar conmigo, agradezco que Adrien se interponga entre ambas al comentarle algo. Aprovecho la ocasión y salgo de allí, aunque, si fuese precisa, usaría el verbo «huir».

Camino calle abajo hasta la cafetería.

Will está sentado en la misma mesa, con un libro en la mano y una taza vacía al lado. Lo observo a través del cristal aprovechando que no levanta la vista. Por su postura, parece relajado: las piernas estiradas, un brazo sobre el respaldo del asiento y el otro flexionado para ir pasando las páginas. Pero su característico ceño fruncido delata que esa calma solo es un espejismo. Quizá sean las arrugas de la frente o la tensión en sus hombros lo que confunde cuando se trata de él; ni siquiera he decidido si me cae bien o mal, pero lo que sí sé es que despierta en mí algo extremo e intenso.

Se distrae de la lectura y fija la mirada en la mesa de madera hasta que me ve. Cuando lo hace, curva los labios con esfuerzo y el resultado es una mueca extraña.

Entro y me siento frente a él en el banco granate, pero no pido nada. —¿Qué tal ha ido?

—Podría haber sido peor, supongo.

—Sospecho que no eres de las que ven el vaso medio lleno.

—Punto para ti. ¿Y tú? ¿Eres optimista?

—En estos momentos de mi vida cogería el dichoso vaso y lo estrellaría contra la pared hasta hacerlo añicos. Espero que eso responda a tu pregunta. Apoyo los codos en la mesa y la barbilla sobre las manos mientras lo miro fijamente. Lo que me gusta de nuestra dinámica es que ninguno de los

dos considera al otro un bicho raro, aunque es evidente que somos dos círculos intentando encajar en un mundo lleno de cuadrados perfectos. —¿Problemas familiares? ¿Te rompieron el corazón? ¿O te presentaste

a un concurso musical de jóvenes talentos y no te cogieron?

Le brillan los ojos cuando sonrío.

—Has dado en el clavo. Interpreté una canción de los Backstreet Boys y me dieron puerta. Fue muy traumático.

—Retiro lo que te dije en el coche; tu sentido del humor es bastante aceptable, pero no lo suficiente como para distraerme y cambiar el rumbo de la conversación. Así que volvamos a la idea del vaso, el optimismo y todo eso. Percibo en ti cierto enfado...

—Entonces, no solo eres capaz de ver de qué color es la gente, sino que además crees que eres una de esas adivinas de feria —replica burlón. —Dime con quién estás enfadado.

Puede que sea porque nota mi determinación o porque está cansado de esconderse, pero cuando Will suelta un suspiro sé que he ganado esta batalla, aunque no la guerra.

—De acuerdo. Te lo diré si me explicas por qué piensas que soy morado y a qué viene todo eso de las almas...

—Las auras.

—¿No es lo mismo?

—No. —Me entra la risa y Will permanece en silencio observándome hasta que cierro la boca. Parece sorprendido. Probablemente sea porque es la primera vez que suelto una carcajada delante de él, algo que, a decir verdad, no hago muy a menudo. Ante el atento verde de sus ojos me siento desnuda—. El aura es la energía que desprendes.

—¿Y de dónde sacas esa idea? —No va a gustarte mi respuesta. —¿Por qué?

—Porque eres un escéptico, Will.

—Intenta convencerme, entonces.

—Cuando era pequeña, mi abuelo me regaló un cuento demasiado infantil para mi edad: explicaba los colores utilizando las emociones de las personas para hacerlo. Por aquel entonces, como me aburría en el colegio, pasaba el rato intentando deducir qué tonalidad podría corresponder a cada compañero. Un día se lo conté a Lucy y le encantó el experimento, así que,

desde ese momento, lo hacíamos juntas; analizábamos a sus amigas, a los chicos que le gustaban y a los vecinos. Es fácil deducir cómo es la gente que te rodea si te molestas en observarlos bien. En realidad, todos somos arcoíris, pero siempre hay un color predominante en cada uno de nosotros. —¿Y la conclusión es...?

—Que solo es un juego.

No le digo que siempre me he sentido atraída por el color morado; por la melancolía y la arrogancia, el misterio y la vanidad, la expiación, la magia y la fantasía...

—Las chicas Peterson tenéis un interés preocupante por los juegos... —Será por un exceso de imaginación.

—Eso me parecía. ¿Y por qué crees que mi aura es de color morado? —No tiene ninguna gracia que te dé todas las respuestas. Además, como bien has dicho, me gusta jugar, así que búscalo por tu cuenta.

—Eso es hacer trampa.

—Yo dicto las reglas.

La sonrisa de Will se torna más pronunciada y ahí, justo ahí, en la medialuna de sus labios, percibo un rastro oscuro y enigmático. Le gustan los retos. Sé que le gustan. Pero también creo que intenta contenerse con todas sus fuerzas.

—Vale. Entonces adivina tú con quién estoy enfadado. Acepto el esperado contraataque sin quejas ni reproches. —Con tu padre. Es bastante típico.

—No.

—Pues, una vez descartada esa opción, está claro que se trata de una chica. Tu novia, imagino. Déjame que haga una recreación: universitaria intelectual, porque a ti te gusta leer, de esas que visten con estilo sin necesidad de ponerse encima nada extravagante. ¿Gafitas de pasta, quizá? —Will me mira fijamente y permanece inmóvil—. Usa bolsos de piel clásicos tipo bandolera y siempre lleva encima alguna libreta y caramelos de miel. Seguro que habíais hecho planes para el futuro, pero, al final, la cosa no funcionó y tú acabaste con el corazón roto.

—No.

—Lo que no entiendo es por qué decidiste refugiarte en un lugar como Ink Lake para lamerte las heridas. Y sigues sin decirme de qué conoces a mi hermana.

—No es una ex —insiste.

—¿Se trata de tu madre? Espero que no sea nada relacionado con el complejo de Edipo, ya deberías haber superado esa etapa del desarrollo psicosexual.

—¿Nadie te ha dicho nunca que eres de lo más peculiar?

—Desde que tengo uso de razón.

«Pero tú también —quiero añadir—. Tú también tienes algo que te hace diferente, aunque aún no sé el qué, y por eso no me veo empujada a fingir cuando estamos juntos».

—¿Un amigo? —Vuelvo a la carga.

—No.

—Dame alguna pista.

Will ladea un poco la cabeza.

—Lo tienes delante.

—Así que lo que intentas decir...

—Es que estoy enfadado conmigo mismo.

Y, sin darme la oportunidad de indagar un poco más, finaliza la conversación con brusquedad cuando se levanta y camina hacia la barra para pagar la cuenta.

## 9

### *La vida monocromática*

—¿Seguro que las cosas están bien por allí?

—Sí, abuelo. Quédate tranquilo. Todo sigue... como siempre.

No añado que eso no tiene por qué ser bueno, claro, dado que él ya lo sabe. La situación en casa es tan tensa que la mínima sacudida podría hacer que todo se derrumbase. Tengo la sensación de que estamos caminando de puntillas, pero ¿cuánto tiempo puede alguien soportar hacerlo sin que los talones toquen el suelo?

—Recuerda pasar por mi casa para comprobar que todo esté en orden. Y puedes quedarte allí cuando quieras, ya lo sabes, tienes la llave. Pero nada de fiestas.

—Lástima, ahora que había comprado un cañón de espuma...

—Eres incorregible, Grace.

—Yo también te quiero.

Tras colgar, bajo a la cocina en busca de algo para picar. No hay gran cosa en la nevera ni en la despensa. Encuentro a mi madre sentada en el sofá con los ojos fijos en el televisor. Está viendo un concurso en el que varias parejas desnudas compiten por sobrevivir en una isla desierta.

—Qué interesante. —Ella se encoge de hombros—. ¿Vamos al supermercado? No hay leche ni mantequilla ni cereales. No hay apenas nada, en realidad.

—Lo siento. —Parece un poco aturdida—. ¿Necesitas dinero? ¿Has vuelto a perder el trabajo? Mi monedero está en la habitación, cariño. —Tengo dinero. ¿Quieres que te compre algo?

Mamá niega con la cabeza e intenta sonreírme.

—Si ves a Olivia, salúdala de mi parte.

—Claro.

Diez minutos más tarde, pedaleo con fuerza calle abajo. No dejo de pensar en el mensaje que recibí ayer de Will: «*El siguiente paso del juego: piensa en las cosas que te gustan y escríbelas en un papel*». Algo raro en mí, obedecí al instante. Me senté en el escritorio, cogí un papel y... ya está. Estuve más de una hora mirando por la ventana con la hoja en blanco delante y, al final, lo único que fui capaz de escribir fue: «Me gustan las golosinas que tienen picapica». Así que terminé rompiendo el folio en pedacitos muy pequeños que tiré a la papelería antes de meterme en la cama. Siempre me ha fascinado la palabra «anhedonia» porque es delicada, pero expresa algo trágico: la incapacidad para sentir placer. ¿Y si es eso lo que me sucede? ¿Y si estoy empezando a percibir los primeros síntomas? No recuerdo la última vez que me sentí satisfecha y en ocasiones no presto atención al fondo emocional de las cosas.

Quizá eso explique lo que ocurrió con Olivia. Debería haber insistido en hablar con ella otra vez después del malentendido. Debería haberla llamado días más tarde. Debería haber encontrado otra manera menos dura de mostrarle la realidad.

Sin meditarlo demasiado, me desvíó por un camino más largo para pasar por delante de su casa. Es una propiedad de tamaño medio con un jardín cuidado. Sé que ahora mismo Olivia no se encuentra dentro, sino a muchas millas de distancia, en Colorado. Nunca llegué a contarle a mi madre que el año pasado le concedieron una beca para realizar el curso de diseño de moda que llevaba tanto tiempo deseando hacer.

Se marchó, igual que el resto.

Me alejo en cuanto percibo movimiento tras el ventanal de la cocina. Conozco bien la disposición de la casa porque era el lugar donde me refugiaba por las tardes cuando el abuelo trabajaba y mis padres estaban con Lucy en el hospital.

Vuelvo a pedalear.

Siempre me gustó el término «mejor amiga». Tiene ese encanto infantil que hace que suene tierno, pero también un poco ridículo a partir de cierta edad. Cuando era pequeña y Olivia me llamaba así delante de las demás niñas de la clase o de sus padres, sentía que se me hinchaba el pecho de alegría. No era solo una amiga, sino la mejor, la más especial, la que elegía en primer lugar para hacer un trabajo en parejas.

Conseguía que no me sintiese invisible.

Supongo que por eso no me importaba que fuésemos tan distintas. Mi abuelo decía que le ocurría lo mismo con sus amigos de juventud: habían tomado caminos diferentes, ni siquiera vivían en la misma ciudad, pero sabía que si necesitaba algo lo tendría con tan solo levantar el teléfono. Siempre me ha encandilado esa fidelidad anidada, como ocurre con la familia: a veces el cariño va más allá de las cosas que tienes en común con alguien.

Pero hasta los lazos más prietos pueden romperse.

Antes de llegar al supermercado, paso por delante del local donde trabaja Will, que a estas horas permanece cerrado. «¿Lo he hecho con la esperanza de verlo de refilón?». Prefiero no saberlo, así que aparto ese interrogante antes de continuar.

Compro lo básico porque tiene que caberme en la mochila y después regreso a casa recorriendo las mismas calles y los mismos parques, parando delante de los mismos semáforos y cruzándome con la misma gente.

Mi vida es monocromática.

A las diez de la noche he conseguido meterme en un vestido diminuto y ajustado que en

realidad no me gusta y que combino con deportivas porque nunca he podido llevar zapatos de tacón más de quince minutos seguidos. Estoy sentada sobre el regazo de Tayler. Él fuma marihuana, dice algo sobre los increíbles neumáticos de su moto y me abraza por la cintura. Hemos venido a la fiesta que un conocido celebra en su casa. No sé su nombre, pero sí que la chica que está sentada a la derecha se llama Mia y trabaja de camarera en mi hamburguesería preferida, la que está casi a las afueras de la ciudad. Y a la izquierda, Nelson y Rick se ríen por algo que no llego a escuchar. Todos, incluidas las otras personas que nos rodean, son amigos de Tayler. No hay rastro de Sebastien y, sinceramente, es un alivio porque su presencia siempre me incomoda. En resumen, somos los integrantes oficiales del club de los perdedores, aquellos que nunca logramos extender las alas en busca de nuevos horizontes. Cada uno tuvo sus razones, supongo. Mia se quedó embarazada a los dieciséis, Rick es feliz trabajando en la granja de sus padres, Nelson tuvo una lesión y perdió

su beca deportiva y en cuanto a Tayler... sospecho que prefiere reinar en un territorio pequeño en lugar de no ser nadie en cualquier otro sitio.

¿Y cuál es mi excusa?

Pues, veamos, alrededor de los quince años no solo abandoné el patinaje sobre hielo, también empecé a mostrar cierta apatía por lo académico. Nunca he entendido el método de evaluación. Nunca se me ha dado bien prestar atención cuando algo no me interesa. Y nunca he conseguido formar parte de ese sistema estándar.

Mis intereses siempre han sido obsesivos, aunque limitados en el tiempo. Hace un par de años me dio por leer autores rusos y no hice otra cosa durante dos meses: desde León Tolstói, pasando por Dostoyevski, hasta Nikolái Gógol. Tuve una época en la que me obsesioné con Georgia O'Keeffe. Y a raíz de aquello quise dedicarme al arte, pero, para cuando conseguí reunir todos los materiales (pinturas, un caballete que me dejó un amigo de mi padre, un par de lienzos, aguarrás y demás), ya me había aburrido de la idea en sí misma.

En cualquier caso, aunque hubiese sido una alumna brillante, jamás me habría marchado de Nebraska mientras mi hermana estuviese aquí. —¿Queda ron? —pregunta Tayler.

—Mira a ver si hay en la cocina —contesta alguien con desgana. —¿Me acompañas?

Asiento y salimos del salón. La cocina es pequeña y hay una pareja dándose el lote al lado de la nevera. Tayler prepara dos vasos de ron con refresco de cola y, al final, los tortolitos se marchan, imagino que a una habitación en busca de privacidad.

Contemplo los brazos musculosos de Tayler, la barba de dos días, el aro plateado que cuelga de su oreja derecha y la permanente sonrisilla de chico malo que arquea sus labios. Es atractivo, pero no de una manera tan obvia como Will. Aunque iba tres cursos por delante de mí, igual que Lucy, sé que en el instituto las chicas lo idolatraban como si fuese un cantante de *rock*, porque era popular y peligroso; pero, ahora que han pasado más de siete años desde que él cerró esa etapa, más bien parece una de esas estrellas que apuntaban alto y al final se quedaron tan solo en el intento.

Creo que es porque, tras la fachada, no tiene nada que ofrecer. Y eso a los quince quizá no te importe. Pero a los veintitantos resulta decepcionante.

—Oye, Tayler.

—Dime, nena.

—Si te pidiesen que escribieses en un papel qué cosas te gustan de la vida, ¿qué te viene a la mente?

Estoy sentada sobre la encimera cuando se acerca con una sonrisa de las suyas, bebe

un trago largo y posa una mano a cada lado de mi cuerpo. —Tú, evidentemente.

—Ya, claro. —Suspiro con resignación hasta que otra duda me asalta—. ¿Y qué se supone que es lo que tanto te gusta de mí?

—Pues... tu culo. Y tu cara.

—Mira qué bien, por delante y por detrás. Soy una chica afortunada. —No mereces menos. —Me besa.

Está claro que no ha captado la ironía y se muestra confundido cuando me aparto y apoyo las manos sobre sus hombros para mantener la distancia. —En serio, intenta pensarlo, Tayler.

—¿El qué? —Coge su vaso.

—Lo que te he dicho: qué cosas te gustan de la vida.

Resopla como si la conversación le resultase de lo más absurda, y quizá lo sea, pero necesito averiguar si el resto del mundo también se siente igual de anestesiado.

—Pues no lo sé... —Se revuelve el pelo—. Me gustan las motos. Y los coches. Y la marihuana. Lo típico, supongo. También ese programa que ponen por la tarde, el de las parejas desnudas en la isla desierta. Y la comida picante.

Dejo de prestarle atención cuando el tema deriva hacia el concurso televisivo, aunque me bebo el ron a sorbitos pequeños mientras lo observo. Puedes mirar a alguien sin verlo de verdad, créeme. Todos lo hacemos constantemente.

Una hora después, o quizá dos, rechazo ir con Tayler a su casa y me marchó sola de la decadente fiesta. Me subo la cremallera del plumífero morado hasta arriba, pero el frío se manifiesta punzante en mis piernas solo cubiertas por unas medias finas. No he traído la bicicleta porque Tayler me recogió con la moto, así que avanzo a trompicones por las calles desiertas y oscuras de Ink Lake. Creo que estoy bastante borracha.

Probablemente por eso me desvíó del camino. Y la luz tras la puerta me anima a acercarme. Soy como una polilla en una noche de verano dando

vuelitas alrededor de una farola hasta que, al final, me decido a entrar en el local donde trabaja Will.

## 10

### *Dejarse ver*

Si tuviese que escenificar la canción que suena en el interior de Zinrock, lo haría mostrando un cementerio de elefantes bajo el tórrido sol. Es agónica pero absorbente. Igual que el local. Reina en su interior cierta decadencia que en lugar de resultar antiestética le da un toque singular, con la madera oscura y el titilar de las luces tenues reflejándose en las botellas de vidrio que llenan las estanterías que hay tras la barra.

Y justo ahí se encuentra Will, secando una copa con aire distraído.

El tipo de los tatuajes al que conocí semanas atrás está a su lado y es el primero en girarse hacia mí. Sonríe abiertamente al verme. Resulta evidente que están a punto de cerrar porque las mesas están vacías y ellos ya casi han terminado de recoger.

—Mira a quién tenemos aquí... —¿Grace? —Will me mira. —La misma. ¿Aún servís copas?

El otro chico le da un codazo a Will antes de reírse y cerrar la caja registradora con un



golpe seco. Se encoge de hombros y deja un manojo de llaves encima de la barra.

—Me da que esto va para largo, así que cierra tú. Recuerda apagar las luces —le comenta antes de fijar la vista en mí, que acabo de acomodarme en uno de los taburetes de madera que forman una fila irregular—. Por cierto, me llamo Paul. Encantado.

—Lo mismo digo.

Asiente con la cabeza, se pone una cazadora de cuero desgastada y sale del local. Después, cuando nos quedamos a solas, la intimidad del momento empieza a resultar perturbadora. O puede que, en realidad, lo imagine

debido a mi estado. Todo eso de que la bebida desinhibe es cierto. En ocasiones, casi puedo sentir el líquido deslizándose lentamente por la garganta como lava fundida y bajando más y más. Creo que, en algún instante, los sentimientos se me escaparon del corazón y se alojaron en el estómago.

Will seca un último vaso antes de mirarme.

—¿Qué quieres? —Va directo al grano.

—Es que estaba pensando..., estaba pensando mucho. Verás, aquello que me pediste sobre escribir las cosas que me gustan es una tontería tan enorme como Neptuno. O Saturno. Yo qué sé, ahora mismo no recuerdo cuál es el planeta más grande.

—Júpiter.

—Vale, pues eso. Es una estupidez así de grande.

—Si te interesa mi opinión, diría que le encuentro bastante sentido y encaja con el nombre del juego. «El mapa de los anhelos» tiene que ver con aquello que deseas.

—La cuestión es, Will, que tu opinión me da un poco igual. No te ofendas, es que nos conocemos poco. Quiero decir, me pareces interesante, pero solo en un plano superficial. Eres como mirar un cuadro de Cézanne, resultas atractivo a primera vista, pero si una no tiene una idea general sobre la historia del arte moderno no puede apreciar lo que está viendo de una manera significativa.

—Creo que me he perdido.

—Lo importante está en los detalles, como saber si te gusta el café fuerte y cuántas cucharadas de azúcar le echas, si crees en los fantasmas o qué estación del año te hace más feliz. Conocer a alguien es el arte de la anticipación. Y entre nosotros eso no existe, así que resulta un poco incómodo compartir contigo este ejercicio de autodescubrimiento o lo que sea que Lucy se propusiese.

Will se muestra imperturbable.

—Tú tampoco lo pones fácil.

—Es que da vértigo dejarse ver. En cierto sentido, a todos nos enseñan que lo más seguro es mantenernos escondidos dentro del caparazón. Instinto de supervivencia, lo llaman. ¿Te imaginas que cada uno dijese lo primero que se le pasase por la cabeza? El mundo sería un lugar caótico. En realidad, si lo piensas bien, todos somos actores profesionales.

—¿Y qué obra interpretas tú?

Will sonríe y apoya un brazo en la barra, muy cerca del mío. Intento contar los centímetros que nos separan: diría que hay unos trece. Y otra cosa más: tengo la piel erizada, pero me digo que es a causa del frío que hace allí dentro.

—La chica de las cerillas mojadas.

—¿De qué trata?

—Pues de una chica que parecía que iba a incendiar el mundo hasta que se dio cuenta de que no tenía nada para encender fuego.

—¿Y no le enseñaron el truco de los palitos en algún campamento de verano? Sería un buen giro de la trama —bromea Will sin dejar de mirarme. —Deberíamos dejar de hablar metafóricamente.

—Adiós a la diversión.

—Eso me recuerda que te pedí una copa al llegar.

—¿No has bebido ya suficiente?

—No. De algo dulce, por favor.

Al ver que Will ignora mi petición, decido rodear la barra y coger una botella de licor de cerezas sin pedir permiso. Me sirvo dos dedos en un vaso y vuelvo al taburete. Él me observa tan atento como siempre. Sus ojos brillan como vidrio esmerilado, viste una camiseta oscura con el cuello ovalado y algunos mechones de cabello resbalan por esa frente que frunce demasiado.

—Volvamos al asunto del juego. Podemos empezar por un par de cosas que sé que te gustan: desobedecer las reglas y divagar sobre todo y nada en particular.

—Tengo que darte la razón —digo.

—Bien. Pues sigamos. ¿Por qué no cierras los ojos, te relajas y dices lo primero que se te pase por la cabeza?

Valoro su oferta con detenimiento.

—¿Lo harías tú también?

—Dame una buena razón.

—Por lo que te he dicho antes sobre poder apreciar una obra de arte en toda su magnitud. Necesito verte para que tú me veas a mí. Además, es lo justo.

—La justicia según Grace Peterson.

—Sí.

Will suspira y sacude la cabeza. Tiene cierto encanto que siempre parezca contenerse antes de dar su brazo a torcer. Rodea la barra para salir, coge un taburete y se sienta a mi lado. A diferencia de los míos, sus pies sí tocan el suelo y, aun así, me mira desde arriba. Tiene una nariz orgullosa; muy recta, muy clásica. Y una mandíbula obstinada; cuadrada, de líneas marcadas. En contraste, usa una colonia suave. Seguro que tendrá un nombre tipo «agua de mar» o «aroma a glaciado». Como he bebido más de lo debido, me permito preguntarme cómo sería hundir la nariz en su cuello y olerlo.

—Está bien. Comencemos.

—Me gusta tu colonia —digo.

Él alza las cejas antes de deslizar la vista por el vestido ajustado que me puse para la fiesta. No se detiene ahí. Baja un poco más.

—Ya mí, tus zapatillas.

Aparto el vaso de licor a un lado porque, de pronto, prefiero estar despierta. Hago lo que propuso instantes antes: cierro los ojos y respiro profundamente. Me sobrevuela el recuerdo de una tarde de otoño, vestida con botas de agua y saltando en los charcos con Lucy.

—Los días de lluvia. Te toca.

—Los días soleados. —Sonríe.

—Ver como la mantequilla se derrite en una sartén caliente.

—Viajar —murmura.

—Me gusta la perseverancia de las moscas: el ser humano tiene mucho que aprender de ellas.

—Escarlar.

—Jugar a buscar las pepitas de las uvas con la lengua y luego masticarlas.

—Leer.

—Las películas raras de cine independiente, esas que cuando terminan te hacen preguntarte qué es exactamente lo que acabas de ver y se quedan contigo durante días.

—La música *rock* .

Sacudo la cabeza y suspiro.

—Will, creo que solo uno de los dos se está dejando llevar y esto no está funcionando. Como tú has dicho antes, deberías dejar de pensar. Estás siendo genérico. Las cosas que dices podrían representar a cualquiera. Te

gusta leer, bien, pero ¿qué exactamente? O, por ejemplo, ¿lo de viajar tiene que ver con la idea de alejarte de todo lo que conoces, de escapar de ti mismo o de alimentar una curiosidad insaciable?

Will reprime una sonrisa y se lleva una mano a la nuca. —Sería más sencillo si tú fueses una chica corriente. —Pero menos estimulante, admítelo.

Coge aire y se mueve. Su rodilla roza la mía. Podría apartar la pierna y supongo que él también, pero ninguno de los dos lo hacemos.

Veo la derrota en sus ojos.

—Está bien. Veamos... Me gusta la astronomía. —Hace una pausa y yo alzo una ceja—. Espera, déjame terminar. No solo me fascina la idea de lo desconocido e inalcanzable, también el hecho de que para volver a poner los pies en el suelo solo es necesario alzar la vista hacia el cielo durante un minuto o dos. Y todo vuelve a su lugar.

Le sonrío y, entonces sí, hay algo que fluye entre nosotros y empieza a crecer. La complicidad de lo diferente. La intimidad que encierran las palabras. Siempre me he preguntado cómo surgen los vínculos e imagino que debe de ser algo así: dos personas soldando piezas para formar una articulación flexible pero resistente.

Apoyo el codo en la barra y lo miro con diversión.

—Me gusta el amor del cine. Esas frases dichas en el momento perfecto, como «siempre

nos quedará París», «solo soy una chica parada delante de un chico pidiéndole que la quiera», o cuando Sally le dice a Harry «haces que sea imposible odiarte». Me encanta porque las películas duran un par de horas, como mucho, y durante ese espacio de tiempo todo es idílico. Un poco más, solo un poco, y los protagonistas empezarían a discutir sobre quién tiene que bajar a tirar la basura o el precio de la factura de la luz.

Will se ríe. Y es una risa cálida que disipa el frío y me abraza.

—Estamos de acuerdo en eso.

—Ya me lo imaginaba. Sigue.

—Mmm. —Juguetea palpando una veta de madera de la barra con la yema del dedo índice—. Me gusta la pasta con queso. Mucho queso. Una cantidad tan ingente de queso que a la mayoría de la gente le daría asco verlo. También las tortitas con miel y frambuesas que hace mi madre. Y la purpurina, pero nunca se lo he dicho a nadie. Cuando era pequeño, una

compañera con la que iba a clase me dio un bote y me quedé durante horas tumbado en la hierba haciéndolo girar para ver como brillaba bajo el sol. —Empiezas a parecerme interesante, Will Tucker.

—¿Debería sentirme halagado por eso? —bromea.

Ignoro la pregunta porque no estoy segura de que sea el momento para contestar que todo depende de sus intenciones. Rebusco en los rincones más recónditos de aquello que suelo retener y, tras vacilar unos segundos, dejo que salga.

—Me gusta inventar conversaciones ficticias en mi cabeza. Lo hago todo el tiempo. Solo en el silencio alcanzo las palabras exactas, esas que nunca salen en el momento adecuado, como si se atascasen en algún lugar entre los pulmones y la garganta. Así que cuando las encuentro me permito decir todo lo que callo. Hablo con mi madre y le confieso que, aunque sé que es egoísta por mi parte, me decepciona ver cómo se va desdibujando hasta desaparecer. O el hecho de que a veces olvide que no solo tuvo una hija y que yo sigo aquí, viva. A mi padre le digo que es un cobarde y que, cuando lo miro, tengo la sensación de estar delante de un completo desconocido. A los dos les recuerdo que no soy invisible. En general, mentalmente hablo muy a menudo con los miembros de mi familia y de vez en cuando con el resto del mundo. Puede que algún día también lo haga contigo.

Will se muestra tan serio y afectado que, en un primer momento, me arrepiento de haberle confesado algo tan profundamente mío. Quizá le parezca ridículo viniendo de alguien que tiene veintidós años. O puede que en realidad le dé igual, como al resto del mundo. De pronto, me entran ganas de buscar refugio en el licor de cerezas que antes he apartado a un lado, pero la suavidad de su voz me frena.

—Si algún día sientes el impulso de decirme algo, preferiría que lo hicieras en la vida real. Ya sabes, para poder preparar una réplica a la altura. Supongo que mi sonrisa puede verse desde el espacio.

—Lo tendré en cuenta, Will.

—Will «sin apellido», es todo un avance.

—Creo que esta noche te lo has ganado.

Él sacude la cabeza y se pone en pie. Capto la indirecta: la velada ha llegado a su fin. Me abrocho el plumífero y lo espero mientras comprueba

las luces. Luego nos azota el aire gélido porque la primavera no está dispuesta a dar tregua.

—Te llevo a casa —dice Will. —No me importa ir caminando. —Es un buen paseo y estás helada.

—El frío es bueno para la piel, lo oí en un documental soporífero sobre la vida en los países nórdicos y su manera de relacionarse...

Él abre la puerta cuando llegamos al coche y me mira.

—¿Subes o no?

—Si insistes...

Lo veo sonreír, pero no dice nada. La canción *Don't Forget About me* nos acompaña por las calles de Ink Lake hasta que aparca enfrente de casa. Contemplo la fachada que años atrás debió de ser moderna y que ahora se ha quedado anticuada.

—¿Te importa avanzar un par de manzanas? Mi abuelo vive un poco más adelante y prefiero dormir en su casa esta noche. Está de viaje, pero tengo las llaves.

—Como quieras. —¿Tú vives solo? —Sí.

—¿Dónde?

—En el parque de caravanas.

—Vaya. —¿Decepcionada? —Solo sorprendida.

En el otro extremo de la ciudad, justo al lado de mi hamburguesería preferida, algunas caravanas permanecen estacionadas como viejas piezas de Lego que un niño olvidó al hacerse mayor. Es la zona más deprimente de Ink Lake. Nadie quiere vivir dentro de una caja de zapatos en un lugar donde abundan los huracanes y las tormentas.

—¿Por qué te sorprende?

—Porque tienes un coche que vale mucho más que el sitio en el que vives.

—Fue un regalo. El coche, digo.

—¿De quién?

—De mis padres.

—¿Y no se plantearon comprarte una casa en lugar de un...?

—Haces demasiadas preguntas, Grace —me corta sin molestarse en disimular para cambiar de tema, y gira el volante—. ¿Es por aquí?

—La casa de la esquina.

No apaga el motor al llegar.

—¿Estarás bien? —pregunta.

—Sí. —Me desabrocho el cinturón y tomo aire—. Gracias por el empujón de esta noche. No tenías por qué hacer todo eso, pero lo has hecho. —Ha sido divertido —contesta.

Abro la puerta y el frío se cuela dentro. Tomo una decisión arriesgada antes de impulsarme para salir. ¿Quién sabe si es un error o un paso al frente?

—Hay algo que no te he dicho.

—¿El qué? —Will me mira.

—Siempre me ha gustado el color morado: el tono oscuro de los arándanos, el del cielo tormentoso, el de las lilas o el de las piedras preciosas como la espinela o la amatista.

No le doy la oportunidad de responder antes de salir del coche, pero su expresión es tan flemática como de costumbre. Sin embargo, estoy segura de que tras la apática tranquilidad que lo caracteriza se esconde un ruido interior ensordecedor.

Lo sé porque así me siento yo todo el tiempo.

## 11

### *Echar de menos y echar de más*

En ocasiones, volver a los lugares donde hemos sido felices es lo único que se necesita para que los puntos de sutura permanezcan inmóviles sobre las heridas abiertas.

La casa del abuelo Henry es un pequeño oasis en medio de la ciudad. Entre estas cuatro paredes puedo volver a ser la niña que se refugiaba aquí durante la ausencia de sus padres y soñaba con deslizarse por el hielo. Entonces era fácil llenar los vacíos con una muñeca nueva o una golosina, pero conforme los años van quedando atrás los descosidos se vuelven irreparables y la única forma de vencerlos es aprender a vivir con ellos.

Ha salido el sol.

Me quedo un rato largo en la cama, todavía adormilada, contemplando el cielo de una jornada que promete ser luminosa. «Aquí estoy —me digo —, un día más, un día menos. ¿Será consciente el resto de la gente de que cada número que tachan del calendario es una oportunidad más de morir o de vivir? ¿Y tiene algún sentido que, a pesar de tenerlo presente, los días se me amontonen unos detrás de otros como si alguien hubiese empujado las fichas de un dominó?».

Me giro y vuelvo a dormirme.

Cuando abro los ojos por segunda vez, ya son las once de la mañana. El familiar olor del detergente que usa el abuelo aún está impregnado en las sábanas de la habitación que años atrás preparó para mí y que ya rara vez uso. Bajo a la cocina, hago café y me lo tomo a sorbitos pequeños acompañada por el tictac del reloj.

Echo de menos al abuelo.

Echo de menos a papá.

Echo de menos a mamá. Echo de menos a Olivia. Echo de menos a Lucy.

Creo que, en esencia, la vida consiste en aprender a echar de menos y a echar de más. Puedo imaginar mi existencia como un tren con desolados vagones vacíos y otros llenos de gente que en realidad no me importa. La soledad erosiona. Todo el mundo habla de los beneficios de estar solo, pero ¿qué tendrá que ver la soledad elegida con la soledad resignada? La única similitud es que, injustamente, comparten la misma palabra.

Al entrar en el garaje que el abuelo transformó en su taller, tengo la sensación de estar dentro de un pequeño espacio inalterable en el tiempo. El suelo está cubierto por algunas virutas de madera y serrín. Las estanterías y las mesas de trabajo contienen todo tipo de cachivaches de madera, no solo figuritas, sino también algunos muebles o piezas extrañas.

Inspiro hondo como si intentase retener la esencia del lugar. De pequeña pensaba que

aquel era un sitio tan mágico como la fábrica de juguetes de Santa Claus y me encantaba ver al abuelo trabajar e inventarme historias con los juguetes de madera que tallaba.

Un rato más tarde, me visto con unos pantalones viejos y una sudadera antes de ir a casa de la señora Anne Rogers para pasear al perro. Cuando llego, la encuentro en el salón.

—Creía que estaba de viaje —digo.

—Lo cancelé a última hora, aunque me viene bien que te encargues de Mr. Flu porque tengo mucho trabajo, así que estaré en el despacho de arriba. Pero, antes, ¿te apetece un zumo?

—Vale.

En la impoluta cocina blanca, acepto el vaso que Anne desliza por la superficie de mármol. Luego nos sumimos en un silencio incómodo. No creo que tengamos nada en común, pero atino a romper el hielo diciendo: —Bonitas lámparas.

—Gracias. —Bebe un trago con elegancia y discreción, como si alimentarse fuese un acto vergonzoso—. ¿Qué tal está tu madre?

Me sorprende la pregunta.

—¿La conoce?

—Sí, bastante. O, mejor dicho, antes lo hacía. Hace años que no hablamos como es debido. Trabajábamos para el mismo grupo inmobiliario.

Empezamos juntas, pero Rosie siempre fue un paso por delante; la jefa la adoraba y los demás intentábamos imitarla. Después ocurrió aquella desgracia, dejó el trabajo y las conversaciones se fueron espaciando cada vez más. Ahora tan solo nos saludamos desde lejos si nos cruzamos por el vecindario, aunque hace tiempo que no la veo.

—Sale poco de casa.

—Me lo imaginaba.

—Será mejor que saque ya a Mr. Flu, señora Rogers —digo tras beberme el zumo de un trago con la esperanza de terminar la conversación. —Antes de que te vayas: ¿te interesa ocuparte de más mascotas? —Claro.

—Tengo un par de amigas que estarían dispuestas a dejarte a cargo de sus perros. Les pasaré tu teléfono para que puedan llamarte.

—Muchas gracias.

—No hay de qué.

El paseo me sienta bien, así que lo alargo más tiempo del que cubre mi salario y, cuando llegamos a una zona apartada en la que hay un banco, me siento allí junto al perro y observo el ir y venir de la gente mientras le lanzo un palo. No sé por qué, me viene a la mente el recuerdo de una profesora del instituto que, en una ocasión, me dijo algo tan típico como «es una pena que desperdicies el talento que tienes, Grace». Visto desde la perspectiva que dan los años, quizá se refería a mi don natural para pasear a chuchos. Puede que ahora que la señora Rogers les ha hablado a sus amigas de mí termine por montar un imperio de servicios para mascotas. La idea me hace gracia. Y el recuerdo también. Qué cosa más ridícula que esa mujer llegase a pensar que había algo excepcional en mí.

Esa misma tarde, vacilo delante de la puerta del comedor al ver que mi madre tiene la vista fija en el televisor mientras come algo enlatado. No sé si es carne en conserva, pero tiene un aspecto gelatinoso terrible.

—¿Sabes dónde está papá?

—Mmm, no. Trabajando, quizá.

Dudo que a estas horas la oficina esté abierta, aunque no lo comento. El matrimonio de mis padres parece haber naufragado hace tiempo y apenas quedan restos de lo que algún día fue, pero es un terreno tan pantanoso que nadie en su sano juicio se atrevería a cruzarlo.

Parece sorprendida cuando me siento a su lado.

—Hablando de trabajo, he empezado a pasear al perro de una señora. Dice que te conoce porque hace años coincidisteis en el negocio inmobiliario. Se llama Anne Rogers.

—Anne, sí... —murmura. —Es simpática —digo. —Nos llevábamos bien.

Quiero preguntarle qué ocurrió, por qué dejó de relacionarse con ella y si tiene un concepto de la amistad tan defectuoso como el mío, pero el brillo de la pantalla en sus ojos me paraliza. ¿Alguna vez has deseado acariciar a un animal moribundo con todas tus fuerzas, pero el miedo a recibir un mordisco te ha impedido hacerlo?

Así que me alejo porque es lo más seguro. Subo las escaleras para ducharme y recluirme en mi habitación. No mucho después, Tayler me llama y descuelgo sin ganas.

Ha terminado la jornada en el taller mecánico donde trabaja y quiere que nos veamos en la esquina de la calle para fumarse un cigarrillo.

La noche es más templada que las anteriores, como si el verano estuviese reclamando el hueco que pronto empezará a pertenecerle.

—Aquí estás —dice al verme.

Llevo el pantalón deportivo que me había puesto para estar por casa y una chaqueta encima de una sudadera tan vieja que soy incapaz de desprenderme de ella porque casi la considero parte de la familia, así que la uso de pijama.

—¿Qué tal ha ido el día?

—Bien, bien. ¿Y el tuyo?

—Como siempre. —Me encojo de hombros.

Nuestras conversaciones no suelen ir mucho más allá, de manera que, por descarte, hemos aprendido a mantener silencios apacibles. Es justo lo que hacemos con todo lo demás en este instante: compartir el mismo aire, el mismo asfalto y las mismas coordenadas, pero, curiosamente, la distancia que nos separa es insalvable.

Tayler le da una calada al cigarrillo y me mira.

—Anoche te noté rara. —Tampoco es ninguna novedad. —Más de lo normal —aclara él.

¿Qué ocurriría si dejase de poner excusas y me limitase a decirle lo que estoy pensando sin florituras? Quizá sea tan fácil como con Will; coger un pequeño hilito y tirar y tirar hasta lograr formar un ovillo de lana consistente con el que poder jugar.

—Me estaba aburriendo. Ya sabes: la gente de siempre, la bebida que en realidad es un



asco, las conversaciones triviales y fútiles y, lo peor de todo, tener que escuchar anécdotas que ya me sé de memoria. Así que me largué. —¿Qué demonios es «fútil»?

—¿Tú te divertiste anoche?

—Claro, joder. —Tira el cigarrillo y lo aplasta con la punta de la bota—. Pero habría estado mejor terminar la noche contigo. En mi casa. En mi cama. Sin ropa.

—Lo he pillado a la primera.

Parece molestarle el tono irritante de mi voz y no lo culpo. Los dos sabemos en qué consiste esto que tenemos, siempre ha estado claro, así que no tengo derecho a sentirme decepcionada por no encontrar en él lo que sea que esté buscando.

Me dirige una mirada exasperada antes de atacar a la yugular:

—¿Nunca te has preguntado por qué en el instituto no tenías apenas amigas? Cuando te comportas así y hablas como un diccionario parece que te falte un tornillo.

—Eres un imbécil, Tayler.

Y vuelta a la dinámica habitual.

Regreso a casa. No sé qué hacer, así que salgo por la ventana y me siento en el alféizar para observar el cielo teñido de un violeta oscuro que pronto estará salpicado de estrellas. Hay pocas cosas más placenteras que contemplar el final del día desde el tejado como un gato perezoso. Reflexiono sobre la palabra «bonhomía». Siempre pensé que Lucy era un poco así: tan buena y afable que resultaba bastante ingenua. Probablemente fuese un efecto secundario de vivir a medias, balanceándose entre la salud y la enfermedad. La mayoría de la gente cree que es algo bueno, pero a mí nunca me lo pareció. En un mundo lleno de hienas hambrientas, no puede considerarse una virtud ser un ratoncito de campo ajeno al peligro.

La dulzura de Lucy despertaba en todos un instinto de protección. Me pasé la vida viéndolo en mis padres y, después, cuando crecí, también caí en

el mismo error. El único que se mantuvo firme fue el abuelo. Así que, durante los últimos años, allané el camino. «No es para tanto» fue la frase que más utilicé cada vez que hablaba con ella de alguna novedad que había vivido o que estaba por llegar.

—¿Nunca sueñas con marcharte muy lejos de aquí? —me preguntó una vez tras encontrarme sentada en el tejado y acomodarse a mi lado. Apenas había espacio, así que estábamos juntas como dos siamesas—. El mundo es tan grande, Grace, que la idea de mantenerse agazapada en un rinconcito parece casi una estupidez. A veces pienso en lo increíble que sería coger un avión sin planificarlo demasiado y mañana mismo estar en medio de un glaciar, en el desierto, en la playa o en una gran ciudad.

Mantuve la vista fija en las nubes cirrocúmulos que se asemejaban a una sábana llena de arrugas tras una noche apasionada. Tomé una bocanada de aire.

—No creo que sea para tanto.

He pronunciado tantas veces mi frase estrella que, en algún momento, la línea entre lo real y lo imaginario se difuminó. ¿A quién le decía aquello? ¿A Lucy o a mí misma? ¿Y era cierto que no me entusiasmaba la posibilidad de viajar, asistir a un concierto, tener novio, ir a la universidad, seguir patinando... o tan solo una especie de mantra que me repetí durante años hasta que terminé convenciéndome de ello? Porque, en esencia, cualquier opción que implicase dejar atrás a mi hermana y seguir adelante por mi cuenta no era viable.

Había nacido para salvarla. Para-salvarla. No para abandonarla.

Así que ¿cómo voy a saber qué es lo que me gusta si jamás me he permitido pensar en ello, si siempre ha sido más fácil decirme que nada es para tanto...?

Entro en la habitación y cojo una libreta del escritorio y un bolígrafo. Cuando me acomodo otra vez en el hueco entre la ventana y el tejado, ya casi ha oscurecido. Repaso la conversación que tuve con Will la noche pasada. Siempre he tenido una buena memoria, aunque no sé si es una virtud o una maldición; el abuelo suele decir que «necesitamos olvidar para respirar». Empiezo por el principio:

*Los días de lluvia. Mantequilla derritiéndose sobre una sartén caliente. La perseverancia de las moscas. Masticar las pepitas de las uvas. Las películas raras.*

*El amor en el cine. Inventar conversaciones que nunca ocurrieron. El color morado .*

Y luego sigo a partir de ahí:

*La textura porosa de las piedras. El olor de los rotuladores. Ponerme pegamento en la yema de los dedos, dejar que se seque y luego quitarlo sin romperlo. Contemplar la piel erizada de otro ser humano. Las cristaleras iridiscentes. Secar flores dentro de las páginas de los libros y subrayarlos y hacerlos míos, solo míos. Las escaleras de caracol que parecen infinitas. Caminar descalza. Acelerar cuando voy en bicicleta por una calle recta y cerrar los ojos unos segundos como si quisiese desafiar a la muerte o preguntarle por qué nunca le he interesado. Las pelucas de colores, aunque nunca me he puesto ninguna. La literatura. Y el arte. Y la fotografía. Y la música clásica, sobre todo la delicadeza del piano; cuando suena siento que alguien toca teclas dentro de mi alma .*

Hago una pausa y, cuando vuelvo a escribir, tengo la sensación de que mi mano se mueve siguiendo las órdenes de otra persona. Ni siquiera soy consciente de en qué momento el tiempo verbal cambia de presente a futuro.

*Me gustaría aprenderme todas las constelaciones. Caminar por las calles de Viena al atardecer. Cogér un tren sin saber en qué estación voy a bajar. Y volver a patinar sobre hielo sin pensar en nada, nada, nada .*

Estoy temblando cuando dejo de escribir. Ya ha anochecido del todo y apenas distingo los trazos de tinta sobre el papel. Paso un rato más contemplando cómo el vecindario se prepara para dormir: luces que se apagan, alguien que saca a pasear al perro a última hora, una chica que ha salido a correr con los auriculares puestos y la luna recortada sobre los árboles de la calle. Me pregunto cómo serán sus vidas. Si todos se sentirán tan llenos y vacíos, tan plétóricos y tristes, tan serenos y profundamente perdidos.

## 12

### ***La aleatoriedad de la vida y la muerte***

Los días avanzan con monotonía hasta la llegada del jueves, cuando vuelvo a participar en la terapia de grupo semanal. Adrien está más tranquilo, casi optimista, y bebe limonada mientras Dona relata todas las pérdidas que han dejado una huella a lo largo de su vida, empezando por una hermana que murió siendo bebé por culpa de una infección, siguiendo por el asesinato que se llevó a su mejor amiga y finalizando con el accidente de coche en el que fallecieron su hija y su marido. Han pasado treinta y dos años, pero cualquiera que la escuche hablar pensará que fue ayer.

—Creo que estoy maldita —concluye.

—Ya hemos hablado de esto, Dona. —Como está sentada justo a su lado, Faith coge la mano arrugada de la anciana con cariño—. No es culpa tuya.

—Es inevitable buscar una razón... —asegura Matilda, viuda y con un hijo de cuatro

años a su cargo—. No hablo de maldiciones ni nada de eso, sino de la necesidad de encontrar una explicación lógica, algo a lo que aferrarse. Un consuelo.

—«Los caminos del Señor son inescrutables» —interviene Jane.

—San Pablo nunca me convenció —comento sin pensar ante la horrorizada mirada de Jane. Teniendo en cuenta la cruz que cuelga de su cuello y suele toquetear, ahora debe de creer que soy el demonio. Carraspeo —. Pero es algo personal.

He leído la Biblia, sí. Otra obsesión pasajera más. Fue a los diecisiete, cuando todavía creía, ilusa de mí, que en algún lugar hallaría las respuestas sobre el destino de Lucy y nuestra familia. Aprendí sobre mitos, ritos,

valores, doctrinas y creencias, pero no encontré lo que estaba buscando en ninguna religión y el tema dejó de interesarme.

—Yo tampoco comparto la idea de que un ser superior se lleve a nuestros seres queridos porque, aunque nosotros no podamos entenderlo, todo forme parte de un plan divino. —Adrien me mira con complicidad y se rasca el mentón.

—Lo difícil es aceptar la aleatoriedad de la vida y la muerte —opino. —Ninguna creencia es mejor que otra —concluye Dona.

Faith toma la palabra minutos antes de que la reunión llegue a su fin. Conforme todos se van poniendo en pie y dejan las sillas arrimadas a la pared, tomo consciencia de que esa tarde me he sentido bastante cómoda formando parte del grupo; en ocasiones puntuales, incluso participativa. Resulta confuso compartir con varios desconocidos algo tan profundo como el dolor de la pérdida, pero sin duda es reconfortante.

Me demoro al ir a dejar el vaso vacío de café sobre la mesa del fondo y, al final, Faith y yo nos quedamos a solas. Ella se acerca con una sonrisa. —¿Cómo te van las cosas?

—Bastante bien, supongo.

—Me alegra verte por aquí, Grace. Es curioso: tu hermana predijo que ocurriría exactamente esto. —Tiene las mejillas redondas y rosadas como manzanas.

—¿Qué quieres decir?

—Me pidió que tuviese paciencia contigo. Dijo que al principio el grupo te parecería una estupidez, pero que te quedarías. Después, irías acoplándote más. Y, finalmente, comentó entre risas que casi tendríamos que echarte a la fuerza.

—Lucy tenía un sentido del humor peculiar.

—Era una gran chica. —Faith lanza un suspiro—. Si necesitas cualquier cosa, no dudes en pedírmelo.

Se ha convertido en un placer rutinario salir y caminar calle abajo hasta la cafetería donde Will espera. Cuando lo hago, acostumbro a detenerme unos instantes para observarlo a través del cristal e intento adivinar cómo deshacer todos los nudos que lo forman. Al final, siempre me obligo a dejar

de mirarlo por miedo a resultar inquietante y me limito a sentarme frente a él en el reservado y a cotillear el libro que sostiene en las manos.

—Chuck Palahniuk —comento—. Te pega bastante, sí.

—¿Lo has leído? —Dobla la página antes de cerrarlo.

—Sí, aunque no este, sino el de *Asfixia*. —Giro la cabeza para buscar a la camarera,

pero no hay ni rastro de ella; debe de estar dentro del almacén —. Me muero por un poco del pastel de zanahoria que hacen aquí.

—Pues lo siento, pero tendrá que ser otro día.

—¿Tienes prisa? —pregunto decepcionada.

—Tenemos. —Se levanta y deja un par de billetes en la mesa—. Vamos, Grace. Llevamos un poco de retraso con el juego. Ya sabes, la adaptación y todo eso.

—No, no sé de qué hablas. —Lo sigo al coche.

Will arranca y tomamos la carretera que va hacia Ink Lake.

—Digamos que deberíamos ir algunas casillas por delante, pero entre tu cabezonería, el fracaso de la pista de patinaje y que he estado ocupado estas semanas...

Deja la frase sin acabar y aprovecho para cogerla al vuelo.

—¿Ocupado en qué? ¿Mucho trabajo?

Will me mira de reojo sin dejar de conducir.

—Sí, eso.

—¿Cómo es el juego?

—De madera.

No esperaba que respondiese y menos de un modo literal, pero ahora que lo sé comprendo que el abuelo y Lucy lo hicieron todo codo con codo. Cuando mi hermana era pequeña, él le talló un dominó. Y un ajedrez. Y un *mancala* precioso con una tapa pulida y brillante que ella solía acariciar despacio antes de abrirlo para jugar.

—¿Podré verlo algún día?

Will frunce el ceño y suspira.

—No lo sé. En las cartas no ha comentado nada sobre eso. Todavía. —¿No las has abierto todas?

—No. Sigo el orden establecido.

Estoy tan absorta pensando en el juego que tardo unos minutos en darme cuenta de que nos hemos desviado de la ruta. Estamos en un camino

apartado y pedregoso sin asfaltar, rodeados por infinitos campos de maíz que se extienden más allá de donde alcanza la vista.

Frena en mitad de la nada, sale del coche y lo rodea para abrirme la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —Ahora te toca a ti conducir. —¿Qué? No, claro que no.

—Te recuerdo que no es idea mía.

Nos retamos con la mirada un instante y al final me levanto, aunque aún no tengo claro que vaya a hacerlo. Un poco por inercia, me acomodo en el asiento del conductor y luego me limito a contemplar el camino sinuoso a través del cristal.

—Gira la llave —me pide.

—No. —Grace... —No puedo. —Lo dudo. —Odio conducir. —¿Por qué?

Will, a mi lado, aguarda algún tipo de explicación. Reina alrededor un silencio trascendental tan solo roto por el pío de los pájaros y el susurro de las briznas de maíz.

—Porque ya lo intenté una vez y no salió bien.

—¿Qué pasó?

—Fue durante mi último día de prácticas. Iba distraída... Siempre pienso en demasiadas cosas a la vez... Y conducir parecía fácil. Pero entonces...

—Entonces... —me anima a seguir.

—Maté a un gatito.

Will continúa mirándome.

—¿Lo atropellaste?

—No. A ver, no, no lo maté. Pero en mi cabeza sí.

—¿Qué?

—Estuve *a punto* de matarlo. Un centímetro más, solo uno, y habría terminado aplastado en la carretera. Pero mentalmente lo vi, ¿comprendes? Todas las vísceras ahí sobre el asfalto como si fuese un cuadro de arte

moderno, y entonces me di cuenta de que conducir es un acto de lo más temerario y, al día siguiente, no me presenté al examen. En bicicleta es mucho más difícil atentar contra la vida de los demás; además, no contribuyo a la contaminación. Todo son ventajas.

Pensé que Will se lo tomaría a broma, pero se mantiene serio.

—Lo haremos poco a poco. Además, por esta carretera nunca pasa nadie. Confía en mí.

Trago saliva y luego cojo aire.

—De acuerdo.

—Gira la llave.

El motor ronronea.

—¿Recuerdas lo básico? —Niego con la cabeza y Will se inclina hacia mí—. Lo más fácil es que te olvides del pie izquierdo y uses el derecho para ambas cosas, frenar y acelerar. Así es más seguro. ¿Quieres probar?

—¿No te da miedo que le haga algún rasguño a la carrocería?

—Solo es un coche. —Se encoge de hombros.

Admito que me gusta el poco interés que muestra por lo material. —Está bien, allá voy.

Presiono lentamente el pedal para acelerar y el coche empieza a moverse. El maíz pierde nitidez y se vuelve borroso conforme adquiero velocidad.

—Lo estás consiguiendo, Grace. Y suena contento. Casi orgulloso. —¿Más rápido?

—Sí y luego frena.

Lo hago con demasiada brusquedad, así que Will apoya una mano en el salpicadero para mantener el equilibrio. Me dirige una mirada de advertencia que termina tornándose divertida cuando sonrío.

—Ahora repítelo con suavidad.

Seguimos un rato más avanzando por el camino a diferentes velocidades hasta que delante aparece una granja abandonada. La verja está abierta y falta parte del techo de la zona donde tiempo atrás debía de estar el ganado. Los hierbajos crecen alrededor.

Estoy a punto de preguntarle cómo dar marcha atrás cuando advierto que no aparta la mirada del paisaje desolador. Y hay algo más en sus ojos.

Algo profundamente enquistado. ¿Anhelo? ¿Melancolía? ¿O tan solo se trata del espejismo de la curiosidad?

—¿Entramos? —Tiene la voz ronca.

Me desvío del camino en respuesta y apago el motor.

Descubrimos que alguien ha forzado la puerta y apenas hace falta darle un empujón para abrirla. Sigo a Will cuando se interna en la propiedad. Debe de hacer una eternidad que nadie vive aquí; todo está lleno de telarañas, polvo y cristales rotos en las ventanas. Si en algún momento hubo algo valioso en su interior, lo saquearon hace tiempo. En cambio, aún quedan algunos enseres personales, como un calcetín rojo en el suelo, libros viejos e hinchados tras muchos inviernos u objetos domésticos.

El suelo de la cocina está lleno de maderas astilladas que se han desprendido del techo y se entrecruzan amontonadas unas sobre otras. —Ten cuidado —dice Will bajito.

—¿Por qué hablas en susurros?

Pensé que sonreiría, pero se mantiene serio mientras abre un par de armarios que tan solo contienen tarros vacíos, gira el botón del hornillo, rebusca en los cajones...

—No me malinterpretes, porque me encanta entrar en sitios abandonados, pero ¿por qué te gusta a ti? No tienes pinta de... Bueno, ya sabes. Esto.

Will me mira por encima del hombro.

—No, no lo sé. Explícate.

—Da igual. Vamos arriba.

Lo dejo atrás al salir de la cocina y subo por las escaleras. Sé que me sigue porque el suelo cruje a su paso y, además, tengo la sensación de que podría percibir su presencia aunque fuese tan silencioso como un gato. En las habitaciones no hay gran cosa, aparte de los colchones sucios y varios somieres con muelles rotos. Quizá, años atrás, algunos jóvenes del pueblo usasen la casa para venir a pasar el rato por las noches.

En lo que parece ser el dormitorio principal, Will inspecciona los armarios de madera que están llenos de carcoma y, del fondo de uno de ellos, coge algo.

—¿Qué has encontrado?

—Nada. Solo es una fotografía.

—Entonces no es «nada». Déjame verla.

Se la quito de las manos y le echo un vistazo. Es una instantánea a color, pero la

humedad ha arrugado las esquinas y le ha robado nitidez. Pese a ello, puede verse a una familia sonriéndole a la cámara. Están sentados sobre un prado: el padre lleva un sombrero, la madre de pelo trenzado viste un peto vaquero y, sobre su regazo, descansa un bebé de piernas rollizas. Un poco más a la derecha, una mujer mayor que parece ser la abuela curva los labios como si estar ahí en ese preciso instante fuese todo lo que deseara. —Da un poco de repelús ver estas cosas, pero también es tentador. —¿Por qué? —Will parece consternado.

—No sabemos qué fue de esa familia y ver esto es como robarles su intimidad. Yo qué sé, quizá el padre se volvió loco, cogió una motosierra y... ya sabes.

—No, no lo sé, Grace.

—¡Se los cargó! O se fue a talar árboles para el invierno y un oso lo atacó. Hay muchas variables, todo es dejarse llevar por la imaginación. El caso es que lo que te he dicho antes es cierto: me encantan los sitios abandonados, pero me hacen pensar demasiado y eso no siempre es bueno. Will me sigue escaleras abajo.

—¿Pensar en qué?

—Hoy pareces un agente del FBI con tantas preguntas —bromeo, pero trago saliva cuando llegamos al piso inferior y me paro en medio del salón decrepito—. Es que a veces me siento nostálgica por cosas que no he vivido. Así que esta noche, cuando me meta en la cama y no pueda dormir, seguro que empezaré a cuestionarme tonterías para las que no tengo respuesta, como qué fue de esta familia: si la abuela de la fotografía ya murió y de qué, si la pareja sigue junta o se divorciaron tras unos años de efímera felicidad o las razones que los llevaron a dejar atrás su hogar y dónde vivirán ahora.

Will me sonrío.

No es una sonrisa tirante ni por compromiso. Tampoco es traviesa ni divertida. Es una sonrisa tierna y cálida en la que cualquier animal herido querría refugiarse.

—¿Quieres conducir de regreso a casa?

—Confías demasiado en mí.

—Ytú muy poco, Grace.

Pasa de largo y sale por la puerta. Tardo un minuto en ir tras él. Lo veo a través de la ventana contemplando los campos de maíz mientras el cielo empieza a oscurecerse. Si ahora mismo pudiese elegir un superpoder, querría leer los pensamientos de la gente para descubrir qué tiene Will Tucker dentro.

Al final, se sienta tras el volante.

De camino a Ink Lake, acordamos que haré algunas prácticas la próxima semana antes de presentarme al examen de conducir. Ya hemos llegado cuando le pregunto por qué insiste tanto y él lanza un suspiro.

—Es cosa de Lucy, ya lo sabes.

—Ir en bicicleta no es un problema.

—No, aunque te limita un poco para según qué cosas. No me mires así. —Noto que se debate antes de tomar una decisión—. Está bien, te adelantaré algo: Lucy quiere que lleves a tu madre a las sesiones del grupo. —Eso es imposible. Como pedirme que el próximo mes me convierta

en una estrella del pop o algo así. Mi madre apenas sale de casa y se niega a recibir

ayuda.

—¿Has intentado dársela?

—Sí, al principio. Hasta que me cansé de que me odiase por ello. Se muestra preocupado y eso me irrita y me complace a la vez. —Dudo que te odie, Grace.

—Olvidalo. —Aparto la mirada de él con un nudo en la garganta y saco del bolso la libreta en la que escribí la otra noche las cosas que me gustan —. Toma. Hice los deberes.

Will, a cambio, me entrega otra carta lila.

—Yo también.

—Gracias.

No me apetece salir del coche para entrar en casa y ser un testigo silencioso de cómo dos personas se van desvaneciendo. Además, tampoco quiero despedirme de Will, porque, a pesar de que me pone a prueba constantemente por culpa del juego, estar con él es fácil y lo más interesante que me ha ocurrido desde hace una eternidad.

—Buenas noches, Grace.

—Buenas noches, Will.

Y abro la puerta del coche.

## 13

### ***La historia de Grace y Tayler***

Tayler y yo siempre hemos vivido en la misma ciudad, pero no fue hasta hace dos años cuando empezamos a orbitar el uno alrededor del otro. Hasta entonces, nos movíamos en círculos distintos. Él tenía la edad de mi hermana, así que cuando entré en secundaria Tayler ya era toda una leyenda, pese a que no se dejaba ver mucho por el instituto porque se saltaba casi todas las clases.

Nuestros caminos eran paralelos, aunque avanzábamos a velocidades distintas. En alguna ocasión Lucy me habló de él, y creo recordar que no tenía una opinión tan positiva como el resto de las chicas de su clase, pero luego su nombre cayó en el olvido.

Hasta aquel sábado en pleno julio.

Era una tarde húmeda y calurosa, rondando los treinta grados. Estábamos sentadas en el porche trasero de la casa de los padres de Olivia cuando a ella le llegó un mensaje de Sheila, la chica con la que trabajaba en el supermercado.

—Dice que hay una fiesta en casa de los Brown. —¿Tienen piscina? —pregunté de inmediato. —Sí. Y de las grandes, con *jacuzzi* incluido. —Me has convencido.

Olivia cogió las llaves del coche que compartía con su madre y condujo hacia el barrio más exclusivo de Ink Lake. Ese día ella vestía una falda estilo tutú de color verde agua, deportivas negras con plataforma y una camiseta sencilla tras la que se intuía el bikini. Probablemente, su afición por diseñar su propia ropa fue el detonante para que nos hiciésemos amigas. A las dos nos habían considerado «las raras» del curso desde pequeñas; en

su caso, porque su aspecto resultaba estrafalario y, en el mío, porque, como un día me dijo una compañera de clase, «piensas cosas muy extrañas». Así que, en el patio, durante la hora del almuerzo, nos juntábamos para no estar solas.



Con el paso de los años, nuestras vidas se entrelazaron.

Yo pasaba algunas tardes jugando en su casa cuando mis padres estaban fuera y el abuelo tenía que trabajar. Olivia venía a merendar durante las épocas en las que Lucy estaba bien y el mundo volvía a ser un lugar alegre y luminoso para todos.

La vi crecer y ella también a mí.

Durante los dos últimos años de instituto, Olivia se esforzó con la esperanza de sacar una media aceptable. Era de las que soñaban con marcharse lejos y ampliar horizontes. Mandó casi una docena de solicitudes a diferentes escuelas de diseño, pero tan solo recibió cartas de rechazo en respuesta, así que tuvo que conformarse con quedarse en Ink Lake y trabajar en el supermercado.

—Es aquí —dijo.

Paró delante de una casa enorme. Ya desde la puerta se escuchaba música y risas que parecían enlatadas. Una chica con un *piercing* en la nariz a la que no conocíamos salió a abrirnos y supuse que sería la hija de los Brown.

—¿Quiénes sois?

—Nos ha invitado Sheila.

—Está bien, pasad —aceptó como si le diese igual quién apareciese en su fiesta y por qué—. Usad el baño del jardín. Hay más bebidas en la cocina.

Le dimos las gracias antes de perderla de vista.

Sheila estaba tumbada en una de las hamacas y bebía por una pajita un líquido rojo. Alzó una mano al vernos y nos acercamos. Nos presentó a sus amigas, todas veinteañeras que habían vuelto a la ciudad para pasar allí las vacaciones de verano.

Paseé la vista por el lugar. El jardín era grande, pero no lo parecía con casi treinta personas allí. Un grito agudo llamó mi atención y me fijé en el chico que llevaba a una joven cargada al hombro y estaba a punto de lanzarse a la piscina. Plof. El agua salpicó a la gente que estaba tomando el sol cerca y ellos emergieron instantes después.

Él se reía, ella fingía estar indignada.

—¿Ese de ahí es Tayler? —pregunté.

—Sí. —Sheila puso los ojos en blanco—. Es un idiota. Créeme, todas hemos caído en la tentación alguna vez con él, pero es un caso perdido.

Ella no podía saber que, lejos de decepcionarme, aquello era música para mis oídos. Sentirme atraída por las cosas rotas es un defecto que siempre he tenido. Quizá sea porque en el fondo deseo que algún día alguien encuentre entre mis pedazos desperdigados algo digno de rescatar. No pregunté nada más. Acepté una bebida que me ofrecieron y permanecí junto al grupo de chicas durante la siguiente media hora, escuchando una conversación sobre quién sabe qué, porque cuando algo no me interesa suelo dejar de prestar atención.

En realidad, mis ojos estaban fijos en la casa.

Tenía parterres con flores, una enredadera trepando por uno de los pilares y ventanales altísimos tras los que se intuía un salón confortable. Siempre he sentido fascinación por los hogares, no solo por el aroma singular de cada casa, sino por la dinámica familiar. Lo que ocurre tras cada puerta es un pequeño misterio que desentrañar. En aquel lugar, podía imaginar a los miembros de la familia reunidos alrededor de la mesa, con el

televisor apagado para evitar el ruido de fondo, manteniendo conversaciones interesantes sobre sus quehaceres diarios. Estúpidamente, tiendo a asociar el nivel adquisitivo con una estampa ideal, aunque sepa que, en realidad, no tiene nada que ver.

—¿Nos metemos en la piscina? —preguntó Olivia. —Luego. Antes quiero otra copa. ¿Hay ginebra? —Creo que dentro —dijo Sheila distraída.

Me dirigí hacia la puerta trasera de la casa. Al entrar, hice un buen repaso de lo que veía, fijándome en los detalles, como el paragüero vacío o las fotografías enmarcadas. Me desvié y dejé atrás la cocina. Subí a la planta de arriba. Solo echaría un vistazo rápido a las habitaciones. Un vistazo de nada. Sabía que estaba mal, pero...

—¿Qué estás haciendo aquí?

Tayler apareció en mitad del pasillo.

—¿Qué estás haciendo tú?

—Coger la camiseta que olvidé la otra noche en la habitación de la anfitriona.

—¿Esperas un aplauso por alardear como un orangután?

La expresión de Tayler cambió y se tornó más cauta, como si hubiese decidido que tenía que medir bien sus siguientes palabras, aunque no fueron demasiado brillantes:

—No has contestado a la pregunta.

—Cierto. Ups, me he desorientado.

Lejos de molestarle, a Tayler le hizo gracia. —¿Nos hemos visto antes? ¿Cómo te llamas? —Me llamo No Me Interesas.

—Oye, espera, espera...

Di media vuelta dispuesta a volver al jardín, pero él se interpuso en mi camino antes de que alcanzase las escaleras. Tenía el ceño fruncido y, entonces sí, me miró con atención. Supongo que la única razón fue que no estaba acostumbrado a que una chica no pareciese interesada en él. No hay nada que demuestre más simpleza que desear algo tan solo porque no puedes tenerlo.

—¿Puedes apartarte? —Puedo, pero no quiero. —Eres de lo más irritante. —Vamos, dime tu nombre. —¿Y qué recibo a cambio? —Toda mi atención.

—Oh, qué gran honor.

Tayler sonrió ante mi ironía.

—Lo es. Tú aún no lo sabes, pero lo entenderás más adelante —replicó burlón, y bajó la vista hasta fijarla en la parte superior de mi biquini violeta —. ¿Quieres una copa?

Lo medité unos instantes. Tenía varias cosas a su favor: un sentido del humor aceptable, la belleza de las causas perdidas y que ese verano me aburría profundamente.

—Es lo único interesante que has dicho hasta ahora —contesté.

Él curvó los labios, aceptando el reto, y yo pasé de largo y bajé las escaleras. Ya en la cocina, seguimos tonteando y lo animé a que adivinase mi nombre.

—Tienes cara de Aubrey.

—Prueba otra vez.

—¿Amy?

—No, aunque me gusta.

—¿Holly? —Frío, frío. —¿Daisy?

—Tienes un fetiche extraño con los nombres acabados en «y».

—Es posible. No me había dado cuenta. —Se acercó hasta que su cuerpo rozó el mío—. Dame una pista. No es justo, tú sí que sabes cómo me llamo.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque todos saben quién soy.

—Solo porque hace años ibas a clase con mi hermana —mentí para no alimentar su ego—. Se llama Lucy Peterson. Por problemas de salud, acudía a temporadas.

—Me suena, sí...

—¿Me preparas esa copa?

—¿Me dices tú cómo te llamas?

Nos miramos fijamente unos segundos.

—Grace.

—No me estarás mintiendo, ¿verdad?

—No es mi estilo.

—Vale, Grace —lo pronunció despacio—. Pues ¿qué te parece si tú y yo cogemos nuestras cosas y nos largamos de esta fiesta tan aburrida?

No lo dudé antes de aceptar. Es fácil tomar decisiones si no tienes expectativas. Así que me despedí de Olivia cuando ya empezaba a anochecer y monté tras Tayler en su moto. Le rodeé la cintura cuando aceleró calle abajo. Hicimos una parada en un *pub*, bebimos cerveza y jugamos al billar. Le gané tres veces. Al principio le hizo gracia, pero cuando entendió que no era casualidad empezó a mostrarse irritado.

—Este juego es una mierda. ¿Vamos a mi casa?

Acabamos entre las sábanas de su cama. Fue rápido, intenso y sincero. Solo deseo, solo dos cuerpos buscándose, solo un instante de abandono antes de volver a la realidad.

Permanecemos tumbados boca arriba.

—Oye. —Tayler aún respiraba de forma entrecortada—. Olvidé decirte que no estoy buscando nada serio. No quiero hacerte daño, pero...

—Cállate.

—¿Qué?

—Que te calles. No hace falta que pierdas el tiempo poniendo excusas. Ya te lo dije antes: no me interesas. Puedes estar tranquilo.

Me levanté y busqué mi ropa mientras Tayler me miraba en silencio. No sé qué bombilla se debió de encender en su cabeza, pero se acercó, me sujetó la barbilla y me dio un beso. Luego, también empezó a vestirse.

—Te llevo a casa.

Quince minutos después, apagó la moto delante de la acera y bajé. Le di el casco que me había dejado. Ya estaba a punto de darme la vuelta cuando dijo:

—Entonces, ¿haces algo mañana a las ocho?

Visto en perspectiva, nuestra relación ha cambiado muy poco desde entonces. Dejarse llevar con Tayler es fácil, sobre todo cuando no existe ningún compromiso: él ha seguido viendo a más chicas y yo también he tenido otros líos. Pero, al final, siempre volvemos a encontrarnos en algún desvío.

Esa noche, cuando entré en casa, me sobresalté al encontrarme a Lucy en la cocina. Llevaba un pijama de dibujos animados infantiles e iba descalza.

—¡Me has asustado! —exclamé. —¿Ese de ahí era Tayler Parks? —Sí. ¿Me estabas espiando?

—No, solo he bajado a por algo de comer y te he visto de casualidad. —¿Son galletitas saladas lo que tienes en la mano?

—Ten cuidado con él, Grace.

—Dame las galletas.

—Lo digo en serio. Además, no entiendo qué es lo que puede interesarte a ti de un chico así. Estoy segura de que no ha abierto un libro en toda su vida y, probablemente, su película preferida sea *Fast & Furious* o alguna de esas comedias de humor estúpido que no tienen gracia. ¿De qué piensas que podréis hablar cuando estéis juntos?

—Qué inocente eres, Lucy —repliqué con un tono mordaz del que me arrepentí al instante—. ¿Y quién te dice que me interese hablar con él?

Ella puso una mueca de decepción y me dio las galletas antes de salir de la cocina.

## 14

### ***Truenos en la cabeza***

Me dejo arrastrar por la apatía durante las siguientes dos semanas.

Mi vida es una sucesión de conversaciones ficticias que no mantengo con nadie, trabajos que no consigo y horas tiradas a la basura en las que imagino vidas alternativas que nunca serán una realidad. Lo único interesante que he hecho desde la última vez que vi a Will ha sido pasear a dos perros nuevos y buscar una autoescuela, porque debo de ser la única aspirante a conductora que no cuenta con ningún adulto que pueda acompañarla. Mañana me presento al examen.

Supongo que por eso estoy inquieta.

Por eso y porque la última carta que recibí de Lucy me colocó entre la espada y la pared. Aún no sé qué esperaba conseguir mi hermana con «El mapa de los anhelos», pero la ruta recorrida está siendo agri dulce. En la nota tan solo ponía:

*Dona toda mi ropa, por favor .*

*Y suerte con el examen de conducir. Lo harás bien .*

Es posible que esté un poco, solo un poquitín, enfadada con Lucy. No entiendo que, de todas las cosas que podría decirme, eligiese algo tan vacío. Y la echo de menos. La echo tan profundamente de menos que me duele no encontrar consuelo en sus cartas.

He estado más sola de lo habitual estos días. Sin Tayler. Sin Will. Sin Olivia. Sin el abuelo. Sin mis padres. Este hecho provoca que sea consciente de lo pequeño que es mi universo emocional e imagino que la culpa es mía. Podría haber sido alguien distinto, de esas chicas que tienen

un grupo numeroso de amigas o de las que buscan pareja estable al cumplir los dieciséis. Pero no. No hay nada de todo eso.

Contemplo la pared de la habitación.

La mayoría de las postales son instantáneas de fotógrafos famosos o láminas de algunas de las obras de arte más reconocidas. Las cuelgo al lado de las palabras que colecciono porque me despiertan algo. El arte remueve. Esa es la razón por la que siempre me he sentido atraída por ello. Pero ahora me siento tan entumecida que ni eso me alivia.

Aparto la vista y me pongo en pie.

Mi padre está en la cocina hablando por teléfono, pero cuelga en cuanto aparezco. Tiene en la mano una manzana mordida y me hace gracia que sea el símbolo del pecado.

—¿Qué tal el día? —pregunta con aire distraído.

—Podría haber sido mejor. Y peor, supongo. —Me siento a la mesa redonda que hay en una esquina—. Por ejemplo, me podría haber tocado la lotería, sí, pero también podría haber terminado con todas las costillas rotas tras un atropello.

—Grace...

—Solo intentaba bromear.

Papá da otro mordisco y asiente.

—Ya lo sé. Entonces, ¿todo bien?

«Sí, aquí, un día más, siguiendo las instrucciones de un juego que tu hija muerta decidió crear a modo de broma póstuma. ¿Y tú qué tal?». —Mañana me presento al examen.

—¿Qué examen?

—El de conducir.

—No sabía... No lo sabía.

Tira el corazón de la manzana a la basura y me pregunto si algún día hará exactamente eso con el de mamá. Nos miramos a los ojos unos instantes.

—¿Me harías una práctica? —¿Ahora? Ya es muy tarde... —Me vendría bien —insisto.

Ni siquiera sé por qué se lo pido puesto que no la necesito. Lo que quiero es... un pedazo de él, quizá. Solo un pedazo más antes de que el hombre que creía conocer desaparezca del todo. Ya no queda apenas nada

más allá del envoltorio; los pómulos altos, la intensa mirada que ha perdido brillo, el cabello abundante ahora salpicado de canas y esa forma de moverse un poco felina que siempre asocio a las auras rojizas.

—De acuerdo. Pues vamos.

El coche de papá está aparcado delante del garaje. Subimos y meto marcha atrás con cuidado mientras él repite con suavidad: «Despacio, despacio, despacio...». Me entran ganas de dar un acelerón brusco, pero logro contenerme cuando el pie me tiembla sobre el pedal. «Soy una buena chica», me digo. Después, conduzco por las calles de Ink Lake mientras la noche cae sobre nosotros.

—Lo haces muy bien —comenta papá.

Llevamos un buen rato dando vueltas cuando pasamos por delante de mi hamburguesería preferida y le pregunto si le apetece que cenemos juntos. Al principio frunce el ceño, consciente de la anomalía de la propuesta, pero al final asiente.

El establecimiento está casi vacío. Nos sentamos en una mesa pequeña y Mia viene a tomarnos nota. Cuando me reconoce, alza el mentón a modo de saludo.

—¿Qué hay, Grace?

—Ninguna novedad.

—¿Te apunto lo de siempre?

—Sí. ¿Tú qué quieres, papá?

—Pues no estoy seguro... —Lee la carta, pero al final se pone nervioso cuando Mia cambia el peso del cuerpo de una pierna a otra—. Tomaré lo mismo que ella.

—Perfecto. En diez minutos estará listo.

El silencio se vuelve incómodo al quedarnos a solas. Hay un señor mayor cenando en otra mesa y una pareja acaramelada un poco más allá. Mi padre mira algo en el móvil y yo lo miro a él. No puedo dejar de preguntarme quién es, quién es, quién es. Resulta que existe una disociación entre los recuerdos y la realidad, lo leí en alguna parte, así que ahora ya no estoy segura de si el hombre que me llevaba a hombros, aflojaba los castigos cuando mamá era demasiado dura o me llamaba saltamontes sigue existiendo en alguna parte. Quizá lo hizo alguna vez, *existió*, en pasado, pero luego desapareció.

Las cosas inmateriales que se esfuman son truenos en mi cabeza. En ocasiones las imagino flotando a la deriva: una amistad perdida, los cambios que nos obligan a dejar atrás parte de lo que fuimos, el tiempo que corre sin cesar, el amor sentido hacia una hermana o la tristeza cuando alguien abandona las tinieblas.

Podemos contar el dinero que tenemos en la cuenta bancaria, los minutos que usamos el móvil a diario o los centímetros que medimos. Pero no hay forma de cuantificar las cosas verdaderamente importantes más allá de usando un vago «mucho», «moderado» o «poco». Tampoco podemos poseerlas; nos conformamos con un reloj porque no podemos meter el tiempo en un cajón de la mesilla de noche; con guardar unas viejas cartas porque no hay forma de coger el amor y dejarlo protegido en un bote de cristal.

Son cosas mutables. Y con el cambio llega el olvido.

La admiración que sentía por mi padre se esfumó en algún momento y no puedo volver a vivir esa emoción como si quisiese reproducir un disco de música que me encantaba a los catorce porque, a diferencia de los libros, los cuadros o todo lo material, los sentimientos son lo opuesto a lo inalterable. Pero estoy convencida de que en alguna realidad paralela debe de haber un sitio en el que ocurra justo lo contrario y puedan venderse en tiendas o meterse en los bolsillos todo tipo de ideas y pensamientos y pedazos de amor.

Mi padre deja el móvil a un lado y rompe el silencio:

—Conozco esa mirada.

—¿Sí? ¿Y qué significa?

—Que estás tan dentro de ti misma que has perdido hasta el hilo de lo que sea que estés pensando.

No sé por qué, pero me pongo a la defensiva.

—Ya no me conoces tanto como crees.

Él no intenta convencerme de lo contrario. Permanecemos en silencio hasta que Mia regresa con las hamburguesas y una cesta con varios botes de salsa. Me pongo un poco de todo y luego engullo la comida para mantener las manos y la boca ocupadas. Papá, en cambio, mordisquea alguna patata con aire distraído.

Me limpio con la servilleta cuando termino.

A él todavía le queda más de la mitad.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro, Grace.

—¿Por qué te mudaste a Ink Lake?

—Ya lo sabes.

—No. Vuelve a contármelo.

Suspira y se recuesta contra el respaldo de su silla. Mia aparece para preguntarnos si queremos algo más, pero le digo que no y aguardo mirándolo.

—Conocí a tu madre en una convención en San Francisco. Tu abuela acababa de morir y Rosie no quería dejar solo a su padre en un momento tan delicado. Además, ella era la mejor agente inmobiliaria de toda la zona, hacía poco que la habían ascendido y pensamos que este lugar, a pesar de no ser una gran ciudad, sería el sitio perfecto para una vida familiar más tranquila.

—¿Qué fue lo que te enamoró de ella?

—Grace, no sé qué estás...

—Por favor —ruego.

Él suspira y suelta la patata que colgaba entre sus dedos. Alza la vista al techo, vuelve a bajarla, me mira y por fin comprende que de verdad esto es importante para mí.

—Era deslumbrante. Lucy siempre me recordó a ella en ese sentido. Tenían el don de entrar en una habitación e iluminarla. Aquel día, en la convención, había más de cien agentes de todo el país, pero cuando entré en el salón donde se celebraba mis ojos

sencillamente se posaron sobre ella como si fuese un faro en medio de la tormenta.

Y advierto que habla en pasado de las dos, aunque mi madre no esté muerta. Trago saliva, porque es evidente que lo dice de una manera plenamente consciente.

—¿Qué más?

—Le gustaba llevar las riendas, no se dejaba manejar por nadie; solía decir que, si se equivocaba, quería ser ella quien hubiese tomado la decisión y no lamentarse por haberle hecho caso a otra persona. Y era muy divertida, aunque tenía un sentido del humor peculiar que creo que heredasteis vosotras. Podíamos hablar durante horas; recuerdo que, cuando salíamos a cenar, siempre éramos los últimos clientes y nos marchábamos porque

empezaban a recoger, pero bromeábamos diciendo que nos habríamos quedado allí hasta el amanecer...

Me mira y es como si volviese al presente.

—¿Y ahora? ¿Sigues enamorado de ella?

No sabría decir si la expresión que aparece en su rostro es de enfado, de confusión o de pesar. Sus dedos juegan con el salero y sacude la cabeza. —Claro que sí, Grace.

Ojalá pudiese creerlo. Pero sé que miente.

Compartimos un helado de postre, pero ya no volvemos a hablar gran cosa; tan solo dejo caer que estoy cuidando de varios perros y que espero encontrar algo más estable pronto. Después, regresamos al coche y me siento tras el volante, aunque aún no tenga el permiso definitivo para hacerlo. Conduzco despacio, muy despacio. Lo dejo en la entrada de casa, quito la llave y tomo aire antes de soltar a bocajarro:

—Lucy me ha pedido que done su ropa.

—¿Qué has dicho? —sisea mientras me mira.

—Es que... es una larga historia. Me dejó un juego, «El mapa de los anhelos», y tengo que seguir una serie de pasos o algo así. Menuda locura, eh. —No sé si se lo digo a él o a mí misma—. Así que resulta que tengo un problema entre manos. Uno grande. Mamá no querrá que vacíe su armario. En otras palabras: tienes que ayudarme.

Se pasa una mano por el pelo. Parece terriblemente cansado.

—¿Esto es una especie de broma de mal gusto? —¿Qué? ¡No! ¡Sabes que jamás haría algo así! —Tienes razón. Lo siento...

Me pregunta por el juego y le cuento todo lo que sé, pero el papel que Will desempeña en toda esta historia lo comento de pasada. Es como si deseara quedármelo solo para mí y no compartirlo con nadie; al menos, hasta que pueda verlo bien, desde todos esos ángulos que todavía permanecen en las sombras. Me gusta que forme parte de mi vida, pero, al mismo tiempo, que sea ajeno a ella.

—Todo suena... surrealista.

—Ya. Pero ¿me ayudarás?

—Lo intentaré, aunque los dos sabemos que no será fácil.

—Gracias, papá.

Estamos a punto de bajar del coche cuando oigo que toma aliento:



—¿Lucy dejó alguna carta para mí?

—No —susurro bajito.

Y, en este momento, cuando el dolor y la decepción ensombrecen su mirada, soy consciente de que una nota de Lucy, una en la que tan solo me pida que haga limpieza de armario, es profundamente valiosa. Porque significa que aún está aquí conmigo. Que me acompaña paso a paso. Que todavía me quedan partes de ella que descubrir.

## 15

### ***Aprender a perder el equilibrio***

Es casi imposible predecir esos momentos decisivos que marcan un antes y un después, y también ser consciente de que estás viviendo uno de ellos justo cuando ocurre. Pero aquella tarde de octubre, a la tierna edad de trece años, lo supe.

Me puse los patines y entré en la solitaria pista. En las últimas semanas, se había convertido en una obsesión ver vídeos en los que una patinadora hacía piruetas imposibles rotando sin cesar. Y me había propuesto imitarla, aunque sabía que aún estaba muy lejos de conseguirlo a corto plazo.

Me deslicé por la pista para dirigirme hacia el centro. Después, intenté girar sobre mí misma y me caí al suelo. Miré a mi alrededor: no había nadie cerca, tan solo la chica de la taquilla, que leía una revista con aire distraído y mascaba chicle. Volví a levantarme para emular una vez más el movimiento, con el mismo resultado desastroso. Y así una y otra y otra vez. Tenía las rodillas doloridas por culpa de los golpes contra el hielo. Pero la testarudez ganaba la batalla. Me incorporé, cogí impulso para apoyarme en la parte anterior de la cuchilla del patín, detrás de la serreta, y después caí al suelo de nuevo.

No sé cuánto tiempo estuve intentándolo, pero al abandonar la pista de hielo me temblaban las piernas y sentía los músculos entumecidos. El resultado no había sido mucho mejor al terminar la sesión, así que podría haberlo considerado un fiasco, pero, cuando salí y me sacudió el viento de otoño, tuve esa revelación que marcaría un antes y un después en mi vida, porque comprendí que el éxito está formado de pequeños y múltiples fracasos. Y cuando perder el equilibrio y caerte deja de darte miedo, todo cambia.

## 16

### ***¿Alguna vez te has sentido así?***

Debería estar celebrando que he aprobado el examen para obtener el carné de conducir, pero, en cambio, estoy parada en mitad de mi habitación respirando profundamente una y otra vez. Abro los ojos. Contemplo mi pared llena de retazos que no tienen sentido para nadie más y fijo la vista en la última notita que he añadido.

«Un faro en medio de la tormenta».

Fue la frase que dijo papá durante la conversación que tuvimos en la hamburguesería y no dejo de pensar en ella desde entonces. En si así debe de ser el amor: luz, seguridad, certezas. Y en qué ocurre si en algún momento una de las lentes se rompe o el mar se rebela con especial virulencia. ¿Es ese el instante preciso en el que uno debe abandonar el faro antes de que las paredes se derrumben, los cimientos cedan y el océano lo engulla todo?

Los escucho discutir en el comedor.

Cuando no puedo soportarlo más, bajo las escaleras e interrumpo la escena. Cambio de cámara, entra en acción la hija que queda. La mirada desesperada de mi madre es tan

intensa que, por un instante, me alegro, porque al menos eso significa que todavía es capaz de sentir algo. Aún quedan restos de la mujer que fue.

—¿Lo sabe ella? —pregunta alzando la voz—. ¿Le has contado a Grace que quieres deshacerte de toda la ropa de Lucy? ¿Cómo puedes planteártelo siquiera?

Mi padre se mantiene sereno junto a la estantería de madera del salón, pero sé que está nervioso por cómo encoge los dedos de la mano derecha.

—Algo me comentó, sí —contesto.

—¿Y no le dijiste que era una idea estúpida?

—Mamá... —Trago saliva—. En realidad...

—En realidad se ha ofrecido voluntaria para echarme una mano. Llevaremos al centro social lo que decidamos donar y el resto lo guardaremos en el desván.

Ella nos mira a los dos con los ojos vidriosos.

—¿Por qué estáis haciendo esto?

—Porque es lo correcto, Rosie. Alguien podrá... hacer uso de sus cosas. —A papá se le quiebra la voz, pero ella está tan centrada en su propio dolor que ni siquiera lo percibe—. Y debemos seguir adelante, debemos volver a...

—No digas ni una sola palabra más, Jacob.

Ni siquiera me mira antes de salir del comedor.

Cuando papá y yo nos quedamos a solas, dejo escapar el aire contenido y siento que me desinflo. Si fuese un globo de helio, ahora mismo caería en picado y me quedaría enredada entre las ramas de algún árbol.

—Te dije que no sería fácil.

—¿Por qué no se lo has contado?

—¿Lo del juego de Lucy? —Él niega con la cabeza—. En estos momentos, la destrozaría. Además, creo que esa decisión te pertenece a ti.

Entramos en la habitación de mi hermana esa misma tarde. La puerta ha permanecido cerrada todos los días durante estos casi seis meses y los otros tantos que pasó en el hospital antes de morir. Nos recibe una cama con una colcha rosa con diminutas florecitas amarillas, muñecas y peluches sobre las baldas que parecen aguardar con tristeza el regreso de su dueña, un escritorio pulcro y ordenado, con un bote lleno de bolígrafos de colores, como si Lucy fuese a usarlos alguna vez más y, apiladas, varias de esas novelas románticas que tanto le gustaba leer.

Giro sobre mí misma y lanzo un suspiro.

—No sé por dónde empezar.

—El armario. Es lo que dijo, ¿no? Que donases la ropa. —Papá se dirige decidido hasta el mueble de dos puertas, toma aire y las abre de par

en par.

Las cajas que hemos traído del trastero se van llenando con la ropa de Lucy. Es una sensación indescriptible la de coger cada vestido, sacarlo de su percha como quien despoja a alguien de su hogar, doblarlo y decirle adiós. Muchas prendas me traen

recuerdos. Lucy comiéndose un helado que goteó hasta dejar un reguero de fresa sobre una sudadera azulada. Lucy dando vueltas con una falda de vuelo plisada. Lucy saltando los charcos conmigo con sus botas de agua. Lucy eligiendo un vestido de gasa granate porque logró asistir al baile de fin de curso junto a su mejor amiga. Lucy y lo mucho que le gustaban los zapatos estrafalarios y llamativos.

Lucy, Lucy, Lucy...

—¿Tú crees que está bien lo que hacemos?

—No lo sé. —Papá me mira—. Pero como ninguno de nosotros parece tener las respuestas adecuadas... cumpliremos los deseos de Lucy.

Y acto seguido mete en una bolsa una chaqueta de lana rojiza con distintas tonalidades: un tono vino en las mangas que se va aclarando hasta alcanzar el rosado en la zona del ombligo. Así era el aura de mi hermana: pasional, dulce y decidida.

Le regalé la prenda tres cumpleaños atrás. —No la tires —le pido a papá—. Dámela. —¿Estás segura?

—Sí.

Me llevo la chaqueta a la nariz y huelo el suavizante. Luego la froto contra mi mejilla. Es muy suave. Tanto como lo era la voz de Lucy cuando me metía en su cama y nos quedábamos hablando en susurros hasta bien entrada la madrugada.

Tengo un nudo en la garganta.

—¿Estás bien, Grace?

—No.

—Tómame un descanso.

Me levanto con la chaqueta en las manos y me alejo hasta la ventana desde donde se ve la calle en la que hemos crecido. De vez en cuando me giro y contemplo a papá guardando con mimo cada una de las prendas: las coge con mucha delicadeza, revisa las costuras, aplana algunas arrugas con los dedos, las dobla como si fuesen a formar parte de un desfile de moda.

Está tan absorto en ello que no parece ser consciente de que sigo allí hasta que se levanta para buscar precinto en los cajones del escritorio.

—El tercero —le digo.

Lucy era ordenada hasta el extremo; «metódica, precisa e inteligente como para crear un juego». Y aunque mis cajones contienen un batiburrillo de cosas y es imposible encontrar nada en ellos, conozco perfectamente el contenido de los suyos: en el primero están las libretas, en el segundo aquello relacionado con el dibujo, en el tercero los materiales adicionales como pegamento, celo, tijeras, clips o chinchetas.

Cuando mi padre termina de cerrar las cajas, lanza un suspiro y mira a su alrededor como si se preguntase de dónde sacará el valor si en algún momento debe retirar todo lo demás, porque cada pequeño objeto que ella decidió poseer parece contener pedacitos del alma de Lucy.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—Dejaremos aquí las cajas. Vamos a darle un tiempo de margen a tu madre para que lo asimile, ¿te parece bien?

—Sí.

—Vale.

—Gracias, papá. Por esto.

—No me las des. —Antes de salir de la habitación, apoya una mano en mi hombro y me mira a los ojos—. Si en algún momento aparezco en ese juego que Lucy te dejó, me lo dirás, ¿verdad? Porque me gustaría saber... si quería algo de mí... —Toma aliento—. No hablamos mucho durante los últimos días antes de...

—Te lo diré. No te preocupes.

En su asentimiento aún permanece ese aire de derrota que arrastra desde hace tanto tiempo. Ya casi no recuerdo cómo era antes, cuando bromeaba y nos hacía reír a las tres con su famoso encanto natural. Lo veo marchar escaleras abajo hasta que desaparece.

Esa misma noche, unas horas después de empezar a desprenderme del rastro material que Lucy dejó en el mundo, me encuentro en el porche de una casa con jardín. El verano ha dado comienzo y la temperatura es más suave. No conozco a la mayoría de la gente que me rodea, pero Tayler está

a mi lado y de vez en cuando me acaricia la rodilla derecha y me rellena el vaso que sostengo en la mano.

Unos amigos habían quedado para ver un combate de boxeo decisivo, o eso dijo uno de ellos, y cuando terminó empezó a unirse mucha más gente. Ahora que ya ha anochecido, probablemente nadie recuerde cuál fue el detonante de la fiesta. A mí tampoco me importa, la verdad. No tenía pensado salir, pero cuando Tayler me propuso recogerme estaba sentada en mi pequeño refugio de la ventana, pensando y pensando y pensando sin cesar, así que le dije que sí para poder apagar el cerebro de una vez por todas.

¿Alguna vez has deseado poner en pausa tu mente? Solo unos instantes de calma antes de retomar el hilo de lo que sea que tuvieses dentro. A veces me canso de mí misma. Me canso de mi cabeza. Me canso de darle vueltas a todo y de imaginar cosas y de vivir dentro de un laberinto infinito lleno de ideas enredadas del que no sé salir.

—Ese tío está loco. —Mia señala a un tipo que compite con otro por ver quién consigue beber más cervezas casi sin respirar. Lleva mucha ventaja. —Los dos lo están — responde Sebastien, y yo aparto la vista de él para evitar vomitar. De todas las personas que hay en esta fiesta, él es sin duda al que más detesto.

Los invitados jalean a los chicos y los graban con los móviles.

De forma inconsciente saco mi teléfono para ver si tengo alguna notificación, pero no hay nada. Siento que hace una eternidad que no tengo noticias de Will. No nos vemos desde el día que entramos en aquella granja abandonada que ahora me parece tan lejano. Ya han pasado más de dos semanas. Le escribí para contarle que había aprobado el examen de conducir y tan solo contestó con un impersonal «Enhorabuena, Grace».

No debería, pero mis dedos se mueven sobre las teclas conforme aumenta el ruido a mi alrededor; pienso en la ropa de Lucy dentro de esas cajas, en lo ajena que me siento a todos los que me rodean..., y noto la soledad, una soledad insondable.

Grace: ¿Alguna vez te has sentido como si estuvieses ardiendo en llamas en una habitación llena de gente, pero nadie se molestase en mirarte y siguiesen a lo suyo?

La respuesta llega en apenas dos o tres minutos.

Will: No.

Bebo otro trago y cierro los ojos.

El teléfono vuelve a vibrar.

Will: Pero sí me he sentido como si estuviese

ardiendo en llamas en una habitación

llena de gente que me señala

y me mira hasta que me consumo en cenizas.

Dejo salir el aire contenido. No contesto. No quiero alterar este instante perfecto de complicidad. No quiero tocar nada por miedo a romperlo. Pero siento algo cálido en el pecho, una pequeña cerilla prendiendo.

—¿Quieres un cigarrillo?

—No. —Guardo el móvil.

Tayler me mira de reojo, luego se enciende uno y lanza el humo hacia arriba. Se inclina y me roza la oreja con la boca antes de susurrar:

—¿Hoy también te aburre la fiesta?

Con algunas personas la sinceridad no funciona, así que tomo una bifurcación.

—¿Te importa, acaso? —Claro. Eres mi chica, ¿no? —Esto sí que es una novedad.

—¿No es lo que en realidad deseas? —Me roza el lóbulo con el pulgar y se pega más a mí—. Pues vale. Hagámoslo. Seamos Grace y Tayler, la pareja del año.

—¿Eres consciente de que el instituto acabó hace mucho?

—¿Por qué siempre tienes que joder todos los momentos?

—Tayler, las cosas están bien así. —Me pongo en pie como puedo mientras los invitados estallan en aplausos porque alguien ha batido un récord estúpido que probablemente consista en beber cerveza por la nariz o comer una cantidad ingente de nachos—. Tengo que ir al servicio.

Percibo los efectos del alcohol en toda su magnitud cuando doy el primer paso. El suelo se inclina peligrosamente y la gente que me rodea se distorsiona como si estuviesen hechos de algún material blando y

gelatinoso. Tengo un programa de centrifugado en la cabeza. Avanzo hasta entrar en la casa. No encuentro el cuarto de baño que debería estar en la planta inferior. Me entran náuseas. La primera arcada me sacude cuando alcanzo el tercer escalón. Sigo hacia arriba como puedo, sujetándome con fuerza de la barandilla. Encuentro el servicio y me precipito hacia la taza del váter.

Lo echo todo.

Echo las copas, la tristeza y la dignidad.

Salgo de allí un rato más tarde, pero me siento incapaz de regresar a la fiesta del jardín y tampoco quiero pedirle a Tayler que me lleve a casa. Así que me quedo sentada en medio de las escaleras y cuando miro arriba y abajo pienso que casi parece una metáfora de mi vida: bajar me da vértigo, pero subir resulta agotador.

No sé cuánto tiempo permanezco allí, podrían haber sido diez minutos, una hora o tres. Pienso en la palabra «petricor» y en lo encantador que resulta un nombre tan sonoro para referirse al olor de la lluvia. Siempre me ha gustado ese aroma porque evoca la sensación de limpieza, un cambio y un comienzo, algo tan auténtico que no puede capturarse en un frasco de perfume y venderse en cualquier supermercado.

Sigo sentada en la escalera cuando juego con el móvil.

Escribo. Borro. Vuelvo a escribir. Me tiemblan los dedos.

Grace: ¿Qué estás haciendo ahora mismo? Will: Nada. ¿Por qué?

Las voces del exterior se difuminan y me siento dentro de una espiral infinita, pero de pronto puedo visualizar a Will en el centro de ese círculo en movimiento.

Grace: ¿Podrías venir a por mí? Estoy en una fiesta

en la que no quiero estar, sentada en una escalera,

incapaz de decidir si debo bajar o subir. Will: Mándame la ubicación y espérame.

Lo hago. Luego evoco ese «espérame» como sonaría si estuviese dentro de una película de época, quizá ambientada en la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, y me entra la risa tonta. Aunque sé que el tono real, el de Will, sería muy diferente: seco, casi punzante y sin florituras, una forma dulcificada de decir «quédate quieta, Grace».

Por una vez, sigo las reglas al pie de la letra y me arrepiento de hacerlo en cuanto veo a Sebastien al pie de la escalera. Desliza el dedo índice por el pasamanos siguiendo la curva que traza la madera y sube un escalón tras otro hasta quedar a mi altura.

—Mira quién está aquí...

—¿No tienes nada mejor que hacer? Piérdete.

Me recuerda a una serpiente venenosa. La diferencia entre los tipos como Tayler y los tipos como Sebastien es que a los primeros los ves venir de lejos y puedes preparar una estrategia y alzar un escudo, pero a los segundos... los descubres cuando te clavan la daga por la espalda y entonces ya es demasiado tarde.

—¿Otro verano más por aquí? Pobrecita Grace.

Me pongo en pie y decido que asumir el vértigo es mejor que permanecer un segundo más a su lado. Bajo un escalón tras otro y salgo al jardín. Veo llegar a más invitados a la fiesta, pero ninguno es Will. No me doy cuenta de que Sebastien me ha seguido hasta que lo tengo al lado, tan cerca que noto su aliento cálido en la oreja.

—¿Qué tal está tu hermana? —sisea burlón.

—¿Qué has dicho? —Me giro hacia él con brusquedad y el corazón latiéndome con tanta fuerza contra las costillas que lo siento por encima del volumen de la música.

—¿Ahora eres una calientapollas sorda?

No veo nada cuando me lanzo hacia él. Tengo la mente en blanco, blanco, blanco; es una sábana, un lienzo, la clara de un huevo. Quiero hacerle daño, un daño físico que penetre en su cabeza y más allá.

Unos brazos me sujetan con fuerza y tiran de mí hacia atrás para separarme de Sebastien, que me mira con una sonrisa de satisfacción. —Cálmate, Grace. —La voz de Will es un susurro.

Parpadeo para no llorar, hace mucho que no me permito hacerlo. Me esfuerzo por no bajar la vista al suelo cuando compruebo que la gente me

mira porque al parecer esto es más interesante que lo de las competiciones de cerveza.

—¿Qué demonios ha pasado? —pregunta Tayler.

—Siempre he sabido que estaba medio tarada. —Sebastien hace una mueca y tras él se elevan algunas risitas que afianzan sus palabras. —Cállate —le dice secamente Will a mi espalda.

—¿Y este qué hace aquí? —Tayler le dirige una mirada de desprecio y luego clava la vista en mí como si esperase algún tipo de explicación al respecto.

—Venga, vámonos. —Will es todo tensión y rigidez.

Me coge de la mano y nos alejamos juntos.

Apenas soy consciente de que estoy caminando, porque mi atención está puesta en el roce de su piel y la mía, la manera en la que mis dedos fríos parecen cobijarse en la calidez que desprenden los suyos. Él no lo sabe, pero memorizo cada detalle de su mano, como los tendones extendiéndose hacia el dorso o los nudillos formando pequeñas colinas. También pienso en lo que sé que está ahí, aunque no pueda verlo: huesos, articulaciones, ligamentos, vasos sanguíneos, nervios y membranas. Porque todo ello nos conecta en estos momentos. Y es una conexión física pero emocional. Un puente alzándose lentamente sobre los cimientos construidos en las últimas semanas. Y siento que, por una vez en mi vida, no está hecho de papel ni de cartón, sino de piedra.

17

***Mientras no elijas, todo sigue***

***siendo posible***

Will arranca el coche y atravesamos la noche en silencio.

—¿Adónde vamos? —pregunto.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—No, por favor. Creo que aún estoy borracha —digo, a pesar de que sé que mis padres no están despiertos a estas horas y, aunque lo estuviesen, tampoco se darían cuenta de nada. En cualquier caso, sigo mareada y no quiero decirle adiós a Will todavía.

—No hay gran cosa que hacer por aquí...

—Tienes una caravana, ¿no?

Aparta la vista de la carretera un segundo y nos miramos en silencio. Luego, comprendo que ha decidido que es una buena idea cuando cambia de dirección.

El parque de caravanas está en un extremo de la ciudad donde los pequeños hogares improvisados se apiñan sin mucho orden ni concierto. Will deja el coche en el *parking* de la hamburguesería y nos acercamos caminando a paso lento.

—Es aquí —dice cuando llegamos hasta una caravana pequeña y blanca con una franja gris en medio. Abre la puerta—. Pasa.

El espacio es minúsculo, pero tiene un banco tapizado que hace de sofá, un hornillo portátil, una puerta que deduzco que dará al baño y una cama plegable que en estos momentos está abierta. Hasta en los rincones más insospechados hay libros apilados.

—Ya entiendo por qué usas el coche como almacén.

—Siempre dando en el clavo —bromea, y pasa por mi lado para abrir una maleta que descansa a un lado y coger una camiseta de manga corta del interior.

Permanezco inmóvil cuando Will, de espaldas a mí, se quita la sudadera para ponerse algo más fresco. Los omóplatos se alzan un instante antes de que la tela los cubra y debo admitir que es una pena. Recuerdo lo que pensé la primera vez que lo vi, aquella apreciación sobre que tenía pinta de ser el típico jugador estrella de un equipo universitario de fútbol americano, con los hombros anchos en contraste con la cintura más estrecha. Sigue evocándome las mismas sensaciones, solo que ahora se entremezclan con todo lo que sé sobre él, las piezas que voy coleccionando.

—No tengo mucho que ofrecerte. ¿Un refresco?

—No, gracias. Estoy bien.

—¿Seguro? También tengo infusiones.

—Vale, me has convencido.

—Ponte cómoda. Siéntate ahí o en la cama.

A riesgo de apartar las columnas de libros que hay sobre el banco y terminar sepultada bajo ellos, me decido por la cama. Está deshecha, con la sábana blanca a un lado, y casi puedo imaginarlo tumbado aquí justo antes de recibir mis mensajes. No sé por qué, pero la idea me hace tragar saliva con fuerza. Si fuese capaz de sonrojarme por algo, probablemente este sería el momento en el que ocurriría. Pero no es el caso.

Will pone agua a calentar en un cazo pequeño. —Creo que no te he dado las gracias —digo. —Ni tampoco es necesario que lo hagas. Permanecemos un largo minuto en silencio.

—Esto no está tan mal... —Miro alrededor—. ¿Por qué te decidiste a vivir en una caravana? Tiene su gracia si algún día decides irte a la aventura.

—¿A ti te gustaría eso?

Me lo planteo mientras él cuele el agua caliente. Saca dos vasos de cristal y los llena hasta arriba. Me ofrece uno con cuidado y luego se sienta a mi lado y el colchón de la cama se hunde un poco. Estar con Will en un espacio tan reducido resulta extrañamente íntimo. Y sé que él también lo percibe porque se esfuerza por mantener las distancias, como si temiese lo

que podría ocurrir en caso de que nos rozáramos dentro de esta lata de sardinas.

Me gustaría preguntárselo. «¿Te da miedo tocarme, Will?».

—Supongo que sería interesante. La vida debería ofrecer opciones limitadas, ¿no crees? Es horrible pensar en todas las posibilidades que dejamos por el camino.

—Pues piensa solo en las que escoges.

—Ya. Ese es justo el problema.

—¿En qué sentido?

—Hay una frase de la película *Las vidas posibles de Mr. Nobody* que dice así: «Mientras no elijas, todo sigue siendo posible» —recito.



Will da un sorbo a su vaso sin apartar los ojos de mí.

—¿Y hasta cuándo?

—No lo sé.

Él apoya el codo derecho sobre su rodilla y se inclina hacia delante. Me estudia con mucha atención. Me pregunto qué ve. O qué no ve.

—¿Te has planteado que no elegir también es una decisión en sí misma? ¿Y si te pasas toda la vida anclada en esa indecisión?

Y comprendo entonces que no solo me hace esta pregunta a mí, sino también a sí mismo. Creo que los dos nos encontramos en el mismo punto de inflexión, justo en medio de la escalera, sin saber qué dirección tomar. ¿Arriba o abajo? ¿Abajo o arriba?

—No puedo darte la respuesta a eso.

El silencio vuelve. Pero es cómodo, casi liviano. Después de lo duro que ha sido el día de hoy tras la discusión de mis padres, la recogida de la ropa de Lucy y la noche en la dichosa fiesta a la que no debería haber ido, estar en la caravana con Will es reparador. No quiero que se acabe, así que me recuesto un poco sobre la almohada. Huele a él. Huele a cascadas y frío y violetas. Lo miro mientras se termina la infusión, se pone en pie y enjuaga el vaso antes de secarlo con delicadeza. Es... metódico. Me hace gracia pensar en nuestros opuestos; en el caos y el orden, la reflexión y la impulsividad.

—¿Dónde vivías antes? —pregunto.

—Te lo diré si tú me explicas lo que ha ocurrido en la fiesta. —No es importante. Ese tipo, Sebastien, es un imbécil. —¿Por qué habéis discutido?

—Digamos que... tenemos alguna cuenta pendiente por ahí. Tanteamos hace tiempo, el verano pasado. Fue por una buena causa, es difícil de explicar. Y luego empezó a decir que era una calientapollas.

—¿Y el otro?

—¿Quién?

—El de la moto.

Recuerdo que ya se vieron cuando me dejó en la puerta de mi casa semanas atrás y Tayler estaba esperándome. Me hago un ovillo. Noto la suavidad de las sábanas en la mejilla y sé que ha debido de cambiarlas hace poco porque, mezclado con el olor de Will, distingo pequeñas notas florales del detergente. Inspiro con fuerza.

—Es Tayler. Un amigo. O algo así.

—«Algo así» es bastante ambiguo.

—Llevamos un par de años de idas y venidas, pero no es nada serio. Will parece estar dándole vueltas al asunto antes de comentar: —Tienes un prototipo bastante singular.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Nada.

—Tu «nada» sí que es ambiguo.

—Olvidalo. Así que, en resumidas cuentas, a veces estás con Tayler y en otras ocasiones con Sebastien, ¿voy por el camino correcto?

—No. Te he dicho que tontee con Sebastien por una buena causa, no porque me gustase. Nunca tuvimos nada. Solo intentaba... ayudar a una amiga.

—¿Y lo conseguiste?

Me tumbo bocarriba y tomo aire.

—Digamos que salió mal y ya está, pasemos al siguiente tema. Es decir, tú. ¿Dónde vivías antes? Y quiero detalles, nada de generalizar.

Will sonríe despacio y vuelve a sentarse al lado.

—¿Por qué deduces que no soy de Ink Lake?

—Porque eres del mismo año que Tayler y no lo conoces. Además, este no es tu sitio. Esas cosas se saben. Te mueves de forma distinta.

La sonrisa de Will se ha esfumado y permanece serio mientras se frota las manos y mira al frente. Carraspea antes de empezar a hablar:

—Residí gran parte de mi vida en Lincoln, en uno de esos barrios perfectos que aparecen en los anuncios de monovolúmenes. Luego me fui a

la universidad y acabé en Nueva York, en un apartamento en el Upper East Side.

—Yahora aquí estás...

—Aquí estoy —concluye.

—¿Por qué? —murmuro adormilada por culpa del alcohol, el cansancio y la tensión del día—. ¿De qué estás huyendo? ¿Y cómo es posible que tu cama sea tan cómoda?

Él deja escapar el aire contenido y vuelve a sonreír. Pero es una sonrisa triste. Lo que todavía no he descubierto es si la tristeza se le ha colado dentro o si nace de él y se expande hacia fuera. Es como humo, eso sí lo sé. Humo incontenible.

—Duerme un rato, Grace.

Noto que se me cierran los ojos.

—¿Me avisas en diez minutos? Solo eso y creo que estaré como nueva y podremos irnos. O seguir hablando. Lo que prefieras. —Mi voz es apenas un balbuceo.

—Sí, tranquila. Descansa.

Me cuesta enfocar la vista por culpa de la luz que entra por la ventana de la caravana. Parpadeo y tardo unos segundos en comprender que no estoy acurrucada en mi cama, sino en la de Will. Me giro y lo veo sentado en el banco con una novela en la mano. La imagen desprende cierta serenidad y me gustaría fotografiarlo para guardar este instante y colgarlo en la pared de mi habitación, justo al lado de las palabras que revolotean por mi cabeza como pájaros enjaulados.

—¿Has pasado toda la noche ahí?

—Sí. Buenos días. —Cierra el libro y lo deja a un lado.

—¿No has dormido, Will?

—El sueño está sobrevalorado. —Deberías haberme despertado. —¿Quieres café?

Asiento con la cabeza y él se incorpora. Me resulta fascinante que haya pasado tantas horas en vela, probablemente sin poder leer hasta el amanecer, en lugar de despertarme o pedirme que le hiciese un hueco en la

cama. Compruebo que había sitio para los dos mientras estiro un poco las sábanas, todavía algo confusa, y luego contemplo el interior de la caravana bajo la luz del día. Tiene su encanto. Pequeñas partículas brillan bajo los rayos del sol y extendiendo una mano hacia ellas.

—Will...

—Dime.

Está concentrado en el café que ha empezado a borbotear.

—¿Podría verlo? ¿Podría ver el juego de Lucy? Por favor.

Me mira vacilante antes de sacudir la cabeza y apagar la cafetera. No ha contestado, pero se dirige hacia la cama, mete la mano debajo y coge la caja dorada.

—Te lo enseñaré.

La abre y saca un rectángulo de madera que, en un primer momento, se parece a un dominó, solo que es más ancho, grande y, en lugar de tener un compartimento, posee pequeñas casillas numeradas con una tapa que se abre hacia arriba.

—Vamos por la cinco. Dentro de cada casilla hay un papel. A veces se indica algo y en otras ocasiones tan solo hay un número que enlaza con la carta correspondiente.

Me enseña el contenido de la caja más grande y veo varias cartas cerradas y atadas delicadamente con un cordel marrón. Will las aparta a un lado cuando advierte el deseo que me invade. Los dos sabemos que la paciencia y la contención no son mi punto fuerte. Quizá para distraerme, coge un papel que hay al lado y lo abre.

Luego, lee en voz alta:

—«Estas son las instrucciones: solo se puede continuar avanzando con una casilla sin cumplir».

—¿Qué quiere decir eso?

—Que podemos seguir jugando a pesar de no haber completado la casilla del patinaje sobre hielo, pero ya no tenemos margen de error.

—¿Y qué más?

—«Las casillas deben abrirse siguiendo el orden indicado por los números. El ritmo del juego lo marcará el mensajero». Es decir, yo. —Will levanta la vista un instante—. «El mensajero no debe leer las cartas que entrega. En el caso de que la jugadora quisiese abandonar antes de tiempo, se abriría directamente la última casilla».

Deslizo un dedo a lo largo del juego de madera; imagino al abuelo lijando los bordes con mimo y a Lucy pensando en el contenido de cada pequeña casilla.

—Una noche hablamos sobre si la vida estaba sobrevalorada. Y ella dijo que, a fin de cuentas, es un juego que tan solo consiste en lanzar un dado y ver qué números te tocan. —Trago saliva y omito las partes que me esfuerzo por olvidar, cuando el final estaba cerca y Lucy sentía tanto dolor que ya ni siquiera quería probar suerte.

—Tenía razón. Más o menos.

—¿Algo concreto que objetar?

—Si tiras el dado demasiado fuerte, puede que se salga del tablero y termine perdido debajo de algún sofá cogiendo polvo.

Sonríó y él también lo hace. Después, deja la cajita de madera a un lado y sirve los dos cafés. Cojo el mío y permanezco allí de pie sin saber muy bien dónde acomodarme, a pesar de que he pasado la noche en este mismo lugar durmiendo profundamente.

—Lucy se divertía a veces con los juegos de azar, pero prefería los de estrategia. Sus favoritos eran el Risk, el ajedrez y, si tenía un mal día, el Cluedo.

—¿Y a ti?

—El Scrabble, sin duda.

El poder que tienen las palabras siempre me ha fascinado. Una palabra puede soldar o destruir, invocar el odio o el amor, regalar alegría o tristeza. De hecho, pienso que faltan expresiones más concretas para ciertas cosas. ¿Existe algún término para referirse a los hilitos que sobresalen de la ropa? ¿O al momento exacto en el que dos personas están a punto de besarse? ¿O para remarcar las últimas palabras dichas antes de morir?

—Se me ha ocurrido que quizá sea una buena ocasión para abrir la siguiente casilla —dice Will de pronto, tras darle un sorbo al café y lamerse el labio inferior—. Si quieres, hazlo tú. Levántala y yo me encargo del resto.

—De acuerdo, mensajero —bromeo.

Cojo la tapita de madera y la abro con delicadeza. En el interior hay un papel enrollado y una piedra que conozco bien porque un día fue mía: es una amatista de un tono intenso por su alta composición en hierro. Fue un regalo que me hizo el abuelo y que, años más tarde, le di a Lucy. Tenía unos

once o doce años y estaba convencida de que ese pequeño tesoro era mágico y podría curarla.

La sostengo entre el índice y el pulgar. —¿Te dice algo? —pregunta Will. —Sí. ¿Qué pone en el papel?

Él lo desenrolla despacio y lee:

—«Dale a Grace la carta seis».

Se gira, desata el cordel y va pasando una a una las cartas. La mayoría son lilas, que son las mías, pero hay algunas de un tono morado más intenso, una roja y un par de un azul pálido. Will me tiende el sobre correspondiente y luego vuelve a meter el juego debajo de la cama. Lo hace con una delicadeza que me empaña la vista.

Me guardo la carta en el bolsillo para leerla más tarde.

—Te llevaré a casa —se ofrece él.

## 18

### ***En busca de la belleza***

La situación en casa no ha mejorado precisamente después de lo que hicimos papá y yo con la ropa de Lucy, algo que mi madre considera una traición. Su vida transcurre entre el sofá y la cama, la cama y el sofá. Si no la encuentro en un sitio, siempre sé a qué otro ir a buscarla; aunque, para ser sincera, ya no necesito nada de ella.

Al menos, eso me repito cada día.

No-la-necesito. No-la-necesito.

El lunes me entretengo más de la cuenta durante el paseo con Mr. Flu y, cuando regreso a casa de la señora Rogers, me la encuentro en la cocina antes de que pueda coger la paga semanal que siempre deja en un sobre y largarme.

—Buenos días, Grace. ¿Cómo va todo?

—Bien. Le he puesto ya la comida.

El crujido que produce Mr. Flu cada vez que tritura un trozo de pienso no deja lugar a dudas, pero Anne no le presta más atención.

—Gracias. Dale recuerdos a tu madre. —Claro, lo haré —contesto amable. Es mentira. Y creo que Anne lo sabe.

En cualquier caso, no añade nada más y a continuación me dirijo a las casas de Emily Trenton y Karen Stewart para sacar a pasear a sus respectivas mascotas. Si he de ser sincera, nunca me imaginé dedicándome a esto y apenas cubro mis gastos personales con lo que gano, pero encaja con mi situación actual, que es seguir en esta especie de limbo.

Así que eso es todo lo que hago durante la semana: paseo a simpáticos perros, voy a terapia de grupo, veo anochecer en el hueco de la ventana,

pienso en mandarle mensajes a Will y finalmente nunca me atrevo a hacerlo y soy una espectadora silenciosa de la película «Mamá vive en el sofá y otras catastróficas desdichas».

El viernes, al terminar la jornada, le pregunto:

—¿Has comido?

—No.

—¿Te preparo algo?

—Gracias, pero no tengo mucha hambre.

—¿Un sándwich, quizá?

—No, Grace. En serio.

Dejo de insistir y subo a mi habitación. Es un rincón tan mío que a veces tengo la sensación de que dejo desperdigadas aquí y allá las cosas que no puedo contener, mis obsesiones incorregibles, las dudas sin respuesta, las palabras perdidas, las fotografías de instantes que no me pertenecen... Me tumbo en la cama y vuelvo a leer la carta de Lucy.

*Pequeña Grace :*

*Has llegado a la mitad del juego. ¿Recuerdas lo que solía decirte cuando hablábamos de estrategias? El ecuador siempre es un momento clave y creo que puede trasladarse a cualquier aspecto vital. Verás, ahora es cuando debes decidir si sigues adelante o no y, si lo haces, toma impulso y no vuelvas a mirar atrás .*

*¿Te cuento un secreto? Cuando entro en tu habitación tengo la sensación de que, como te sientes incapaz de cambiar el mundo de ahí fuera, te contentas con ser la reina*

*indiscutible en tu diminuto castillo. Y eso está bien, pero me pregunto si detrás de toda esa colección de cosas bonitas se esconde algún temor. ¿Qué intentas ocultar, Grace?*

*Para completar esta casilla tienes que ser sincera contigo misma, porque nadie más sabrá si lo has logrado. El mensaje es: busca la belleza .*

*Sé que sabrás a qué me refiero cuando la encuentres .*

*Con amor, Lucy .*

Tengo la mente en blanco y ninguna idea sobre qué pretende que haga. El primer día pensé que, como lo nombraba, quizá tuviese algo que ver con la pared sobre la cama. Estuve horas mirando mi colección de palabras, fotografías y postales con obras de arte que habían logrado sacudirme en algún momento. Ahí estaba toda esa belleza apabullante: algunas instantáneas de Nan Goldin, Dorothea Lange o Cindy Sherman. *La piedad* de Miguel Ángel, que siempre me remueve, y la *Venus de Milo*, *Laocoonte y sus hijos* o el *Discóbolo* de Mirón. Y, un poco más allá, el *Guernica*, *La*

*noche estrellada* de Van Gogh, *Los nenúfares* de Monet o *El beso* de Gustav Klimt.

Le doy un tironcito a esta última postal y la arranco de la pared. La observo de cerca, casi pegándola a mi nariz. Me fascinó desde la primera vez que la vi en un libro de texto del instituto. Quizá por esa idea de ternura y devoción, por mucho que reniegue de la palabra «amor». O porque siempre me han gustado las cosas brillantes y me maravilló que estuviese hecha con pan de oro y el choque de estilos artísticos. O por la intimidad de la escena, la manera en la que él la abraza y ella cierra los ojos con abandono.

¿Puede que sea esta la belleza de la que hablaba Lucy? ¿Que el estómago se te encoja ante una obra de arte? ¿O que un libro se te quede dentro del alma?

Como no estoy segura, dejo la postal en la mesilla de noche.

El teléfono suena poco después. Es el abuelo.

—¿Cómo van las cosas, Grace?

—Bien. —Con el móvil entre el hombro y la oreja, cojo algunas prendas de ropa desperdigadas sobre la cama y empiezo a doblarlas—. ¿Y tú?

—Bastante satisfecho. He decidido que volveré a mediados de verano. —Vaya. —No pensaba que lo alargaría tanto.

—Pero si crees que me necesitas allí...

—¡No! No, qué va. —Las palabras salen un poco bruscas y atropelladas porque no quiero que el abuelo tenga que acortar sus vacaciones y menos por mí. Se supone que soy adulta, no debería ser una preocupación para él ni para nadie—. Tú relájate.

—¿Cómo está tu madre?

—Aratos —contesto de forma ambigua.

—Ya.

—Oye, abuelo.

—Dime.

—¿Qué es para ti la belleza?

—La belleza... —Toma aire y hace una pausa—. Es un concepto que va cambiando con el

paso de los años. Ahora mismo, creo que se resume en una tarde sentado en una silla con una caña de pescar en una mano, una cerveza en la otra y poder contemplar a las gaviotas sobrevolando el mar.

—No está mal.

—Tengo que colgar, Grace. Si necesitas cualquier cosa, llámame. Y recuerda pasar por casa para regar las plantas ahora que se acerca el calor. —Luego añade—: Por cierto, enhorabuena por lo del carné de conducir, ¡ya era hora!

Termino de guardar la ropa en el armario tras colgar.

Después, vuelvo a echarle un vistazo a la postal de *El beso* de Klimt y reflexiono sobre las palabras del abuelo Henry. Quizá la clave está en lo que acaba de decir. Puede que buscar la belleza en el arte sea algo demasiado obvio y deba ir más allá.

El mundo sobre el que camino.

La magnífica forma de un caracol o de los insectos, el esqueleto membranoso de las hojas de los árboles, el aroma a tierra o a mar, estar en la cima de un acantilado, ver revolotear los copos de nieve antes de que se asienten sobre el suelo blanquecino, alzar una lámina fina de hielo hacia el sol y contemplar los destellos de luz iridiscente...

Me pongo las Converse y bajo las escaleras de dos en dos.

—¿Ocurre algo? —Papá acaba de llegar a casa.

—No. ¿Me dejarías tu coche?

—¿Adónde vas?

Me sorprende que le interese. —Aún no estoy segura... —Grace...

—Pero no le haré ni un rasguño.

—Está bien. —Se saca las llaves del bolsillo y me las da—. Ve con cuidado. ¿Dónde está tu madre? —Señalo el piso de arriba porque la última vez que la vi dormía en la habitación—. ¿Sabes si ha comido?

Niego con la cabeza y él suspira hondo.

Mientras monto en el coche y me abrocho el cinturón de seguridad, me pregunto si alguna vez ha intentado hablar en serio con ella. No estoy segura. Ni siquiera soy capaz de imaginármelos manteniendo una conversación que no esté formada por monosílabos (¿Cómo consiguieron ponerse de acuerdo para el entierro de Lucy? ¿Comentaron algo sobre los acabados del ataúd, la frase de la lápida, etcétera?). Yo lo intenté durante los primeros dos meses, igual que el abuelo. «Mamá, creo que necesitas ayuda», una y otra vez. Pero, al final, tras varios «Déjame, por favor» y

«Estoy perfectamente» llegó un inesperado «Cállate, Grace» que fue tan brutal y seco, tan hiriente y punzante, que consiguió que me rindiese y tirase la toalla.

Avanzo despacio con el coche. Sigue aterrándome la idea de hacerle daño a alguien, pero creo que se me da bastante bien manejar el volante. Aparco al lado de la hamburguesería y luego contemplo el parque de caravanas. Recuerdo el corto camino para llegar hasta la suya.

No es hasta que estoy delante de su puerta cuando me pregunto qué hago aquí exactamente. ¿Y si la idea le parece ridícula? ¿Y si no le interesa en absoluto todo esto del juego y solo cumple con su papel porque se apiada de una chica muerta y de otra perdida? ¿Y si hay alguien más junto a él en el interior de la caravana?

Nunca me había planteado antes esa posibilidad y, al hacerlo, descubro que tiene un sabor amargo. Lo cierto es que no he hablado de eso con Will. Ni sobre muchas otras cosas. Todo lo que sé sobre él son brochazos aquí y allá que me esfuerzo por unir para formar un boceto que pueda entender. Arrepentida, tomo aire y giro sobre mis talones sin llegar a llamar. Pero, entonces, la puerta se abre de golpe y Will aparece en el umbral.

—¿Grace? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ya sabes, pasaba por la zona... —Me muerdo el labio inferior ante su penetrante mirada—. Y había pensado que quizá te apetecería acompañarme a un sitio. Si no estás haciendo nada. O si no has quedado ya con alguien.

—¿Qué sitio?

—Es un secreto.

Will entorna los ojos.

—Dame un minuto.

Desaparece dentro y me quedo allí esperando hasta que vuelve a salir con una camiseta distinta y de un blanco impoluto que contrasta con el verde de sus ojos. No pregunta nada más antes de seguirme hasta el coche y montar de copiloto.

—Me gusta esto de no conducir —dice cuando dejamos atrás Ink Lake, y se pasa el resto del trayecto con la vista clavada en su ventanilla.

Sigo un camino ascendente que rodea una pequeña colina que queda a unos veinte minutos de distancia. Cuando salimos del coche, me estremece pensar que no hay nadie en varias millas a la redonda. El terreno es rocoso y en lo alto el viento es más frío. Andamos hasta encontrar una piedra plana que sobresale y nos sentamos. Desde allí se ve todo el paisaje. Las hectáreas de maíz y soja. Las granjas. Los ranchos. El contorno de la ciudad adormecida, que parece una maqueta allá a lo lejos.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta.

—Ir en busca de la belleza.

Él respira hondo y asiente. Probablemente su silencio, ese espacio que él siempre ofrece y que me ayuda a expandirme, es lo que me anima a hablarle del contenido de la carta de Lucy, de mi pared y de lo que intento hallar.

—¿Y has encontrado lo que querías? —Todavía tiene que atardecer... —Vale.

—¿Te importa si esperamos?

—No. Me parece bien.

Permanecemos callados mientras el sol desciende despacio delante de nosotros. Es bonito. Todo esto que nos rodea debería calificarse sin duda como algo «bello», pero no noto el tirón en el estómago que esperaba sentir, así que creo que no puede ser lo que estoy buscando. Sin embargo, me gusta este silencio compartido con Will. Él está sentado a mi lado, mientras la hora dorada nos envuelve con su haz de luz anaranjada, y tiene las manos apoyadas sobre la superficie de la roca. Me pregunto qué ocurriría si moviese un poco mis dedos y acariciase los suyos. Me pregunto si entonces sí se me encogería el estómago. Me pregunto si su piel seguiría siendo tan cálida como la semana pasada. Y me pregunto si él apartaría la mano cuando lo rozase.

Llevo en el bolsillo la amatista que Lucy dejó en la casilla del juego y no dejo de



acariciarla con la yema de los dedos, repasando el contorno irregular como si en las aristas buscara las respuestas que no han llegado como una revelación durante el atardecer.

Pensativo, Will mantiene la vista fija en el horizonte hasta que el cielo empieza a tornarse de un azul cobalto y la luna menguante aparece en lo alto.

—Deberíamos irnos antes de que anochezca del todo. —Tienes razón. Aunque se está bien aquí —digo. —Sí.

Will se tumba y contempla el manto de oscuridad que va ciñéndose sobre nosotros. Lo imito poco después y nos quedamos allí otro rato más sin decir apenas nada. Las luces de un avión parpadean allá en lo alto y me pregunto hacia dónde irán todos los pasajeros y cómo es posible que para mí este lugar donde he crecido sea tan importante, todo lo que conozco hasta la fecha, y para ellos tan solo un tramo más de tierra que atravesar y dejar atrás para llegar a su verdadero destino. Ese hecho, estúpido y ridículo, me golpea con fuerza. Tan solo confirma la irrelevancia de mi existencia. Ya no hay nadie a quien salvar. No hay nadie. Y me siento diminuta e invisible en este mundo que gira y gira y gira...

La oscuridad es total cuando nos levantamos.

No sé si Will se ha quedado dormido o si tenía los ojos cerrados mientras estaba tumbado sobre la roca, pero al montar en el coche parece estar perdido en sus propios pensamientos. ¿Qué habrá dentro de su cabeza? ¿Cómo sería poder ir de excursión por los pliegues de su cerebro y contemplar todas las ideas enmarañadas que contienen?

—Enciende las luces largas —me pide.

Palpo con los dedos intentando dar con el botón correcto, pero solo consigo que se muevan los limpiaparabrisas; no estoy acostumbrada a llevar este coche.

—Mierda. —¿Puedo? —Claro, sí.

Will se inclina hacia mí y toca algo que ilumina la carretera recta por la que circulamos. Continúo conduciendo hasta Ink Lake y me desvío hacia el parque de caravanas. Paro en la zona del aparcamiento, pero dejo el coche encendido.

Él me mira. Permanece tan inexpresivo como de costumbre y las sombras de la noche juegan entre el ángulo de su nariz, las pestañas y el mentón marcado. Su rostro está lleno de carreteras inexploradas y me encantaría recorrerlas con la punta del dedo hasta aprendérmelo de memoria. Will coge aire antes de preguntarme:

—¿Has encontrado lo que estabas buscando?

—Creo que no. Pero gracias por acompañarme. —Me ha venido bien. Necesitaba tomar el aire. —¿Algo que te atormenta? —medio bromeo.

El ronroneo del motor y la oscuridad nos envuelven. Veo que los dedos de Will juegan con la manivela de la puerta, pero no la abre todavía. Cuando se gira hacia mí, ha dejado de parecer imperturbable y lo único que queda es el vacío.

—Demasiado tiempo conmigo mismo —dice.

Luego, baja del coche y se pierde en la penumbra.

Enciendo la radio de camino a casa y, al llegar, me meto en la ducha. El agua caliente cae y me desentumece los músculos. Cierro los ojos. Pienso en Will y en las cosas que conozco y no conozco de él. ¿Qué pesa más? Por un instante, todo alrededor es morado hasta que vuelvo a contemplar los azulejos grises salpicados de gotitas.

Me envuelvo en una toalla y voy a mi habitación. La palabra «belleza» sigue persiguiéndome cuando enciendo la luz de la lamparita para buscar un pijama en el armario. La toalla cae y, de refilón, veo mi desnudez en el espejo alargado de la pared.

Me acerco al reflejo a paso lento. La chica que me devuelve la mirada parece asustada. Como si deseara calmarla, me siento frente a ella.

Y la miro.

Me miro.

Deslizo los dedos por la melena oscura que se desliza hasta los hombros con un corte recto. Observo esos ojos temerosos que preguntan qué estoy haciendo. Veo constelaciones de pecas en torno a la nariz afilada y me acerco más y más al espejo, hasta casi tocarlo, y encuentro poros y manchas en la piel, diminutos granos en la zona de la barbilla y un lunar bajo la clavícula. Me aparto el pelo tras las orejas para liberarlas; siempre he intentado esconderlas porque las veía grandes y feas. Pero gracias a ellas puedo oír canciones y el canto de los pájaros y el murmullo de la lluvia.

Y hay más. Hay mucho más. Tengo un nudo en la garganta cuando muevo las manos y dejo los pechos al descubierto: pequeños y con los pezones rosados, parecen colgar inertes. Y las axilas sin depilar contrastan con la piel blanquecina. No tiene un aspecto de porcelana, sino lechoso. Jamás he logrado que adquiriera un tono dorado; permanece impasible al verano. Pero es mi piel. Es mía. Lo comprendo en este instante, mientras

repaso las estrías que la surcan y cada imperfección que encuentro en el camino. Me detengo en una cicatriz que tengo en la rodilla. Me la hice a los siete años al caerme de la bicicleta. Me quedé lloriqueando en la acera hasta que una vecina me vio y avisó al abuelo, que estaba trabajando en el taller de casa. Me dieron dos puntos de sutura. Recuerdo que me daba miedo la aguja y pregunté por mis padres, pero mamá estaba en el hospital y a él no lograron localizarlo hasta dos horas más tarde.

Llevo veintidós años dentro de este cuerpo, pero nunca me había mirado así, fijándome en cada detalle, aprendiéndome centímetro a centímetro y siendo consciente de que me pertenece. Dos piernas que pueden moverse. Unos órganos sanos. Las líneas de la mano que se entrecruzan. El blanco puro de los ojos. Las uñas cóncavas y estrechas. La piel seca de los codos. La zona genital cubierta de vello. Las rodillas huesudas. Los labios rojizos en contraste con la palidez del rostro. Los dientes, con las palas separadas. Todo, todo, todo. Cada rincón olvidado, cada parte que he rechazado en alguna ocasión. ¿Cuántas veces he pensado «esto no me gusta»? ¿Cuántas veces he evitado mirarme? ¿Cuántas veces he buscado fuera lo que tenía delante...?

Porque en este momento comprendo que hay belleza en mí.

Es una belleza imperfecta y rara y llena de ideas desordenadas, pero es. Y no sé si será mejor o peor que un cuadro de Monet o una flor abriéndose o un atardecer, pero me pertenece y voy a pasar el resto de mi vida junto a estos ojos y esta nariz y esta boca.

Hasta que alzo la mano hacia mi mejilla no me percato de que estoy llorando. Las lágrimas caen y, como la lluvia, la suavidad da paso a una tormenta incontenible.

Sollozo y me abrazo.

Sollozo y sollozo hasta que la puerta se abre de golpe y mi madre aparece en el umbral con el rostro contraído en una mueca de terror. El llanto no cesa cuando se agacha a mi lado y me zarandea por los hombros y me grita algo que no entiendo.

—Grace, Grace, Grace.

La belleza puede ser demoledora.

—¡Grace! ¿Te has hecho daño?

Y entonces la entiendo. Con los ojos irritados, veo a mi madre buscando algún signo en mi cuerpo desnudo. ¿Un tobillo torcido tras una caída tonta,

quizá? ¿Un dolor agudo e inexplicable en la zona abdominal que sea una señal de algo más?

—No me duele ahí, mamá.

—¿Dónde, entonces?

—Dentro. La herida está dentro.

Tarda unos instantes en comprender.

Hay alivio en su mirada. Pero se entremezcla con algo parecido a la impotencia. Luego, sus brazos me rodean y vuelvo a llorar, las dos lo hacemos, pero esta vez lo hago con ella a mi lado, sentadas en el suelo de la habitación, aún delante del espejo.

También hay belleza en este abrazo.

## 19

### *La niña más feliz del mundo*

Tenía siete años cuando cogí la varicela.

Las erupciones brotaron por toda la piel y luego dieron lugar a pequeñas ampollas con líquido. Mi madre se fue con Lucy a casa del abuelo para evitar que se contagiase; solían hacerlo cada vez que me resfriaba, porque cualquier infección leve podía poner en jaque su delicado sistema inmunitario, de manera que me quedaba a solas con papá. Recuerdo que en aquella ocasión me dolía la cabeza, tenía fiebre, escalofríos y me picaba todo el cuerpo, pero, pese a todo, fue una semana genial.

Me dejó comer helado. No fui al colegio. Y vimos películas de dibujos animados. El tercer día, acurrucados en el sofá mientras lamía una piruleta de fresa, le dije:

—Papá, no quiero curarme nunca.

—Grace, no vuelvas a decir eso.

—¿Por qué? Lucy no tiene que ir a clase y siempre está con vosotros. Me da igual que me pique, me rasco y ya está —concluí tras frotar una de las erupciones.

Tengo grabada en la memoria la expresión confusa y llena de tristeza de mi padre. Dudó, sé que dudó. Probablemente se preguntó si valía la pena explicarme la diferencia o dejarlo correr. Al final, me dio un beso en la cabeza y luego se levantó, fue a por el ungüento que nos habían preparado en la farmacia y comenzó a extenderlo con delicadeza por mi piel para calmar el picor y el dolor.

Y yo fui la niña más feliz del mundo.

## 20

### *Siéntate en esta butaca*

Mi madre no ha dicho ni una sola palabra desde que salimos de Ink Lake. Aún me cuesta creer que haya accedido a acompañarme, pero sus defensas se tambalearon la noche que encontré la belleza. Cuando logramos calmarnos, bajamos a la cocina para preparar una infusión. Ya era de madrugada y no se oía nada fuera, la calle estaba

desierta. Me senté a la mesa y esperé mientras ella colaba las hierbas y servía dos tazas.

—Está bueno —dije.

—Gracias —contestó.

Luego, empezó a ponerse nerviosa. Intentó entablar una conversación en varias ocasiones, pero terminó trabándose y dando un paso atrás; quizá, por falta de práctica. ¿Es posible que dos personas olviden cómo interactuar entre ellas? Tuve la sensación de que eso era exactamente lo que nos había ocurrido a nosotras.

—Lo que ha pasado ahí arriba... —comenzó. —No importa. No ha sido nada. Estoy bien. —No es verdad. ¿Qué puedo hacer, Grace?

—¿Tú? —La incredulidad que tiñó mi voz fue como si lanzase un anzuelo hacia ella—. Creo que antes deberías ocuparte de ti misma.

—A veces, eso puede ser más complicado.

—Yo podría ayudarte, mamá, si me dejas.

Le temblaban las manos cuando cogió la tacita, dio un sorbo, volvió a dejarla en el plato y miró alrededor como lo haría un animal asustado buscando la salida. Pero no había escapatoria. Estábamos las dos solas. Al comprenderlo, soltó un suspiro derrotado.

—Está bien, Grace. Intentémoslo.

Y por eso nos encontramos hoy en el interior del coche, de camino a la terapia grupal. Ella no se muestra especialmente entusiasmada, pero al menos ha puesto algo de su parte y eso ya me parece más prometedor que verla pasar la tarde delante del televisor y ese programa de parejas desnudas en una isla desierta.

Cuando aparco, la escucho tomar aliento.

—No sé si voy a poder hacerlo.

—Claro que puedes, mamá.

Mira de reojo la puerta, que está unos metros más allá, y sacude la cabeza. No lleva pendientes, se le ve la raíz del pelo y la camiseta que viste es tan vieja que creo que tiene alguna salpicadura de lejía. La mujer que aparece en el álbum familiar de hace décadas siempre iba muy arreglada y era tan presumida como su hija mayor.

—Creo que no ha sido una buena idea. Lo siento, Grace. Quizá otro día que esté más animada. Ahora me gustaría volver a casa.

Trago saliva. No puedo obligarla a entrar. No puedo coaccionarla. No puedo enfadarme con ella por esto. Pero sí puedo contarle una porción de la verdad.

—¿Sabes cómo conocí este sitio? Porque Lucy vino varias veces. —¿Qué? —Me mira sorprendida.

—Ella quería que yo también lo hiciese. Y ahora te lo pido a ti, como si fuese una cadena. Por favor, mamá. Solo una vez. Una vez y no insistiré más.

Tarda unos segundos en reaccionar, pero, cuando lo hace, asiente con los ojos húmedos. Bajamos juntas del coche y nos dirigimos juntas hacia la entrada y llegamos juntas hasta la sala, que aún no está llena. Me gusta la idea de que hagamos esto unidas, porque estamos compartiendo algo: un sentimiento, un proceso, un duelo.

Vamos a la mesa de café y nos servimos un vaso. Dona aparece con una sonrisa amable y curiosa. —¿Es tu madre, Grace?

—Sí. Dona, ella es Rosie.

—Encantada. He traído pastelitos de coco. Coged.

La anciana se muestra satisfecha cuando le digo que tienen un aspecto estupendo y después habla con mi madre, que se debate entre la confusión y

el efecto que Dona despierta sin esfuerzo. Escucha cortésmente los pasos que debe seguir para hacer la receta.

Luego llegan Adrien, Matilda, Jane y los demás. Nos sentamos formando un círculo. Faith viste una camisa de hexágonos amarillos que parecen colmenas.

—Veo que hoy nos acompaña alguien más. Bienvenida...

—Rosie —se presenta, pero no puedo evitar fijarme en que mantiene los brazos cruzados contra el pecho como si quisiese decir: «No dejaré que entréis».

—Es un nombre precioso —dice Jane.

—Esperamos que te sientas como en casa. —Faith le sonríe con su simpatía habitual—. Bien, empecemos. Matilda quería decir algo, ¿no es cierto?

—Es sobre la culpa —puntualiza la aludida—. Pienso en mi marido cada día al levantarme y al acostarme, pero durante el resto de la jornada ni siquiera tengo tiempo para lamentarme por su muerte. Estoy demasiado ocupada llevando al niño al colegio, preparando comidas, trabajando, comprando, limpiando, haciendo recados... Y cuando llega la noche y caigo en la cuenta de que no he pensado en Andrew durante horas, bueno... —Traga saliva y alguien le tiende un pañuelo—. Es complicado, pero siento que algo me ahoga. Ahí es cuando aparece la culpa.

—Todos nos sentimos así en alguna ocasión —dice Adrien—. Yo recuerdo la primera vez que me reí tras la muerte de mi mujer. Fue horrible. Estaba viendo en la televisión una comedia de policías y, de pronto, mientras me comía una patata frita, solté una carcajada. Me quedé paralizado. No dejaba de preguntarme cómo era posible que pudiese reírme de una tontería como aquella cuando mi Kate estaba muerta.

—Sí. Ocurre también con las cosas más frívolas del día a día —añade una chica joven, casi de mi edad.

—Es natural el choque entre ambos mundos: nuestra parte emocional en contraste con la vida exterior. —Faith esboza una sonrisa dulce—. Pero la culpa solo es un lastre. Ya lo hemos hablado en otras ocasiones, aprender a gestionarla es un camino largo y debemos concedernos tiempo y paciencia. Las exigencias y la rigidez tan solo entorpecen los avances.

—¿Qué sabrás tú de todo eso?

La voz punzante que pronuncia esas palabras pertenece a mi madre, que está sentada a mi lado con el rostro crispado y los hombros tensos.

Lejos de mostrarse ofendida, Faith le dirige una mirada compasiva. —Soy psicóloga y...

—Eso no implica que puedas imaginar lo que se siente —le tiembla la voz.

—Soy psicóloga y perdí a mi hija Tessa días antes de que cumpliera los doce años. Por eso creé este grupo. Porque el dolor puede ser solitario.

El silencio que se instala en la sala es ensordecedor, hasta que mamá lo rompe con una especie de aullido inhumano. Es tan agudo que me remueve por dentro y tengo que sujetarme a los reposabrazos de la silla para no levantarme y huir. Luego, estalla en un sollozo que resulta violento, y Faith se acerca y la abraza como si fuese una niña. Le acaricia el pelo, le seca las mejillas. Los demás se unen al momento ofreciendo pañuelos, un vasito de agua, palabras de consuelo y suspiros comprensivos.

La escena me parece tan desgarradora como hermosa.

La sesión prosigue cuando mi madre vuelve a serenarse, pero sé que algo ha cambiado en ella, como si al dejar salir las lágrimas se hubiese vaciado un poco por dentro. Y, aunque no dice gran cosa, asiente con la cabeza cuando hablan los demás y escucha con atención. Puedo imaginar cómo se siente porque lo he vivido. Este grupo es como una butaca antigua de estampado floreado que no parece valiosa tras el primer vistazo, pero cuando te sientas en ella descubres que es comodísima, que el respaldo abraza la zona de los riñones y que quieres quedarte durante toda la tarde. Las manecillas del reloj que cuelga de la pared se alinean en lo alto cuando todos nos ponemos en pie. Faith le pregunta a mi madre si tiene prisa o pueden hablar a solas, y yo la animo a que lo haga diciéndole que estaré esperándola en la cafetería que hace esquina y está un poco más abajo, al final de la calle.

Me acomodo en el sitio que solía ocupar Will hasta que fui capaz de venir por mi cuenta con el coche. No debería echarlo de menos, pero lo hago. Me gustaba poder contemplarlo a través del cristal antes de empujar la puerta para entrar. Siempre parecía muy concentrado, muy metido en su propio mundo, muy aislado de todo.

Pido una porción de tarta de zanahoria y un café.

Hay algo siniestro en mi obsesión por este postre: tengo antojo de él desde que Olivia desapareció de mi vida. Era su tarta preferida. Los sabores y los olores son capaces de evocar recuerdos con una claridad increíble. Y a mí el pastel de zanahoria me trae los ratos que compartimos en el colegio apartadas de todos los demás, a la chica de las ideas distintas y a la chica que vestía con telas de colores. También la primera vez que probé la ginebra y los cigarrillos o la noche que fui a su casa de madrugada para contarle lo decepcionante que había sido perder la virginidad en el interior de un coche con Jerry Delton. Lo mucho que me alegré el día que me regaló esa sudadera vieja que soy incapaz de tirar porque sé que cosió cada retal de tonos lilas y morados con sus propias manos. O lo placentero que resultaba poder compartir con alguien confidencias y silencios.

Si todavía siguiésemos siendo amigas, le hablaría de Will.

Le contaría que últimamente pienso mucho en él. Demasiado. Que, al meterme en la cama por las noches, veo su rostro difuso e intento recordar cada línea y marca para volverlo más nítido en mi cabeza. Que no me basta con saber que le gusta la pasta con una ingente cantidad de queso, la astronomía, los días soleados, la música *rock*, la purpurina, la escalada o leer, porque sé que eso es solo el prólogo de una historia larga y de varios tomos que desconozco y que Will mantiene guardada a buen recaudo.

Miro el móvil y deslizo la punta del dedo por la lista de contactos hasta el nombre de Olivia. Ahí está, tan accesible y tan lejos al mismo tiempo. Podría apretarlo y dejar que sonase, pero no soy capaz de enfrentarme a otro rechazo.

Así que bajo más, hasta la «W».

Grace: Ha ido mejor de lo esperado.

Le conté días atrás que mi madre había accedido a acompañarme a la siguiente sesión. Su respuesta no tarda en llegar.

Will: Me alegro. ¿Tú estás bien?

Grace: Sí, ocupando tu sitio.

Le mando una fotografía de la tarta de zanahoria y el café.

Will: ¿Haces algo este fin de semana?

Grace: No, ¿por qué?

Will: Deberíamos ir pensando en abrir la siguiente casilla.

Trabajo las dos noches,

pero podemos quedar un poco antes.

O pásate por el pub,

los viernes no suele acudir mucha

gente a primera hora.

Grace: Vale. ¿Puedo hacerte una pregunta? Will: ¿Acaso tengo escapatoria?

Grace: ¿Qué estudiaste en la universidad? Will: Por fin una cuestión fácil: Derecho.

Grace: ¿Tradición familiar? Will: No. Me gustaba.

Grace: Vaya. Will: ¿Te sorprende?

Grace: Imaginaba algo como Literatura. O Arquitectura, quizá.

Pero lo imprevisible siempre es más divertido.

Dejo el móvil. Cojo otro trozo de pastel de zanahoria. Mastico mientras pienso en qué me hubiese gustado estudiar a mí de haberme planteado alguna vez ir a la universidad. La idea aparece un segundo después, clara y brillante, como un latigazo, pero, en lugar de abrazarla, me apresuro a dejarla a un lado y empiezo a pensar en todo lo que nunca haré. Porque no haré eso. No iré a la universidad para estudiar eso. Como tampoco seré cazadora de nubes. O bailarina. No me haré cargo de una estación meteorológica. No montaré una sombrerería ni seré farera en algún lugar perdido y solitario.

Si aprietas el freno con fuerza, todo es más fácil.

## 21

### ***Amigos***

Pedaleo con fuerza.

Podría haber cogido el coche, pero la temperatura templada de comienzos de verano me ha animado a reencontrarme con mi vieja bicicleta. Me gusta sentir el aire en la cara. Y ser consciente de cómo se mueven mis rodillas cada vez que me impulso. Y girar el manillar a un lado y a otro simulando que es el timón de mi caótica vida.

Ato la bici en la farola que hay en la puerta del local y entro.

Paul sonríe al verme. Me acerco hacia la barra donde está y me acomodo en uno de los taburetes altos. El sitio permanece envuelto entre luces y sombras, un poco como los dos chicos que lo mantienen a flote. —¿Cómo estás? —Paul se acerca.

—Bien. ¿Ha llegado ya Will?

—Sí. Ahora saldrá, supongo.

Miro alrededor. Hay unos cuantos jóvenes en una mesa circular al fondo y me suena de vista uno de ellos. Más allá, dos hombres juegan a las cartas y beben cerveza. Y cerca de la puerta están sentadas tres mujeres que parecen disfrutar de una noche sin responsabilidades y sueltan sonoras y estridentes carcajadas.

—Will me comentó que el ambiente de los viernes era tranquilo.

—Sí, desde que abrió el *pub* que hay al otro lado de la calle la clientela ha disminuido bastante. Ponen música actual, o eso creo. Pero casi mejor así, no nos va el alboroto. —Coge un vaso—. ¿Qué te sirvo? Invita la casa. —Yeso es todo un cumplido de parte de Paul. —Will aparece de pronto —. No conocerás a nadie tan tacaño como él, te lo aseguro.

—Tiene razón. Soy ahorrador. —Paul se ríe.

—Quiero un refresco de naranja, pero si va a quitarte el sueño la idea de invitarme, te lo pago. No te preocupes, llevo dinero suelto —me burlo. —Qué graciosa. No esperaba menos de la única amiga de Will que he conocido y que probablemente tenga. ¿Cómo te sientes siendo la excepción de la regla?

—Afortunada, aturdida, asombrada. Soy la elegida.

La risa de Paul se me contagia. A su lado, Will pone los ojos en blanco, pero no parece molestarle que bromeemos sobre él y permanece callado mientras me sirve el refresco y su compañero se aleja para seguir ocupándose de las mesas.

Le sonrío sin dejar de remover el líquido naranja. —Así que soy tu *única* amiga. Qué exclusividad. —Soy selectivo —dice encogiéndose de hombros.

Will deja a un lado la botella que tenía en la mano, alza la vista hacia mí y sonrío antes de seguir trabajando. Es un gesto minúsculo, casi imperceptible, pero logra que me invada una sensación cálida y reconfortante. Empiezo a darme cuenta de que con él los silencios y los detalles valen más que las palabras.

Sigo observándolo: se dedica a preparar bebidas y atiende a unos clientes que acaban de entrar. Paul va y viene mientras se ocupa de las mesas. Cuando ve que me he terminado el refresco, Will me sirve otro sin decir nada. Le ha puesto hielo, una rodaja de fruta y una pajita de color rosa por la que bebo mientras él me mira.

—Así que fue bien con tu madre durante la sesión de ayer... —Sí. Al menos está dispuesta a intentarlo. Es un progreso. —Me alegro por ti. Y por ella.

—Gracias.

La mirada de Will permanece suspendida en mis labios cuando suelto la pajita. Sonrío, y él carraspea incómodo y llena otro chupito de licor. —Imagino que encontraste lo que buscabas.

—¿De qué estamos hablando?

—De la belleza —aclara él.

—Sí, descubrí dónde se escondía.

Sus ojos me atraviesan y hay algo tan intenso en ellos que, por un instante, pienso que puede verme de verdad y que en cualquier momento dirá: «Claro, Grace, la belleza estaba en ti, con todas tus heridas e



imperfecciones, con todos los descosidos y las dudas flotantes, las inseguridades y los temores que aún no has logrado dominar». Pero no lo hace. Aparta la mirada y sirve otra ronda de chupitos.

—¿Brindamos con uno de esos? —propongo—. Por nuestra exclusiva amistad. O por lo que quieras, en realidad no necesitamos una razón.

—No bebo.

Paul aparece a mi lado y, tras pasarle el siguiente pedido, se lleva la bandeja llena de los chupitos que Will ha estado preparando.

—En cuanto a la siguiente casilla...

—Tengo el sobre en el bolsillo del pantalón —dice mientras se seca las manos en un trapo—. Cuando tenga un momento libre lo abrimos si quieres.

—Vale. No me importa esperar.

Antes de que pueda volver a sorber por la pajita, la puerta se abre y entran en el establecimiento Tayler, Nelson, Rick y otros dos amigos más. Tayler me lanza una sonrisa burlona que no augura nada bueno. Ha pasado más de un mes desde la última vez que acabamos la noche juntos y creo que los dos sabemos que en esta ocasión no se trata de un episodio en el que nos tomamos un respiro para estar con otras personas y después volver al punto de partida. Y no es porque mi corazón se salte algún latido cuando Will me mira de esa manera suya tan particular, sino porque la noche que me vi delante del espejo me di cuenta de lo que poseía y de que el valor que le había dado hasta entonces era directamente proporcional a mi tendencia a establecer relaciones vacías, de esas que tan solo suman decepciones.

—Mira quién está aquí. —Tayler coge un taburete y se sienta—. Vi tu bicicleta fuera. ¿Cómo va eso, Grace? ¿Pasando el rato con tu nuevo amigo?

Will presiona los labios y se gira para coger hielo.

—Sí. Y tomando un refresco gratis —contesto.

A Tayler no parece hacerle gracia mi fingido buen humor. Como no se le ocurre nada más que decir, mira a Will y espeta con un tono condescendiente:

—Camarero, sírvenos cinco cervezas. Y rapidito.

Will lo taladra con la mirada, pero no cae en su juego, porque es evidente que Tayler intenta provocarlo. Coge las cervezas y va quitándoles

las chapas una a una con el abridor. Luego las deja sobre la barra delante de cada integrante del grupo.

—Serán doce dólares.

Nelson coge su botellín, pero, antes de que pueda llevárselo a los labios para beber, Tayler le sujeta el brazo con firmeza. Gira el rostro hacia Will y sonríe.

—No hemos pedido cervezas, sino cinco tequilas.

La expresión de Will se crispa y hay cierta rigidez en su cuerpo, como si estuviese haciendo un gran esfuerzo por mantener el control de la situación. De primeras, nunca hubiese pensado que Will es el tipo de persona que se dejaría llevar por un impulso, pero, ahora, al ver el reflejo de Tayler en su mirada, tengo mis dudas. Hay algo contenido en sus ojos. Una emoción oscura que me hace contener el aliento.

—No es cierto. Lo siento, serán doce dólares.

—No vamos a pagarte tan solo porque estés sordo, camarero. —Tayler sonríe y las risitas de sus colegas se alzan alrededor—. Saca la botella de tequila, tenemos prisa.

Intervengo porque mi paciencia es bastante limitada. Por eso y porque, detrás del enfado y la frialdad de Will, también percibo algo vulnerable. —¿Eres imbécil, Tayler? —espeto con impaciencia.

—Esto no va contigo, Grace —responde burlón. Will se mantiene firme sin apartar la mirada. —Te lo repito: me debes cinco cervezas.

Tayler se inclina hacia la barra, que es lo único que los separa. Hay algo desagradable en su mirada: una mezcla de rabia y frustración. No es por mí, no es porque le importe que lo nuestro esté acabado, sino porque no soporta perder.

—¿Me estás llamando mentiroso? Porque si tienes el valor de insinuar algo así, supongo que también lo tendrás para vértelas conmigo ahí fuera. —Está bien. Vamos. —Will señala la puerta.

Estoy a punto de intervenir para detener la estúpida situación cuando aparece Paul con cara de pocos amigos y pone orden en menos de un minuto.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunta secamente.

—He pedido tequila y me ha servido cerveza —protesta Tayler. —Es mentira. —La voz de Will es casi un gruñido.

Paul no duda ni un instante antes de dirigirse al grupo:

—Si no estáis dispuestos a pagar las cervezas, no pasa nada, ahí tenéis la puerta. No queremos problemas, pero este es mi establecimiento y yo dicto las normas.

Tayler aprieta los dientes y se debate unos segundos, hasta que uno de sus colegas le dice algo al oído que parece inclinar la balanza. Se pone en pie y le dirige a Will una mirada cargada de desdén que se vuelve soez cuando sus ojos se clavan en mí. Luego, sale por la puerta seguido por sus secuaces y la tensión se disipa.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Paul.

—Nada, un idiota. —Will coge un vaso.

—Un idiota con el que parecías tener algún problema personal —insiste mientras alza las cejas—. Oye, no quiero líos así en el trabajo, ¿de acuerdo? Tómate un descanso de veinte minutos. No hay mucha gente, puedo apanarme. Sal y que te dé el aire.

Will asiente, rodea la barra y me hace un gesto con la cabeza para pedirme que lo siga. El viento, en efecto, me desentumece un poco tras lo ocurrido ahí dentro. Avanzamos en silencio por las calles hasta que se mete en un callejón sin salida. Es el mismo sitio al que fue el día en que lo conocí, cuando aparecí allí con la caja de «El mapa de los anhelos» y la carta de Lucy. Han pasado algo más de dos meses, pero diría que hace mucho más tiempo; porque sigo sin saber quién soy, pero tampoco me encuentro ya en la chica que se presentó frente a él. Siento que he conseguido dar con algunas piezas del puzle de mi vida y, aunque aún no las haya encajado, estoy más cerca de hacerlo.

Se deja caer en el primer escalón de una fachada.

—Lamento lo que ha ocurrido ahí dentro.

—No es culpa tuya —masculla Will.

—Nunca lo había visto así. Quiero decir que siempre he sabido que no era precisamente brillante, pero... —No sé qué más añadir, así que me siento a su lado.

Estamos muy cerca. Su pierna roza mi pierna. Su brazo toca mi brazo. Nuestras zapatillas están alineadas la una junto a la otra como en un escaparate.

—¿Por qué estás con él, Grace?

—*Estaba* —aclaró—. Y no lo sé. Me parecía mejor que nada, supongo. O puede que me sintiese sola. O que tan solo me gustara porque sabía que era uno de esos errores catastróficos que te atraen y te horrorizan en la misma medida.

Will se frota la cara, suspira y me mira. Apenas nos separan unos centímetros, pero, en esta ocasión, no se esfuerza como de costumbre por mantener cierta distancia entre nosotros, tanto física como emocional, sino que se inclina un poco más hacia mí. Trago saliva. Él toma aire y su mirada revolotea unos instantes eternos por mi rostro hasta que se aleja y el aire parece volver a correr y fluir entre ambos como si, durante un segundo, el mundo se hubiese detenido para cambiar de dirección.

—No te estoy juzgando, no es eso —aclaró en un susurro—. Solo tenía curiosidad por saber qué era lo que veías en él, si se trataba de algo profundo.

—Soy especialista en frivolidades.

—No sé si suena muy halagüeño.

—Si no dejas que nadie entre en tu casa, no corres el riesgo de que desaparezca el día menos pensado algún objeto de valor. Permitir que la gente pase al jardín es otra cosa, más fácil, menos intenso, solo pueden pisotear un poco algunas flores que volverán a crecer después. ¿Me sigues, Will?

—Sí. Eso creo. Eso intento.

Él respira hondo sin dejar de mirarme.

—¿Y tú? ¿Sales con alguien?

—No —contesta—. ¿Por qué? —Deberíamos volver.

—Paul te ha dado veinte minutos.

—Ya. —Suelta el aire contenido.

Nos quedamos callados un rato, pero, al final, no puedo evitar hacer la pregunta que vagabundea por mi mente tras lo ocurrido. Le doy un toquecito con la rodilla para llamar su atención, y él contempla el punto en el que nuestros huesos han chocado.

—¿Pensabas salir con él del local y llegar a las manos?

—No, tan solo quería que no armase un escándalo dentro. Ya se me ocurriría algo fuera.  
—Cuando me mira, hay una tormenta en sus ojos—.

No soy así. No soy como él.

—No pretendía insinuar eso.

Will sacude la cabeza y se pone en pie. Está incómodo. En realidad, casi siempre parece estarlo. Debe de ser agotador vivir molesto en tu propia piel, porque no se puede escapar de eso. Casi todo el mundo se ha sentido así alguna vez, pero, como él me dijo en una ocasión, está enfadado consigo mismo. Y se le nota. Lo pienso mientras lo veo meterse la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros para sacar una carta de Lucy. Es

para él, pero me parece un gesto considerado que la abra conmigo. Tarda menos de diez segundos en leerla, después resopla, cierra los ojos y me la pasa.

*Acompaña a Grace en una nueva y apasionante aventura: salir del estado de Nebraska. ¡Buen viaje!*

—Esta vez se ha lucido. —Suelto un silbido.

—Eso parece. —Will se sube la capucha de la sudadera—. Lo hablaremos a lo largo de la semana. Ahora tengo que volver al trabajo. Buenas noches, Grace.

Y luego se aleja sin mirar atrás. Si esto fuese un concurso televisivo, me preguntasen cómo se siente el chico de los ojos verdes y me diesen a elegir entre tres opciones, no podría decidir entre «a: irritado», «b: triste» o «c: confuso».

Puede que todas sean la respuesta correcta.

**Superfluo**

—Una de las cosas que más envidia de las personas creativas es que pueden volcar sus emociones en lo que hacen. Escribir sobre lo que sienten, dar brochazos, colgarse una cámara al hombro e irse a caminar sin rumbo o coser una falda negra de tul para los días tristes. Pero aquellos que carecemos de dotes artísticas nos vemos obligados a intentar deshacer esos nudos de otras formas. Todo se queda dentro, enquistado. Creo que eso fue lo que me ocurrió con la muerte de Lucy. A veces pienso en ello, en el hecho de que nunca volveré a verla, y me parece una idea lejana, casi ridícula, y me invade la extraña sensación de que nada es real y me encuentro dentro de una serie de dibujos animados. Y en otras ocasiones me ocurre justo lo contrario: pensar en mi hermana me duele de una forma física, me ahoga, es como si me atravesasen diminutas agujas.

El grupo permanece petrificado mirándome cuando termino de hablar. La mano de mamá, que está sentada a mi lado, sostiene la mía.

—No he entendido lo de los dibujos animados —dice Jane.

—Era una metáfora, ¿no? —Adrien se rasca el mentón con aire confuso. —Ya es la hora —comenta Dona mirando su reloj.

Agradezco que todos se pongan en pie para marcharse, porque hay pocas cosas más lamentables que tener que explicar lo que sientes de una manera excesivamente obvia, como desmenuzando las emociones para que un niño pequeño se las pueda tragar.

Mi madre me pasa un brazo por los hombros mientras abandonamos la sala. No ha sufrido un cambio radical desde que asiste a las reuniones, pero sí pequeños avances, como el hecho de que ayer fue a hacer la compra y

cuando abrí la nevera me la encontré llena de platos precocinados, o que, tras subir al coche, se tome la molestia de decir:

—Creo que he entendido lo que estabas diciendo ahí dentro.

Siento un cosquilleo agradable en la tripa y giro la llave para arrancar el motor. Pongo la radio. La música parece filtrarse por todas las grietas que siguen abiertas entre nosotras y resulta reparador llenar esos huecos con algo. Cuando entramos en Ink Lake, aminoro la velocidad y bajo el volumen.

—¿Te importa si paro un momento en una de las casas para las que trabajo? Esta mañana me olvidé la cartera cuando saqué a pasear al perro. —Está bien.

Aparco enfrente de la propiedad de Anne Rogers y no sé si mamá no estaba al tanto de dónde vivía exactamente o si le importaba tan poco que nunca prestó atención, pero alza la mirada hacia la casa con cierta admiración.

—Qué bonita —dice.

—Lo es. ¿Quieres acompañarme y verla por dentro?

Vacila unos segundos antes de asentir con la cabeza y quitarse el cinturón. Nos encaminamos juntas por el sendero de la entrada y llamo al timbre, porque no estoy segura de si hay alguien dentro. Ya estoy buscando las llaves cuando la puerta se abre.

Anne aparece radiante, con una camisa de cachemir y un pañuelo rojo y dorado alrededor de su esbelto cuello. Clava sus ojos en mí y luego se fija en mi madre: lo disimula, pero sé que tarda unos segundos en reconocerla. No la culpo. La mujer que ella recuerda guarda pocas semejanzas con la que ahora tengo al lado y viste una

camiseta vieja y ancha de papá y unas mallas negras que ya deberían haber pasado a mejor vida. El cabello, que antaño era de color caoba oscuro, ahora es grisáceo y podría quedarle bien si no lo llevase sin peinar y careciese de brillo, como si fuese materia muerta.

—¡Rosie! ¡Qué sorpresa! Pasad, por favor.

—Gracias, Anne. —Estoy convencida de que mi madre acaba de caer en la cuenta de quién es en este preciso instante. Probablemente ni siquiera se acordaba de que un día le di recuerdos de su parte y le conté que paseaba a su perro.

Entramos al impoluto salón. Nos reciben los muebles de diseño, las cortinas de terciopelo oscuro que contrastan con dos columnas de mármol, un ramo de rosas frescas sobre la mesa y Mr. Flu, que viene corriendo para saludarnos.

—¿Os apetece tomar algo? ¿Café, té, un refresco...?

—Un café con leche estaría bien —responde mamá.

Yo rechazo la oferta, me siento en uno de los sofás de color verde botella y le acaricio la cabeza al perro. Mientras Anne está en la cocina, mi madre permanece en pie contemplando los acabados del salón. Me pregunto en qué estará pensando. ¿Quizá en que esta podría ser su casa si todo hubiese sido diferente? ¿O que en lugar de pasar las tardes viendo un programa de televisión podría haber acabado siendo una empresaria de éxito, puede que montando incluso su propia inmobiliaria? Si hay alguien que tenía el talento, la pasión y el empeño para lograr algo así seguro que era ella. El abuelo me ha hablado mucho de cómo era mamá antes de que todo empezase a desmoronarse. Fue un deterioro paulatino. Durante los primeros años de la enfermedad se mantuvo fuerte y serena, pero luego empezó a empequeñecerse con cada golpe que tuvo que ir encajando. —Toma, aquí tienes el café. —Anne entra en el salón y lo deja sobre la mesa central. Luego, ve que mi madre está observando una de las ventanas y dice—: Aluminio, doble abertura, con la máxima dimensión de la cámara y vidrio de distinto espesor.

Rosie asiente y se sienta en el sofá.

—La casa es fantástica, Anne. Muy elegante.

—Gracias. En cuanto me enteré de que la ponían a la venta, lancé una oferta por ella. Ventajas de trabajar en el sector. —Sonríe y remueve su té—. ¿Y qué hay de ti, Rosie? ¿Te has planteado volver al ruedo?

—¿Al ruedo? —Parece desubicada. —Ya sabes, al negocio inmobiliario. —Ah, eso. Bueno... No creo... —¿Otros proyectos a la vista? —No.

Veo la compasión en la mirada de Anne y me pregunto si mi madre también se ha dado cuenta. No me molesta, nunca he asociado la compasión con la debilidad, tan solo con la empatía. Permanezco junto a Mr. Flu

mientras hablan un poco de antiguos compañeros que no conozco y de los muebles que importó para decorar la casa.

Mamá no tarda en levantarse y darle las gracias por el café. Cojo la cartera que olvidé esta mañana y nos encaminamos hacia la puerta. Nos despedimos con prisas.

—Oye, Rosie —la llama Anne cuando ya nos alejamos—. Necesito consultarte una cosa. ¿Crees que podrías pasarte por aquí el lunes por la tarde?

La veo dudar y encogerse sobre sí misma.

—El lunes no me va demasiado bien.

—Pues el martes. O el miércoles. No tengo preferencias. —Anne es una mujer de lo más resolutiva y tenaz, como lo era mi madre. Parecen cortadas por el mismo patrón—. Me resultaría de gran ayuda.

—De acuerdo, está bien. —¿El martes, entonces? —El martes —confirma.

En cuanto subimos al coche, mamá deja salir de golpe el aire que estaba conteniendo. Tengo la impresión de que entrar en esa casa y encontrarse con Anne ha sido una experiencia trascendental para ella. Me gustaría preguntarle sobre lo que está sintiendo en este instante, pero soy capaz de ver la muralla de ladrillos que ha levantado a su alrededor, así que me limito a permanecer en silencio.

«Superfluo» es una palabra que me retumba a menudo en la cabeza. En general, casi todas las que vienen a significar que algo no es necesario, que está de más en la vida o que carece de importancia. Como «baladí», que me suena a marca de chocolate suizo. O «trivial», que me evoca el gesto de apartar cosas molestas con las manos como si fuesen moscas.

El mapa antiguo que he cogido del estudio de mi padre cubre la mitad del suelo de mi habitación. Situada sobre él, me centro en un punto concreto: Nebraska. Ahí está, estoy, justo en medio del país. Limita con Dakota del Sur, Kansas, Colorado, Wyoming y el río Misuri, que lo separa de Iowa y

Misuri. Es decir, que las posibilidades son muy variadas. Deslizo el dedo arriba y abajo, abajo y arriba. Me pregunto si Olivia pasará estos meses en Colorado o volverá a la ciudad durante el verano.

—¿Qué estás haciendo?

Papá se apoya en el marco de la puerta de la habitación. Supongo que le ha llamado la atención que tuviese su viejo mapa. Permanezco en el suelo de rodillas.

—Intentar decidir adónde ir. Es la siguiente casilla del juego —aclaro bajando un poco la voz—. Tengo que visitar otro estado. ¿Alguna idea? —Pues sí. —Entra y cierra a su espalda.

Coge un lápiz del desordenado escritorio, se agacha a mi lado y traza un círculo en el extremo suroeste. Después me mira con satisfacción.

—Hazlo a lo grande, ahí tienes la esquina de tres estados: Nebraska, Colorado y Wyoming. Tu madre y yo estuvimos una vez porque nos venía de paso, creo recordar que está en una propiedad privada, pero el dueño era simpático y estaba acostumbrado a recibir visitas. —Se incorpora—. Puedo acompañarte si quieres.

—Gracias, pero en la nota pedía que lo hiciese Will.

Él suspira con aire pensativo y murmura: —¿De dónde habrá salido ese chico? —Ni idea. Eran amigos. O eso creo.

Papá asiente y después se aleja hacia la puerta.

—Si necesitas cualquier cosa, dímelo.

Desaparece escaleras abajo y, un minuto más tarde, oigo su voz y la de mamá entremezclándose en la cocina. ¿Se habrá dado cuenta de los pequeños cambios que han surgido en ella? ¿Los valorará tanto como yo? ¿Es posible que haya otra mujer en su vida o tan solo está esperando que la Rosie que él conocía regrese algún día?

«Superfluo, superfluo».

En fin, ¿qué no lo es?

## 23

### ***La vida es un círculo***

Esto es todo lo que me gustaría decirle a Will: ¿por qué tengo la sensación de que cada vez que damos dos pasos adelante tú das otro atrás como si quisieses alejarte? ¿Por qué a veces me resultas encantador y en otras ocasiones eres bastante antipático? ¿Qué puede buscar en este lugar perdido en medio de la nada alguien que vivía en un apartamento de Nueva York y estudió Derecho? ¿Por qué Lucy confiaba tanto en ti? ¿Por qué yo también lo hago? ¿Y cómo puede mi cerebro explicarle a mi corazón que no debería encariñarme demasiado contigo? O algo peor. Algo mucho peor, aunque no sé ponerle nombre. O quizá no me atreva a hacerlo.

En cambio, esto es lo que le digo a Will:

—¿Pongo un poco de música?

—Claro. —Enciende la radio.

Ya no hablamos durante la siguiente media hora.

No estoy segura de qué pretendía conseguir Lucy con esta casilla. Salir del estado, imagino, como un acto simbólico. A decir verdad, no sé por qué no lo he hecho antes. Es decir, podría haber cogido un autobús e ir a Dakota del Sur, que queda relativamente cerca de Ink Lake; un par de horas y habría salido de Nebraska de una vez por todas. De hecho, estuve a punto de hacerlo en varias ocasiones a lo largo de mi vida. Como cuando me seleccionaron para competir en un concurso a nivel nacional de patinaje, justo antes de que lo dejase porque Lucy se puso enferma. O cuando mis padres compraron cuatro billetes de avión para ir a San Francisco en vacaciones, pero al final hubo un cargo inesperado en la tarjeta que pensaban que cubriría el seguro médico y mamá dijo que lo más sensato era devolver los billetes y guardar el dinero.

—¿Cuántas horas dijiste que eran?

—Cinco. Casi seis —contesta Will.

Hemos salido al amanecer con la idea de poder ir y volver en el mismo día. Llevamos ya un buen rato de trayecto y el cielo es completamente azul cuando él propone parar en un área de servicio para bajar a estirar las piernas.

Mientras pone gasolina, voy a por dos cafés. Él se bebe el suyo de un trago y yo degusto el mío a sorbitos pequeños cuando retomamos el viaje. —¿Has estado alguna vez en San Francisco?

—Sí. —Will me mira sin soltar el volante—. ¿Por qué?

—Por nada, tan solo he recordado que hace unos años teníamos previsto ir allí de vacaciones, pero al final el viaje se canceló. Creo que habría sido divertido. Lucy siempre estaba hablando de ir a un montón de sitios, la idea la obsesionaba un poco. Pero es normal, ¿no? Cualquiera querría lo mismo si tuviese que vivir en una habitación de hospital y luchar constantemente por sobrevivir. Debe de ser... claustrofóbico.

—¿Y tú nunca has pensado en todo lo que hay ahí fuera?

—A veces prefiero ignorar aquello que me parece lejano.

—¿Por qué crees que lo es? Podrías ir a cualquier sitio. Barcelona, por ejemplo; la comida es estupenda y el sol le alegra a uno la vida. O a Bali. O a París, aunque los franceses no sean especialmente simpáticos y la Torre Eiffel esté sobrevalorada.



—¿Has estado en esos lugares?

—Sí. —Will me mira y luego fija la vista en la carretera mientras carraspea—. Y en muchos más. En Noruega y en Islandia. En Argentina. En Chipre, que fue un viaje caótico. También hice una ruta en tren que pasaba por varias ciudades europeas...

Lo admiro y lo envidio a partes iguales. También lo odio un poco, porque engloba todas las cosas que no parecen estar a mi alcance y, al vivirlas a través de él, tomo consciencia de que existen y me confirman la mediocridad de mi existencia.

—¿Cómo es posible? —Solía viajar en verano. —¿Por qué?

—¿Por qué no?

—Ya. Pero dame tus razones.

—Porque es adictivo. Quizá también tuviese el motivo equivocado de buscar algo que no podría encontrar en ninguno de esos lugares. O de desear dejar la mente en blanco. Pero aun así no me arrepiento. Y cuando vuelves de un sitio tan diferente a lo que conoces, lo haces siendo otra persona, aunque no quiere decir que sea mejor, no, solo... distinto.

—¿Te queda algún viaje soñado por hacer?

—¿Solo uno? —Will se muestra contrariado y luego se concentra en adelantar a un camión que transporta comida para ganado—. Hay docenas, cientos...

—Y, sin embargo, pasas tus días en Ink Lake, un sitio que algunas personas rechazarían visitar pese a que les pagasen cincuenta dólares por hacerlo y les diesen un bocadillo y una botellita de agua de regalo.

Will suspira y sacude la cabeza. —Digamos que estoy en *stand by*. —¿Como el piloto de un televisor? —Supongo que sí —admite. —Pero eso no es posible, Will. —¿Por qué no? —pregunta.

—Porque da igual lo que quieras, el tiempo sigue corriendo y nunca mira atrás para ver quién se queda por el camino. No puedes poner en pausa tu vida.

—¿Qué fue lo que dijiste aquella noche sobre las elecciones...?

—Eso es hacer trampas —bromeo, porque sé que acaba de tomar un atajo—. Y la frase era: «Mientras no elijas, todo sigue siendo posible». —Pues eso. ¿Y tú? ¿Qué sitio quieres ver?

—Ya te lo he dicho: prefiero ignorar aquello que me parece lejano. Es una tortura hablar de cosas que sencillamente no son ni serán.

Contrariado, él frunce el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—¿Bromeas? Mírame: en breve cumpliré veintitrés años, vivo con mis padres, me dedico a pasear perros y no tengo ninguna meta a corto ni a largo plazo. —Y no sé por qué se me forma un nudo en la garganta. Giro la cabeza hacia la ventanilla del coche.

El zumbido del vehículo en marcha se enreda en el silencio.

—Voy a decirte algo, Grace. Eres inteligente de una manera fascinante. Estoy convencido de que estás en el prólogo de tu vida, a punto de decidir

qué historia quieres vivir. Y ahora tienes un mapa en tus manos, uno lleno de anhelos y hecho a tu medida.

No contesto. Me niego a admitir en voz alta lo mucho que me reconfortan sus palabras, con esa voz suya un poco áspera y ronca que al principio me parecía fría y, conforme la distancia entre nosotros se ha reducido, me resulta casi íntima.

El camino es largo y solitario.

Contemplo el paisaje e imagino a Will dando vueltas alrededor de la tierra, comiendo *sushi* en Japón y *croissants* en Francia, lanzándose en paracaídas o haciendo *puenting*. Lo más emocionante que ha ocurrido en mi vida en los últimos años es precisamente esta pequeña aventura en la que nos encontramos, el juego que mi hermana hizo para mí. Recuerdo la adrenalina y los nervios el día que el abuelo colocó la caja sobre la mesa del salón. Había olvidado esa sensación, la de anhelar algo, y últimamente vuelvo a sentirla a menudo como en oleadas, va y viene. Quizá despertar de un letargo sea como flotar en medio del océano e ir notando la manera en la que los músculos se desentumecen y la sangre vuelve a fluir y los huesos adquieren fuerza y vuelven a ser consistentes en lugar de gelatinosos.

A veces necesitamos que alguien destruya el nido en el que nos hemos acomodado para obligarnos a construir ramita a ramita otro que sea mejor.

Cuando despierto, el azul del cielo se ha oscurecido por culpa de las nubes cargadas que reclaman protagonismo. Tengo la boca seca. Me he quedado dormida sin darme cuenta. Me incorporo un poco y Will, que sigue conduciendo, sonríe.

—Antes de que me lo preguntes, ya casi hemos llegado.

Miro alrededor y veo que acabamos de dejar atrás unos acantilados de pinos y que, frente a nosotros, se extiende una pradera infinita a ambos lados de la carretera sinuosa que dirige hacia la cumbre. No muy lejos, un grupo de bisontes pasta a sus anchas. Los dejamos atrás junto a un cartel en el que se indica que estamos en una propiedad privada, casi en la cima de Nebraska. No tardamos mucho más en llegar hasta nuestro destino. Distingo el obelisco de piedra blanca que lleva ahí desde 1896 e indica dónde se encuentran las tres esquinas. Siento una emoción burbujeante,

aunque sé que la idea es ridícula, tan solo simbólica, pero era lo que Lucy quería y, quizá, solo quizá, también tenga que ver con mis propios deseos, esos que llevan una eternidad adormecidos.

Bajamos del coche. El viento es frío. Nos acercamos y, cuando llegamos, paro delante de Nebraska. Siento un torrente de emoción que me atraviesa y se extiende hasta las puntas de los dedos. Luego, despacio, doy un paso y cruzo a Colorado. Ya está. Lo he hecho. Lo he hecho, sí. Después, sin perder ni un ápice de entusiasmo, salto hasta Wyoming. Y entonces me echo a reír. Me río con fuerza y corro de un lado a otro, de estado en estado, como si me hubiese vuelto completamente majara.

Al alzar la vista hacia Will, veo que también está sonriendo.

—¿Vienes a Colorado? —lo animo entre risas.

Asiente con la cabeza y da un par de pasos. Nos quedamos ahí un largo minuto en silencio. Tengo que levantar la cabeza para poder mirarlo a los ojos, que permanecen fijos en mí de esa manera peculiar e intensa que, sospecho, a cualquier otro ser humano lo incomodaría. Yo me acostumbré hace tiempo, cuando llegué a la conclusión de que Will observa el mundo como si buscase algo, pero no supiese concretar el qué.

—¿Wyoming? —pregunto.

Continúa sin hablar, aunque me sigue hasta la otra esquina. Respiro profundamente.

Siento los pulmones llenos, muy llenos de aire. ¿Se sentirá Will igual o esta experiencia para él es irrisoria al compararla con todos los sitios que ha visto y todas las emociones que vivió antes de acabar aquí conmigo? ¿Es posible que dos personas con pasados tan distintos puedan compartir una misma emoción y que esa emoción se concentre en un espacio reducidísimo, como una potente pastilla de lavavajillas?

—Will, sé que esto es una tontería. Pero me encanta. Wyoming, Nebraska, Colorado, Wyoming, Nebraska... —No es una tontería, Grace. —Oigo su voz por detrás. —Me alegra que lo digas, porque no quiero irme. —Pues no nos vayamos —contesta sin dudar.

Es todo lo que necesito para tumbarme en el suelo, y él también lo hace. No sé en qué estado nos encontramos, pero sí sé que los ojos de Will son del color de la hierba del prado, y que estamos muy juntos, que la manera en la que su pecho sube y baja es hipnótica, y que creo, solo creo, que me apetece besarlo. Necesito averiguar cómo sería, si tan vehemente como su

mirada, meticuloso como sus gestos o dulce como cuando baja la guardia y se relaja. Quizá una mezcla de las tres. O ninguna de ellas.

La mano de Will toca la mía. Es un roce tan suave que tengo que bajar la vista para comprobar que sí, ahí está, su piel contra mi piel. Sé que está conteniendo el aliento cuando vuelvo a mirar su rostro. Estamos muy cerca. Dolosamente cerca. Y de pronto pienso que, si nos besásemos ahora, no sabríamos en cuál de los tres estados mis labios cubrieron los suyos y esa anécdota nos acompañaría para siempre.

Pero no sucede. Noto las primeras gotas de lluvia en la mejilla derecha y, como si el agua lo hiciese reaccionar, Will traga saliva y aparta la mano. También aparta las ganas y el corazón y todo él. Me pongo en pie. Las nubes lóbregas penden sobre nuestras cabezas y nos invitan a cobijarnos en el interior del coche.

Regresamos por la carretera secundaria que nos ha llevado hasta allí. La lluvia, al principio fina y suave, coge ritmo y se vuelve cada vez más violenta. Will presiona el acelerador mientras descendemos, creo que por miedo a que la tormenta vaya a más y nos quedemos atrapados en medio de la nada. Cuando logramos llegar hasta Kimball, la ciudad más cercana, el cielo está tan oscuro que parece que sea de noche.

—¿Qué hacemos? —pregunto.

Los limpiaparabrisas se mueven de un lado a otro hasta que Will aparca y apaga el motor del coche. Se fija en el local de al lado.

—De momento, creo que deberíamos aprovechar para comer algo. Esperaremos hasta que deje de llover para retomar el viaje.

—Me parece bien. —¿Tienes frío? —Un poco.

La temperatura ha descendido de golpe. Will se inclina y busca algo en el asiento trasero lleno de libros y cosas que no caben en su pequeña caravana.

—Toma. —Me da una sudadera gris.

Acabamos sentados en una mesa que hace esquina. Elegimos el menú del día, que consiste en un plato de carne con patatas y una salsa que no logro identificar y sabe a vinagre. Will pide el salero y la camarera, que rondará los cincuenta y lleva el pelo recogido en una larga trenza de un rubio platino, lo mira ceñuda.

—¿Acaso no está bueno? —espeta.

—Solo un poco... —Will medita la palabra— suave.

—Toma. —Deja el salero en la mesa con un golpe poco elegante y se aleja meneando su trasero enfundado en unos pantalones floridos ochenteros.

Presiono los labios para no reír y Will también. La complicidad nos rodea sin esfuerzo mientras hablamos de cualquier cosa antes de terminar pidiendo el postre: una tarta casera de chocolate y calabaza que está buenísima.

—Delicioso —le dice él cuando viene a llevarse los platos.

—Era la receta de mi abuela —contesta ella secamente.

—¿Tienes hueco para café? —me pregunta Will tras mirar hacia la calle y ver que continúa lloviendo con fuerza—. Esperaremos un poco más hasta que pase la tormenta.

La camarera nos mira y suelta un silbido.

—Ja. Os harán falta muchos cafés para eso. Se prevé que esta noche vaya a más y no amainará hasta mañana a primera hora. Eso con suerte.

La mujer se aleja y se pone a charlar con un hombre que lleva más de una hora bebiendo cerveza en la barra. Will suspira y mira el reloj.

—¿Qué hacemos? —pregunto.

—Se está haciendo tarde. Son demasiadas horas de camino como para esperar mucho más. Creo que tenemos dos opciones: salir ya y arriesgarnos o pasar la noche aquí.

—Apenas llevo dinero en efectivo.

—No te preocupes por eso, Grace.

—Pero si pudiésemos encontrar un cajero...

—En serio, es lo de menos. Vamos a pedir la cuenta y a preguntar si hay algo cerca. No podremos ir muy lejos si sigue lloviendo así.

Nos acercamos a la barra para pagar la comida. Luego, mientras se guarda el cambio en la cartera, Will le pregunta a la mujer:

—¿Hay alguna pensión por la zona?

—¿Acaso los jóvenes de hoy en día no sabéis leer? —Ella hunde su dedo en la línea superior del pegajoso menú—. Pone: «La casa de Rigoberta».

—Ya. Y entiendo que Rigoberta...

—Está aquí presente. —Se señala el delantal salpicado de manchas y, cuando mira al hombre que bebe cerveza al lado, resopla como diciéndole: «Mira lo que tengo que aguantar»—. Solo tengo una habitación libre, serán sesenta y seis dólares y el pago es por adelantado. El desayuno está incluido y se sirve por la mañana a las siete, ni un minuto más ni un minuto menos. Si os dormís, ¡se siente! Son las normas.

Will está haciendo un gran esfuerzo por no reírse.

—De acuerdo. Nos la quedamos.

Deja los billetes sobre la barra y ella nos da la llave. —Escaleras arriba y luego la puerta de la derecha. —Bien. Gracias.

El sitio es bastante decadente, pero llegamos a la conclusión de que servirá para pasar la noche. La cama de matrimonio no está formada por dos camas individuales y juntas,

como Will parecía esperar, sino que es indivisible. Me pido el lado de la izquierda y dejo el móvil en la mesilla tras comprobar que no hay cobertura.

—Voy a ir al coche a coger algunas cosas —dice él.

Abro la ventana para dejar que el frío entre en la habitación y unos minutos después veo a Will cruzando la calle hacia el Audi. Es una de esas personas estúpidamente temerarias que no corren bajo la lluvia. Y ese detalle me hace sonreír, porque rompe con su lado más meticuloso, lo hace humano y contradictorio, lo acerca un poco más hacia mí, que nunca he soportado usar paraguas, con lo incómodos que son; además, al fin y al cabo, la lluvia solo es agua. Cuando regresa, tiene el pelo mojado y la piel húmeda.

—Tenemos libros, una baraja de cartas, ropa y una barrita de chocolate. —Menudo lujo, Will —bromeo sonriente.

Estamos sentados en la cama delante del botín. Cojo uno de los libros y leo el título: *Las meditaciones de Marco Aurelio*. Lo ha leído, porque las puntas de algunas hojas están dobladas a propósito y hay frases subrayadas aquí y allá.

—¿Te gustó?

—Mucho —dice.

—¿Siempre has leído tanto?

—Hace años, sí. Después dejé de hacerlo durante una época y, ahora, podría decirse que he vuelto a los comienzos.

—La vida es un círculo.

Will me mira tan fijamente que el aire en la habitación parece volverse más denso y las paredes estrecharse un poquito, solo unos centímetros. —Puede que tengas razón.

—¿Una partida? —pregunto para aligerar la tensión, aunque, para ser sincera, no sé a qué se debe: si tan solo es fruto de mi imaginación o de la cercanía.

Él asiente y baraja las cartas antes de repartirlas.

Pasamos casi toda la tarde jugando mientras la tormenta coge fuerza y le da la razón a nuestra peculiar casera. Estar con Will es fácil y similar a tomarme un calmante, porque noto el cuerpo laxo y el corazón blandito. No estoy acostumbrada a mostrarme tal y como soy delante de los demás sin masticar cada palabra antes de dejarla salir, pero con él se me escapan sin esfuerzo como si fuesen resbaladizas. Supongo que habría sido imposible ocultarme y, al mismo tiempo, ser sincera a la hora de seguir «El mapa de los anhelos». En cualquier caso, resulta liberador. Puedo limitarme a «ser» y ya está. Me encantaría preguntarle si le ocurre lo mismo, si esa curva que trazan sus labios le sale natural cada vez que me mira o le gana una partida. Pero entonces él rompe el momento:

—Juegas igual que tu hermana.

—¿Qué has dicho? —susurro.

—Siempre te cubres la espalda y arriesgas poco. «El mejor ataque es una buena defensa», ¿no es verdad? —Lanza un par de cartas sobre la cama, encima de las demás, y solo entonces se percató de mi silencio—. ¿Qué ocurre?

Sacudo la cabeza e intento volver al presente, a esta reducida habitación en la que tan solo estamos Will y yo, aunque de pronto se haya colado el fantasma de Lucy.

—Tan solo me ha sorprendido lo que has dicho. —¿Por qué? Ya lo sabes, nosotros éramos amigos. —¿El tipo de amigos que pasaban meses sin hablar?

El tono es punzante y él alza las cejas un poco asombrado, como si no se lo esperase. Con lentitud, gira sus cartas y da la partida por finalizada. —Para ser precisos, sí, así era exactamente nuestra amistad. Pero, si lo que intentas averiguar es si apreciaba a tu hermana, puedes estar segura de ello.

—No intentaba insinuar lo contrario...

Will se pone en pie. —¿Bajamos a cenar? —De acuerdo. Vamos.

Desciendo las escaleras detrás de Will, todavía cobijada en la sudadera que me ha dejado y que huele a él, a esa mezcla que me hace evocar pequeñas violetas y algo frío y agua fluyendo. Resulta curioso que una colonia o un suavizante puedan poseer unas notas aromáticas tan distintas según la persona que lo use.

No hay nadie en el lugar, como era de esperar. Sigue lloviendo a cántaros y del canalón del tejado cae un chorro de agua que desemboca en la calle. Los cristales están empañados cuando nos sentamos al lado de la ventana y apenas se ve el exterior.

Rigoberta se acerca y nos anuncia que tan solo tiene sopa de guisantes y un bistec de carne. Como no hay ninguna elección que hacer, nos limitamos a asentir conformes. Hablamos poco mientras cenamos, arrullados por el sonido de la lluvia y el ambiente familiar. Bajo la mesa, mis pies tocan los de Will de vez en cuando por error y él siempre termina apartándolos. Pero no es una reacción inmediata, sino lentamente meditada. Es como si el impulso le dijese «quédate» y la cabeza le recordase que no debe hacerlo. El postre es pastel de queso y yo me llevo mi ración a la habitación para degustarlo sin prisas. Una vez allí, me quito las zapatillas, subo a la cama y hundo la cucharilla en la superficie cremosa. Will me mira con una media sonrisa y luego coge ropa.

—¿Qué haces? —pregunto. —Voy a darme una ducha. —Vale. Deja agua caliente.

Desaparece en el interior del baño y me termino el pastel mientras escucho el ruido de las cañerías e imagino a Will bajo el chorro del agua. ¿Será de los que cierran los ojos en la ducha para concentrarse en todas las sensaciones o de los que se enjabonan a toda prisa porque no soportan perder el tiempo? Me resulta irritante no saber la respuesta. Y sentir que las pulsaciones se me aceleran al pensar que está completamente desnudo apenas a unos metros de distancia. Recuerdo verlo sin camiseta y comprobar que las líneas de su cuerpo eran tan firmes como su expresión cuando se cierra en banda, pero no dejo de fantasear con la estúpida idea de

cómo sería dibujar en su piel un sendero con la punta del dedo índice y hacerlo despacio, muy muy despacio.

Will tiene el pelo húmedo cuando sale del baño y siento un latigazo en la tripa que desciende hasta colarse entre mis piernas. «Deseo —pienso—. Esto es el deseo».

Presa de la turbación, cojo un pantalón de chándal que me deja y tardo menos de cinco minutos en enjabonarme, secarme con una toalla y regresar a la habitación. Tan solo está encendida la luz de la lamparita de noche y el ambiente me parece demasiado íntimo, sobre todo cuando me meto en la cama y él hace lo mismo.

Deslizo un brazo bajo la almohada y apoyo mi cabeza encima. Lo miro. Él también se gira hacia mí y tengo la sensación de que somos dos polillas dirigiéndonos hacia la luz.

—Quiero preguntarte algo —dice Will pasados unos segundos—. Comentaste que mi aura era de color morado y llevo desde entonces investigando sobre el asunto.

—¿Bromeas?

—No. Resulta que hay muchas formas de percibirlo.

—Aver, dime alguna que recuerdes.

Will se mueve un poco para acomodarse más.

—Pues, por ejemplo, en el arte chino, el color púrpura representa la armonía en el universo porque es una combinación de rojo y azul, el yin y el yang, respectivamente.

—Casi nada, Will.

Él esboza una sonrisa torcida.

—Pero en Tailandia o en Brasil simboliza el luto.

—Vaya.

—Y en países del este es el color de la riqueza y el lujo. También simboliza la sexualidad, lo misterioso o excéntrico... —Hace una pausa antes de añadir—: Pero en otros sitios va asociado a la tristeza.

—Qué versátil.

Cuando ve que no digo nada más, Will suspira, se gira y alarga el brazo para apagar la luz de la lamparita. Nos quedamos a oscuras. La lluvia cae incesante, como una rítmica melodía, y golpea el ventanal de nuestra habitación. Distingo el rostro de Will entre las sombras gracias al fulgor de la farola de la calle, que está encendida.

—Pero ¿qué simboliza para ti, Grace?

—Sensibilidad y melancolía —logro susurrar a media voz porque, en realidad, había dado la conversación por concluida. Contemplo en la penumbra el contorno de su obstinada nariz y su cabello revuelto—. También un poco de soberbia. Y magia.

Nos quedamos callados. Tengo un nudo en la garganta y el corazón me late rápido, como si pudiese adivinar la relevancia de este instante, aunque en realidad no está ocurriendo nada porque ninguno de los dos nos movemos ni un centímetro. Sin embargo, la cama parece estrecharse y hace calor y de pronto soy muy consciente de todo: el delicioso olor a jabón que desprende Will, el peso de su cuerpo sobre el colchón, la manera en la que sus ojos continúan clavados en los míos como brasas encendidas.

—¿Y si te pidiese que olvidases el asunto de los colores y me dijese qué es lo que ves ahora mismo delante de ti? Sin pensar, solo por instinto. Trago saliva porque distingo algo vulnerable en su voz, es como si la cuerda de un violín estuviese a punto de romperse. Y comprendo que, si él teme que lo juzgue, entonces será porque tiene un puñado de razones en el bolsillo, aunque las desconozca.

—Creo que la memoria es bidireccional.

—¿Qué quieres decir? —Will toma aire.

—Nos rescata del pasado, pero también nos muestra lo que ocurrirá en el futuro; es la función más primitiva de los recuerdos. Si te has quemado con una sartén que estaba al fuego, puedes predecir lo que ocurrirá cuando te vuelvas a acercar demasiado a otra.

—¿Y qué te dice eso sobre mí? —Eres una sartén caliente, Will. —Ya.

—Debería alejarme.

—Estoy de acuerdo.

—Pero adivinas que no lo haré, porque existe un vínculo entre nosotros; los dos lo sabemos, es así, aunque tú no quieras hacer nada al respecto.

Su voz se vuelve peligrosamente grave.

—¿Qué te gustaría que hiciera?

—No lo sé. Las posibilidades son infinitas.

—Grace...

¿Cuántos centímetros hay entre sus labios y los míos? ¿Siete? ¿Ocho, quizá? Diez, a lo sumo. Puedo ver su rostro anguloso entre las sombras. Puedo sentir el calor que emana su cuerpo. Puedo oír su respiración algo irregular. Y podría adivinar el sabor de su boca si tan solo me estirase un poco hacia él y acabase con este deseo que crepita entre los dos, aunque Will parezca esforzarse cada segundo por contenerlo.

—No te acerques más —me ruega.

—¿Por qué? —La pregunta de mi vida.

Por un momento, creo que va a dar marcha atrás y a desoír su propio consejo. El aire entre nosotros parece condensarse, el repiqueteo de la lluvia sobre el tejado coge fuerza y siento que me pesan los párpados; quiero cerrar los ojos y dejarme llevar.

Pero su voz aniquila el instante:

—Recuerda la sartén caliente.

Las palabras son como un empujón que me obliga a apartarme de él. Tiro con fuerza del edredón y me cubro hasta el cuello. Me doy la vuelta en la cama. Y así es como acaba la historia. Hundo el rostro en la almohada e intento olvidar todas las fantasías que zigzaguean constantemente por mi cabeza recordándome que no sé andar en línea recta.

Pasan varios minutos. Y entonces me estremezco al notar los dedos de Will deslizándose despacio por mi brazo como si fuese un tobogán. Es un contacto ligero, casi etéreo, dura apenas unos segundos y la sudadera se interpone entre ambos, pero la delicadeza del gesto consigue hundirse más allá y se me marca en la piel.

—Es por tu bien —susurra. —Odio que decidan por mí. Will suspira y después añade: — También es por mi bien.

El sonido de la lluvia nos envuelve. El tiempo parece detenerse y me pregunto si será posible que todo esté en movimiento menos nosotros, atrapados en esta habitación. No puedo dormir y sé que él tampoco porque, aunque le doy la espalda, noto que se mueve y que el ritmo de su respiración no ha variado en lo más mínimo. Es una tortura. Tan cerca. Tan lejos. En este lugar no hay ninguna pared llena de pequeñas cosas bellas que tapen los agujeros del alma. Tan solo hay una caricia reprimida, Will y yo.

Ya debe de ser bastante tarde cuando digo:

—¿Recuerdas que esta mañana me preguntaste a qué lugar me gustaría ir y te respondí que prefiero ignorar aquello que me parece lejano?

—Sí. —La voz de Will suena ronca.

—Pues te mentí. Me he imaginado muchas veces en Viena, dentro de la Galería Belvedere, delante de *El beso* de Gustav Klimt, como si el instante íntimo que encierra



ese lienzo hubiese sido creado para mí y solo para mí hace más de cien años. Llámalo como quieras: exceso de ego o simple fantasía sin sentido.

Y no sé, quizá a veces las palabras sean tan solo lastres que nos empeñamos en empujar por el suelo embarrado, porque después de dejar ir aquello me quedo dormida.

24

### ***Las grietas de Lucy Peterson***

Lucy tenía la nariz y los ojos enrojecidos, el pelo claro recogido en un moño maltrecho y llevaba en la mano un pañuelo arrugado que no dejaba de toquetear. Al entrar en la habitación y verla así, lo primero que pensé fue que los resultados de la última prueba que le habían hecho eran catastróficos o que, sencillamente, estaba cansada de ir y venir del hospital a la espera de que el azar hablase a su favor o en contra. Pero no. A Lucy solo le ocurría que era tan humana y corriente como cualquiera, le preocupaban las mismas cosas banales y había dejado que le rompiesen el corazón.

—Todo ha terminado —balbuceó. —¿El qué? —Me senté a su lado. —Da igual, olvídalo —farfulló.

—No, quiero saberlo. Estoy preocupada por ti.

Cuando le acaricié la espalda, ella dejó escapar una bocanada de aire y se desinfló como un globo. Empezó a romper el pañuelo que llevaba en la mano en cachitos muy pequeños que caían sobre la cama simulando diminutos copos de nieve.

—Me ha dejado. Pensaba que lo nuestro era profundo y especial, pero he sido una estúpida. Está claro que ese tipo de amor que nos venden como manzanas o peras por el que dos personas son capaces de superar todas las dificultades que se les presentan no existe. Ahora todo es... insustancial. Dejemos de ver películas, Grace. Sería más útil invertir ese tiempo en hacer ganchillo o en algún curso de repostería creativa...

Las hermanas Peterson siempre hemos tenido tendencia a irnos por las ramas y perdernos entre bifurcaciones, así que la interrumpí para decir:

—Ni siquiera sé de quién estamos hablando.

—Se llama Kevin. Lo conocí jugando al ajedrez *online*, hablando por el chat durante una de las partidas. —Sorbió por la nariz y negó con la cabeza —. Conectamos de inmediato y enseguida empezamos a hablar de otras cosas. Nos mandábamos mensajes a todas horas, sobre todo por las noches. Llevábamos así un par de meses.

—No lo entiendo. ¿Por qué no me dijiste que tenías novio?

Entonces, cuando alzó la barbilla, vi algo en su semblante que me descolocó: una especie de crispación contenida, un mar agitado, una emoción oculta.

—Grace, ¿puedes dejar de mirarte el ombligo por un instante y focalizar en lo importante? Ya sé que te sorprende que no te lo cuente absolutamente todo, pero ¿sabes qué?, estoy cansada. Estoy cansada de que cada detalle de mi vida sea público, hasta el punto de que en un dichoso papel se especifique cuántas defecaciones he hecho al día. ¿Tanto te sorprende que quiera proteger algo, quedármelo solo para mí?

Era Lucy, la Lucy que conocía, pero también otra, con el pelo revuelto, los ojos hinchados y el labio inferior temblándole. Supongo que todos tenemos dos caras, anhelos velados, desengaños que guardamos bajo llave. ¿Es posible conocer completamente a alguien? Yo no lo creo. Las heridas son propias, compartidas pero propias. Las grietas del corazón tienen la medida exacta para que tan solo el que conoce cómo se han abierto pueda colarse dentro. Y las emociones son meandros infinitos.

—Lo entiendo —le aseguré.

Ella cogió otro pañuelo y suspiró. —En cualquier caso, ya no importa. —¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Hablábamos mucho, pero no le conté nada sobre mi enfermedad. Lo omití porque quería estar segura de que lo que había entre nosotros era real y creo... —Fijó la vista en algún punto indeterminado—. Creo que por una vez me apetecía ser normal, solo una chica conociendo a un chico. Pero conforme fue pasando el tiempo me convencí de que tenía que explicarle mi... condición. Así que se lo dije. Le conté las complicaciones de los últimos años y que entro y salgo del hospital cada dos por tres...

—¿Y? —pregunté, pero el corazón me empezó a doler antes de escuchar la respuesta. Mentalmente grité: «No, no, no, estúpido Kevin, seas

quien seas, no puedes hacerle esto a mi hermana. No puedes. Arréglalo cuanto antes».

—Ya no ha vuelto a escribirme.

25

### ***Feliz cumpleaños***

Hay algo macabro en la idea de no querer crecer y cumplir años, porque la única forma de conseguirlo es muriéndote. Lucy siempre tendrá veinticuatro, yo hoy cumplo veintitrés y, dentro de poco, seré mayor que mi hermana mayor, algo que me obsesiona. Cuando intento hacer un balance de mi vida y pensar qué he hecho durante toda mi existencia, tan solo soy capaz de rescatar que en una ocasión salvé a Lucy. Es patético porque ni siquiera puedo recordar el momento de gloria, la pequeña hazaña que marcó mi vida, todas nuestras vidas. Pero no hay nada más. No encuentro ninguna otra cosa reseñable que valga la pena anotar en el currículum de mi existencia. No he pasado mis días trabajando en una protectora de animales o ayudando a ancianas a llevar las bolsas de la compra. No he desarrollado un brazo robótico con piezas de Lego para niños que han sufrido una amputación, como vi el otro día en la televisión que había hecho un joven, ni tampoco he encontrado y sacado a la luz la obra secreta de alguna artista magnífica como en el caso de Vivian Maier.

Todavía no he conseguido averiguar qué quiero hacer con mi vida, así que es bastante difícil que logre hacer algo por los demás.

En esencia, cumplir años me aterra porque me pregunto si, en algún momento, cuando llegue este día, seré capaz de decir: «Ahora sí sé quién soy, lo logré».

¿Es posible alcanzar los cincuenta, los sesenta, los setenta y seguir teniendo las mismas dudas que te asaltaban en la veintena? ¿O quizá los problemas serán otros, todavía más complejos y existenciales, más retorcidos y profundos? Me preocupa no ser capaz de comportarme como debería hacerlo una persona adulta. Para empezar, ¿qué significa esa

palabra? ¿Que llega un momento concreto en la vida en el que debes ser totalmente resolutiva, tener unas metas claras, tomar grandes decisiones y mostrarte siempre serena?

Me miro en el espejo de la habitación y tomo aire. Son las siete de la tarde y Will está a punto de recogerme. Apenas hemos hablado desde la improvisada escapada de la semana pasada que terminó con él y yo sumidos en un silencio tenso durante el desayuno y el trayecto de regreso, pero anoche recibí un mensaje que decía: «Siguiente casilla, tu cumpleaños. No hagas planes a partir de las siete, pasaré a buscarte».

Cuando veo por la ventana que el coche negro para delante de la puerta, bajo las

escaleras y encuentro a mis padres en la cocina. Ha sido un día raro. Hemos ido a comer los tres juntos a mi restaurante preferido y, a pesar de que mamá no habló demasiado, tampoco resultó tan incómodo como había imaginado.

Ahora, él está fregando los platos mientras ella rebusca algo en el interior de la nevera. Casi parece una escena normal de una familia normal en un día normal. La gente que tiene vidas corrientes no es consciente de lo reconfortante que puede resultar toda esta dosis de inesperada normalidad. —Me marchó ya —anuncio.

—¿Adónde vas? —Mamá cierra la nevera. —Ni idea, creo que es una sorpresa. —¿Has quedado con Olivia?

—No, con un amigo. Will.

—¿Will? No me suena...

Es como si la verdadera Rosie se estuviese abriendo paso lentamente entre la bruma. Me pregunto cuándo debería contarle lo del juego de Lucy, si está preparada para saberlo o si mi hermana tenía algún plan al respecto que todavía desconozco.

—Tengo que irme, llego tarde...

—Espera un momento, Grace. Quiero darte algo. —Coge el bolso que cuelga de una de las sillas de la cocina y saca una pequeña cajita. Es cuadrada y está forrada con terciopelo—. No es gran cosa, pero me gustó cuando lo vi.

La abro y encuentro una fina cadena plateada con una llave diminuta. La observo mientras se balancea. Es preciosa.

—Gracias, mamá. Me encanta. —Tengo un nudo en la garganta.

—Pensé que..., bueno, las llaves sirven para abrir cosas. —Es un mensaje un poco confuso, pero creo que sé lo que quiere decir—. Ven, te lo pongo. —Abrocha la cadena y la llave se asienta sobre la piel, justo al lado de un lunar—. Pásatelo bien.

—Ve con cuidado —añade papá.

Salgo de casa un poco aturdida.

Will está esperando fuera, apoyado en el coche con los brazos cruzados. Su expresión cambia al verme y las comisuras de su boca, de esa boca inalcanzable, se alzan lentamente.

—Feliz cumpleaños, Grace.

—Gracias. —Me abre la puerta del coche. Luego, él se sienta tras el volante—. ¿Existe alguna posibilidad de que me digas adónde vamos?

—Ninguna.

Sonríe, sonrío y parece que todo vuelve a ser tan fácil como siempre. No hay rastro de la tensión del último día. Cuando para delante de un semáforo en rojo que hay a la salida de Ink Lake, se inclina para coger una carta y luego me la da antes de seguir conduciendo hacia las afueras.

*¡Feliz cumpleaños, pequeña Grace!*

*Sí, sí, ya sé que no es un día que te entusiasme especialmente y que tampoco te va mucho la idea de celebrar ciertas fechas por todo lo alto, pero ¿qué demonios? Hoy cumples veintitrés años formando parte de este increíble y apasionante mundo, si te paras a pensarlo bien tan solo durante unos segundos es fácil que te sientas agradecida*

*por ello. Así que disfruta cada hora, minuto y segundo del día . Voy a pedirte algo: no es ningún secreto que tu cabeza es como una lavadora que siempre está en marcha. Dale al botón de apagado. ¿Ya lo has hecho? ¿Sí? Bien. Pues ahora sal ahí fuera y pásatelo en grande, ¡y haz alguna locura sin pensar! Le he dicho a Will que te llevase a hacer algo divertido, ¡espero que cumpla las expectativas!*

*Con amor, Lucy .*

Doblo la carta y la meto en el sobre. —Así que algo divertido... —Es la idea. O eso espero.

Echo un vistazo a la parte de atrás del coche: hay una bolsa de plástico que antes no estaba ahí y un regalo rectangular bastante grande. Qué tentador.

—¿Es para mí? —pregunto.

—Sí, pero te lo daré al final del día...

—Ya son las siete y veinte —digo—. *Casi* el final.

Will sonríe y niega con la cabeza mientras sigue conduciendo. Atravesamos campos y algún pueblo pequeño antes de llegar a una ciudad mediana que nos recibe con una pancarta en la que pone: «Bienvenidos a la feria estival».

Aparcamos un poco más allá. Will coge la bolsa, pero deja el regalo dentro del coche. Caminamos unos cuantos metros hasta la entrada de la feria y pagamos el *ticket* antes de pasar. Dentro, todo está lleno de pequeñas casetas de madera con techos de paja en las que venden productos artesanales como mermeladas y mieles. Y más allá, a lo lejos, las luces de algunas atracciones y de una noria parpadean conforme el atardecer empieza a devorarlo todo a su paso. Hay bastante gente dentro del recinto, pero el lugar conserva el encanto rural de la zona y, al mismo tiempo, da también esa sensación de libertad que implica romper con la monotonía. —¡Es genial, Will! —exclamo entusiasmada.

—Me alegra oírlo, porque no estaba seguro.

—¿Bromeas? Nadie me había preparado antes una sorpresa por mi cumpleaños. Y, además, adoro las ferias. No sé, hay algo mágico en el ambiente... Quizá sea porque uno puede comportarse aquí como si siguiese siendo un niño...

La manera en la que sonríe me hace cosquillas en la tripa.

—Pues no se me ocurre una forma mejor de darte la razón... —Y entonces mete la mano en la bolsa que ha cogido del coche y me enseña el contenido.

Son dos pelucas. Una lila, de corte recto y la misma longitud que mi pelo, a la altura de los hombros. La otra tiene un tono rubio amarillento y es un poco más larga.

—¿Pelucas? ¿En serio?

—Dijiste que te gustaban cuando hiciste aquella lista... —Se rasca el mentón con una inseguridad que me parece adorable—. Pero no tenemos por qué usarlas.

—¿Tenemos, en plural? Esto mejora por momentos.

Will aprieta los labios para guardarse una sonrisa y suspira cuando le doy la peluca rubia. Después nos las ponemos, nos miramos y nos echamos a reír tontamente.

Él viste pantalones negros y una camiseta del mismo color que se ciñe a sus hombros. Es posible que por eso el contraste con el amarillo chillón sea más llamativo.

—Estás ridículo. Absolutamente ridículo.

—Gracias —masculla—. A ti te queda bien. Espera, la tienes mal colocada por aquí. —Se inclina y desliza la punta del dedo índice por el contorno de mi oreja para apartar el cabello oscuro que se entremezcla con el lila—. Ahora sí.

Nos internamos por la laberíntica feria, ajenos a las miradas de algunos curiosos. Pasamos por delante de varias casetas de juego y él señala la típica con un montón de botellas brillantes a las que hay que disparar. —¿Apostamos algo? —pregunta.

—Vale, pero ahí no. Odio las armas.

—¿Dónde, entonces?

—Aquella. —Señalo otra caseta con un arco colorido y brillante tras el que cuelgan globos pequeños de la pared—. Venga, vamos.

—Los dardos también podrían considerarse un arma —replica. —Oh, sí, hay tanta gente que muere al año por culpa de los dardos...

Will me sigue y, cuando nos plantamos delante del puesto, el hombre que lo regenta nos dirige una larga mirada, probablemente debido a nuestro aspecto estrafalario.

—Vale. ¿Y qué apostamos? —pregunta.

—Yo qué sé. Un pensamiento.

—¿Un pensamiento?

—Sí.

—Bien.

El hombre nos reparte los dardos, Will coge tres y me deja otros tantos. Tira y acierta a la primera al estallar un globo rojo. Pierde en los otros dos. Después, cuando me toca a mí, le pido que se aparte y me deje espacio. Él sonríe con arrogancia. Me gustaría darle un codazo en las costillas, pero me limito a lanzar. Fallo las tres veces.

Will alza una ceja. —¿Jugamos otra? —Por supuesto.

Cogemos nuestros dardos y en esta ocasión empiezo yo, pero, de nuevo, no consigo romper ningún globo. Luego, Will se lo piensa bien antes de

lanzar: acierta el tercer tiro. Cuando pregunta si quiero volver a jugar, asiento.

—Ven aquí, Grace. —Pone una mano en mi hombro y tira de mí con suavidad hacia atrás, sin ser consciente de lo mucho que me afecta cada roce suyo. Habla en susurros —: Todos los juegos de la feria tienen truco. Mira, las puntas de los dardos están desafiladas, pero algunas más que otras, así que elige bien los que cojas. Además, los globos están poco hinchados, por eso es tan complicado hacerlos estallar: fíjate en los que estén más inflados. A veces también modifican la varilla de los dardos, así que el centro de gravedad se desplaza y...

—Deberíamos denunciarlo.

Will sonríe y vuelve a bajar la voz.

—En resumen: apunta lo más preciso que puedas, lanza con bastante fuerza y elige los globos más grandes.

—Está bien —suspiro.

Nos acercamos a la caseta y en esta ocasión cojo los dardos fijándome en la punta, aunque no veo grandes diferencias. Me tomo un largo minuto para distinguir los globos más inflados y me decido por un par que están por el centro. Luego, apunto bien y lanzo el dardo. Nada. Lo roza y se desvía. Cojo el segundo y vuelvo a fracasar.

—Esto es un asco —mascullo.

Will se inclina y me susurra al oído:

—Tienes que lanzar más fuerte.

Pongo los ojos en blanco, pero tengo en cuenta el consejo cuando tiro el último dardo. Y pum. Un globo azul estalla y los restos de goma caen al suelo. Salto alrededor de Will mientras grito emocionada. Él se ríe.

—Te recuerdo que aún no he lanzado.

—¡Da igual! ¡No me importa!

Will se coloca para tirar sus dardos cuando dejo de celebrar mi pequeño triunfo. Me fijo en los detalles que lo rodean: en cómo frunce el ceño antes de lanzar y se muerde el labio inferior, en cómo pone un pie delante del otro, en cómo se impulsa con suavidad.

Y en cómo falla los tres lanzamientos.

Me mira divertido aceptando la derrota y me anima a elegir uno de los peluches. Cojo uno de un perro feísimo, porque estoy segura de que ningún niño en su sano juicio se lo llevaría a casa y me apena pensar en el tiempo

que llevará en la estantería de la caseta. Retomamos el camino hacia el interior de la feria y dejamos atrás más puestos típicos: varios de ganchos, latas, canastas de baloncesto y el del golpe de martillo.

El ambiente es fantástico.

Huele a comida y a algodón dulce, las luces rutilantes titilan alrededor y nos envuelven entre destellos. Me detengo en varios puestos artesanales de la zona donde venden camisetas, tarros de conservas y bisutería hecha a mano.

El cielo está cuajado de estrellas cuando decidimos comer algo. —¿Hamburguesa, perritos calientes, sándwiches...?

—Voto por hamburguesa —contesto.

—La cumpleañera manda.

Hacemos cola en uno de los establecimientos y pedimos dos con extra de queso y pepinillos. Encontramos una pequeña zona verde tras una caseta de cervezas artesanales y nos sentamos allí, en el suelo. La casa del terror está cerca, un poco más allá, y se escuchan los gritos y las risas de los niños que suben a la atracción.

—Venga, dime lo que estás pensando ahora, Grace. —¿Estás seguro? Porque no es muy interesante. —Correré el riesgo de malgastar un pensamiento. Cojo una patata caliente y tomo aire antes de decir: —Me preguntaba cómo sería el crimen perfecto. —¿Qué?

—Sí, bueno, estaba mirando La casa del terror... —La señalo—. Y pensé: «Imagina que a alguien se le ocurriese cometer un crimen y coger el cadáver y meterlo en esa atracción entre los muñecos». Qué macabro. Luego esa idea ha derivado en la otra. ¿Existe el crimen perfecto? ¿Sabes la cantidad de gente que habrá matado a alguien a lo largo de la historia y ha logrado librarse de su castigo? ¿Cómo debe de ser vivir con el lastre de

lo que has hecho, además del miedo a que te descubran?

Will sacude la cabeza sin dejar de sonreír. —Esto le quita el apetito a cualquiera. —¿Te he preguntado si estabas seguro!

—Lo meditaré mejor para el pensamiento que me queda —dice, y después muerde la hamburguesa y mastica con aire pensativo—. El crimen

perfecto es en alta mar, lejos de la costa. Los peces se comen el cadáver y el agua hace el resto.

—No está mal, Tucker.

Divagamos un rato más mientras cenamos y cuando nos ponemos en pie. Compramos algodón de azúcar y nos lo comemos paseando por los alrededores. Hacemos una parada al pasar por delante de un espejo que distorsiona la imagen en ondas e invita a entrar en la atracción. Me llevo las manos a la peluca.

—Me siento como la protagonista de la película *Lost in Translation*. —¿Su pelo no era rosa?

—Sí. ¿La has visto?

Will sonríe y luego susurra:

—«No volvamos aquí nunca porque no será tan divertido».

Siento un tirón en la tripa antes de responder con otra frase de la película:

—«Todos queremos que nos encuentren».

Él me mira intensamente mientras arranco un trozo de algodón de azúcar, me lo llevo a la boca y dejo que se deshaga. Luego me fijo en las luces que giran y giran un poco más allá.

—¿Subimos a la noria?

Will asiente. Permanece pensativo cuando sacamos las entradas y esperamos nuestro turno. Ocupamos una de las cabinas y lo veo comprobar dos veces el cierre de la barra de seguridad. Después se quita la peluca, la deja en el asiento y se revuelve el pelo oscuro.

—Necesito un descanso —dice.

—Lo que me sorprende es que hayas aguantado tanto con la cabellera de Rapunzel.

La noria empieza a moverse y nosotros con ella. No es muy grande y las cabinas están abiertas, así que el aire fresco de la noche me despeja la mente y, cuando ascendemos del todo, por un instante soy plenamente consciente de lo afortunada que soy por estar aquí, ahora, viva. Y como contrapunto, al descender, la idea de la muerte reclama protagonismo. Supongo que ambas cosas forman parte de un todo, se necesitan para existir pese a ser opuestos.

—Creo que voy a volver a arriesgarme —susurra Will—. Pero quiero saber en qué estás pensando.

—Es tu última oportunidad.

—Lo sé.

Intento sonreír, pero no me sale. Ascendemos lentamente al ritmo de una musiquita

irritante y contemplo la inmensidad que me rodea, los tejados de la ciudad a un lado, los campos oscuros en el otro extremo, la feria bajo nosotros ajena a lo que cada uno de sus visitantes pueda estar sintiendo. Pero lo ignoro todo.

Y me giro hacia Will.

—Me inquieta saber que estoy mirando a alguien que algún día morirá y que tú estás haciendo lo mismo. Lo que ocurre es que no sabemos cómo ocurrirá ni, lo más importante, cuándo. Y me angustia pensar que, si fuésemos por ahí con un cronómetro en el que poder ir viendo la cuenta atrás de nuestras vidas, y la mía estuviese llegando a su fin, no sabría qué hacer con esas últimas horas ni con quién compartirlas.

El silencio nos abraza unos instantes mientras damos vueltas y vueltas bajo el cielo estrellado.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco sabría qué hacer...

—Me sirve. Aunque es tristísimo.

—Lo sé.

—La gente tiene tantos planes... —Me muerdo el labio inferior y lo miro. Sus ojos permanecen fijos en mí y solo en mí, ajenos a que desde aquí podría ver muchas más cosas—. Hay personas que saben a qué quieren dedicarse desde pequeñas. Y luego tienen clarísimo que a los treinta tendrán hijos y a los cuarenta se comprarán una segunda residencia y a los cincuenta..., en fin, ya me entiendes. A mí me costaría decidir qué quiero comer mañana si me diesen a elegir entre pescado o pasta, porque, bueno, sé que la proteína es más sana, pero rechazar un plato de pasta... Qué dilema, ¿lo ves?

Will sigue observándome. Alarga un brazo tras mi espalda, sobre la barandilla del balancín, pero lo aparta en cuanto se percata de la intimidad del gesto, esa complicidad vibrante. Y por culpa del brusco movimiento, la peluca rubia se cae, aunque ninguno de los dos le prestamos atención. Nuestras miradas siguen enredadas.

—Estoy convencido de que la gente que parece tenerlo todo tan claro miente. Créeme, sé de lo que hablo.

—Resulta un poco cínico...

—Sí, probablemente lo sea.

—En algún sitio leí que las personas cínicas tienen el corazón lleno de rasguños —susurro.

El verde de los ojos de Will parece oscurecerse y, por un instante, solo uno, creo que el momento podría transformarse en algo más. Pero no. —¿En alguna tienda de camisetas al por mayor? —se burla. —Acabas de confirmar la teoría.

Sonríe y yo también lo hago. Luego nos quedamos callados al tiempo que la noria sigue girando. Y es perfecto. Quiero recordar esta sensación de paz y de estar en movimiento junto a Will mientras el mundo parece minúsculo e insignificante ahí abajo.

La atracción, como todo en esta vida, llega a su fin y bajamos. Caminamos un rato más por el recinto de la feria antes de buscar la salida. Avanzamos por una calle amplia y oscura. Dejamos atrás el olor a comida, palomitas de maíz y mazorcas asadas, las luces titilantes de colores y ese lugar en el que uno siempre vuelve a la niñez.

Lo adelanto y me giro hacia él. Camino hacia atrás.

—Ha sido uno de los mejores cumpleaños de mi vida. Las pelucas, los juegos, la noria...



—Trago saliva, pero no aparto la vista—. ¿Por qué lo has hecho?

—Lucy me pidió que pensase algo divertido... —Ya, pero ha sido... Esto ha sido perfecto, Will. El suspira. Veo la nuez moviéndose en su garganta. —Mereces que alguien te encuentre...

—¿Y ese alguien podrías ser tú?

—Grace...

—¿Recuerdas lo que te dije sobre la memoria bidireccional, los recuerdos y las sartenes calientes? Pues me he quemado muchas veces. Demasiadas. Pero ahora mismo eres la única persona por la que volvería a correr ese riesgo.

—No lo hagas.

—¿Por qué?

Hemos dejado de caminar. Will no contesta.

Estamos tan cerca que la punta de mis zapatillas toca las tuyas. Tengo que alzar la cabeza para poder mirarlo a los ojos y espero, espero, espero. No sé qué estoy esperando. Quizá ese sea el error. Puede que no deba

esperar las cosas que deseo, sino ir en su busca. Recuerdo las palabras de la carta de Lucy: «Haz alguna locura sin pensar».

Will se tensa cuando alargo la mano y la deslizo por su nuca. Hundo los dedos en su pelo. Despacio. Muy despacio. Noto que cambia el ritmo de su respiración.

—¿No vas a responder?

Él toma una bocanada de aire.

—No deberías apostar por mí...

Aparto la mano de su pelo y la dejo caer.

—Me debes un pensamiento. Uno sincero —le recuerdo, porque al menos quiero llevarme eso antes de que subamos al coche y la noche llegue a su fin.

Will lo medita unos instantes antes de decir:

—Una parte de mí quiere que me hagas caso, sigamos caminando y regresemos a casa. La otra está deseando que ignores todas y cada una de las razones por las que tú y yo no deberíamos dar ni un paso más hacia el otro.

Reprimo una sonrisa. Y avanzo un pasito. Es pequeño, pero suficiente para dejar claras mis intenciones. Él alarga la mano y me acaricia la mejilla en un gesto cargado de ternura que me sobrecoge. Y baja. Baja hasta que la punta de su dedo índice traza el contorno de mis labios y se queda ahí unos instantes llenos de electricidad. Me pregunto si alguien ha intentado alguna vez medir la química entre dos personas, si existe alguna fórmula matemática mágica que pueda contener y explicar lo que siento.

Entonces, cuando nuestras bocas colisionan, dejo al fin de pensar. Solo estoy aquí, aquí, en este instante, en su mano en mi nuca y la otra en la mejilla, en cómo me pongo de puntillas para llegar mejor hasta él, en la humedad de sus labios, en que este beso sabe a algodón de azúcar, en el vuelco en el estómago, en la saliva, los dientes y la lengua; en cómo todas esas cosas que no significarían nada con alguien más se transforman en deseo cuando se trata de él.

Besar a Will es como escuchar una canción de *rock and roll* por primera vez, con todos los instrumentos fundiéndose en una melodía perfecta. Y cuando la pista llega a su fin, lo único que deseas es volver a oírla una y otra y otra vez porque necesitas memorizar cada acorde, cada roce de la piel, cada solo de guitarra, cada recoveco de su boca.

No sé cómo lo hacemos, pero nos movemos por la calle entre beso y beso.

Llegamos al coche. Will busca las llaves en los bolsillos de su pantalón mientras recorro su cuello con los labios, y lamo y muerdo y juego. —Joder, Grace. —Se gira hacia mi boca y volvemos a fundirnos en un beso. Intenta apartarse, pero al final habla contra mi sonrisa—. No encuentro las llaves.

—Bien.

—Bien.

—Podemos quedarnos eternamente en este aparcamiento.

—Es un buen plan. Mira, ya sabemos qué hacer con nuestras vidas. Tenemos una meta —dice justo antes de levantarme y abrazarme contra su pecho.

Le rodeo las caderas con las piernas. Me apoya en la carrocería del coche y nos besamos otra vez hasta que siento los labios entumecidos y la piel ardiendo y el corazón latiéndome con tanta fuerza que no sé si podrá resistir mucho más.

—Aunque si encontrásemos las llaves... —¿Qué? —lo animo a seguir hablando. — Evitaríamos montar un escándalo público.

—Cierto. —Lo beso—. A ver, espera... —Hundo la mano en el bolsillo trasero de su pantalón y saco el brillante manojó—. Parece que han estado aquí todo el tiempo.

—Culpa tuya. Me aturdes.

—¿Te aturdo? —Sonrío.

Will aprieta el botón para abrir el coche y se encienden las luces. Resbalo contra su cuerpo firme hasta tocar el suelo con los pies. Se sienta en el asiento del copiloto y tira de mi mano para que me acomode sobre él. Volvemos a quedarnos a oscuras cuando cierra la puerta. Me quito la peluca porque, aunque me encante la idea de llevar el pelo lila, en estos momentos necesito ser yo más que nunca, sin disfraces.

Acaricio su rostro. Quiero memorizar cada línea, la textura de la piel, el arco de las cejas, todo él. Se mantiene quieto mientras lo hago, con los ojos cerrados. Casi parece que se rinde ante las caricias. Por un instante, recuerdo a la mujer de *El beso*, la manera en la que se abandona al abrazo del amante. ¿Será eso el amor? ¿Sentirse seguro en los brazos de otra

persona? ¿Saber que puede romperte el corazón y aun así seguir adelante sin mirar atrás? ¿Y es posible que esto sea un comienzo o lo deseo tanto que estaría dispuesta a dejarme llevar por la imaginación para creerlo? Lo único que sé con certeza es que quiero encajar una llave en el corazón de Will y girarla para abrirlo.

Presiono mis labios sobre los suyos y luego susurro:

—Creo que podría enamorarme de ti. O quizá ya haya ocurrido; no sé cuándo exactamente, es casi imposible encontrar el instante concreto... —¿Por qué? —Abre los ojos.

No parece sorprendido ni alarmado por lo que acabo de decir. Hay una calma inquietante en su rostro y sigue acariciándome la espalda con la mano abierta arriba y abajo. Le rozo la mejilla con la nariz en un gesto dulce.

—Porque tú me ves. —¿Y qué más? —No te entiendo.

—¿Qué es lo que te gusta de mí?

—Esto de aquí... —Señalo su cabeza con la mano y luego bajo hasta apoyarla sobre el corazón—. Y también esto. Tú, Will.

Hay algo siniestro en su mirada.

—¿Y si no soy la persona de la que crees haberte enamorado?

—Todos tenemos aristas y rincones oscuros. Nadie es perfecto.

Lo beso con vehemencia, como si de pronto sintiese la urgencia de profundizar la manera en la que mi cuerpo encaja sobre el suyo y se adapta a las líneas duras que lo forman. Y quiero... Me doy cuenta de que quiero que deje de hablar. No me apetece pensar. Me apetece solo él, él, él. Y este vínculo. Esto que hemos creado no sé muy bien cómo, pero que sé que existe porque puedo sentirlo dentro, entre las costillas, ahí protegido.

Will responde a la intensidad del beso, gruñe y sus manos descienden hasta colarse por la cintura de mis vaqueros, pero la inquietud lo persigue y se aparta.

—Espera. Espera. —Odio esperar. —Ya. Pero no puedo.

Su rechazo lo sacude todo y me muevo hacia atrás para poner distancia entre los dos, aunque el espacio en el que estamos encajados es tan pequeño

que apenas consigo nada. Abro la puerta del coche, pero Will coge mi mano antes de que salga.

—Dame al menos la oportunidad.

—¿De qué? —Lo miro a los ojos.

—¿Quieres conocer mi historia? —pregunta, y toqueteo la diminuta llave que se balancea en mi cuello. No me paro a sopesar los riesgos de lo que implica abrir puertas que llevan tiempo cerradas, tan solo asiento con la cabeza—. De acuerdo. Entonces creo que debería empezar contándote quién era yo dieciséis horas antes del desastre...

## **La historia de Will**

**26**

### ***Dieciséis horas antes del desastre***

Un móvil sonaba de forma incesante en algún rincón de la habitación. Me di la vuelta en la cama, tiré del edredón y me cubrí la cabeza con él. Oí un quejido.

—¡Will! ¡Que hace frío!

—¿No tienes otra manta?

—No. —Tiffany me destapó sin miramientos—. ¿Y te importaría coger el dichoso móvil o apagarlo? Lleva sonando media hora. ¿Quién puede ser tan insistente?

Logré dar con el teléfono, que estaba dentro de mi zapatilla, en el suelo. Vi el nombre que parpadeaba en la pantalla y silencé la llamada.

—Es mi novia.

—Pobre infeliz.

Tiffany se levantó. Paseó su silueta desnuda por la habitación sin ningún tipo de vergüenza hasta que abrió un cajón de la cómoda y se puso unas braguitas de encaje negro que captaron mi atención. Me incorporé. Yo tampoco estaba vestido. Le dirigí una sonrisa cargada de intenciones, todas malas, y ella se echó a reír y se acercó a la cama. Hundí el dedo en la goma de la ropa interior para quitársela.

—Resulta que hoy es mi cumpleaños —murmuré tras bajarle las bragas—. Y creo que tú vas a ser mi primer regalo.

—¿Cuál es el segundo?

—No estoy seguro. —Alcé la mano pensativo, y le acaricié el pecho derecho—. ¿Qué puedes pedir cuando lo tienes absolutamente todo?

—Eres un idiota, William. Pero un idiota muy guapo.

—Y que sabe hacerte gritar.

Colé la mano entre sus piernas en ese mismo instante y ella cerró los ojos y se mordió el labio. Me tumbé encima y me hundí en su interior. Fuerte, duro, húmedo. Mi relación con el sexo siempre había sido así, tan placentera como fría, tan mecánica como eficiente. El deseo no tenía nada que ver con lo emocional, sino con el estímulo visual. Los pechos de Tiffany balanceándose, su voz gimiendo en mi oído, el cuerpo esbelto o su rostro contraído por el placer. Todo era obra mía. La idea, retorcida y ridícula, me excitaba lo suficiente como para impulsarme a moverme más rápido conforme el final se abrió paso y sus uñas se clavaron en mis hombros.

—Joder —mascullé tras apartarme y dejarme caer a un lado.

—Sí, admito que eso lo haces muy bien —bromeó ella, y luego hundió los dedos en mi pelo—. ¿Te apetece que desayunemos juntos?

—¿Estás de broma? Tengo cosas que hacer. ¿Qué hora es?

Al mirar el reloj en el móvil vi que tenía otra llamada perdida de mi novia. El nombre aparecía en lo alto de la pantalla: «Lena». Cuatro letras que me provocaron un leve pellizco que rápidamente me esforcé por ignorar.

Me puse en pie y busqué mi ropa alrededor de la cama. Un calcetín por aquí, la camiseta por allá. Cuando estuve listo, me acerqué hasta Tiffany, que aún intentaba abrocharse el cierre del sujetador. La ayudé y lo cerré con un suave clic. Ella se giró y me sonrió. Una de esas sonrisas complacientes y dulces que lejos de halagarme solían molestarme porque simbolizaban que el reto, la parte más divertida de aquello, había llegado a su fin.

—¿Nos veremos pronto?

—No lo sé. Hablamos.

Ese «hablamos» vago e impersonal era mi manera de saltar del barco cuando el rumbo dejaba de interesarme. Que fue exactamente lo que hice cuando salí del apartamento de Tiffany y monté en el descapotable rojo que me había comprado dos meses atrás para celebrar que me habían contratado en una importante compañía tras pasar un implacable proceso de selección. Tenía un Audi oscuro cogiendo polvo en el garaje de casa, regalo por mi cumpleaños número veintiuno, pero había algo en ese coche que me hacía sentir incómodo; demasiado serio, demasiado clásico, demasiado barato.

El hogar familiar que me había visto convertirme en el hombre que era en ese momento

se dibujó ante mí cuando giré la última esquina a la

derecha. Ahí estaba, la casa de tejado inclinado, con una enredadera que trepaba por los ladrillos rojizos y un jardín perfecto que podría salir en cualquier revista de decoración.

Encontré a mis padres en la espaciosa cocina de color gris pizarra. Él estaba sentado a la mesa leyendo el periódico, a pesar de que era una costumbre de lo más estúpida y le había explicado en varias ocasiones que accediendo a la red podría leer fácilmente todas las noticias. Ella, delante de los fogones, me miró por encima del hombro y sonrió.

—Buenos días, cielo. ¡Feliz cumpleaños! ¡Qué rápido pasa el tiempo! —Tenía una voz cantarina—. No nos dijiste que dormirías fuera. —Improvise —contesté.

—¿Saliste con Josh y los chicos? Espero que lo pasaseis bien. Por cierto, te he preparado tu desayuno favorito: tortitas con miel y frambuesas. Dejó el plato en la mesa. Había colocado las frambuesas de manera que simulasen ser dos ojos en las tortitas redondas y la miel era el trazo de una sonrisa, justo como me las hacía cuando era un niño.

Suspiré y lo aparté a un lado.

—Gracias, pero no tengo hambre.

—¿Ni siquiera un poquito? —insistió mi madre—. ¿Es por ese programa deportivo que sigues ahora? Seguro que no pasa nada si te das un capricho por tu cumpleaños. Además, no puedes vivir eternamente de arroz y pollo. —Se secó las manos en el delantal viejo y descolorido.

Una de las cosas que más me molestaban de mi madre era que, a pesar de tener la cuenta bancaria llena, en los aspectos más cotidianos vivía como si apenas llegase a fin de mes. Cuando venía a casa la chica que limpiaba, se ponía a hacer con ella las tareas porque así «se entretenía un rato» y seguía cocinando a diario. Tras la mudanza, nunca logró encajar con las demás mujeres del barrio, esas que llevaban tacones para ir al supermercado y quedaban para hacerse la manicura todos los viernes.

—Simplemente no me apetece.

—Está bien. —Cogió el plato de las tortitas y se alejó mientras decía casi para sí misma —: Te las guardaré por si las quieres para merendar.

Mi padre lanzó el periódico a un lado y me miró con el ceño fruncido. —Podrías ser más considerado con tu madre. Se ha ido a comprar a primera hora de la mañana en busca de las dichas frambuesas.

Puse los ojos en blanco antes de bostezar. Comenté que necesitaba descansar y subí a mi antiguo dormitorio, ese lugar que se convirtió en un refugio cuando llegué siendo un niño solitario, pero luego me vio crecer y extender las alas, reclamar espacio, moldearme, fundirme con el entorno, convertirme en el tipo de hombre que jamás imaginé que sería.

La habitación era espaciosa y tenía las paredes pintadas de verde menta. Las baldas superiores estaban llenas de trofeos, casi todos de carreras a corta distancia y relevos, aunque también había alguno de la liga de fútbol del condado. La cama era grande, con una colcha beis, y bajo la ventana se extendía el escritorio de madera oscura. Me acerqué y contemplé el exterior. Era un acto de lo más cotidiano, pero me resultó nostálgico porque lo había hecho cientos de veces cuando era pequeño: asomarme por el ventanal para buscar a Josh en la casa de enfrente.

Me dejé caer en la cama y cerré los ojos. Tan solo había dormido tres o cuatro horas la noche anterior y el sueño me abrazó sin esfuerzo.

El reloj marcaba las siete de la tarde cuando me desperté. La luz rosada del atardecer bañaba la estancia. Busqué el móvil y vi que tenía docenas de mensajes: felicitaciones de amigos del instituto y de la facultad, de mis tíos, de Josh y de Lena.

La llamé mientras cogía ropa limpia del armario y una toalla con la intención de darme una ducha.

—¿Will? ¿William?

—El mismo —dije.

—¿Dónde te habías metido? ¡Llevo todo el día llamándote! Estaba muy preocupada por ti. Temía que te hubiese pasado algo malo y...

—Cálmate, cariño.

—¿Qué ocurría?

—Nada. Pasé la noche con los chicos y he estado durmiendo casi todo el día. Me dolía la cabeza. —En eso, al menos, no mentía—. ¿Todo bien por allí?

Tardó un instante en dejar a un lado su enfado.

—Como siempre. Mi padre apenas ha aparecido por casa esta semana, tuvo algún tipo de lío en el Senado. Y mi madre va a volverme loca con el

tema de la boda.

—¿Qué ha hecho ahora?

—Querrás decir qué no. Es la tercera vez que cambia el menú y está torturando a las chicas que se encargan de los arreglos florales.

—Cuando vuelva a Nueva York la semana que viene me ocuparé de que todo marche como es debido. Al fin y al cabo, es nuestra boda. —Necesitaba oír eso. —Lena suspiró.

—Tengo que colgar ya, cariño.

—Imaginaba que tendrías planes.

—Nada excesivo, o eso espero. Solo un par de cervezas y poco más. —Claro. Por cierto... —Hizo una pausa y luego su voz sonó dulce y tierna, cargada de amor y devoción—: Feliz cumpleaños, Will.

Un escalofrío me atravesó cuando colgué el teléfono y lo dejé en la mesilla de noche. Me quedé unos segundos contemplando la punta de un calcetín rojo que sobresalía por la rendija del primer cajón. Aunque hacía apenas unas horas que había acariciado el cuerpo de Tiffany, tenía la sensación de que había ocurrido hacía una eternidad, años quizá. De camino a la ducha, me prometí que dejaría de comportarme como un idiota en cuanto pasase por el altar, como si firmar ese papel simbolizase un antes y un después. A partir de entonces, se acabarían los líos de una noche y los coqueteos. Sería una versión mejorada de mí mismo. Podía hacerlo, sí. Podía. No era la primera vez que me proponía algo semejante.

Bajé las escaleras aún con el cabello húmedo.

En Nebraska los veranos eran muy calurosos y los inviernos muy fríos. Los lugares así resultan algo simplones, como si todo dentro de ellos fuese demasiado evidente. A veces, tenía la sensación de que la gente que los habitaba era igual, pequeños charcos de agua estancada que ignoraban que allá fuera existían ríos y lagos, océanos inmensos.

—¿Ya te marchas? —Mi madre me interceptó saliendo de la cocina. —Sí. No sé a qué hora volveré.

—Bien. —Se acercó y me palmeó la mejilla con suavidad. Y en ese gesto hubo algo..., algo enredado—. Tu padre está en el jardín porque esta noche hay lluvia de Perseidas. ¿No quieres ir un rato con él?

—Lo siento, llego tarde.

—Ya. Ve con cuidado.

Salí sin mirar atrás. Pasar un par de semanas en casa durante las vacaciones de verano era tan agobiante como refrescante. Acostumbrado a la libertad en la gran ciudad, tenía la sensación de que volver al hogar familiar era como ponerme una camisa de fuerza; me incomodaba tener que dar explicaciones cuando entraba y salía. Pero también era como viajar dentro de una máquina del tiempo y contemplar un mundo estático en el que todo seguía intacto, como una estantería llena, llenísima, de cientos de figuritas de cristal. Me calmaba pensar: «Es posible que algún día todo lo demás estalle, pero aquí, en este lugar recóndito, siempre seguiré siendo el famoso, inigualable y querido Will Tucker».

Había quedado en La Perla con Josh y Darren.

Era uno de los restaurantes más exclusivos de Lincoln, conocido por el pescado fresco que llegaba a sus puertas a diario y por las brasas encendidas en el centro de las mesas de piedra. Uno podía elegir entre darle la vuelta y sacar la comida cuando estuviese al punto o pedirle al camarero que lo hiciese. También servían un vino blanco francés que era mi perdición y la última vez había comprado varias botellas para llevármelas a Nueva York porque, irónicamente, fui incapaz de encontrarlo en la gran ciudad.

Los vi sentados en la mesa del fondo que solíamos ocupar.

—¡Aquí llega el cumpleaños! —gritó Darren.

—A ver, espera, date la vuelta. —Josh frunció el ceño de esa manera suya que siempre resultaba exagerada—. Sí, joder, estás más viejo. ¿Has dejado de afeitarte?

Sonreí y me acaricié el mentón. La barba, de apenas dos días, me hizo cosquillas en la palma de la mano. Me quité la chaqueta y ocupé la silla libre.

—¿Tu chica sabe que le has declarado la guerra a la cuchilla?

—Darren, me da que de todas las cosas que su chica no sabe esta es la menos importante. —Josh soltó una carcajada y después se puso a leer la carta—. ¿Pedimos lo mismo que la última vez? No estuvo mal.

Una camarera de cabello castaño y mirada amable se acercó para tomarnos nota. Todavía había algo dentro de mi cabeza que retumbaba sin cesar y el jaleo en el restaurante, las voces y las risas, los olores fuertes de la comida asándose, parecían agravar esa presión. Me masajee las sienes con lentitud.

—Así que estás prometido. O eso he oído.

El que lo decía era Darren. Habíamos ido juntos al instituto, jugamos en el mismo equipo de fútbol y formaba parte de mi grupo de amigos, pero el día que decidí que casarme con Lena era lo mejor (lo más sensato, lo más lógico, lo más práctico), tan solo compartí la noticia con mis padres y Josh. Al resto de mi entorno llegó de manera natural, sin que tuviese que tomarme la molestia de comunicarlo de forma oficial.

—Sí —contesté.

—¿Es porque el padre de la chica está en el Senado o has perdido la cabeza del todo? Te estás metiendo en un buen lío tú solito...

—A Will le van los planes establecidos —añadió Josh sin dejar de jugar con el cuchillo—. Siempre y cuando pueda encontrar alguna bifurcación en el camino, claro.

Puse los ojos en blanco. En aquel momento me di cuenta de que podía predecir el resto de la noche: se pasarían la cena burlándose veladamente de todo el asunto de la boda, el compromiso, bla, bla, bla, y yo me esforzaría por disimular que todo aquello me aburría, así que bebería más de la cuenta y me acabaría la botella de vino en un suspiro.

Se cumplió punto por punto.

—¿Después, el bombo? —Darren se rio.

—Tengo una predicción —Josh alzó una mano en alto de forma teatral para pedir que guardásemos silencio—: Gemelos. Qué fantasía.

Le di la vuelta al palo de madera en el que se asaba mi pescado. Las escamas brillantes e iridiscentes se habían tornado de un triste gris ceniciento.

—Pasarás los domingos en el club de campo. —Si es que no es lo que hace ya —dijo Josh. —Os dejaré con la duda —apunté divertido.

Josh suspiró y alejó su comida de las brasas. Las cosas le gustaban siempre poco hechas; a veces, disfrutaba burlándose de mi costumbre por cocinarlo todo pasado el punto. «Se te notan los orígenes en el paladar», decía con socarronería.

Calificar a Josh como «mi mejor amigo» sonaba banal, teniendo en cuenta la magnitud de lo que él había significado para mí. Josh era un punto de inflexión. Josh era una intersección en mitad de una carretera de miles de kilómetros. Josh era el comienzo y el final de una etapa. Josh era la línea que dividía mi existencia en dos.

Me había esforzado cada día por ser igual que él. Y después, cuando logré no solo eso, sino incluso convertirme en una versión mejorada, seguí manteniendo aquel vínculo intacto. Esa anidada lealtad no me anulaba los sentidos: hacía tiempo que tenía la sensación de que nuestros mundos se habían distanciado (él se había quedado en casa trabajando en la empresa familiar de exportación tras la lesión que lo apartó del equipo de la universidad unos años atrás y yo vivía en una burbuja neoyorquina en la que me relacionaba con gente interesante y mi futuro, sencillamente, brillaba). Cuando lo oía relatar las mismas anécdotas de siempre o le hablaba de algún tema del que él no tenía ni idea, como la última exposición de arte a la que había asistido, sentía una extraña satisfacción al percibir su frustración y, al mismo tiempo, me incomodaba dejarlo atrás. —¿Terminarás entrando en política gracias a tu suegro?

—No, no me interesa. —Alcé la vista hacia Darren. —¿Sigues queriendo especializarte en derecho deportivo? Sí, tenía en mente convertirme en un agente muy muy rico. —Ese es el plan —contesté mientras me servía la comida. —Will Tucker: el hombre de los planes —bromeó Josh.

No tardé en pedir una segunda botella de vino. Y, luego, cuando terminamos la cena y salimos a la calle, sentí el viento suave de finales de verano en el rostro y seguí a mis amigos por la calle hasta el aparcamiento pensando que la vida era perfectísima, como la geometría de la naturaleza, capaz de superar el ingenio del mejor arquitecto; o la polinización, un proceso maravilloso de principio a fin.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Darren.

—Seguro que habrá gente en el pinar —dijo Josh, y señaló mi coche, que brillaba bajo la luz de la luna—. ¿Haces los honores? Luego volvemos a por el mío.



Josh montó en el asiento del copiloto y Darren, detrás, empezó a liarse un porro. Tras arrancar el motor, me giré y lo taladré con la mirada.

—Ni se te ocurra encenderlo dentro.

—¿Dónde está nuestro amigo y qué ha hecho Nueva York con él? — Josh chasqueó la lengua y hubo una pequeña pausa, como si esperase que entrase en el juego, pero no lo hice. Verano tras verano, las bromas al respecto se habían afianzado—. Darren, no te cortes. Y me lo pasas después, a ver si animamos la noche por aquí.

Oí el chasquido de un mechero y frené con brusquedad.

—¡Joder, Will! —protestó Josh.

Clavé la vista en el espejo retrovisor y dije: —Darren, si vas a fumar, baja del coche. — Oye, tío, tranquilo. Solo era una broma.

Respiré hondo y volví a acelerar para incorporarme a la carretera. El ambiente se había enrarecido de golpe, así que durante el trayecto me obligué a participar en la conversación (algo sobre la hierba que habían comprado) e hice alguna que otra broma. No era difícil. Solo tenía que decir lo que esperaban que dijese, solo tenía que reírme de lo que esperaban que riese. Llevaba toda mi vida perfeccionando el arte del disfraz, hasta el punto de que la máscara que un día decidí ponerme delante de los demás estaba tan adherida que ya no era de tela ni de cartón, sino parte de mi piel.

Había gente cuando llegamos al pinar. La mayoría eran amigos que seguían viviendo por la zona, pero también había varios compañeros que, como en mi caso, regresaban durante las vacaciones de verano. Y Jenna, con su largo cabello rubio recogido en una trenza y un vestido minúsculo que marcaba su silueta. Se puso de puntillas y me dio un beso en la mejilla que se alargó un par de segundos. Habíamos sido pareja durante los últimos años de instituto.

—Las botellas están por ahí —comentó Ash.

Darren preparó unos cubatas y me pasó un vaso. No tardé en bebérmelo. La gente hablaba alto, demasiado alto. Seguí bebiendo. Un par de colegas empezaron a apostar cuando decidieron que había llegado la hora de las carreras: consistía en competir con los coches bajo la zona del pinar, en una recta apenas transitada por la noche. Allá a los lejos, no tardaron en oírse los pitidos y los motores gruñendo, preparados para acelerar.

En algún momento, ya de madrugada, Josh se tumbó sobre una de las mesas de madera que durante el día ocupaban turistas entusiastas que paraban allí a comer. Bebí un poco más, no sé si era la tercera o la cuarta copa. Luego me dejé caer a su lado. El cielo estaba a rebosar de estrellas, tantas que parecían darse codazos entre ellas para encajar mejor, y no sé por qué imaginé a mi padre sentado en el jardín de casa con la cabeza alzada hacia arriba en busca de Perseidas, y su soledad se me coló dentro como un gusano retorcido y carnoso.

—Will... William... Perfecto Will... —canturreó Josh divertido.

—Estás como una cuba. —El pecho me vibraba a causa de la risa y era una sensación fácil y maravillosa—. Perdona por lo de antes.

—¿Lo de antes? ¿El qué?

—Nada. Olvídalo —dije.

Los dos éramos conscientes de esa tensión que en ocasiones parecía palpar entre nosotros, sobre todo durante los últimos años, pero me gustó que fingiese que no existía porque, en esencia, la vida era eso, fingir y fingir y morir fingiendo.

Cuando finges lo suficiente, hasta se vuelve real.

—Noah los está machacando a todos —dijo Ash emocionado.

—Eso es porque aún no se ha enfrentado a nosotros. —Josh se incorporó y me zarandeó el hombro—. ¿Qué me dices, Will? Como en los viejos tiempos. Tú y yo mano a mano. Vamos, levántate.

—Estoy borracho.

—Will, es una jodida recta. Concéntrate en acelerar y no mover el volante. —Me rodeó los hombros con un brazo mientras descendíamos hacia la carretera—. ¿Recuerdas la primera regla de supervivencia? No permitas que nadie ponga un puto pie en tu territorio, de lo contrario estás perdido. Vamos a demostrarle a Noah quiénes somos.

Las reglas de Josh, sí. Hacía años que no pensaba en ellas, desde que dejamos el instituto, pero aún me las sabía de memoria como si estuviesen marcadas a fuego en mi cabeza. «No muestres tus emociones», «controla tus impulsos», «si alguien te da un golpe, devuélveselo con más fuerza», «ser débil es patético», «compórtate como un líder».

Era la adrenalina corriendo por dentro como un líquido caliente e inflamable. Era una bombilla apagándose dentro de mi cabeza que daba paso a la oscuridad. Era yo, yo y yo. Nunca he probado ninguna droga más adictiva que la explosiva sensación de que todo es posible, de tener el mundo en las manos y descubrir que es blando y moldeable como plastilina para niños. Y mío. Sobre todo, mío.

Pensaba en ello cuando subí al coche.

Jenna y otra chica más joven estaban en mitad de la carretera y no paraban de hacer el tonto contoneando las caderas y bebiendo a morro de los botellines de cerveza. Luego, cuando Noah dio el visto bueno, alzaron los brazos y contaron hasta tres antes de anunciar el pistoletazo de salida. Reaccioné un par de segundos tarde.

—¡Mierda, Will, acelera! —exclamó Josh.

Pisé el pedal con todas mis fuerzas. El coche de Noah no tenía nada que hacer frente al mío, así que lo dejé atrás en apenas unos instantes. La risa brusca de Josh se me coló en la cabeza y me contagió. Sí, sí, sí. «El famoso, inigualable y querido Will Tucker recordándole a todo el mundo quién sigue siendo».

—Puto pardillo —masculló Josh mientras miraba hacia atrás para disfrutar de la visión del coche de Noah empequeñeciéndose en la oscuridad de la noche—. Míralo, Will.

Alcé la vista al espejo retrovisor un segundo, solo uno, y cuando volví a fijarla en la carretera me topé de frente con dos faros de luz. Giré el volante. Un giro violento y errático. Comprendí que nos habíamos salido de la carretera cuando el coche rebotó sobre el terreno pedregoso y, después, llegó el golpe seco y brusco.

No sentí dolor. Fue como si de pronto flotase y todo se pintó de un blanco níveo y delicado. No paraba de nevar y nevar en mi cabeza. Y pensé: qué fascinante es la nieve.

27

### ***Caída libre***

*Estoy cayendo .*

*Caigo, caigo, caigo .*

*Estaba en la cima de un acantilado y de pronto en el estómago solo hay vértigo y tengo náuseas y todo alrededor es blanco blanco .*

*¿Qué lugar es este?*

*Un prado lleno de nieve, quizá .*

*La cobertura de nata de un pastel . O la clara de un huevo frito . Quiero vomitar, pero no puedo .*

*Tengo algo en la tripa, un animal herido que se retuerce y me araña por dentro, desgarrar la piel, da vueltas y gira, clava los dientes, aúlla sin cesar .*

*Duele .*

—¿Quién es? —preguntó una voz dulce.

—Ahora no, está débil. Necesita descansar.

*Hay un reloj en mi cabeza y no deja de sonar .*

*Tic-tac, tic-tac. Así todo el día. Toda la noche .*

*Sigo deslizándome por un sendero blanquecino y recto, infinito. No hay nada a lo que agarrarse, es imposible frenar la caída. ¿Un río de leche? ¿Unas minas de cal?*

*Espero y espero. Tic-tac. Tic-tac .*

*Quiero abrir el reloj .*

*Quiero abrirlo. Romper el tren de rodaje, rueda a rueda. Romper el oscilador. Romper el motor. Luego volver a montarlo. Y magia. Parece intacto, pero ya no funciona .*

*Tic-tac. Tic-tac .*

La voz dulce regresó. Era como miel caliente.

—Te pondrás bien. Has tenido suerte, por lo que he oído podría haber sido mucho peor. Aunque estar intubado es un fastidio; créeme, lo sé por

experiencia.

—¡Lucy! ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Está prohibida la entrada! —Lo siento, señora Higgins, es que... lo conozco.

—¿Lo conoces? —Seguía estando molesta, pero apareció una pequeña nota de curiosidad—. ¿Estás segura? Tuvo un accidente. Ingresó hace unos días.

—Sí. Nunca olvido una cara. Es Will Tucker.

*El reloj se oye de forma más lenta. Tiiiic-taaaac .*

*La nieve ha empezado a derretirse .*

*El blanco ya no es puro, está sucio .*

*«Nada como un poquito de agua con bicarbonato para quitar las manchas», canturrea la voz de mi madre. Veo su sonrisa. Sabe más de lo que dice. Pero calla. Siempre calla. Y repite «mi niño bonito, mi niño bonito», pero ya no se lo cree por mucho que quiera hacerlo.*

Varias voces desconocidas alrededor. —¿Lo bajamos a la habitación 104? —Sí. La familia ya está informada. —Perfecto. Pues vamos allá.

Y el mundo empezó a girar y girar y girar.

*Estoy sentado sobre una peonza .*

*Cuando era pequeño tenía una y era perfecta, la abuela le dibujó unas líneas azules y verdes que parecían entremezclarse cuando la peonza daba vueltas sin cesar .*

*¿Dónde estará? Se ha perdido. Todo se extravía con el paso del tiempo: los calcetines, las canicas, las personas, los recibos de aparcamiento, la inocencia, el amor .*

*El blanco se ha llenado de matices . Rojo, azul, amarillo, verde, morado... Los colores lo inundan todo .*

*Llaman a la puerta. «Abre, Will» . Insisten: «Vamos, abre de una vez» . Pero estoy cansado. Muy cansado . Y me quedo aquí un poco más .*

—No sé si puedes oírme, pero, si lo haces, tan solo quiero que sepas que tienes unos padres que te quieren muchísimo. Espero que seas consciente de lo afortunado que eres. Te lo diré en cuanto despiertes. Por cierto, el sillón

de tu habitación es más cómodo que el de la mía. Creo que es cosa de los muelles.

Y después la voz dulce se extinguió.

*Tic-tac. Tic-tac .*

*A la mierda . Me levanto . Busco el reloj .*

*Lo encuentro debajo de una nube .*

*Tengo un martillo en la mano .*

*Lo golpeo con fuerza. Zas . El reloj estalla en pedazos . La satisfacción es inmensa .  
Llaman a la puerta .*

*«Voy a abrir, ahora sí ».*

*Y tiro del pomo con fuerza .*

*Es una explosión de luz .*

## **28**

### ***Perseidas***

Cuando era pequeño, me tumbaba con mi padre en el prado que había enfrente de nuestra antigua casa y contemplábamos maravillados la lluvia de Perseidas. Era un momento mágico; la noche templada de verano, el olor del maíz y la soja alrededor, el apabullante silencio que había en mitad de la nada y la inmejorable compañía.

—¡Mira, allí hay una más! —exclamé entusiasmado—. ¿Has visto esa? Era enorme. Gigantesca. Creo que no era una estrella fugaz, sino un bólido. —Es posible. Aunque, en realidad, todo lo que vemos son escombros

del cometa Swift-Tuttle. Piedrecitas que al entrar en la atmósfera se vuelven incandescentes.

Cogí los prismáticos y continué mirando el cielo. Mi padre me había enseñado leyendas y constelaciones, todo lo que sabía sobre la inmensidad del universo. Allí, en apenas un metro cuadrado de la Tierra, consciente de que formaba parte de una galaxia llamada Vía Láctea con un diámetro de hasta doscientos mil años luz y que agrupaba varios sistemas solares, sentí una paz momentánea porque recordé que estaba vivo, vivo, vivo, y pensé que mis problemas, los problemas que tendrían otros muchos niños de ocho años, eran insignificantes vistos en perspectiva. Y quise quedarme allí para siempre, cobijado por la oscuridad de la noche, bajo la lluvia de estrellas fugaces.

Pero el tiempo... El tiempo siempre sigue corriendo.

## **29**

### ***Bienvenido al resto de tu vida***

Seguía confuso mientras el médico me examinaba por segunda vez en apenas media mañana. Mis padres aguardaban un poco más allá, aparentando entereza pese a los nervios. Respondí preguntas, abrí la boca, seguí la luz de su pequeña linterna. Después, oí que en los próximos días tendrían que hacerme bastantes pruebas, pero estaba aturdido, y el dolor en la zona superior del pecho y el estómago me desconcentraba.

—Lena llegará enseguida —dijo mi madre cuando el médico se fue y, después, empezó a ahuecar las almohadas de la cama y a estirar las arrugas de las sábanas.

Tenía la boca seca y los labios agrietados con pequeñas heridas. Me los relamí y tragué saliva con dificultad. Pensé en volver a llamar al médico para preguntarle cómo era posible que, tras tantos exámenes, no me hubiesen encontrado nada dentro de la garganta, porque sentía un nudo enorme, inmenso, como si se me hubiese atascado una pelota de tenis. —¿Qué es lo que ha pasado?

—Tuvieron que operarte la pierna, te extirparon el bazo, tenías un traumatismo craneoencefálico... —Mamá retorció las manos—. Así que decidieron inducirte un coma. Por la gravedad de tu estado, era lo mejor para poder evaluar los daños.

—Me refiero a por qué estoy aquí.

Mis padres se miraron el uno al otro. Y en esa mirada era palpable la decepción, las dudas y el esfuerzo que estaban haciendo por contenerse, pero, sobre todo, la distancia que existía entre ellos y yo; una brecha con bordes cortantes que hacía tiempo que había empezado a resquebrajarse, hasta que de pronto, crac, se abrió del todo.

—Tuviste un accidente. Ibas al volante, Will. Y diste positivo. Los testigos dijeron... —Mi padre hizo una pausa como si no encontrase las palabras—. Dijeron que estabas participando en una carrera ilegal.

Un destello. La cena. El sonido de risas. La zona del pinar. La superficie dura de la madera de la mesa al tumbarme. Las estrellas tintineantes. El coche. El mundo convirtiéndose en un borrón de ceras de colores. La voz de Josh. Josh. Mierda.

Sentí algo amargo trepando por mi garganta y tuve náuseas.

—¿Dónde está Josh? ¿Se encuentra bien? —pregunté.

—Sí, solo tiene un brazo fracturado. Tú te llevaste la peor parte.

Mis padres intercambiaron otra mirada, pero en esta ocasión no supe descifrarla o estaba demasiado concentrado en volver a respirar, preso del alivio.

—Will, deberías saber que hay una investigación abierta —dijo mi padre—. Se avecinan tiempos difíciles, pero estamos juntos en esto, ¿de acuerdo?

Lo miré confundido.

—¿Investigación?

—Josh ha interpuesto una demanda.

—No lo entiendo...

—Una demanda contra ti.

A partir de ese instante, mis recuerdos se entremezclan.

Días largos y, al mismo tiempo, demasiado cortos. Lena sentada junto a mi cama acariciándome la frente con ternura. El parte que Josh había dado en el que negaba saber nada sobre ninguna carrera y mi estado aquella noche. La decepción anclada en el rostro de mi padre, aunque intentase disimularlo. La preocupación surcando el de mi madre. Muchas visitas del médico, enfermeras y auxiliares. Comida insípida que terminaba en la papelera. Multitud de pruebas; entre ellas, la que me cambió la vida.

Estaba dentro de ese tubo asfixiante.

«La sensación debe de parecerse a estar en un ataúd», me dije. Y comprendí que, en realidad, había tenido muchas posibilidades de acabar así, dentro de una cajita de

madera de diseño, con buenos acabados, un acolchado de primera y apliques de un tono plateado. ¿Qué fija esa pizca de suerte que determina que una ambulancia llegue rápido, los médicos sepan qué hacer y tu cuerpo responda al tratamiento? ¿Es todo completamente

aleatorio? ¿Vivir o morir, morir o vivir, tan simple como lanzar una moneda al aire? ¿Existe alguna razón para que alguien roce el final de su existencia, pero, en el último momento, pase de largo? Una segunda oportunidad, quizá. Una segunda oportunidad para hacer las cosas de otra manera, para volver atrás...

Abrí los ojos. Los ruidos me llenaban la cabeza.

Pensé: «Ojalá los ataúdes sean un poco más cómodos».

Fue entonces cuando me entró la risa, una carcajada extraña se abrió paso en mi interior. Y, después, de golpe, tuve unas ganas inmensas de llorar. Pero tenía la sensación de que, si empezaba a hacerlo, si dejaba que escapase la primera lágrima, ya no podría parar. Lloraría hasta inundarlo todo: el hospital, la ciudad, el mundo, desbordaría el mar.

Estamos hechos de agua. Estamos hechos de lágrimas.

Cuando volví a la habitación del hospital, comprendí algo aterrador que marcaría todo lo que llegó después: no existía. Mi nombre estaba en una partida de nacimiento y, si me miraba al espejo, aparecía un chico de cabello oscuro, pero, en realidad, no había rastro del Will Tucker que todos creían conocer. Era una fantasía ridícula.

—¿Cómo ha ido la prueba? —Lena sonrió.

No pude contestar. Tenía la garganta tan cerrada como el corazón.

No fue por la decisión de Josh, no fue por las múltiples heridas del accidente que soldarían con el paso del tiempo, no fue por las implicaciones que aquello tendría en mi historial laboral, no fue por la decadente soledad que me rodeaba.

Fue porque dentro de ese tubo me di cuenta de mi irrealidad y de que en ese vacío arrastraba a todos los que me rodeaban, como un tornado que se llevaba por delante lo que encontraba a su paso. Por retorcido que fuese, pensé que el golpe, ese accidente de coche, era lo mejor que podría haberme ocurrido. Porque no fue solo físico. Hubo algo más, otro golpe interno que rompió cosas que no tenían nada que ver con huesos, tendones o músculos, sino con el alma que, fisurada y agonizando, luchaba por sobrevivir.

La vida está llena de puntos y aparte.

—Lena. —El nombre sonó metálico al pronunciarlo y me recordó al sabor de la sangre cuando era pequeño y me lamía las heridas—. Lena... — repetí tras coger aire—: Tienes que irte.

—¿Adónde? ¿Qué necesitas?

Siempre tan servicial, tan inocente.

Imaginé la respuesta amable: «Tienes que irte de mi vida, eso es lo que estoy diciendo. Tienes que salir de esta habitación y ponerte a salvo y ser feliz».

Pero sabía que el otro camino sería más efectivo.

—No habrá boda. Lo siento. Lo siento de veras. Me gustaría haber sido el hombre que te mereces, pero no es así. Antes de que te preguntes si esto es por el accidente, si estoy aturdido o bloqueado, quiero que sepas que estuve con otra mujer. Y no es la

primera vez. Probablemente, tampoco hubiese sido la última.

Hacía muchos años que no era tan sincero con nadie.

Lena permaneció de pie, en mitad de la habitación, mirándome con los ojos brillantes y el labio temblándole. Vi su lucha interior. Vi el «te quiero y no te creo» enfrentándose al «eres un jodido imbécil». Ganó la segunda opción.

Salió de mi vida sin hacer ruido.

Cuando se fue, cuando Lena cerró esa puerta, me di cuenta de que, sin ella y Josh, no quedaba nadie con quien tuviese un vínculo real. El resto eran viejos conocidos o familia, aquellos que me acompañaban desde los orígenes.

Y esa palabra retumbó dentro. Origen. El nido.

Después, como si fuese una señal, llegó Lucy.

**30**

### ***La chica del bote de purpurina***

Abrí los ojos de golpe y di un respingo.

—¿Quién narices eres tú? —grité.

—Así que no te acuerdas... —El cabello rubio le cubrió parte del rostro como una cortina cuando ladeó la cabeza—. Me llamo Lucy.

Había un vacío inmenso en mi cabeza y el nombre, lejos de resultar revelador, tan solo se quedó ahí rebotando contra las paredes de un lado a otro.

Pero sí reconocí su voz almibarada. La había oído en algún lugar de mi subconsciente durante los últimos días.

Me incorporé en la cama sin dejar de mirarla. Llevaba una bata de hospital y su tez era pálida, tirando a amarillenta. Tenía los labios gruesos un poco resecos.

—¿Nos hemos visto antes?

—Depende. Eres Will, ¿verdad?

—Entonces, no solo te cuélas en habitaciones privadas, sino que también lees los expedientes de los demás enfermos. ¿Sabes que es ilegal? Se encogió de hombros y sonrió, pero pude ver que había una tristeza infinita en sus ojos, aunque estaba tan enquistada que casi pasaba desapercibida.

—Admito que soy un poco cotilla, pero no me ha hecho falta ver tu historial para saber tu nombre. Porque lo recuerdo.

—¿Quién eres?

Fue el primer atisbo de curiosidad que sentí en días tras el confuso despertar y las pruebas interminables. Una pequeña sacudida en un camino llano.

—Tendrás que adivinarlo. Juguemos.

—¿Cómo dices? —Me moví y ahogué un gruñido de dolor.

—¿El accidente te dejó secuelas auditivas?



—Pero qué demonios...

—¿Sabes jugar al ajedrez?

Dudé. ¿Exigirle que se marchase y me dejase en paz o seguir adelante? Antes de que pudiese reflexionarlo, oí mi propia voz alta y clara:

—Sí.

—Genial. Vuelvo enseguida.

Después desapareció. Me quedé un largo minuto en silencio contemplando la pared aséptica de enfrente y preguntándome si aquello, el giro que había dado mi vida, la chica de la voz dulce y los escombros a mis pies, era real.

No tardó más de un cuarto de hora en volver. Lo hizo con una bonita caja de madera debajo del brazo. Era pequeña, con los bordes redondeados. Abrió los cierres y el tablero de ajedrez apareció ante mis ojos. Lo dejó encima de la mesilla donde solían poner la bandeja de comida y los calmantes. Ella ya había colocado casi todas sus piezas cuando logré reaccionar e hice lo mismo.

—¿Estás listo? —Qué remedio. —Empiezas tú.

—¿Y cuál es la dinámica? ¿Si gano me explicas por qué te gusta colarte en habitaciones ajenas y crees conocerme?

—Exactamente.

—¿Y si pierdo?

—Mmm... —Me miró con suspicacia y se dio unos golpecitos en la barbilla con el dedo—. La verdad es que no tienes nada que me resulte interesante.

—Qué subidón de autoestima. —Lo siento, pero odio mentir. El silencio se alargó e intervine: —Entonces, ¿cuál es el trato?

—Si pierdes, simplemente tienes que seguir jugando. No tengo muchos amigos por aquí y los días en el hospital a veces pueden ser muy largos. ¿Te parece bien?

Hubo algo en ella, en sus palabras, que me encogió el pecho.

—Claro. —Carraspeé—. Bien. Pues juguemos.

Aquella tarde disputamos tres partidas y perdí cada una de ellas. No estaba seguro de cómo lo hacía, pero se anticipaba a todos mis movimientos y lograba controlar el centro del tablero; a partir de ahí, ya nunca tenía nada que hacer.

Regresó un día después, a la misma hora. Volvió a ganar dos partidas sin esfuerzo. Y al siguiente. Y al siguiente.

—¿Cómo lo haces?

—Práctica —dijo.

—Ya. Así que tardaré una eternidad en tener un golpe de suerte y averiguar lo que quiero. Al menos, podrías contarme algo sobre ti. ¿Por qué estás aquí?

—Tengo EICH.

—No lo conozco.

—La enfermedad de injerto contra huésped. —Alzó la vista y suspiró ante mi desconcierto—. La explicación que mi madre suele dar a las vecinas cuando preguntan es la siguiente: me diagnosticaron cáncer cuando era pequeña, me hicieron un trasplante de células madre de mi hermana y, desde entonces, las mías luchan contra las suyas. No se rinden. No hay manera. He probado muchos tratamientos, pero ninguno ha dado resultado. Volvemos a los corticoides y al sistema inmune débil, que es como una fiesta de puertas abiertas para cualquier infección. Un bucle infinito.

Me quedé mirándola con un nudo en la garganta. —Has relatado esta historia cientos de veces... —¿A qué viene eso? —Me observó.

—Es por la manera en la que encadenas unas palabras con otras, como si te lo hubieses aprendido de memoria y ya no tuvieses que pensarlo.

—Es que es lo mejor. Lo de no pensar —aclaró. —Ya. —Moví y me llevé por delante un alfil. —Ahora te toca a ti: ¿por qué estás aquí? —¿La versión larga o la corta?

—La corta.

—Soy un imbécil egocéntrico.

—Ahora la larga.

—Soy un imbécil egocéntrico que pensó que conducir borracho era una buena idea y, además, me he ganado a pulso toda la mierda que tengo encima.

—¿La mierda que tienes encima?

—Es una forma de hablar. Ya sabes, me refiero a que estoy jodido. Para siempre, probablemente. Yo qué sé. Da igual. También estoy bien así. Todo se ha roto. Ya no tengo que seguir fingiendo, ahora puedo limitarme a respirar. Te toca.

Ella movió un peón y después alzó la vista.

—Eres bastante difuso.

No pude evitar sonreír pese al desconcierto. Nadie me había descrito nunca así y pensé que era la palabra perfecta para hacerlo. «Difuso».

—Ytú, bastante clara.

—Gracias. Me gusta. —Luego bajó la vista al tablero y dijo—: Jaque mate.

—Mierda —resoplé.

—¿Te apetece un café de la máquina?

—Necesitaría ayuda para moverme.

Tenía la pierna derecha rota por tantos sitios distintos que tendría que pasar muchas semanas de reposo y de rehabilitación para volver a caminar. Lucy salió de la habitación y pidió en la recepción que me trajesen una silla de ruedas. Uno de los enfermeros me ayudó a levantarme de la cama y me sujetó cuando me senté. Después, ella empujó con decisión y salimos al largo pasillo pintado de color crema. Al fondo había una pequeña sala con varios asientos, máquinas de comida y café y una cristalera inmensa con vistas a la ciudad.

La vi meter un par de monedas. Después, me ofreció un café con leche y se sentó a mi lado. Dio un sorbo pequeño al suyo y comentó que quemaba.

—¿Ahora estás enferma?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Tan solo... no tienes mal aspecto.

—Créeme, he pasado épocas terribles. La medicación te hincha la cara, hace que se te caigan las uñas, provoca úlceras, sarpullidos, llagas en el esófago, lesiones en el hígado, y en cuanto a los huesos... —Tragó saliva y apartó la vista—. Los huesos me duelen siempre. Todo duele siempre.

Me fijé en sus manos y las cicatrices, en la piel endurecida.

—Lo siento, no debería haber preguntado. —No, odio que el tema se evite a propósito.

—Bien.

—Bien.

Nos quedamos callados observando las luces de las casas que, a lo lejos, poco a poco se iban encendiendo conforme la noche lo devoraba todo a su paso. Era cómodo estar allí con ella, el silencio, no pensar en el trabajo que había perdido por culpa de mi ineptitud, en el accidente que podría haberme matado, en el amigo que había sido como un hermano y al que tendría que ver en los tribunales, en la atractiva prometida que algún día subiría al altar con otro, en la decepción de mi familia y en la aplastante y abrupta soledad. —Will.

—Dime.

—Como creo que eres un pésimo jugador de ajedrez, voy a darte dos pistas para que te acuerdes de mí: en primer lugar, has cambiado mucho, muchísimo; si no llega a ser porque nunca olvido una cara, no te hubiese reconocido. Pero yo también lo he hecho. Es inevitable cuando crecemos. Y, en segundo lugar, una vez, en el colegio, te regalé un bote de purpurina. La miré con el corazón en la garganta.

Porque las palabras llegaron como un golpe de martillo y todo lo que creía haber enterrado regresó tras permanecer latente, a la espera de que volviese a buscarlo. Y la recordé. La recordé a ella y también la vida que dejé atrás, cada minúsculo e insignificante detalle que creía haber olvidado para siempre.

## 31

### *Temporada de huracanes*

La razón por la que mis padres acabaron asentándose en Ink Lake es sencilla: se enamoraron. No el uno del otro, aquello ocurrió años antes, sino de una granja que había a las afueras de la ciudad y que un anciano vendía a un precio irrisorio. El tejado tenía goteras, el granero necesitaba arreglos y los campos estaban abandonados, pero ellos se empeñaron en sacar adelante aquel lugar porque pensaron que allí serían felices. Y lo fueron, al menos hasta que una temporada de huracanes y el oro negro lo cambiaron todo. Nací en aquella granja, en mitad del salón. Mi madre se puso de parto y

la abuela tuvo que asistirle porque el médico tardó más de lo que yo estaba dispuesto a esperar. Se asustaron porque no lloré al nacer y pasaron varios minutos hasta que consiguieron arrancarme el llanto. «Pero estabas bien —decía siempre mi abuela—, sencillamente nunca te gustó hacer ruido». Quizá por eso mis padres recuerdan aquellos años como los más felices de sus vidas. No fui un niño difícil, no tuve rabietas en el supermercado ni me dio por hacer travesuras. «Eras tan bueno...», solía comentar mi madre; así, en pasado.

Pero no era solo el chico bueno. Lejos de la seguridad de nuestro hogar, también era el chico raro, el chico granjero, el chico solitario, el chico diferente. No recuerdo

exactamente en qué momento me colocaron encima todas esas etiquetas. ¿Cuándo ocurre? ¿En qué instante preciso un niño toma conciencia de que los demás le hacen el vacío y de que no encaja? ¿Es por algún comentario concreto, una mirada, un gesto...?

Nunca lo supe.

Pero los lunes se convirtieron en el peor día de la semana y los viernes en el mejor. En clase, las horas eran infinitas. En la granja, el mundo

parecía acelerar y rotar más rápido. Con mis padres y la abuela era feliz. Juntos, arreglamos los tejados y los desperfectos. Plantamos maíz y soja, y crecieron y crecieron. Convertimos aquel lugar en un refugio.

A pesar de lo poco que me gustaba ir al colegio, sacaba buenas notas. Las lecciones me resultaban fáciles, casi aburridas. Y en casa leía mucho, cualquier libro que por casualidad acabase en mis manos. No era exigente, sencillamente me encantaba el acto de saltar de una palabra a la siguiente, como si fuesen adoquines que recorrer.

Pero siempre estaba solo.

En mi noveno cumpleaños, mi madre hizo unos bonitos tarjetones con cartulina azul y blanca, me animó a escribir las invitaciones y después las mandó a algunos compañeros de clase. Era verano y hacía mucho calor. La abuela preparó un pastel de nata y almendras que me encantaba. Colocaron en el jardín una larga guirnalda de colores que colgaba entre dos árboles y unos cuantos globos.

Después, esperamos.

Pero no vino nadie.

Mamá había enviado siete invitaciones y no apareció ni una sola persona por la granja. Cuando aceptó la derrota, se puso tristísima y yo también, pero no porque ninguno de mis compañeros fuese a aparecer, sino porque sabía que aquello le dolía más a ella que a mí. Yo había aceptado mi soledad.

—Peor para ellos —gruñó la abuela con evidente disgusto—. Van a quedarse sin probar la receta del pastel familiar. Y a ti, mi precioso niño, te pondré una ración doble.

—Genial. —Cogí el pastel encantado.

Comimos en silencio bajo las guirnaldas.

—A tu madre se le pasará —dijo la abuela—. Esos críos no saben lo que se pierden. Eres un chico estupendo, Will. Estupendo. Nunca lo olvides. Y te diré algo más: no cambies, no dejes que ellos ganen. Algún día estarás rodeado de gente que te amará por quién eres, tan solo debes tener un poco de paciencia y mantenerte fuerte.

Le dije que sí porque, en teoría, la abuela tenía razón.

Pero, en la práctica, existía alguien llamado Tayler Parks.

Durante años escapé de su radar, probablemente porque apenas hablaba y en la hora del patio me sentaba lo más lejos posible de la multitud. Sin

embargo, al arrancar aquel curso, su felicidad empezó a basarse en fastidiarme la vida. Él y sus amigos me llenaban la taquilla de cosas (papel del váter, basura de la papelería, un pájaro muerto). Se reía de su propio chiste cada vez que se refería a mí como «el granjero», mote que se extendió entre el resto de los compañeros de clase que lo temían y adoraban a partes iguales. Si durante el almuerzo me veía con un libro en la mano, se acercaba, me lo quitaba y arrancaba las páginas una a una delante de mis narices.

Intenté enfrentarme a él en un par de ocasiones, un empujón por aquí, un insulto por allá, pero me sacaba una cabeza de altura y siempre iba acompañado.

Así que los meses eran una sucesión de golpes que encajar.

En el colegio, me sentaba siempre al fondo, solo. Y jugaba a ser silencioso como un gato. Jugaba a ser invisible. Jugaba a no existir y no levantaba jamás la mano, aunque podría haber respondido sin dificultad al noventa y nueve por ciento de las cuestiones que la profesora formulaba en voz alta a la espera de que alguien participase.

Un día frío de noviembre entró por la puerta Lucy Peterson. No había acudido a clase a principio del curso, pero la recordaba de años anteriores. Todo el mundo se refería a ella como «la niña enferma» y la trataban con delicadeza, como si pudiese romperse tan solo por mirarla. Como no había ningún otro hueco libre, la señorita le pidió que se sentase a mi lado. Ella se acercó sujetando con fuerza las asas rosas de su mochila.

La clase dio comienzo.

De vez en cuando, la miraba de reojo. Tenía el cabello muy corto e irregular, con calvas visibles en el lado derecho de la redondeada cabeza. Creo que nunca habíamos intercambiado más de una docena de palabras, a pesar de que ella entraba y salía del colegio a menudo. En el curso había dos clases y solía ir a la otra, pero, en aquel momento, a mitad de año, el cupo debía de estar lleno.

La profesora comenzó a dar la materia correspondiente y los minutos se ralentizaron. Sobre la mesa que compartíamos, Lucy había dejado un estuche brillante que parecía hecho de escamas de sirena y un par de bolígrafos de colores. Yo tan solo llevaba un lápiz y acostumbraba a guardármelo directamente en el bolsillo.

Cuando sonó la campana del patio, todos se levantaron a la vez y el aula se convirtió en una especie de selva. Tayler apareció en mi campo de visión y cogió el sándwich que mi madre me había preparado esa mañana.

—¿Qué tenemos para hoy? Veamos...

—Dame eso —gruñí e intenté arrebatárselo.

—Lechuga, tomate y queso. Puag. Qué asco. —Tayler hizo una mueca y, después, sin que pudiese hacer nada por evitarlo, lo lanzó volando y lo encestó en la papelerera que había en la esquina de la clase—. ¡Tres puntos! —gritó.

Sus amigos le rieron la gracia y lo siguieron fuera. Me quedé allí parado contemplando la papelerera. —¿Quieres la mitad del mío? Es de pavo.

Giré la cabeza en busca de esa voz y me encontré con la mirada amable de Lucy Peterson. Extendió el brazo e insistió para que aceptase un trozo de su sándwich. Lo cogí. Después, ella se alejó hacia la puerta y vi que unas chicas estaban esperándola.

A partir de ese instante, Lucy y yo hablábamos en el aula de vez en cuando. No me cambió la vida ni dejaron de meterse conmigo, pero sí logró que las horas que pasaba dentro de clase fuesen un poco más agradables. A veces charlábamos entre susurros de tonterías y me di cuenta de cómo algo en apariencia insignificante puede suponer tanto para otra persona. Un gesto benévolo, una mirada cómplice, una sonrisa afable.

—¿Por qué todas tus cosas son brillantes? —le pregunté un día durante la hora de Matemáticas, cuando ya habíamos terminado la tarea mandada por el profesor.

—Porque todo lo que brilla es bonito —contestó y, como para corroborarlo, abrió la cremallera de su estridente estuche y sacó un botecito minúsculo de cristal que estaba lleno de purpurina—. ¿Ves? Aquí tengo polvo de estrellas.

Sonreí. Era un poco infantil comparada con las otras niñas del curso, pero tenía sentido que su lado más inocente siguiese intacto teniendo en cuenta que, por su condición, vivía dentro de una burbuja.

Cogí el bote y lo moví despacio. —Polvo de estrellas... —Quédátelo. Te lo regalo.

Lo acepté porque no quería desilusionarla.

Pero, unas horas después, cuando regresé a casa, me tumbé sobre el prado bajo el sol de la tarde y lo giré y lo giré, arrancándole destellos de luz. Pensé que era bonito. Terriblemente bonito. Mi compañera de pupitre tenía toda la razón.

En otras ocasiones hacíamos comentarios sobre Tayler y sus amigos e intercambiábamos una mirada divertida cuando lo veíamos titubear cada vez que la profesora le hacía una pregunta simple sobre algo que acababa de decir. Sentía una extraña satisfacción al ver que alguien más percibía lo mismo sobre él cuando el resto de la clase lo tenía en un pedestal, algunos porque lo idolatraban y otros porque temían convertirse en el blanco de sus bromas pesadas; en San Valentín, la taquilla de Tayler se llenaba de forma incomprensible de notitas de amor y él cogía alguna, la abría delante de todo el mundo y la leía con un tono burlón y condescendiente.

—Así que sabe leer. Qué sorpresa —dijo Lucy ese día, y me hizo tanta gracia que por primera vez solté una carcajada en mitad del pasillo.

Hubo gente que me miró extrañada. Creo que les sorprendió que fuese capaz de reírme; a fin de cuentas, seguía siendo el chico raro, el chico solitario, el chico triste.

Y lo fui aún más cuando ocurrieron tres cosas que, encadenadas entre sí, supusieron el final de una etapa y el comienzo de otra.

En primer lugar, aquella primavera fue una de las más frías y duras de las últimas décadas. Hubo varias tormentas que parecían ser pequeños avisos de lo que estaba por llegar y, finalmente, un tornado azotó la ciudad y arrasó con todo. Levantó el techo del granero, la mitad de la valla y todas las plantaciones de los alrededores. No dejó nada.

En segundo lugar, Lucy Peterson sufrió una neumonía y dejó de ir al colegio. Lo único que logré saber a través de unas amigas suyas fue que la habían ingresado en el hospital y ya nunca más volví a verla. Salió de mi vida tan rápido como había aparecido.

Y, en tercer lugar, mi tío Marcus llamó a papá en plena noche, cuando ya estábamos a punto de acostarnos, y le dijo que el terreno enorme pero yermo que mi padre y él heredaron en Canadá de mis bisabuelos había resultado ser de lo más valioso tras las prospecciones de petróleo en un campo cercano. «Sé listo —le dijo—, no inviertas los pocos ahorros que te quedan en reparar la granja. Confía en mí. Juntos, después de este milagro, podremos conseguir lo que nos proponíamos».

Unos meses más tarde, éramos ricos y abandonamos Ink Lake.

## 32

### ***El chico de la ventana***

Nos mudamos a Lincoln en verano, poco antes de que diese comienzo el curso escolar. Tenía un nuevo hogar, una nueva habitación y nuevos vecinos. Todo era nuevo, en realidad, como el hecho de vivir en un barrio acomodado lleno de casitas casi idénticas en lugar de hacerlo en la granja, que parecía aislada del resto del mundo. O lo extraño que me sentía desde que la abuela había decidido irse con mis tíos a Canadá porque no le gustaba vivir en la ciudad. O el telescopio que me regaló mi padre al cumplir diez años y que era enorme, de última generación, lo mejor de lo mejor.

Lo había colocado en mi dormitorio, delante de la ventana, aunque no conseguía ver

gran cosa por culpa de la contaminación lumínica y porque apenas había una parcela pequeña de cielo entre el lateral de mi casa y el de la de enfrente.

—¿Qué estás mirando?

Me alejé del ocular del telescopio. Delante de mí, apenas a unos metros, un chico de mirada afilada me estudiaba con curiosidad.

—Estoy buscando Marte.

—¿Por qué?

Siguió un silencio largo mientras intentaba dar con alguna buena respuesta. «Porque ver un planeta es algo impresionante», «porque todo el mundo debería sentir curiosidad por la inmensidad que nos rodea», «porque es perfecto y me hace sentir vivo».

—Pues... no lo sé.

Él sonrió satisfecho.

—Me llamo Josh. Imagino que eres el chico nuevo.

«El chico nuevo» sonaba mucho más prometedor que «el chico raro», «el chico solitario», o «el chico diferente», así que sonreí, me olvidé del telescopio y me acerqué a la ventana.

—Sí, acabamos de llegar. Soy Will.

—¿Te gusta jugar el béisbol?

No, me parecía un deporte estúpido. —Claro, pero he perdido práctica... —¿Hacemos mañana unos tiros? —Vale.

Al día siguiente pasamos la tarde en el jardín de su casa y bateamos un rato. La suerte me sonrió y logré golpear la pelota en varias ocasiones. La madre de Josh nos ofreció tarta de manzana y limonada para merendar y, cuando nos despedimos, él dijo:

—Hasta mañana, Will.

—Hasta mañana, Josh.

Y me dormí con una sonrisa.

A partir de entonces, fuimos inseparables. Pasamos juntos lo que quedaba de verano por el vecindario. Fuimos al cine, montamos en bicicleta y él me presentó a algunos amigos. Por alguna razón, Josh me acogió bajo su ala. Cuando empezamos el colegio, ya nos habíamos convertido en mejores amigos.

Josh tenía una personalidad arrolladora que a mí me fascinaba. Era mordaz y muy observador, así que siempre sabía meter el dedo en las heridas de los demás. Pero, si estabas en su bando, no tenías que preocuparte por ese pequeño detalle.

Crecimos juntos. Dejamos atrás la niñez y entramos en la adolescencia orbitando el uno alrededor del otro. El instituto, ese lugar de apariencia hostil, se convirtió en un camino de rosas al lado de Josh. Jugábamos en el equipo de fútbol, nos votaban para ser los reyes del baile y ocupábamos la mesa más grande y mejor situada del comedor. Éramos populares. Para él, aquello no suponía una novedad. Pero en mi caso fue como si el suelo por el que caminaba dejase de ser pedregoso y se convirtiese en una superficie suave; tenía que aprender a andar sin resbalarme, pero era fácil, muy muy fácil.

Todo cambió, incluso mi aspecto físico.

El año que cumplí los quince crecí tanto que mi madre no dejaba de quejarse porque teníamos que salir en busca de ropa nueva cada poco tiempo. A los dieciséis, cuando la barba empezó a ensombrecerme el mentón, se me ensancharon los hombros y me corté el pelo siguiendo la moda del momento. Nadie habría reconocido en mí al niño delgado e introvertido que de pequeño se sentaba en el colegio al fondo de la clase.

El corazón también fue mutando latido a latido.

No creo que sea posible dar con el instante concreto en el que pasé de ser el blanco de las bromas de un idiota a convertirme en la mano derecha de otro. Pero ocurrió. Al principio fingía que no me daba cuenta cuando Josh se metía con algún compañero de clase, aunque me incomodaba. Después, conforme los meses fueron quedando atrás en el calendario, me convencí de que tan solo eran tonterías y, un día cualquiera, hasta empezó a hacerme gracia que llamase «Pato Donald» a un chico que ceceaba al hablar o que le escondiese la ropa a otro en el vestuario y le hiciese jugar a «frío o caliente» para encontrarla. Llegó un momento en el que ya no tenía que esforzarme por fingir ser alguien que no era; sencillamente me convertí en ese tipo de persona. Resultó que la vida era mucho más cómoda así; tan solo tenía que preocuparme por mí mismo y mantener bien puestas sobre la nariz esas gafas especiales que me aislaban de todo lo demás. Ignorar lo ajeno y la vista fija al frente, siempre al frente. Y ahí delante estaban las fiestas los fines de semana, los amigos del instituto y las chicas con las que empecé a salir antes de tener algo serio con Jenna y que nos convirtiéramos en la idolatrada pareja del curso.

Unas navidades, durante mi primer año de universidad, mis tíos nos invitaron a pasar las fiestas en la casa del bosque que tenían en Canadá. Dije que no iría, pero al final accedí tras recibir una llamada de mi madre para convencerme. Así que ahí acabé, en medio de la nada, con un frío tan atroz y punzante que daba igual cuántas capas de ropa me pusiese encima, sentado en los escalones del porche mientras la nieve caía y caía.

—¿Will? ¿Qué estás haciendo aquí?

Alcé la vista hacia mi abuela, que vestía un ridículo suéter navideño en el que aparecía un reno deforme con una nariz roja inmensa. Lancé un suspiro.

—Es el único lugar en el que hay cobertura.

El móvil vibró en ese instante al recibir un mensaje.

—¿Y no puedes olvidarte de eso la noche de Navidad? Están a punto de empezar a repartirles los dulces a tus primos, ¡te lo vas a perder!

—Abuela...

Me levanté y la miré desde arriba. Iba a decir algo más, alguna tontería sobre lo poco que me importaba la entrega de dulces y el resto de las tradiciones, o sobre las ganas que tenía de largarme de allí y regresar a Nueva York, pero de pronto la vi tan bajita a mi lado, tan arrugada y mayor, que lo único que logré hacer fue cerrar la boca.

Ella apoyó la palma fría de su mano en mi mejilla.

—Mi querido Will, ¿dónde estás?

En ese momento, no entendí la pregunta.

Pensé que estaría delirando, que serían cosas de la edad. «Aquí, delante de ti», iba a decirle, pero entonces se abrió la puerta y mi tío Marcus frunció el ceño al vernos.

—¡Llevamos un rato buscándoos! Mamá, entra, vas a pillar un resfriado. Y tú, William, venga, tus primos pequeños preguntan por ti.



He tardado años en comprender por qué la abuela no me encontró en aquel momento, a pesar de tenerme justo enfrente de sus narices. El verbo «perder» es, a la vez, ambiguo y preciso. Puedes perderte en un bosque y no ser capaz de llegar a casa. Pero es casi más fácil perderte en tu propia casa, sin necesidad de ir al bosque. Puedes perder cosas de lo más triviales, como un bolígrafo, la cartera o la lista de la compra, pero también puedes perder la cabeza, a un amigo o incluso la propia vida.

Mi abuela seguía escribiendo postales, a pesar de usar el teléfono. En una ocasión me dijo que le había costado mucho aprender a leer y escribir siendo la mayor de una familia que apenas tenía recursos y que, por eso, le parecía lo más justo seguir haciéndolo hasta el fin de sus días. Así que se sentaba delante de la mesa que mis tíos tenían en el salón junto a la ventana, o así me gustaba imaginármela, y rellenaba la parte trasera de las postales que cada mes compraba en el supermercado más cercano.

A partir de esas navidades, me mandaba mensajes de lo más variopintos. Cosas como: «Esta semana fui a pasear y recogí un puñado de moras jugosas y brillantes. Mientras lo hacía, pensé que era sin duda el mejor momento de mi vida». O: «Ahora que he cumplido ochenta y dos años, me doy cuenta de que el amor es lo único que vale la pena de verdad. Todo lo demás es una manzana pudriéndose a la intemperie».

No le hacía todo el caso que debería.

Estaba ocupado estudiando, asistiendo a fiestas que olvidaría con el tiempo, creando amistades sin conocer el significado de esa palabra y jugando a ser el rey del mundo. Es un efecto secundario por dejar de mirar las estrellas. Resulta fácil olvidar que el universo está ahí arriba, inconmensurable y soberbio, y que tú no eres el centro de él.

Y seguí adelante. Con mis gafas invisibles. Línea recta y sin mirar atrás. Todo podía resumirse en continuar avanzando, escalando y corriendo.

Mi camino se entrelazó con el de Lena.

Era inteligente, guapa y soñadora. Se había criado en uno de los ambientes más exclusivos de Nueva York, pero solía renegar de ello. Le incomodaba que sus padres le ingresasen cada mes una cantidad desorbitada de dinero en el banco o que esperasen de ella que se metiese en política al terminar la carrera de Derecho. Me gustaba, pero supongo que no lo suficiente como para permanecer a su lado, porque nadie puede estar a tu altura cuando te colocas una corona de oro en la cabeza. Al principio creí que sí. Estaba decidido a recorrer la senda adecuada, pero surgieron bifurcaciones. Y pensé que por qué debería limitarme a estar con una persona en el mundo cuando podría abarcar más, mucho más. Siempre más. Cada verano regresaba a Lincoln tras hacer algún viaje. Allí, Josh y el resto del grupo me repetían lo mucho que estaba cambiando, decían que me había ido convirtiendo en un estirado de Nueva York.

Ellos no entendían que no era la primera vez que lo hacía.

Que ya antes había mudado de piel. Que no era real, tan solo una colección de ideas que había ido tejiendo a conciencia para ser lo que esperaban de mí. Que el corazón es lo último que cambia, incluso después que la cabeza, y cuando lo hace estás jodido para siempre. Y que es posible olvidar todo tu pasado y convertirlo en una mancha de tinta borrosa, porque la memoria es un juego, uno de magia, y todo, absolutamente todos los recuerdos que almacenamos son pura fantasía, ilusiones creadas juntando retales y retales hasta dar con algo que decidimos guardar.

Recuerdo una noche de verano en la que regresé a casa al amanecer después de estar con Josh jugando al billar en un local que acababan de inaugurar y de conocer a un par de chicas con las que estuvimos bebiendo cerveza. Cuando me dejé caer sobre las sábanas, la luz del alba lo bañaba

todo de un suave tono dorado. Miré la hora en el móvil y, al apartarlo, se me coló por el

hueco que había entre el cabecero de la cama y la mesilla. —Mierda —mascullé.

Pensé en dejarlo ahí, pero siempre estaba demasiado pendiente del teléfono como para no acudir a su rescate. Me levanté. Aparté un sillón. Empujé la cama. Moví la mesilla. Es posible que despertase a mis padres con el ruido, pero ni siquiera lo pensé más de dos segundos. Y ahí estaba: mi móvil entre un montón de polvo. Lo cogí y palpé algo más con los dedos. Era un bote de cristal. Un botecito lleno de purpurina.

Volví a tumbarme en la cama y lo giré. La luz que se colaba por la ventana le arrancaba destellos. Me hizo gracia porque de pronto recordé que, cuando llegué a la ciudad, me calmaba observar la purpurina moviéndose y brillando. Hacía una eternidad de aquello. Habían pasado muchos años y los acontecimientos de aquella etapa tan vibrante y estimulante sepultaron todo lo demás. Ni siquiera sabía cómo había llegado el bote a mis manos. Una niña. Sí, una niña. Pero no recordaba su voz, su rostro, su sonrisa o su nombre. Ya no recordaba nada.

Luego decidí que no era importante. Y me quedé dormido.

### 33

#### ***A volar***

—La comida del hospital es horrible.

—Y eso que ahora ha mejorado bastante —aseguró Lucy—. Hace unos años era peor. La cambiaron por culpa de las quejas. Imagínate.

—¿Servían estiércol?

—De lunes a domingo.

Sonreí y luego le mostré mis cartas. Lucy hizo un mohín. Era el único juego al que conseguía ganarle en alguna ocasión. Ella venía a visitarme en cuanto se quedaba a solas y pasábamos el rato en mi habitación o en la zona de la máquina del café.

—¿Nunca te has planteado jugar de forma profesional?

—¿Yo? —Me miró sorprendida.

—Sí. Al ajedrez. Se te da bien. Recuerdo que en la universidad había un club y competían contra otras universidades. Creo que incluso existía un programa de becas.

—Me hubiese gustado, sí. En otra vida.

—¿Por qué dices eso?

—No creo que me quede mucho tiempo. De hecho, aunque los estudios previos estén avanzados, estoy pensando en echarme atrás y no probar el nuevo tratamiento.

Dejé de barajar las cartas y tragué saliva.

—No deberías bromear con algo así.

—Y no lo hago. Es que estoy cansada, Will. Estoy muy cansada. Siento desahogarme contigo, pero es más difícil hacerlo con mi familia. Ellos creen que soy fuerte y que soy valiente y que...

—Es que lo eres.

—¿Y si me rindo?

El silencio nos envolvió y ninguno de los dos dijo nada mientras una mujer se acercaba a la máquina de café y sacaba un expreso doble. Cuando se marchó, Lucy cogió un rotulador y trazó una pequeña estrellita en la escayola de mi pierna. Se había convertido en una tradición. Cada día añadía algún dibujo diminuto y yo se lo permitía. En realidad, creo que habría estado dispuesto a hacer cualquier cosa que ella hubiese querido. Lucy se había convertido en una isla tras el naufragio de mi vida. Los ratos que pasábamos juntos en el hospital eran la mejor parte del día, aquellos en los que no tenía que enfrentarme a mis padres ni al equipo de abogados que habían contratado, esos en los que simplemente «estaba», sin expectativas, sin querer desaparecer por lo estúpido que había sido, o sentir la culpa atenazándome la garganta, porque jugar con ella me obligaba a concentrarme y no quedaba espacio para nada más. Y había otra cosa. Algo profundo tras rascar la superficie con la uña. Compartir el tiempo con Lucy era como viajar al pasado y, a veces, aunque fuese efímero, me recordaba siendo otro. Me recordaba siendo un niño solitario y raro y diferente, pero con el corazón entero. Y me recordaba mirando las estrellas y pensando y leyendo. Me recordaba sentado al fondo de la clase junto a ella y contemplando todas sus cosas brillantes que, de algún modo, eran el reflejo de su alma pura, como si al verse obligada a vivir en una urna de cristal hubiese permanecido lejos de las fealdades y del ruido del mundo. —Explícamelo. Quiero entenderte.

—Es que creo que es tan necesario luchar como saber cuándo tirar la toalla. En realidad, si soy sincera conmigo misma, ya lo hice. Hace unos meses estuve a punto de no salir de una neumonía —comentó en voz baja—. Y antes de perder la consciencia, pensé que estaba preparada para decir adiós. No esperaba despertar. Cuando ocurrió, tenía la sensación de que ya me había muerto. De hecho, empecé a asistir a un grupo de terapia para familiares que pasan por un duelo y me sentía como un fantasma. Es como si llevase meses sin estar aquí realmente. Solo lo he hablado con mi abuelo. —¿Y qué dice él?

Lucy sonrió a medias.

—El abuelo habla poco. Las palabras no son lo suyo, pero las miradas se le dan de fábula. Si quieres saber lo que está pensando, tienes que fijarte en sus ojos.

—¿Y qué viste?

—Que le dolía, pero me entendía.

—Lucy, ni siquiera sé qué decirte...

—No digas nada. Me basta con que me escuches. —Me quitó la baraja de las manos y se entretuvo con ella—. El abuelo es que me quiere para el mundo, ¿sabes? Y mis padres me quieren para ellos porque nunca pudieron tenerme como deseaban. Son cosas distintas. Es más fácil aceptar que se vaya alguien cuando no lo consideras tu posesión. Así que, bueno... —Suspiró y negó con la cabeza—. Seguir adelante con el tratamiento solo sería alargar lo inevitable. Mi problema es crónico.

—¿Te lo han confirmado los médicos?

—No, porque me tratan como si fuese una niña. Es lo malo cuando te han visto crecer, la gente de este hospital cree que me conoce. Pero lo sé. Lo sé.

—¿Y no es suficiente motivación alargar tu vida? —No. Ya no. Solo encuentro una razón... —¿Cuál?

—Mi hermana.

—¿Tienes una hermana?

—Sí, ¿no te he hablado de ella? Se llama Grace. Es muy especial, pero no lo sabe. Si su vida fuese una partida de ajedrez, ella llevaría toda su existencia planteándose qué ficha

mover. Así que está ahí, mirando el tablero y perdiendo el tiempo con un idiota. Me hubiese gustado que, al menos, una de las dos hiciese cosas y viese mundo y conociese intensamente el amor. Qué pena pasar por esta vida sin enamorarse, ¿no crees?

—Pienso que no es tan sencillo. —Eso lo dices porque eres igual. —¿Igual que tu hermana?

—Parecido, sí. Hay matices. Ella es fiel a sí misma. Ya desde pequeña era peculiar y diferente, pero no le molestaba, le parecía divertido. Dentro de sus limitaciones, es muy variable, un día amanece soleada y otro nublada, resulta difícil averiguar los desencadenantes. Y se valora menos de lo que debería. No confía en sí misma, por eso le aterra mover ficha, porque cree que perderá la partida en cuanto empiece a jugar. — Hizo una pausa y lanzó un suspiro. Luego alzó la vista y me miró de una manera extraña y

penetrante. Durante esas semanas, le había contado quién fui antes del accidente y también que ya no sabía quién era entonces—. Tú quisiste jugar saltándote las reglas, Will. Eso ni es justo ni suele acabar bien. Y has cambiado demasiado. Pero, en resumidas cuentas, los dos estáis perdidos, a la espera de que ocurra algo.

—Ya. —Tragué saliva.

No es fácil aceptar tus propios demonios cuando te los lanzan a la cara. Respiré hondo y seguí con la punta del dedo el camino del brazo de la silla de ruedas; repasé las costuras, que eran pequeñas y estaban escondidas en un lateral.

—No pretendo hacerte daño, tan solo expongo los hechos. Yo me planteo el fin de mi existencia y tú no sabes qué hacer con la tuya, ese sería el resumen de la conversación. Lo único que sé es que, si la vida es un pastel, quien sea que esté ahí arriba con el cuchillo en la mano no reparte los trozos de forma equitativa.

—Ojalá no fuese así —susurré.

—Ojalá —repetió. Bajó la guardia y pude ver la tristeza insondable que escondía, esa que asomaba en raras ocasiones—. Pero, como la realidad es así, quiero hacer algo por mi hermana. Solo por si acaso. Nunca se sabe. La mejor estrategia es una buena defensa.

—¿De qué se trata?

—Todavía no estoy segura, pero tengo algunas ideas... —Pensativa, se mordió el labio, y después sus ojos se abrieron como si se le hubiese ocurrido algo imprevisto. Cogió el rotulador y se inclinó para volver a escribir sobre la escayola de mi pierna, que permanecía inerte en la silla de ruedas. Trazó una línea larga desde el tobillo hasta el muslo y luego abrió ramificaciones como si fuese un árbol.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Y si todas las personas que se sienten perdidas como tú o Grace tuviesen a su alcance un mapa? Uno lleno de deseos silenciados, de sueños olvidados, de posibilidades que da miedo recorrer. Un mapa de los anhelos. ¿No sería todo mucho más sencillo? Porque dar un paso es fácil si sabes hacia dónde ir. Si lo piensas bien, sería como susurrarle a mi hermana al oído qué ficha debe mover primero para empezar la partida y luego ya... —¿Qué?

—A volar.

**34**

### ***Un final y un comienzo***

Me dieron el alta en el hospital a finales de verano, tras confirmarme que no tendrían

que volver a operarme la pierna. Me enfrenté a la acusación del Estado y tuve la suerte de terminar aceptando una multa enorme, la retirada del carné de conducir y numerosos servicios a la comunidad; dada la gravedad de lo que había ocurrido, fueron bastante benevolentes conmigo. La otra parte fue más complicada. Mis padres y los abogados que contrataron llegaron a la conclusión de que era más prudente evitar un juicio y llegar a un acuerdo extrajudicial con Josh, porque de lo contrario había posibilidades de que perdiese y acabase teniendo que cumplir una pena de prisión. Nos cruzamos durante la última reunión. Él vestía una camisa azul con todos los botones cerrados; me fijé en eso y en que se había cortado el pelo más de lo habitual. No me miró a los ojos. Yo tuve ganas de preguntarle: «¿En algún momento fuimos realmente amigos o siempre se trató de una competición?». Pero lo dejé estar porque comprendí que no importaba. Ya no. Luego, tomamos caminos separados.

Empecé a acudir a diario a rehabilitación y, cuando terminaba cada sesión, al caer la noche, cogía el autobús para acercarme al hospital a ver a Lucy. Al final, tras pasar unas semanas en casa, su familia la había convencido para comenzar con el nuevo tratamiento. Nos reuníamos siempre a la misma hora y su madre aprovechaba el rato para ir a casa a ducharse o bajar a la cafetería a cenar. Nosotros jugábamos en la zona de la máquina de café o escuchábamos alguna canción en su reproductor de música, cada uno con un auricular. Nunca me presentó a nadie de su entorno de manera oficial, aunque las enfermeras asistían con curiosidad a

nuestra peculiar amistad y, en un par de ocasiones, vi a la señora Peterson a lo lejos cuando se marchaba.

Le pregunté por qué era tan reservada.

—Es que me gusta la idea de que permanezcamos ajenos a todo lo demás, ¿entiendes? Tengo la sensación de que nunca he tenido intimidad. Le he dicho a mi madre que somos amigos, pero le he pedido que me deje tranquila durante este momento del día. Tú eres como hacer pellas en clase y escaparse con el chico prohibido.

Sonreí y ella también lo hizo. —Por mí no hay problema. —Bien.

—Bien.

Y continuamos con la partida.

Creo que Lucy pensaba que seguía acudiendo al hospital porque me daba pena, pero, en realidad, aquellos momentos de amistad y calma se convirtieron en lo mejor del día. Durante esos meses, odiaba despertarme en mi antiguo dormitorio y permanecer horas tirado en la cama o en el sofá con mi madre alrededor colocándome bien las almohadas y preparándome caldo caliente como si lo mereciese tan solo por ser su hijo, a pesar de que llevaba años decepcionándola. Odiaba sentirme tan inútil, tan vacío, tan paralizado. Y odiaba tener enfrente la casa donde Josh y yo habíamos jugado de pequeños, donde habíamos pasado tantas y tantas horas juntos. Lucy y yo hablábamos mucho, pero jamás volvió a comentar nada sobre «El mapa de los anhelos» y no le di más importancia. Nunca imaginé lo que se proponía.

Un día, en plena madrugada, oí el teléfono de casa.

Bajé cojeando mientras la voz de mi madre se transformaba en un sollozo. La cogí casi al vuelo antes de que se dejase caer y tan solo dijo sobre mi hombro:

—La abuela... Se ha ido.

No hicieron falta más palabras para comprender lo que había ocurrido. Y lo único en lo que pude pensar fue que el último recuerdo que mi abuela se había llevado de mí, de ese Will que ella creía conocer y que había sido su nieto preferido, era la noticia del accidente, que perdí el trabajo, que cancelé la boda, que fracasé.

Volamos a Canadá para el entierro. Fue un funeral sencillo e íntimo. Cuando regresamos a casa una semana más tarde, había una postal en el buzón.

Era de mi abuela.

La había mandado días antes de morir. Estuve mucho rato mirando la postal. Era rara la idea de recibir un mensaje suyo cuando ella, su cuerpo y su espíritu, ya no existían en este mundo. Temía abrirla porque entonces no volvería a repetirse esa expectativa de saber qué había dentro. Podía contener cualquier cosa, desde una petición hasta el secreto de la existencia humana.

Al final, decidí averiguarlo.

Era una postal de un oso en medio del bosque. El animal parecía pacífico.

«¿Recuerdas cuando jugábamos al escondite en los campos de maíz? Era tan divertido... Yo aún tenía las piernas fuertes y podía correr. Echo de menos correr. Y también la granja. Fui muy feliz allí».

Ya está. Nada más. Eso era todo.

La releí muchas veces en busca de un misterio oculto, pero lo cierto es que las palabras no escondían nada, eran sinceras y se limitaban a relatar un momento especial de nuestras vidas, cuando vivíamos en Ink Lake y yo aún era real.

Cuando volví al hospital, Lucy no apareció en la zona de la máquina de café. Pensé que le habría surgido algún contratiempo o que habría olvidado que ya había regresado de Canadá. Acudí un día después, la noche de Halloween, y ocurrió lo mismo, así que me acerqué al mostrador donde estaban las enfermeras.

—Estoy buscando a Lucy Peterson.

—¿Eres familiar?

—No, pero...

—Lo siento, entonces no puedo ayudarte en este momento.

La mujer se alejó y otra que había estado observándome me sonrió. —Eres el chico que juega con ella por las tardes, ¿verdad? —Asentí—.

Ha tenido unos días difíciles, pero, si te esperas, le diré que estás aquí.

—Te lo agradecería.

La enfermera desapareció.

Di un par de vueltas pasillo abajo y pasillo arriba hasta que la puerta de una habitación se abrió y Lucy salió. Estaba muy pálida y ojerosa. Se la veía cansada.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Un resfriado. O eso creo. Cualquier cosa que pille puede conmigo. — Se encogió de hombros y la seguí sujetándole el gotero cuando empezó a dar pasitos cortos hacia las sillas junto a la máquina de café. Nos acomodamos allí—. ¿Cómo fue el funeral?

—Como cualquier funeral, supongo. Triste. —No me gustaría que el mío fuese así. — Lucy...

A pesar de todas las conversaciones que habíamos tenido sobre el tema, me seguía incomodando hablar con ella de la muerte. No porque fuese violento, sino porque nos

enfrentábamos a ello de forma diferente. A Lucy le parecía que la manera en la que mi abuela se había marchado, durmiendo, era «hermosa», esa fue la palabra que usó cuando se lo conté. Y a mí me costó un tiempo comprender que ese adjetivo pudiese asociarse a la muerte, pero supongo que todo es cuestión de perspectiva.

—Lo digo en serio, Will. Es terrible ser la causa de la tristeza de los demás, incluso después de irte. Estoy segura, aunque suene manido, de que tu abuela desearía que nadie llorase en su funeral. —Tosió y se sacó un pañuelo de papel del bolsillo de la bata del hospital—. Me preocupa mucho qué será de mi familia si me muero. Por ejemplo, ¿qué hará mi madre? Ha dedicado media vida a cuidar de mí. ¿Y mi padre? ¿Seguirá refugiándose en el trabajo? Con el abuelo he podido hablarlo, por suerte. Y en cuanto a Grace...

—¿Qué pasa con ella?

—Quiero asegurarme de que esté bien.

Me puse la capucha de la sudadera porque tenía frío allí, a pesar de que la temperatura estaba regulada. Observé las luces de las casas de la ciudad. El otoño había llegado y lo había cubierto todo con su manto de hojas y el olor a calabazas.

—Cuando era pequeña me encantaba esta noche —susurró Lucy—. Los disfraces, los caramelos, el ambiente misterioso, las casas decoradas...

—¿Algún disfraz memorable?

—El de bruja era mi debilidad.

—Yo fui una vez de mazorca de maíz ensangrentada.

—¡Estás bromeando! —Se echó a reír y tosió.

—No, va en serio. —Sonreí—. Lo cosió mi madre. Apenas podía caminar porque el hueco para las piernas era estrechísimo. Tendría unos seis años, no me acuerdo bien. Ahora que lo pienso... Quizá coincidimos por ahí aquella noche.

—Es posible. Puede que te tuviese al lado mientras pedía caramelos. Tuve una buena racha desde los cinco hasta los ocho años, sí. La mejor, junto al verano que cumplí los dieciséis. Me encontraba genial, tan fuerte... Pude ir al baile de fin de curso.

—¿Y lo pasaste bien?

—Sí. Se celebró en el polideportivo y todo estaba lleno de luces. Semanas antes, mi padre trajo a casa un catálogo de vestidos y me dijo: «Lucy, elige el que más te guste. No importa lo que cueste, no mires el precio». Mi hermana se empeñó en que tenía que ir de rojo porque desde pequeña la obsesiona asignar un color a cada persona, y hubo uno de gasa y en tonos granates que me enamoró. Mamá me hizo una trenza y mi amiga Marge llegó a casa puntual a las siete de la tarde; habíamos decidido no buscar pareja e ir juntas. Nos hicieron fotos en la escalera y en la puerta de la entrada.

—Enséñamelas algún día —le pedí. —Vale. ¿Tú qué hiciste en tu baile? —Nada que valga la pena recordar.

Lo pasé junto a Josh y el resto del grupo de amigos del instituto. Vaciamos una botella de alcohol en el ponche, me nombraron rey del baile junto a Jenna y después, de madrugada, me acosté con ella en el asiento trasero del coche.

—¿Cuándo podrás volver a conducir? —Aún me queda más de medio año. —¿Y los servicios comunitarios? —Empiezo el mes que viene. —¿Y luego?

—¿Luego?

—¿Qué harás?

—Ni idea.

—¿Te has planteado volver a Nueva York?

—Sí, pero se me pone el estómago del revés solo de pensarlo.

—Eso no es buena señal.

—No. —Suspiré. —¿Y entonces? —No lo sé, Lucy.

—Pero ¿lo meditas o lo evitas?

—Creo que ya sabes la respuesta. Últimamente meditar me da dolor de cabeza.

—Pues tómate una aspirina.

—Muy graciosa.

—Va en serio.

—Bueno... —Me rasqué el mentón—. Hace unos días me llegó una postal póstuma de mi abuela. Fue extraño leer algo escrito por ella sabiendo que ya no podía responderle. Hablaba de la granja y de cuando vivíamos en Ink Lake.

—Qué bonito, es como un regalo.

—Supongo que sí. Y me hizo pensar en mis orígenes, en que quizá encuentre las respuestas que busco si regreso al lugar donde todo empezó, a la raíz. Puede que allí aún quede algo de la persona que fui antes de que todo cambiase.

—¿Quieres volver a Ink Lake? —Sí. Al menos, es un plan. —¿Y qué harás allí?

—Buscar trabajo, imagino. Recomponerme un poco. Empezar de cero. —Me bajé la capucha de la sudadera y me revolví el pelo—. Además, tú estarás allí cuando acabes el tratamiento. Probablemente eres la única amiga que he tenido en toda mi vida, así que...

—Will...

—Dime.

—Tengo que pedirte algo que no va a gustarte. —Tomó aire y bajó la mirada hasta sus manos llenas de cicatrices y piel rugosa—. Te agradecería que dejases de venir al hospital.

La miré confundido y fruncí el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—Es que quiero que me recuerdes como estos últimos meses y no así, con un gotero al lado. Los médicos dicen que no estoy respondiendo como esperaban al tratamiento, así que... así son las cosas.

—No puedes pedirme eso...

—Me iré pronto a casa, disfrutaré de mi familia y esperaré hasta que se presente otra complicación. —Se encogió de hombros—. Prometo escribirte de vez en cuando. Pero esto, que vengas cada día al hospital, tiene que terminar. No puedes esconderte aquí.



Quise rebatirle aquella idea. No estaba usando aquel lugar ni a ella para esconderme. No, no. O quizá sí. Pero ¿qué más daba si lo hacía? Los dos disfrutábamos del momento de paz al final del día, un pequeño oasis en medio de la ciudad. Éramos muy diferentes, pero nos entendíamos bien. Lucy era la única persona capaz de decirme las verdades a la cara sin juzgarme con especial dureza. Mis padres habían optado por un silencio ensordecedor que se colaba por todas las grietas que existían entre nosotros. Tardé un largo minuto en conseguir decir:

—Si es lo que quieres...

—Te lo agradezco, Will.

Jugamos una última partida al ajedrez y estoy convencido, sin ninguna duda, de que Lucy me dejó ganar. Cuando vencí, ella sonrió y comentó que estaba tan cansada que el cerebro no le funcionaba bien, pero sé que mentía. Era tarde. Nos pusimos en pie y la abracé. Su cuerpo pequeño me recordó a un pajarillo al estrecharla contra el mío. No aparentaba la edad que tenía, cualquiera que la viese por primera vez hubiese pensado que rondaría los dieciséis, cuando asistió a aquel baile con ese vestido rojizo y su mejor amiga del brazo.

—Has prometido escribirme —le recordé.

—Sí. —La acompañé hasta la puerta de su habitación y, antes de abrirla, me miró una última vez y sonrió—: Will, has sido un amigo estupendo. Gracias.

Lucy moriría trece meses más tarde y yo no volvería a verla.

Pasé aquellas navidades con mi familia en Canadá y fueron unos días reconfortantes pese a la ausencia de la abuela. Después, durante el siguiente

año, terminé la rehabilitación, los trabajos comunitarios y me devolvieron el permiso de conducir. Fue entonces cuando decidí seguir con el plan establecido, el único en el que era capaz de pensar, y regresar a Ink Lake. Una parte de mí imaginó que, al llegar y recorrer aquellas calles olvidadas, me encontraría de pronto conmigo mismo, con el Will al que había abandonado sin miramientos. Pero no fue lo que ocurrió. Continué anclado en una especie de vacío, un agujero negro del que no sabía cómo salir, esperando y esperando.

Alquilé la caravana y empecé a trabajar en el *pub* con Paul.

Era, probablemente, lo opuesto a mi vida anterior, a ese apartamento en el Upper East Side que compartía con mi novia, las fiestas exclusivas a las que acudía y la oficina en la planta veintidós del elegante rascacielos donde trabajaba.

Pensé que, si me deshacía de todo lo material, podría encontrar más fácilmente y sin distracciones lo que fuese que estaba buscando dentro de mí. Los meses se convirtieron en una sucesión borrosa de días y, en algún momento, el tiempo, el hecho de que avanzase y siguiese corriendo, dejó de importarme. Me aislé de todo. Hablaba de vez en cuando con mis padres y, en ocasiones, recibía algún mensaje de Lucy, pero eran escasos. Leía mucho. Comía cosas enlatadas. Paul se convirtió en la persona con la que más me relacionaba; existió desde el primer momento cierta camaradería entre nosotros. En fin. La vida puede volverse placenteramente sencilla cuando no piensas en el futuro y decides centrarte en lo cotidiano. Y eso fue lo que hice.

Hasta que una noche cualquiera llegué tarde al trabajo. No era una novedad. Pero sí que al entrar hubiese alguien que preguntaba por mí. Alguien con una mirada capaz de atravesar la carne y los huesos y el alma. Alguien que llevaba unas zapatillas de color lila. Alguien que tenía una caja en las manos cuyo interior estaba a punto de entrelazar nuestras vidas, aunque entonces aún no lo sabía. Alguien diferente y especial.

Alguien como tú, Grace.

## **La (no) historia de Grace y Will**

**35**

### ***Grace***

El silencio parece retumbar en el interior del coche. Las luces de la feria continúan brillando allá a lo lejos, pero la magia del momento se ha roto. Salgo del vehículo con el corazón en la garganta y Will me sigue. Sopla el viento fresco de finales de julio, que trae consigo el aroma del algodón de azúcar, pero no huelo nada, no oigo nada ni veo nada...

—Grace, espera —me ruega.

Dejo de caminar y doy media vuelta para enfrentarlo. Me duele la cabeza y estoy haciendo un esfuerzo por contener las lágrimas. Ahora no puedo ponerme en su piel. No puedo. Estoy ocupada prestándole atención a mi propio corazón, ese que se siente desencantado porque ha crecido pensando que tras besar al sapo aparecería un príncipe y resulta que sí, está ahí, pero dista mucho de ser perfecto y, si lo miras bien de cerca, casi que ni brilla ni nada.

—¿Qué significa esto? ¿Soy una especie de redención para ti y para tu ego dañado? ¿Un acto de caridad que te hace sentir mejor?

—No, joder, no.

—Sí, Will. ¿Y sabes por qué lo sé? Porque estoy segura de que hace dos años jamás te hubieses fijado en mí. Habría sido invisible para ti.

—No digas eso.

—¿Puedes intentar ser sincero por una vez, teniendo en cuenta la falta de práctica?

—¿Cuál es la pregunta? —Aprieta la mandíbula.

—¿Me habrías mirado entonces?

Hay una tormenta en sus ojos. Se frota el mentón y suspira abatido antes de apartar la vista. Ya sé la respuesta y, aunque agradezco que no me mienta

o intente suavizar la verdad, eso no hace que oírsele decir en voz alta me duela menos.

—No.

—Bien. Gracias, Will.

—¡Pero porque era un estúpido! A veces uno puede tener delante de las narices todas las respuestas o un jodido paisaje maravilloso y no ver absolutamente nada.

Me alejo de él con un nudo en la garganta y sé que quizá esté siendo irracional, pero lo único en lo que puedo pensar es en que, si esto no es real, si el vínculo con Will es un espejismo, si nada de lo que siento está enraizado, es probable que pierda la fe en el amor, porque entonces está claro que no sé reconocerlo y que debería dar un paso atrás y dejar de meter la mano en el fuego y de tocar malditas sartenes calientes.

—Grace, espera. Por favor.

—No puedo. Necesito ir a casa.

—¿Y piensas hacerlo caminando?

—Sí, sí. Me parece un plan perfecto. —Como si quisiese corroborarlo, avanzo un poco más deprisa, aunque los dos sabemos que lo que digo carece de sentido y es el cabreo el que habla por mí. No puedo volver a casa a pie y menos en mitad de la noche.

—Para, Grace. Volvamos al coche.

Su mirada suplicante me convence de que lo más sensato es sentarme junto a él dentro de ese vehículo, respirar hondo y permanecer callada hasta que lleguemos a Ink Lake. Así que eso hago. Él conduce en silencio, aunque, de reojo, lo veo abrir y cerrar la boca, se muerde el pulgar, suspira, la rigidez se columpia en sus hombros y vuelta a empezar. Cuanto más lo observo, menos creo conocerlo. ¿Quién es realmente? ¿Y cómo es posible confiar en alguien así, una persona que ha cambiado de abrigo tantas veces? Hace que también me pregunte si acaso es posible saberlo todo sobre alguien; qué sueña, qué esconde, qué envidia, qué teme, qué piensa, qué siente.

El motor ronronea cuando frena delante de casa.

Antes de que salga, Will toca mi mano. Es una caricia tan sutil que, si no fuese porque mi piel y su piel se encienden al rozarse, pensaría que no ha existido. Nos miramos. Hay dolor en sus ojos. Esa clase de dolor no puede fingirse.

—Grace, siento haberte decepcionado. —Es que... pensaba que eras diferente. —Ylo soy. Ahora.

Pero no sirve. Él lo sabe y yo también.

Antes de salir, veo mi regalo de cumpleaños en el asiento de atrás. Es una imagen que resulta triste y decadente, como los restos de una fiesta a la mañana siguiente.

No me despidió. Abro la puerta y, cuando entro en casa, subo las escaleras sin mirar atrás. No dejo de pensar en Will y su pasado, en todas esas cosas que jamás habría adivinado sobre él. Me quito la ropa. Miro la pared. Mi pared. Me entristece recordar que hace apenas unas horas llevábamos pelucas y estábamos girando en la noria y besándonos. Todo olía a palomitas de maíz y la vida era un poco así, como granos explotando en el corazón, plop, plop, plop. Y Will era sólido como una estatua griega. Creía conocerlo; no en el sentido de saberme al dedillo todo el árbol genealógico de la familia Tucker, sino en lo referente a la esencia, su esencia. Ese instinto que te hace apostar por alguien e ignorar todas las interferencias y los ruidos que existen a su alrededor. Está claro que el mío está defectuoso y no estoy segura de qué es lo que más me enfada, si el hecho de que Will fuese un egocéntrico al que durante mucho tiempo no le importó el sufrimiento ajeno o no haber sido capaz de adivinarlo.

Todavía me duele la cabeza.

No tengo ni idea de por qué hago lo que hago, qué es lo que despierta mi siguiente movimiento, pero, de pronto, me veo cogiendo una libreta y un bolígrafo. Empiezo a escribir. Esta es la primera línea: «Me llamo Grace Peterson y nací para salvar a mi hermana...». Luego siguen otras en las que hablo de mi infancia, de aquella respuesta que repetía sistemáticamente «de mayor quiero ser un tiranosaurio que aplaste cabezas» y continúo con «siempre me he sentido un círculo en un mundo de muchos cuadrados, pero me niego a moldear mi forma redondeada para volverla recta». No añado que creía haber encontrado a otro círculo y que juntos podríamos haber rodado vida abajo y más allá. Y sigo. Sigo. Hablo de las cosas que cuando era pequeña ya me parecían bellas, como las piñas que cogía para el abuelo, los anillos y las vetas de madera, los esqueletos de las hojas o los caparazones de los caracoles. Hablo del instituto y de las únicas clases que no deseaba perderme por nada del mundo. Hablo del caos de ahora, del

regocijo en el vacío y el dolor, del juego que mi hermana hizo para mí, de los sueños

olvidados, de la lista de cosas que me gustan y de la incómoda sensación de tener una cerilla en la mano, pero ser incapaz de encenderla. Sigo cabreada cuando doblo el papel. Estoy cabreada con el mundo, conmigo misma y con Will. Encuentro un sobre y lo meto dentro. Lo cierro. Busco una dirección en internet, pero no me tomo la molestia de mirar los requisitos ni cómo funciona el proceso de admisión. Y después salgo de casa, en plena madrugada, camino hasta el único buzón de correos que hay en el vecindario, a varias manzanas de distancia, y vacilo unos segundos cuando llego delante. Porque, veamos, ¿a quién se le ocurre escribir una solicitud para estudiar Historia del Arte en una universidad de San Francisco instantes después de un desengaño amoroso y poco antes del amanecer? Pues a mí. Pum. Lo meto dentro. Ya está, se acabó, lo he hecho. La única manera de evitar que esa carta llegue a su destino sería destrozar el buzón de correos con una bomba casera.

Vuelvo a casa. Me meto en la cama.

Mi cumpleaños ya ha pasado. Tengo veintitrés años y sigo sin saber quién soy ni de quién me enamoro. Saboreo la idea mientras me doy la vuelta entre las sábanas para alcanzar una libreta que hay en la mesilla de noche. A oscuras, garabateo la palabra «entelequia», porque he caído en la cuenta de que Will es justo eso: alguien perfecto e ideal que tan solo existe en mi imaginación.

Me despierto por culpa del ruido.

Cuando salgo al pasillo, me encuentro a mamá inclinada y arrastrando una caja. Hay dos más al lado. Es la ropa de Lucy que papá y yo guardamos semanas atrás y dejamos en su habitación, posponiendo su destino para darle tiempo a ella.

—¿Qué estás haciendo?

—Quiero llevar esto a la beneficencia. —Alza una mano y se aparta los mechones de cabello que escapan de la coleta—. ¿Me ayudas?

—Claro. Dame un minuto.

Me pongo ropa cómoda y salgo al pasillo que tantas veces fue un punto de encuentro entre mi hermana y yo, cuando una pasaba a la habitación de

la otra en mitad de la noche en busca de compañía. Bajamos las cajas por las escaleras, las sacamos al garaje y las metemos en el coche. Una vecina que cruza la calle vestida con ropa deportiva nos saluda y, cuando le pregunta a mi madre qué tal está, ella se toma la molestia de decir: «Bien, Betty, vamos tirando. Bonitas zapatillas», algo bastante sorprendente viniendo de ella; no por el comentario en sí, sino por el hecho de que se haya fijado en el calzado. Es como si estuviese dejando de ver borroso a su alrededor y todo adquiriese nitidez.

Hablamos con una mujer de aspecto afable que nos recibe encantada. Nos comenta que tras las tormentas del año anterior siguen suministrando provisiones a muchas familias. En el último momento, mientras un joven va cargando las cajas, veo que mamá encoge los dedos de la mano para evitar intervenir y llevárselo todo de vuelta.

Nos quedamos calladas cuando subimos al coche. Ha empezado a chispear y las gotas, diminutas como la punta de un alfiler, salpican el cristal.

—Ya está —digo.

—Ya está —dice.

Luego arranca el motor. Avanzamos por Ink Lake. Me pregunta qué tengo pensado hacer durante el día y comento que cuando deje de llover iré a pasear a Mr. Flu. No le digo que en realidad tan solo me apetece quedarme en la cama y regodearme en la tristeza. No le digo que echo de menos a Will, o la idea que tenía de él. No le digo que

anoche cometí la estupidez de mandar una solicitud a la universidad. No le digo nada. —Deberías invitar a Olivia para que venga a casa a merendar. Hace mucho que no la veo. Ya va siendo hora de ponernos al día —propone pensativa.

Toqueteo la llave del colgante que me regaló y pienso que sí, que tiene razón en lo de ponernos al día, pero entre nosotras. Los secretos empiezan a pesar y se convierten en una losa a la espalda. Me humedezco los labios antes de hablar.

—Mamá, hace tiempo que Olivia y yo ya no somos amigas.

—¿Cómo dices? —Me mira con las manos al volante.

—Es que... discutimos. Los detalles dan igual. Simplemente dejamos de ser tan cercanas y, además, ella se fue a estudiar un curso de diseño. —Pero no lo entiendo...

—Son cosas que pasan.

Lo digo con un nudo en el estómago. Quizá ya haya vuelto para disfrutar del verano con su familia, o puede que esté viajando por ahí, pero no me importa. No, no me importa nada. Respiro hondo.

—Cielo, no tenía ni idea. Seguro que es un malentendido y, si no es el caso, la mayoría de los problemas se solucionan hablando.

—¿Como habláis papá y tú?

—¡Grace! —Abre los ojos.

—Lo siento. No quería decir eso.

El semáforo se pone en verde y avanzamos.

No estoy en mi mejor momento. Todo el asunto de Will me ha descolocado; aún estoy intentando comprender qué es lo que siento al respecto y por qué me molesta tanto su pasado. Probablemente... porque temo que también tenga que ver con el presente. Y me aterra correr el riesgo de averiguarlo.

De pequeña me gustaba jugar en casa de Olivia a Mario Bros con la consola que su hermanastro dejó olvidada antes de independizarse. La gracia del juego, de cualquier juego, no es solo que puedas saltar sobre setas o coger monedas, sino, en esencia, que si te mueres da igual porque después del «Game over» tienes la oportunidad de empezar otra partida. En la vida real debes pensar mucho mejor cada movimiento, no puedes permitirte el lujo de que aparezca una planta carnívora que te engulla de un bocado. —Te llevo a casa de Anne —dice mamá.

De manera que nos dirigimos hacia allí. La lluvia fina ha dejado de caer cuando llegamos y bajo del coche. No soy la única que lo hace: mi madre me sigue.

—¿Vienes? —pregunto confundida.

—Sí, así aprovecho para hablar con ella sobre unos asuntos...

Deja la frase inacabada. Anne nos recibe con su cordialidad habitual e insiste en preparar café y en que nos reunamos un rato en el salón. Mr. Flu me sigue porque sabe que soy su pasaporte para salir a trotar por el barrio y perseguir a los pájaros del parque.

—Rosie, ¿has pensado en lo que hablamos la semana pasada? — pregunta Anne tras echarse una cucharadita de azúcar en el café—. No negarás que es un proyecto interesante. Creo que me sería de gran ayuda contar contigo.

—¿Qué me he perdido? —pregunto.

Había olvidado que Anne insistió en reunirse con mi madre para consultarle algo la última vez que estuvimos aquí. Han sido unas semanas extrañas, de esas en las que el tiempo transcurre de manera diferente en la cabeza y en la vida real. Tengo apelotonados los últimos recuerdos como si una apisonadora hubiese pasado por encima: la noche que subimos juntos a la montaña en busca de la belleza, el viaje para salir del estado y la celebración de mi cumpleaños. Todo está ahí apretado y contenido. Pero, entre medias, me doy cuenta de que la vida ha seguido su curso de forma inexorable.

—Anne me explicó un proyecto que está llevando a cabo. Han llegado a un acuerdo para que la inmobiliaria ceda temporalmente algunas casas que hay junto al parque de caravanas para convertirlas en viviendas sociales hasta que el alcalde ofrezca una solución a largo plazo, pero esos hogares están a medio construir, la promotora se declaró en bancarrota, y aún no hay luz verde para el presupuesto...

—Razón por la que me sería muy útil tener una aliada. Si te animas a acompañarme al vecindario sé que comprenderás que es una pena que esas casas estén inacabadas y vacías. Hay que hacer algo al respecto.

—Anne...

—Recuerdo que tenías el don de la persuasión.

—Es probable que lo haya perdido —suspira.

—Bien. Averigüémoslo. Y si al final tengo razón, me ayudarás con el proyecto. ¿Quién sabe? Quizá hasta te apetezca volver a formar parte de la plantilla. Estoy segura de que te recibirían con los brazos abiertos si quisieses regresar.

Por primera vez en mucho tiempo veo la duda aflorando en la mirada de mi madre. Es un segundo, solo uno, pero está lleno de esperanza. Y la entiendo. La entiendo porque sé lo que es que una parte de ti quiera hacer algo, lo desee con fuerza, pero que la otra no se atreva a dar el paso. Cuando uno se encuentra indeciso en una intersección junto a las vías del tren, en ocasiones necesita que una mano amiga le dé un empujoncito suave que le recuerde que debe decidir, que no puede quedarse ahí eternamente. Y en este momento sé que en eso consiste el juego de «El mapa de los anhelos», casi puedo sentir el aliento de mi hermana en la nuca. Es lo que me impulsa a decir:

—Deberías intentarlo, mamá. —¿Tú crees? —Me mira nerviosa. —Sí. Sí lo creo. No pierdes nada.

O nada que valga la pena, por lo menos. Puede perder a la sombra de ella que quiere quedarse para siempre en esa intersección donde solo hay un sofá frente a un televisor, pero seguro que no la echará de menos dentro de un tiempo.

—De acuerdo. Lo haré.

—Qué alegría. —Anne posa su mano sobre la de mi madre y le da un apretón suave. Es cuando me doy cuenta de lo mucho que ella necesitaba una amiga, de lo mucho que lo necesita todo el mundo, de lo mucho que lo necesito yo.

Las dejo a solas y salgo a pasear a Mr. Flu.

Damos una vuelta por el barrio y me siento en un banco cuando llegamos al parque. Cojo un palo y se lo lanzo un par de veces al perro, que lo olisquea todo aquí y allá. Se está bien en este lugar. El cielo continúa gris y los árboles parecen hablar cuando el viento sacude sus ramas. ¿Qué intentarán decir? Aún más intrigante: ¿qué se sentirá siendo una hoja? Parecen tan frágiles ahí balanceándose a la espera de la caída...

Mi móvil emite un pitido. Y es él. Sé que es él.

Will: Siguiente casilla.

Te recogeré mañana a las cinco.

Pero no contesto antes de guardar el teléfono. En este momento no me importa nada excepto la efímera vida de las hojas que penden sobre mi cabeza.

## 36

### Will

Sé que es una mala idea en cuanto salgo del coche, igual que sabía lo que ocurriría cuando le contase a Grace quién soy. Pero el juego es más importante. El juego no debería verse afectado por lo que sea que ocurra entre ella y yo.

Por eso estoy aquí, delante de la puerta de su casa.

He esperado enfrente durante veinte largos minutos. No ha contestado a los mensajes. Es evidente que no tiene intención de seguir adelante con el plan y, en cualquier otra situación, me apartaría a un lado y se acabó. Pero tengo una carta en el bolsillo con una dirección y debemos ir hasta allí. Imagino a Lucy planeando cada casilla, pensando en los detalles, hablándolo con su abuelo, creando aquello para su hermana, y no puedo consentir que por mi culpa todo lo que ella hizo se quede a medias.

Así que llamo al timbre y contengo el aliento.

Me abre un hombre de cabello plateado y unos ojos que me recuerdan a Grace y al océano: son profundos y esconden enigmas. Se lo ve cansado. Parece una de esas personas que deslumbró en el pasado y ha ido perdiendo brillo. Pero también hay algo más en él, una determinación férrea. —¿Puedo ayudarte en algo?

—Me llamo Will. Estoy buscando a su hija.

No deja de mirarme mientras me estrecha la mano.

—Jacob Peterson, encantado. —Se aparta a un lado para invitarme a pasar y, cuando lo hago, cierra la puerta—. Espera en el salón. Avisaré a Grace.

Lo que haría en cualquier otra situación sería pasear por la estancia para poder fijarme mejor en los detalles; sobre todo, en las fotografías que hay

expuestas, pero, dadas las circunstancias, me siento como un intruso, así que me limito a permanecer quieto en el centro del salón a la espera de que ella aparezca.

Lo hace al cabo de unos minutos.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Si las miradas pudiesen matar, ya estaría hecho un guiñapo sobre la moqueta de los Peterson. No me siento cómodo ahí dentro. Es asfixiante, como ser un ratón en un laboratorio. Me meto las manos en los bolsillos y digo:

—¿Podemos hablar? Fuera, si no te importa.

Asiente con la cabeza y se encamina hacia la puerta sin decir nada más. Agradezco la claridad del día. Ella avanza hasta la valla de madera que rodea la casa y se apoya en el borde. Tengo una maraña de ideas en la cabeza, todas desordenadas excepto una: que Grace es fascinante. Incluso ahora, mientras está ahí plantada con el ceño arrugado y esa mirada suya que lo traspasa a uno sin esfuerzo. No sabría decir qué me atrae tanto

de ella y eso parece engrandecer la sensación. Puede que sea su aspecto físico, tan singular y distinto, uno de esos rostros que tienen «algo» que se aleja de los típicos rasgos clásicos o la evidencia de sus gestos, que no dejan nada a la imaginación y la hacen transparente y directa como un dardo que no se desvía de su trayectoria.

—Entiendo que estés... molesta.

—«Molesta» es un adjetivo tibio que te aseguro que no representa cómo me siento.

Me encanta oírla hablar, su manera de elegir cada palabra con cuidado y de respetar los matices del lenguaje. Pero, en general, lo disfruto más cuando lo que dice no es un golpe contra mí. Intento fingir que no duele y mostrarme indiferente.

—¿«Enfadada» te encaja más?

—Desencantada —puntualiza.

—Ya te dije que lo siento, pero no puedo cambiar el pasado.

—¿Sabes lo que no dijiste? Que conocías a Tayler. Que naciste en este lugar. Que ibas a clase con mi hermana. Que lo de la fidelidad no es lo tuyo. Que...

—Lo omití —la corto.

—Mentiste —replica ella.

—No te conocía. No quería contarte mi historia, tampoco tenía por qué hacerlo. Y luego todo se complicó, joder. Tú te convertiste en esa complicación y, egoístamente, me gustó que intentases conocerme sin prejuicios, desde cero.

—Menuda manera de engañarte a ti mismo.

La respuesta me pilla desprevenido. Quiero pensar que por eso escuece tanto. Y luego me viene a la mente el recuerdo de ella besando a Tayler justo en este mismo lugar de la calle, delante de su casa. No lo pienso lo suficiente antes de decir:

—Me sorprende que pudieses estar con alguien como él.

La mirada de Grace me atraviesa y no sale, se queda clavada dentro como una esquirola. Chasquea la lengua y niega con la cabeza.

—No has entendido nada.

Me planto frente a ella cuando veo que tiene intención de marcharse. Debería dejarlo estar. Debería olvidarme de lo nuestro, por su bien y por el mío. Y debería centrarme solo en el juego. Pero no puedo. No puedo porque la tengo delante y quiero... hundir los dedos en su pelo. Quiero... volver a acariciar el lunar que tiene en la clavícula. Quiero... sentir la humedad de su lengua en mi boca. Y quiero... conocer los secretos que esconde en su cabeza, hasta las cosas más irrelevantes.

—No. Intenta explicármelo. —¿Para qué serviría, Will? —Para que deje de pensar.

Mi respuesta parece surtir efecto y aprieta los labios. Es la verdad. Necesito dejar de pensar y pensar. La vida, al menos la mía, era mucho más fácil antes; sobre eso no tengo dudas. Una existencia hedonista que me aislaba de cualquier emoción real. En el momento en el que uno empieza a replantearse las cosas todo se complica, se abren bifurcaciones morales y ya ningún camino es recto y llano. Hay que tomar curvas.

—Porque él nunca me importó, pero tú sí. Ya te lo dije una vez: solo las personas a las que les permites entrar en tu casa pueden destruirla por dentro. El resto, como mucho, se limitarán a pisotear el jardín.



¿Cómo hacerle entender que, si me dejase pasar, me esmeraría en cuidar cada rincón, aunque mi propio hogar esté hecho un desastre y lleno de polvo?

Las palabras se me atascan y se resisten a salir, así que tan solo sacudo la cabeza.

—No dejes que todo esto interfiera en el juego. Si va a resultarte más fácil, podemos fingir que seguimos siendo dos desconocidos.

—No me hace falta fingir que lo somos, Will, ese es el problema. Somos dos extraños porque nada de lo que hemos vivido estos meses ha sido real.

—Grace, mírame. Sabes que eso no es cierto.

—La cuestión es que ya no confío en ti.

Trago saliva con fuerza y cojo aire, pero esto punzante que tengo dentro del pecho no desaparece. Me alejo de ella. Solo un poco. Solo para poder respirar mejor. Avanzo calle abajo unos metros, aunque siento su presencia a mi espalda.

—Oye, ¿adónde vas?

—Dame un minuto.

Odio que me vea así, por eso intento evitarlo. Supongo que es un acto reminiscente. «No dejes que nadie descubra tus debilidades», oigo la voz de Josh retumbar en mi cabeza. De alguna manera, esto le da la razón: aún quedan partes de la persona que fui, muchas partes; están tan enquistadas que no sé cómo voy a ser capaz de encontrarlas y sacarlas. Cuando lo pienso, a veces siento los pulmones demasiado llenos y, en otras ocasiones, me falta el aire.

—¿Estás bien? —susurra ella.

—Sí. Claro, sí. —Me obligo a ser funcional—. Grace, lo importante... es el juego.

—Lo sé. Ni por un momento se me ha pasado por la cabeza renunciar a lo poco que me queda de mi hermana. Pero me resultaría más fácil hacerlo sola. Creo que deberías darme la caja y las cartas, todo. Te libero de esa responsabilidad.

—Lo siento, pero sabes que no puedo.

Hay derrota en sus hombros cuando suspira.

—Está bien, pues entonces lo mejor es que acabemos cuanto antes. —Como quieras. Vamos.

En realidad, quiero decirle que no soy su mejor opción, estoy a años luz de serlo, pero aun así lo deseo de una forma egoísta e impulsiva, aunque mi casa todavía esté llena de escombros, aunque no tenga tejado ni cimientos.

Quiero decirle que nunca había sentido una complicidad así con otra persona. Quiero decirle que me daba un vuelco el corazón cuando sabía que Tayler la tenía entre sus brazos. Quiero decirle que me encanta su extravagante inteligencia. Que nunca había encontrado a nadie que me hiciese sonreír así. Que es chispeante, sí, como una deliciosa bebida ácida con gas. Y que la llevé a aquel lugar la noche de su cumpleaños porque su sonrisa, esa que regala poco, me recuerda a la dulzura del algodón de azúcar y a las luces de colores de la feria en mitad de la noche.

Pero me mantengo en un silencio pétreo.

Subo al coche y ella se sienta al lado. Pongo la radio porque no soporto que su voz no lo

llene todo con sus habituales divagaciones o preguntas. Apenas aparto la mirada de la carretera mientras conduzco. No tardamos en llegar.

—¿Por qué paras aquí? —Grace me mira.

—Esta es la dirección que había en la carta.

—No es posible. —La veo dudar cuando se gira hacia la ventanilla y luego dice para sí misma en un murmullo ahogado—: Ay, Lucy. Qué desastre.

—¿Por qué? ¿Dónde estamos?

Grace sacude la cabeza y comprendo que no va a responder.

La casa parece de lo más normal, similar a otras tantas viviendas del vecindario. De uno de los árboles cuelga un viejo columpio de madera y una enredadera se escabulle hasta la valla del vecino como si los brotes fuesen serpientes. El sitio es agradable, el típico lugar tranquilo para echar raíces.

Veo a Grace deslizar el dedo por la manivela metálica de la puerta del coche; se debate pensativa. Me gustaría acompañarla y ayudarla a desenredar lo que esconde en su cabeza, pero puedo ver la brecha que ahora existe entre nosotros y sé dos cosas: que ella no va a pedirme que la salte y que yo no soy capaz de hacerlo sin impulso porque me paraliza el miedo a volver a decepcionarla.

Al final, decide abrir la puerta. —Oye, Grace, ¿estarás bien? —Sí.

—Te esperaré aquí.

Sale del coche y se gira para decir:

—No hace falta, Will. Volveré por mi cuenta a casa.

Y asiento con resignación porque, en ocasiones, entre lo que queremos hacer y lo que finalmente hacemos hay un abismo infranqueable.

**Grace**

El instinto, al final, se guía por buenas o malas sensaciones. Siempre que he estado delante de esta puerta he experimentado una calidez agradable en el rinconcito que hay entre el pecho y la tripa. Es una puerta más. En apariencia, no tiene nada de especial. Pero, en mi caso, conozco a la gente que vive dentro. Han sido personas especiales en mi vida. Y no tengo muchas personas especiales, la verdad. Así que podría distinguir el pomo y el timbre entre otros pomos y timbres de muchas puertas. Eso es en lo que pienso cuando mi dedo toca el botón y suena un leve *ding dong*.

Admito que tenía la esperanza de que me abriese la puerta la señora o el señor Morris. Ambos son encantadores, el tipo de matrimonio que sabes que se mantendrá unido hasta el fin de sus días, de esos que van juntos al supermercado, duermen con calcetines y terminan las frases del otro entre sonrisas. De todas las casas que he visitado y cotilleado en los últimos años, sin duda la que tengo delante es la más familiar y acogedora.

Pero no.

La chica que abre la puerta tiene mi edad, viste unos vaqueros cortos con pequeñas margaritas cosidas a mano, una camiseta en la que pone «Échale ketchup a la vida» y zapatillas con coloridos cordones. Su cabello oscuro tiene ahora las puntas rosas y no es solo eso lo que ha cambiado en ella, también hay algo distinto en su mirada, aunque es posible que sea cosa de mi imaginación o debido al tiempo que llevamos sin vernos.

¿Qué se dice cuando te encuentras con tu mejor amiga tras meses sin hablar? No tengo ni idea, así que me quedo ahí callada mirándola y, por un momento, temo que Olivia me cierre la puerta en las narices, pero no, no lo hace porque no es su estilo.

—Hola. —Hola. Trago saliva.

—Creo que esto no ha sido una buena idea. —Mirarla es como tener una espina atascada en la garganta—. No debería haber venido. Lo siento. Luego giro sobre mis talones y doy un paso, dos, tres, por el caminito de baldosas de piedra anaranjada que desemboca en la calle. Me siento estúpida, pero no sé qué otra cosa hacer si no es huir. Quizá podría decir «lo siento», sí. Aún más elaborado: «Lo siento por mensajearme con Sebastien durante semanas y dejar que me besase en esa fiesta tan solo para demostrarte que tu novio era un idiota». La versión larguísima: «Lo siento por abrirte los ojos de una manera que te hizo daño porque la idea de que rechazases aceptar esa beca por no separarte de él me horrorizaba».

Llevo todo este año agarrándome a la certeza de que hice lo mejor para ella. El problema es que, en ocasiones, las buenas intenciones no están por encima de todo.

—¡Grace, espera! ¿Qué estás haciendo?

—Irme. —La miro por encima del hombro.

—Ya, es bastante evidente, gracias por la aclaración. Me refería a qué hacías llamando a mi puerta para marcharte corriendo después. Esto es ridículo. Somos adultas. Entra en casa y hablemos. Mamá hizo galletas esta mañana.

Algo hace clic en mi cabeza. Un recuerdo que se había quedado rezagado al fondo se desbloquea. Las galletas de la señora Morris son las mejores que he probado jamás, crujientes pero blanditas, con pepitas de chocolate blanco.

—¿Estás segura? —pregunto.

—Sí. Lo estoy. Venga, pasa.

Entro en ese hogar que, de algún modo, también fue un poco mío años atrás porque, por ejemplo, sé dónde los Morris guardan la cubertería buena, cuál es el cajón desastre que está lleno de pilas, *tickets* de aparcamiento, monedas y cosas por el estilo, o qué escalón cruje (el cuarto contando desde abajo). Lo compruebo cuando apoyo el pie encima y se oye un leve y familiar chasquido. Subimos a la habitación de Olivia, que, a diferencia de ella, no ha cambiado nada, pero imagino que es porque, en realidad, ya no vive aquí; aunque me resulte raro, tan solo está de paso.

Olivia apoya el trasero en el borde del escritorio y yo permanezco junto a la puerta, un poco cohibida, como si estuviese preparada para volver a huir en cualquier momento.

—La verdad es que no sé por dónde empezar...

Los orificios de la nariz de Olivia se agrandan cuando resopla, pero no parece especialmente enfadada, tan solo impaciente. Incluso un poco nerviosa.

—Lo que hiciste me dolió —dice con voz clara. —Quería demostrarte que Sebastien no te merecía. —¿Y no se te ocurrió otro método menos agresivo?

—No, porque estabas ciega y sorda. Ya no sabía de qué otra manera decírtelo, así que fue un plan de contingencia. Pero lo siento, lo siento mucho, debería haber tenido en cuenta lo que tú sentías por él y no pasar por encima de eso...

Permanecemos en silencio durante casi un minuto. En este espacio de tiempo, tengo la sensación de que ambas hacemos balance de todo: lo ganado y lo perdido, las horas infinitas que hemos compartido en el patio del colegio y fuera, nuestras virtudes y defectos, esos que en ocasiones nos unen y nos separan.

«¿Qué pesa más?» sería la pregunta que todos deberíamos hacernos ante cualquier dilema emocional. Coges lo que sientes, lo colocas encima de una balanza y esperas a ver hacia qué lado se inclina. En ocasiones, la respuesta puede ser sorprendente.

—De todas las ideas estúpidas que has tenido desde que te conozco, incluyendo aquella de asistir disfrazadas de esqueletos al baile de graduación, esta fue la peor.

—Tienes razón. Además, tuve que besarlo. Casi vomito.

Olivia aprieta los labios, pero finalmente no logra contener la risita que se le escapa. Sacude la cabeza y, un instante después, está rodeándome con sus brazos y el aroma de la colonia que siempre usa (una de vainilla que me recuerda a una tienda de golosinas) se me cuela por la nariz y se queda ahí. —Yo también lo siento mucho, Grace —susurra con la voz llorosa—. Debería haber estado a tu lado cuando ocurrió lo de Lucy. Te llamé, pero como no cogiste el teléfono pensé que no querías saber nada de mí. Tendría que haber seguido insistiendo.

—No vi la llamada. Esos días no vi nada.

—He pensado mucho en ti estos meses.

—Yo también.

—¿En serio?

—Sí, hasta me he aficionado a la tarta de zanahoria.

Olivia sonríe y, por un instante, si alguien pudiese vernos desde fuera, creería que no ha ocurrido nada entre nosotras, que no hemos estado casi un año sin dirigirnos la palabra, que no hay fisuras. El abuelo siempre dice que la amistad de verdad es tan flexible como las relaciones familiares; un día estás discutiendo acaloradamente en el salón y al

siguiente te encuentras bajo una mantita en el sofá viendo una de esas películas navideñas que están destinadas a ser presa del olvido.

—¿No decías que tu madre había hecho galletas?

—Sí. Iré a por ellas. Deberías venir otro día a ver a mis padres, preguntan a menudo por ti. Hoy están fuera porque iban al cumpleaños de unos amigos.

Aprovecho el rato a solas para contemplar el típico corcho que casi todo el mundo tuvo alguna vez en la habitación durante la adolescencia; en mi caso, pronto me di cuenta de que era insuficiente y lo sustituí por la pared entera. Olivia, en cambio, aún lo conserva. Ahí estamos las dos en casi todas las fotografías, desde pequeñas hasta casi la actualidad. En la última fotografía estamos en una heladería junto a Tayler, Sebastien, Nelson, Rick, Mia y un par de amigos más.

Siento que he cambiado. Que soy esa chica, que sigo compartiendo con ella muchos vacíos e interrogantes, pero ahora me noto más sólida, más clara. Hay piezas, piezas tan pequeñas que un experto en joyería tendría que coger con cuidado, que empiezan a encajar entre ellas para formar un mecanismo complejo.

—Toma. —Olivia me ofrece el plato.

Después, cada una con su galleta en la mano, nos sentamos en la cama y la conversación fluye sin esfuerzo. Empieza en el punto exacto donde la dejamos. Es decir, Sebastien. Supe que no era una buena idea que Olivia se liase con él en cuanto vi la manera en la que lo miraba: como si creyese que podría salvarlo y que, tras la fachada frívola, habría algo profundo en su interior. No era el caso. Sebastien siguió tonteando con muchas conocidas y, cuando a ella le llegó la carta de admisión, la vi dudar. Quizá pensó que, si se marchaba, lo que tenían no resistiría. Quizá influyó el hecho de que tan

solo hacía unos meses desde que salían y estaba en esa etapa en la que se tiende a idealizar todo. O quizá la cosa no tuviese tanto que ver con él, sino con las dudas sobre sus propias capacidades. La cuestión es que, cuando dijo que no estaba segura de si era una buena idea pedir un préstamo estudiantil para pagar la parte que no cubría la beca, lo tuve claro: tenía que hacer algo. No me siento especialmente orgullosa de ello, pero tras repetirle lo que pensaba a diario y conseguir que me mandase a la mierda por pesada, pasé a la acción. Fue algo casi improvisado. Le envié un mensaje a Sebastien preguntándole la hora a la que habíamos quedado esa noche junto a los demás y él contestó el instante. Después, la conversación continuó durante los siguientes días. Resultó fácil: solo tenía que reírme mucho de sus bromas (que no tenían gracia) y halagarlo a menudo. La charla amistosa se convirtió en un tonto. Cuando un par de semanas después fuimos a un concierto de un grupo que tocaba en un viejo rancho de las afueras, se emborrachó e intentó besarme. Y magia, Olivia abrió los ojos.

No estuvo demasiado conforme con mi explicación, claro.

Esa noche discutimos como nunca lo habíamos hecho y que las dos hubiésemos bebido no ayudó en absoluto. Ella se marchó en el coche de una compañera del supermercado en el que trabajaba y yo vi amanecer en la cama de Tayler porque, cuando no quería pensar, sus brazos siempre eran la mejor opción.

Olivia no llamó a la mañana siguiente. Yo tampoco.

Yo no llamé una semana después. Ella imitó el gesto.

El silencio se prolongó hasta que supe a través de Mia que Olivia había decidido marcharse a estudiar a Colorado. Y todo eso nos conduce a este momento, aquí, en su antigua cama, comiendo deliciosas galletas con pepitas de chocolate.

—¿Cómo se te ocurrió algo tan retorcido?

—Bueno... —Me relamo los restos de los labios—. Es que fue un poco rodado. No te ofendas, pero no resultó difícil captar la atención de Sebastien.

Ella resopló y negó con la cabeza.

—Era un idiota. —Muy idiota. —Tenías razón. —Me alegra oírlo.

—Pero sigo pensando que no deberías haber intervenido de esa manera. En cualquier caso, da igual, no quiero darle más vueltas. Te echaba de menos.

—Perdóname. —La abrazo y luego nos tumbamos en la cama las dos juntas, codo con codo, contemplando el techo liso—. ¿Te confieso una cosa? Estaba un poco celosa.

—¿De mí? —pregunta.

—Sí, de ti. Es que te ibas a marchar a cumplir tu sueño y yo seguiría aquí hasta el fin de mis días con toda esa gente que en realidad no me importaba. Puede que una parte de mí quisiese dejar de hablarte, aunque sea horrible decirlo en voz alta. Me dolía que te quedases, no podía consentirlo, pero también me dolió verte partir. ¿Tiene sentido?

—Supongo. Pero, si no lo tiene, también está bien.

—Me lo pones demasiado fácil —admití.

Nos quedamos sumidas en un plácido silencio.

—Cuando supe lo de Lucy...

—No. No, por favor. —Vale —suspira. —Gracias, Oli.

No quiero hablar con ella de mi hermana porque sé que no será de una manera superficial. Seguro que comenta algún detalle, algo pequeñísimo, pero que sea tan punzante como un alfiler. Y dolerá. Y no, no, no. Puedo enfrentarme con entereza a todas las cosas prácticas y rígidas que rodean a Lucy. «Murió a los veinticuatro años». O «Fue por culpa de un fallo hepático, estaba desorientada y confusa, dejó de ser ella». Pero sabía que Olivia diría algo como «¿Recuerdas que a Lucy le encantaban las galletitas saladas?», o «Hay una nueva papelería en el centro, todo está lleno de cosas brillantes y papel crujiente; Lucy hubiese comprado media tienda», y eso sí podría destrozarme.

Así que esquivamos el tema, lo dejamos atrás.

Le hablo de mis padres, de que tengo la sensación de que ella está mejor y creo que él va abriendo los ojos poco a poco. ¿Quién sabe? Quizá no esté todo perdido.

—Llegué a pensar que mi padre tenía una amante —confieso.

—¿Por qué? —Olivia se incorpora y se recoge el pelo.

—No lo sé, llegaba siempre muy tarde a casa.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Sigues con Tayler? ¿Estáis en tiempo de descanso?

—No, ya no. Definitivamente —puntualizo.

Olivia me habla entonces de un chico llamado Dylan al que conoció en una cafetería. Es divertido y piensa que ella terminará triunfando a lo grande porque le encanta lo que

hace. También me cuenta que le han pedido que confeccione algunas prendas para una obra que se estrena el próximo otoño en un pequeño teatro de la ciudad.

—Es estupendo —le digo.

—Sí. Y en cuanto a ti, te noto cambiada. No sabría decir qué es, llevas el mismo corte de pelo de siempre, pero... —Se muerde el labio—. Es algo más profundo. Así que ¿piensas contármelo o tendré que insistir hasta que lo hagas?

Vacilo unos segundos, pero al final termino hablándole del juego de mi hermana y de Will, dos cosas que siempre han ido de la mano. Le cuento en qué consistían algunas casillas y que también es la razón por la que he llamado a su puerta: necesitaba un empujón para tener valor. Cuando acabo de relatar todo lo ocurrido con Will durante los últimos meses, lanza un suspiro y chasquea la lengua.

—¿Te das cuenta de que las dos estamos poniéndonos al día ahora mismo porque en su momento nos equivocamos? Todos lo hacemos, Grace. Y existe el derecho a cambiar, ¿acaso no lo has oído nunca? Es justo, si lo piensas detenidamente.

—Ya. —Tiro de un hilito de mis vaqueros. —Quizá sí esté siendo sincero contigo. —Es una probabilidad entre tantas otras.

Cuando vuelvo a tirar del dichoso hilo, la raja de los vaqueros termina convirtiéndose en un agujero del tamaño de una moneda. La vida es un poco así: un día tienes una fisura diminuta y, al siguiente, el boquete en el corazón es tan grande que ya no hay manera de arreglarlo. O, al menos, eso pienso hasta que Olivia se percata del desastre, abre un cajón de su escritorio y saca un parche, hilo y aguja.

—Quítate los. Te arreglaré eso en un periquete.

## 38

### *Grace*

Son las dos y media de la madrugada cuando llego al parque de caravanas. Intento no hacer ruido al caminar, pero el suelo está cubierto de gravilla y cruje con cada pisada. No sé qué hago aquí. O sí lo sé, pero es una estupidez tan grande que prefiero convencerme de que no soy consciente de mis actos y tan solo me dejo llevar por un impulso. Mientras conducía hacia aquí, pensaba en la palabra «locura» y me preguntaba por qué a menudo se asocia con el amor. Quizá porque ambas cosas son un poco imprudentes e irreflexivas; el amor no puedes pensarlo y masticarlo, no sirve de nada. Y esconde cierta insensatez, la razón apenas entra en juego. Al final, en realidad, tanto la locura como el amor pueden ser una temeridad y por eso resulta llamativo que el ser humano se sienta tan atraído por la idea de enamorarse locamente.

Yo no sé... Ya no sé qué siento. Y necesito averiguarlo.

Así que llamo a su puerta y luego alzo la vista hacia el cielo estrellado pensando «no abras, no abras, abre, abre, abre». Luchar contra una misma es agotador, cabeza frente a corazón, por eso tengo que ver a Will ahora. «Abre».

Cuando lo hace, es evidente que lo he despertado. Me gustaría no sentir un vuelco en el corazón al verlo, pero eso es justo lo que ocurre, como si mi cuerpo se empeñase en sabotear y aplastar cualquier atisbo de lógica. —Siento venir a estas horas. Tenía que verte.

—Grace... —Tiene la voz ronca—. Entra.

Me meto en su diminuto reino. Will enciende una vela. Lleva un pantalón corto de pijama y una camiseta blanca y ajustada. Todo él desprende una sencillez que en estos momentos comprendo que le ha

supuesto un esfuerzo, cerrar una parte de su vida. Por primera vez, mientras observo el interior de la caravana, intento imaginar lo que debió implicar para él ese cambio de vida, canjear el lujoso apartamento de Nueva York por la caja de zapatos en la que ahora nos encontramos, el despacho de abogados por un *pub* pequeño a media jornada, sus amigos y su familia por la soledad...

—¿Estás bien? —pregunta con preocupación.

—Sí, es solo que no dejo de darle vueltas al asunto... —Niego con la cabeza y resoplo—. ¿Cuántas versiones pueden existir de una misma persona?

—Muchas. Todos, en cierto modo, somos versiones.

—¿Y cómo puedo saber que este Will al que tengo delante es real? —Porque estoy demasiado cansado para seguir fingiendo, Grace.

La llama lo baña todo con su resplandor anaranjado y ondea suavemente como si pudiese percibir la tensión y no quisiese perturbar el momento. —No podía dormir porque me sentía culpable.

—¿Por qué ibas a sentirte así?

—Porque he sido cruel contigo.

—No es verdad. Lo entiendo. Te entiendo.

—¡Deja de mostrarte tan complaciente!

Will se sienta en la cama, suspira y se frota la barba de uno o dos días. Nos miramos en silencio cada uno desde un extremo opuesto, lo que en realidad apenas será un metro y medio o dos, no estoy segura. Decido ser sincera porque he llamado a su puerta en mitad de la madrugada y es lo mínimo que merece.

—Quizá esté intentando hacerte daño.

—Se te da bastante bien —susurra él.

—Puede que necesite ver que sientes algo y que eres humano. Pero no estoy orgullosa de ello, más bien todo lo contrario.

—¿Por qué lo haces?

—Porque tengo miedo y ya me conoces, nada como una buena defensa. La vida también es un juego, Will, todo lo es. Hay que anticiparse.

—¿Qué es lo que te da miedo? —No ser importante para ti. —¿De verdad piensas eso?

Su voz almibarada es una caricia.

—A veces sí, cuando pierdo el tiempo imaginando lo que ocurrirá el día que vuelvas a tomar las riendas de tu vida. No quiero ser la chica con la que te entretuviste mientras todo estaba en pausa. No sería justo que te entregase tanto, y tú, tan poco.

—Eso no es anticiparse. Eso es fantasear —protesta.

—¿Sabes? No necesitaría «fantasear» si tuviese alguna certeza. Mírate: tan inaccesible y distante que es imposible saber en qué estás pensando. Yo sí que puse las cartas sobre la mesa, y no fue fácil, pero el día de mi cumpleaños te confesé lo que sentía.

Will frunce el ceño y se levanta lentamente. —Creía que mis sentimientos eran



evidentes. —Pues resulta que no. Y aunque lo fuesen... —Sigue —me pide.

—Me gustaría oírtelo decir.

La vela sigue consumiéndose y el aroma a cera nos envuelve. Se mueve hacia mí con su sigilo característico y coge mi mano antes de que entienda qué es lo que pretende. Aparta los dedos con delicadeza, posa la palma sobre su cuello y luego baja con lentitud hasta el centro del pecho. Deja mi mano ahí, sobre su corazón.

—¿Sientes lo rápido que late? —pregunta, y yo asiento—. Es por ti. ¿Entiendes lo que significa? Debería valerte más que un puñado de palabras, porque es real.

Se me aflojan las rodillas porque no es una declaración usual, pero sé que es la que Will necesitaba hacer y la que yo debía escuchar. Comprendo que cuando la confianza pende de un hilo las palabras pueden ser insuficientes. Pero esto es palpable. Es verdad.

—Grace... —Me suelta la mano para enmarcar mi rostro y mirarme fijamente a los ojos—. Eres la persona más especial que he conocido en toda mi vida.

Cierro los ojos no solo para mantener aguzados los demás sentidos, sino porque no quiero echarme a llorar. Nadie me había dicho antes algo tan sencillo y bonito; resulta casi mundano porque suena típico, pero creo que precisamente por eso me golpea con tanta fuerza, porque lo conocía en otros, lo conocía en películas y libros, pero no en mí. Todos merecemos ser especiales para alguien, poder brillar un poquito.

Se acerca más y me estrecha contra él con fuerza. Lo noto temblar hasta que el calor de este abrazo crece entre nosotros y nos reconforta. Me aferro a sus hombros, hundo la nariz en su cuello y nos mecemos durante un largo minuto.

—¿Quieres saber cuándo supe que ibas a ser un problema? —susurro que sí contra su piel, incapaz de apartarme de él—. Cuando leí aquel papel en el que escribiste las cosas que te gustaban. Lo hice aquí, también de madrugada. Y al llegar al final, cuando cambiaste de presente a futuro, pensé: «Mierda, me voy a enamorar».

—Qué bonito. «Mierda» y «enamorarse» en una misma frase.

Siento la risa suave de Will en la mejilla derecha y me encantaría que el vibrante sonido se quedase para siempre entre los diminutos poros de mi rostro.

—Una composición poética.

—Dime más. Un poco más —le pido, y él vuelve a reír.

—Comprendí que deseaba hacer contigo todo lo que habías escrito. Enseñarte las constelaciones. Caminar por las calles de Viena al atardecer. Coger un tren sin saber en qué estación bajar. Y verte volver a patinar sobre hielo sin pensar en nada, nada, nada.

Me aparto para mirarlo a los ojos. —¿Te lo aprendiste de memoria? —Sí. Lo he leído muchas veces.

Mi corazón cambia de marcha sin previo aviso.

—Quédate quieto. No te muevas.

Alzo la mano y acuno su mejilla despacio. Will entrecierra los ojos, pero no aparta la vista. Deslizo la punta de los dedos por el arco de sus cejas, cruzo el puente de su nariz y llego hasta su boca. Todavía pienso que hay algo orgulloso en su expresión, incluso cuando se muestra complaciente, pero esa contradicción lo hace más humano. Y quizá sea precisamente lo que tanto me atrajo de él desde el principio: que al mismo tiempo sea tan real y difuso, tan frágil y fuerte, tan melancólico y vivaz, tan sencillo y complejo. Supongo que todos somos una mezcla inclasificable, un batiburrillo de cosas, una

cajonera llena de trastos que desafía fervientemente las etiquetas.

Trazo el contorno de su boca altiva, el labio superior que se alza cada vez que sonrío a medias, como si luchase consigo mismo por no hacerlo. Y

esa curva es la belleza, no tengo dudas. Esa curva existe para ser besada. Me pongo de puntillas para poder hacerlo.

Es apenas un roce, pero Will deja escapar un jadeo ronco y decide que ya ha permanecido demasiado tiempo sin moverse. Su lengua encuentra la mía y bailan juntas durante unos segundos mientras nosotros nos movemos por la caravana. Tiro del borde de su camiseta hasta que él advierte lo que pretendo hacer y me ayuda a quitársela por la cabeza. Presiono las manos contra su tripa, el ombligo, el pecho, las costillas, y subo hasta palpar los huesos de la clavícula y ver de cerca la nuez de su garganta.

Doy un paso atrás y también me quito mi camiseta. Llevo un sujetador sin aro y casi transparente. Lucho contra el impulso de cubrirme cuando él vuelve a acercarse. Me sujeta la barbilla con los dedos y la alza un poco antes de besarme. Es un beso distinto, uno húmedo e intenso que está destinado a arrollar cualquier otro pensamiento, excepto el hecho de que estamos aquí, ahora, desnudándonos más allá de la ropa. Y entiendo que, en ocasiones, para que alguien pueda encontrarte, antes hay que dejarse ver, bajar la guardia, abandonarse como la mujer de *El beso*. Es eso lo que hago, lo que no puedo evitar hacer, cuando su boca dibuja un camino por mi cuello y baja y baja hasta que siento el aliento cálido de Will contra la tela vaporosa del sujetador. Luego lo aparta y ya nada se interpone entre medias. Hundo los dedos en su pelo y pido más, más, más. Y él me lo da.

Caemos en la cama. Desabrocho el botón de sus pantalones mientras Will me quita los mios por los tobillos. Lo acaricio. Acariciar tiene mucho que ver con aventurarse en un cuerpo ajeno dispuesta a descubrir y memorizar. Y yo quiero hacer eso con Will.

Me besa. Lo beso.

Nos besamos una y otra vez mientras nuestras manos encuentran los puntos débiles del otro. Y el suyo está duro, lo noto contra mi cadera. En realidad, todo su cuerpo me parece sólido, el tipo de lugar en el que desearía cobijarme los días en los que no sale el sol. Y es cálido, contrasta con la frialdad de mi piel.

—Will... —murmuro cuando su mano se desliza entre mis piernas. —¿Alguna objeción?

—No. Ninguna.

—Bien.

Pierdo la noción del tiempo. No sé cuántos minutos pasan mientras me acaricia de forma tan certera y precisa que tengo la sensación de que es mi propia mano la que lo hace. El placer trepa por mi cuerpo en oleadas pequeñas que crecen hasta convertirse en un tsunami devastador que me golpea a su paso, y caigo sobre los brazos de Will como una muñeca de trapo cuando el orgasmo termina. Me aferro a su cuello.

Luego, la calma da paso a una intensa necesidad. De él. De sentir que conectamos de todas las maneras posibles. De sus caricias y su mirada y su voz profunda y sus besos.

Me muevo hasta sentarme encima. Una de las cosas buenas de estar en un lugar tan pequeño es que Will apenas tiene que alargar el brazo para coger un preservativo. Eso y que tengo la sensación de estar metida dentro de la cáscara de un huevo, ajenos al mundo, solo esa vela temblorosa, él y yo.

Will intenta girarse, pero se lo impido. Me entiende cuando apoyo las manos en su pecho y se queda quieto, mirándome con la respiración entrecortada y las pupilas tan dilatadas que apenas se percibe el verde de sus ojos.

Quiero ser la que marque el ritmo. Y lo acojo despacio en mi interior; no dejo de contemplar su rostro entre las sombras mientras lo hago. Después, me muevo tan lentamente que puedo percibir su contención, la manera en la que encoge los dedos para no aferrarse a mi cadera y hundirse en mí con más fuerza, la forma en la que suspira impaciente. Aguanta unos cuantos minutos hasta que deja escapar un gruñido de frustración.

—Me estás torturando —sisea.

—No es eso. Es que no quiero que se acabe... —confieso.

—Qué tontería, Grace. Pues volvemos a empezar. Ven aquí.

Se incorpora para apoyar la espalda en la pared y me rodea con los brazos. Sigo sentada encima de él cuando me besa apasionadamente y me encanta pensar que es el causante de que sienta un agradable hormigueo en los labios.

Me muevo sobre él más y más rápido.

Sus manos se aferran a mi cintura y me guían mientras su boca encuentra mi barbilla, un lunar, el lóbulo de la oreja y puntos erógenos que ni siquiera sabía que tenía. Y sé que está igual de cerca de acabar cuando su respiración se vuelve jadeante y, bajo mis manos, sus hombros se tensan. En

cierto modo, somos tan solo piel, la suma de los centímetros que nos alejan y nos acercan, células muertas suyas y mías entremezclándose entre las sábanas de la cama, sexo y sudor y saliva o el preludio de un orgasmo. Pero, más allá de lo físico, puedo sentir que el vínculo que nos une se fortalece y todo, absolutamente todo alrededor, es morado: la caravana, nuestros cuerpos, cada beso. También es morado el placer que me atraviesa y el gemido que ahogo en el hueco de su garganta y el abrazo que Will me da mientras él se deja ir y termina, todo termina, todo se derrite alrededor.

No me suelta y yo tampoco a él.

—Quédate a vivir dentro de mí —susurro, y Will se ríe y me besa la nariz—. Lo digo en serio. Podríamos subsistir solo a base de sexo.

—Y comprar comida a domicilio pidiendo que la dejen en la puerta de la caravana; raviolis con medio kilo de queso, eso es justo lo que comería ahora mismo. El tema de la ducha no sería un problema, créeme. —Sonríe travieso—. En cuanto a lo demás...

—Bah. Detalles. —Me río. Will me mira muy serio y dice: —Me encanta oírte reír así.

—Es que me siento como si estuviese borracha.

—¿Borracha de nosotros?

—Sí. —Le acaricio la mejilla.

Y nos quedamos entre el revoltijo de sábanas un rato más, hasta que Will necesita ir al servicio. El frío me invade cuando se levanta y desaparece. Entonces vuelven todas las dudas que había dejado atrás. Me gustaría que mi forma de procesar los pensamientos fuese secuencial, siguiendo una línea recta, pero la mayoría del tiempo es arborescente. Es decir, que las ideas se ramifican de forma infinita sin orden ni concierto. Cuando él regresa y se tumba a mi lado, apenas tarda un minuto en percibir que algo ha cambiado.

—¿Qué ocurre, Grace?

—Nada.

—No más mentiras.

—Tienes razón —digo, y él entrelaza sus piernas con las mías—. Es que no sé qué me da más miedo cuando se trata de nosotros: si acercarme demasiado a riesgo de que me rompas el corazón o alejarme y rompértelo a ti.

—¿Solo se te ocurren esos dos caminos?

—¿Conoces un tercero?

—Nos ponemos un par de tiritas y seguimos adelante juntos. —Juntos —repito saboreando la palabra.

Y Will se la lleva con la lengua cuando vuelve a besarme.

### 39

#### **Will**

En apenas media hora empezará a amanecer y Grace sigue entre mis brazos, desnuda y con los labios enrojecidos. En la vida hay momentos que son perfectos en su sencillez y este es uno de ellos. No tocaría nada. No cambiaría nada. Ni el techo deslucido que nos acoge ni esta cama que debe de ser el antónimo de la de una *suite*.

—Will.

—Dime.

—¿Recuerdas el día que me enseñaste a conducir?

—Sí —murmuro contra su pelo.

—Esa granja en la que paramos... —Me tenso al instante y sé que ella ya conoce la respuesta que busca, pero aun así continúa—. ¿Era tu hogar? —Sí. Lo fue.

—¿Y la fotografía?

Me levanto. Entre las pilas de libros, busco *Aullido*, de Allen Ginsberg, lo abro y saco la foto amarillenta que encontré al fondo de uno de los armarios. Vuelvo a la cama junto a Grace y dejo que la contemple.

—Esta era mi abuela, aunque la recuerdo mucho mayor. Mis padres también han envejecido, pero, en cierto modo, a pesar de todo lo que ha cambiado en sus vidas, siguen siendo los mismos. Todavía se quieren. Ella colecciona dedales y él le regala uno especial cada San Valentín. Nunca se le olvida.

—Qué bonito. ¿Y este eres tú? —El mismo, un poco más rollizo. —Igual de adorable —dice ella.

Se queda mirándola un rato más, los dos lo hacemos; luego, coge el libro y lo abre para volver a guardarla. Le agradezco que la trate con delicadeza. En realidad, en casa de mis padres hay varios álbumes de fotografías y muchos de ellos contienen instantáneas de la época que vivimos en la granja, pero esta la conservo con especial mimo porque últimamente me siento lejos de ellos, porque no esperaba encontrarla allí después de décadas y porque me resulta simbólico que todavía quedasen restos materiales, algo palpable, de la persona que fui en ese lugar.

—¿Vas a menudo a la granja?

—No. La primera y la última vez fue contigo.

—No lo entiendo... —Frunce el ceño y me clava una de esas miradas persistentes que parecen querer bucear en las profundidades.

—Fue un poco casual. Conocía ese camino, sabía que por allí apenas pasaban coches. Pero no esperaba que llegásemos tan lejos; después, bueno..., tú siempre consigues distraerme y fue como si apareciese de la nada.

—Así que decidiste entrar. —Ytú me acompañaste. —¿Y si no hubiese ido?

—Probablemente no lo habría hecho —confieso, y la abrazo con más fuerza mientras tomo aire—. De todas formas, no pasó nada. No tuve una revelación. No encontré lo que estaba buscando. Allí tan solo había escombros y nostalgia.

—¿Qué era lo que buscabas?

—Quién soy —susurro—. ¿No es de lo que se trata todo al final, Grace? ¿No te das cuenta de que «El mapa de los anhelos» tiene esa misma meta? —Es posible, pero...

—Es la clave. Lo es.

Grace se remueve un poco y se incorpora. Me gusta que no se moleste en coger la sábana ni se sonroje con facilidad. Quiero volver a hundirme en ella, pero después de varios asaltos durante la noche noto el cuerpo laxo, tan relajado que no recuerdo la última vez que me sentí así. La luz del amanecer ya empieza a colarse en la caravana.

—¿Tienes algo para comer? Me muero de hambre.

Me incorporo y encuentro una caja de barritas de cereales que Grace acepta encantada. Me pongo la ropa interior y coloco la cafetera al fuego.

Ella observa todos y cada uno de mis movimientos como lo haría un ave rapaz.

—Tengo más preguntas, Will.

Sonrío porque los dos sabíamos que esto pasaría. Me apoyo al lado del hornillo con los brazos cruzados. Es lo justo. Es lo que haría en su lugar.

—Adelante.

—¿Por qué Tayler no te ha reconocido?

—¿De verdad te sorprende? Han pasado muchos años desde que me marché y por aquel entonces era un niño y tenía un aspecto muy diferente. Además, la persona que recibe el daño suele mantener el recuerdo muy nítido, pero la que lo inflige...

—No tanto —concluye ella. —Exacto. —Apago el café. —¿Lo sabes por experiencia?

—Un poco —admito, e intento no pensar en esos rostros borrosos que han quedado desdibujados en mi memoria.

—La noche que Tayler fue al *pub* y quiso incordiarte con lo de las cervezas, recuerdo lo que me dijiste en aquel callejón.

—Mmm. —Finjo estar distraído. —«No soy así. No soy como él». —¿Eso dije? —Cojo una taza.

—Sí. Y ahora lo entiendo. Es eso lo que te da miedo, ¿verdad? Y necesitas saber quién eres para poder respirar.

Tiene un arco en la mano y va lanzando una flecha tras otra, todas directas al centro de

la diana, aunque no sé ni cómo lo consigue porque lo hace con los ojos cerrados.

—No voy a discutirte eso, pero después de pasar la noche en vela no me apetece reflexionar sobre la vida y sus profundidades. ¿Quieres leche en el café?

—Sí, por favor.

Se acomoda en la cama con la taza caliente en las manos y los dos permanecemos en silencio: Grace contemplando el día que se abre paso a través de la ventana y yo mirándola a ella. Mientras lo hago, no dejo de pensar en los baches que he puesto en el camino para que no existiera un «nosotros» y también en todos los que he esquivado. No creo ser la persona idónea para alguien que está ordenando su vida y que tiene el mundo a sus

pies, esperándola. Sé lo que su hermana deseaba, el potencial que veía en ella y que ahora conozco, y me pregunto si no terminaré siendo un lastre. —Ya casi no quedan casillas —le digo.

—Sería bonito que el final del juego coincidiese con el final del verano —comenta Grace, y se abraza las rodillas—. Todavía queda tiempo.

—Sí. ¿De quién era la dirección donde te llevé?

—Ah, eso. —Se relame los labios pensativa y luego sonrío—. Una amiga. Una de verdad. Se llama Olivia, nos conocemos desde que éramos pequeñas, pero tuvimos un malentendido... ¿Recuerdas lo que ocurrió con Sebastien?

—Sí.

—Pues estaba relacionado. —No sé si quiero saberlo. —Probablemente no.

Me termino el café, limpio la taza y la seco con un trapo antes de guardarla. Siento los ojos de Grace clavados en mí y, después, sus manos me rodean la cintura.

—Me gusta eso que haces —dice.

—¿El qué?

—Ser tan metódico, tan puntilloso. Yo jamás he limpiado una taza al terminar de beber. Siempre pienso que puede hacerse «después», todo para después.

—¿Y qué piensas cuando llega «después»?

—Que ojalá lo hubiese hecho antes.

Se ríe y siento en el pecho un cosquilleo que solo puede ser felicidad. La manera en la que se relaja cuando deja que una carcajada le suba por la garganta es perfecta y suena como un instrumento musical que se agita sin control. Debería hacerlo sin parar. Yo también termino riéndome cuando trepa hasta colgarse de mis caderas y nos damos un beso que sabe al café del desayuno. Caemos en la cama. Grace me acaricia la línea de la mandíbula, sube por la barbilla, baja por la barbilla..., lleva toda la noche analizando cada centímetro de mi cuerpo como si estuviese en clase de Anatomía.

—Quiero contarte algo —susurra, y yo la miro y espero—. Cuando regresé a casa la otra noche después de la feria estaba... confusa.

—Confusa. —Me sorprende la palabra porque a estas alturas sé que Grace suele ser bastante precisa a la hora de elegir cada una de ellas.

—Sí. Quizá fue porque acababa de cumplir veintitrés años y en las fechas significativas es fácil caer en la tontería de hacer un balance de vida o porque el día fue un cúmulo de

emociones después de verte del todo... —Opor mis besos —bromeo.

Grace entrecierra los ojos y se ríe. —Sigues siendo un arrogante. —Eso ha dolido —bromeo.

—La cuestión, Will, es que sí, estaba confusa. Así que, cuando llegué a casa, cogí papel y boli y empecé a escribir una solicitud para entrar en la universidad.

—¿Cómo has dicho?

—Es una locura, ¿verdad? Además, la carta no tenía sentido. Siempre he oído que es algo que tienes que aprovechar para exponer tus dotes, pero en mi caso fui sincera, dije la verdad: que la mayoría del tiempo me siento perdida y que ni siquiera ser consciente de que me estoy muriendo, de que todos lo hacemos conforme pasa el tiempo, es capaz de hacer que me levante y decida hacer algo útil o interesante con mi vida. Y escribí sobre mi hermana. Conté que había nacido para salvarla, pero que ahora ella ya no estaba y yo... en ocasiones siento que en cualquier momento me diluiré en la nada hasta desaparecer.

Demasiada información. Cuando Grace habla desde el corazón, cuando escupe las palabras una detrás de otra con esa sinceridad apabullante, siempre siento que me desbordo y me preocupa no estar a la altura.

—No vas a diluirte. Créeme. Te tengo justo entre mis manos y eres la persona más sólida que conozco. En cuanto a lo otro... —Le aparto el pelo de la cara porque quiero verla—. Creo que es la prueba de que algo ha empezado a cambiar en ti.

—Lo sé. —Bien. —Pero... —Dime.

—Es la peor solicitud que se ha escrito jamás.

—Seguro que no. ¿Para qué era?

—Historia del Arte.

—Debería haberlo imaginado.

—¿Por qué?

—Has hablado de ello en alguna ocasión; pero, además, te pega el hecho de estudiar algo del pasado que perdure en la actualidad. No me mires así, es más bien un concepto, ¿entiendes? Como la gente que dedica su vida a aprender latín o griego, hay personas que no lo comprenden porque lo consideran poco provechoso. Y el arte es un poco así, algo estático, algo que otro ser humano pudo crear hace cientos de años y que todavía hoy, tanto tiempo después, nos resulte...

—Bello —concluye ella.

—Sí. Es una forma de conservarlo.

—En cualquier caso... —Traza espirales en mi brazo—. No importa, porque es evidente que nadie en su sano juicio me admitiría basándose en esa carta y no tengo nada más. Mi media del instituto no era demasiado brillante.

Trago saliva y después cojo aire. —¿Dónde está la universidad? —En San Francisco.

—¿Y por qué allí?

—No lo sé. Quizá por el clima más agradable o porque fue la ciudad a la que iba a viajar con mi familia antes de que se cancelasen los planes. No lo pensé mucho.

Cuando me besa, creo que los dos somos conscientes de que esa ciudad, San Francisco, acaba de convertirse en un paréntesis, no por la distancia que nos separaría si se marchase, sino por el hecho de que Grace está empezando a trazar su camino, aunque en ocasiones dé dos pasos adelante y retroceda otro, pero yo..., yo estoy mucho más atrás.

**40**

### **Grace**

La razón por la que ahora mismo estoy con mi padre en un supermercado tiene que ver con lo que ocurrió hace cuatro días cuando aparecí en casa por la mañana y me encontré a los dos en la cocina esperándome. Mi madre tenía una taza humeante de café en las manos y había preocupación en su semblante cuando me preguntó:

—¿Se puede saber dónde has pasado la noche?

—Mmm, ¿por ahí? —No estoy acostumbrada a dar explicaciones, tampoco es que tenga edad para estar haciéndolo, pero supongo que es una de las consecuencias de vivir todavía en casa de mis padres—. Fui a ver a Will.

—Yte marchas en mitad de la noche...

—Sí. Fue una urgencia —puntualicé.

Mamá no se mostró especialmente satisfecha. Me dirigió una larga mirada que me hizo pensar que, a pesar de todo, de esa distancia que en ocasiones ha existido entre nosotras, las madres tienen el superpoder de intuir cosas que el resto ignoran.

Después, giró la cabeza hacia mi padre.

—¿Tú qué opinas, Jacob?

Él lanzó un suspiro y sacó la leche de la nevera. —Opino que quizá deberías invitarlo a cenar. —¿A Will? —pregunté aún perpleja. —¿Acaso hay más? —Mamá alzó una ceja. —No.

—Entonces sí, nos referimos a Will.

—¿Sales con ese chico? —intervino papá.

—Supongo —logré decir.

—¿Lo supones o lo sabes? —insistió ella. —Lo sé. —Puse los ojos en blanco. —Nos gustaría conocerlo, ¿verdad, Rosie? —Así es —concluyó mi madre.

Todavía no sé si acepté porque estaba demasiado desconcertada y me pillaron desprevenida o porque es la primera vez que mis padres se preocupan por mí de esa manera tan típica y, en el fondo, quizá me guste, quizá deseé durante años que me pusiesen límites y toques de queda; quizá encontrar a mis padres desayunando juntos en la cocina como un matrimonio común y corriente sea todo lo que necesite para sentir que todavía hay esperanza y que, pese a todo, la vida sigue adelante.

—Así que quieres hacer tu salsa especial para lucirte —le digo a papá mientras lo sigo por uno de los pasillos del supermercado—. Creo que a Will le gustará.

—¿Tiene alguna otra preferencia? —Le encanta el queso —recuerdo. —Vale, pues compremos un poco.

Dejamos atrás el pasillo de las salsas y nos dirigimos hacia el de los lácteos. Mientras empujo el carro entre las estanterías de comida decido desviarme un momento.



—Voy a coger cereales, ahora te busco por la zona del queso —le digo. Mi padre asiente y se adelanta. Hay más de treinta tipos de cereales, y

no me pregunto cómo es posible que el hombre haya llegado a la Luna o inventado el televisor, sino cómo demonios hemos conseguido ser tan creativos en algo tan básico como los cereales. En el fondo, lo agradezco. Meto en el carro dos cajas, una de estrellitas de maíz bañadas en chocolate y otra de arroz inflado. Después, retomo mi camino.

Distingo a papá al fondo del pasillo de los lácteos. Está hablando con una mujer más joven que él que rondará los treinta y pocos. La expresión de él es cautelosa, pero la mira a los ojos de esa manera que las vecinas solían comentar tiempo atrás.

—Hola —digo al llegar hasta ellos.

—Ah, Grace. —Papá da un paso hacia atrás—. ¿Ya has cogido los cereales? Bien. Aquí está el queso. Será mejor que no nos entretengamos demasiado.

Hay algo frágil en el semblante de ella cuando lo mira. —Me llamo Allison —dice—. Trabajo con tu padre. —Encantada de conocerte. Y sí, tengo los cereales. —Perfecto. Nos vemos en la oficina —se despidе él.

Mi padre me rodea los hombros y me invita a seguir caminando pasillo abajo. Buscamos un par de cosas más que nos faltan antes de acercarnos a la caja, pagar y guardar la compra en el maletero del coche. Luego, cuando subimos delante y él arranca, caigo en la cuenta de que llevamos un buen rato sin hablar.

—Esa tal Allison parecía simpática.

—Sí, lo es. —Él pone el intermitente y el *tac, tac, tac* se escucha en el interior del vehículo de una forma extraña, aunque sé que es el mismo sonido de siempre.

—Creo que nunca la habías nombrado.

—Hace poco que llegó —comenta.

—¿Un mes, dos...? —insisto y, a estas alturas, creo que ambos somos conscientes de que la conversación no es completamente trivial.

—Un año y medio. ¿Qué es lo que te pasa?

Sí, eso, ¿qué es lo que me pasa? No lo sé. Sacudo la cabeza y ya no digo nada más hasta que llegamos a casa. Hoy es un día especial, no quiero estropearlo con mis fantasías. La idea de que Will venga a cenar esta noche me pone nerviosa. Nunca he invitado a ningún chico a casa ni tampoco ha sido algo que echase en falta, pero con él... quiero que lo conozcan y que les guste tanto como a mí, que les parezca igual de interesante.

No protesto cuando papá asegura que él se ocupa de guardar la compra y subo las escaleras. Llamo a la puerta del dormitorio principal porque quiero asegurarme de que mi madre recuerda que esta tarde tenemos que ir a la terapia grupal, razón por la que papá se encargará de los preparativos de la cena.

—¡Estoy despierta, entra! —contesta.

Hace ya unas semanas que no se mete en la cama en pleno día. La encuentro sentada delante de su tocador mirándose al espejo. Está extrañamente seria.

—¿Qué haces, mamá?

—Nada, tan solo me miraba... Hacía mucho tiempo que no me miraba.

Me acomodo en la butaca de estampado floreado que hay en el rincón de al lado. La observo. Lleva un vestido suelto de color gris perla que no se ponía desde hace años, su rostro está un poco envejecido por la edad y el dolor; no sé qué es lo que ha hecho más mella en los surcos de su piel. Y el pelo cae suelto y sin forma por su espalda.

—Está bien mirarse a veces —le digo.

—Supongo que sí. Estoy distinta, ¿no crees?

«¿Distinta a cuándo?» me gustaría preguntarle, pero probablemente la respuesta sea algo que ninguna de las dos queremos oír, como «distinta a cuando conocí a tu padre», «distinta a cuando era la mejor de la empresa» o «distinta a cuando Lucy todavía vivía».

—Estás muy guapa.

—No estoy segura...

—Sí. —Sonrío y me levanto—. Aunque no te iría mal un corte de pelo para sanear las puntas. Yo podría hacerlo, si te animas. Se me da bien.

No es mentira. Me arreglo el flequillo a menudo y, en alguna ocasión, Olivia me dejó trastear con su pelo, no sé muy bien por qué, la verdad. Hasta Lucy accedió a pasar una vez por mis manos y eso que era demasiado presumida como para arriesgarse en algo así.

—Estaría bien. Mañana tengo una reunión.

—¿Y sobre qué es esa reunión?

—El proyecto de Anne. Me ha convencido. Es interesante. Las casas son perfectas, no demasiado grandes, las calidades son buenas..., solo necesitan unos cuantos arreglos. Un día me gustaría llevarte para que puedas verlas.

—Me encantaría. Entonces, ¿cojo tijeras?

—¿Ahora?

—¡Sí! ¿Por qué no?

Se deja contagiar por mi entusiasmo y colocamos un taburete delante del lavabo del cuarto de baño. Le humedezco el pelo con un difusor y se lo desenredo. Después, no me lo pienso demasiado antes de empezar a dar tijeretazos aquí y allá. Me sorprende que mi madre confíe en mis habilidades sin tener garantías, pero se muestra serena mientras los mechones de cabello van ensuciando el suelo del baño; en ocasiones, incluso cierra los ojos y no puedo evitar preguntarme en qué estará pensando.

Lo corto un poco más escalonado por delante y necesito varios intentos para igualarlo. Cuando termino, las puntas del pelo apenas le rozan los hombros y las hebras plateadas le quedan bien; el cambio le da sensación de ligereza.

Sigo tras ella cuando nos quedamos mirándonos unos segundos a través del espejo. He tardado muchos años en entender a mi madre. Es fácil dejarse llevar por el primer impulso, pensar que siempre quiso más a mi hermana que a mí, porque el hecho de que Lucy y ella estuviesen más unidas era algo tan evidente que me dolía como si me estrujasen los pulmones. Pero, en el fondo, la comprendo. Puedo comprender que nos amase de manera diferente. Y la admiro por haber sido capaz de elegir entre su carrera laboral y el cuidado de los suyos, por dar tanto a los demás que hasta se olvidó de darse a ella misma y por enfrentarse a la situación más dura que existe: perder a una hija.

Me coge la mano que tengo apoyada en su hombro y sonrío. Es una sonrisa muy triste y

está llena de palabras no dichas, pero es esperanzadora. —Estás estupenda —digo.

—Muchas gracias, Grace.

Más tarde, cuando acudimos a la terapia grupal, todos le aseguran que el corte le favorece y ella parece más que satisfecha de recibir los halagos. Comemos rosquillas con un toque a naranja que ha traído Jane y tomamos café recién hecho hasta que Faith comienza la sesión. Adrien dice algo que nos sorprende a todos:

—He conocido a alguien.

Hay un silencio prolongado.

—Vaya, eso es maravilloso. —Faith le dirige una de sus miradas amabilísimas, pero tan solo consigue que Adrien se hunda más en su silla. —No puedo salir con ella. Me siento...

—Fatal —interviene Matilda, la mujer que se quedó viuda y tiene un hijo pequeño—. Tan solo imaginarlo me hace sentir culpable.

—¿Quieres contar los detalles? —pregunta Faith.

—Sucedió en el aparcamiento del centro comercial. Una señorita había perdido su *ticket* y vi que estaba buscándolo, así que le eché una mano. Recorrimos juntos todo el *parking* para asegurarnos de que no se le había caído al suelo y, mientras tanto, hablamos. Después, antes de despedirnos,

Rita me apuntó su teléfono y me aseguró que le encantaría salir un día a tomar algo.

—¿Y? —Lo miro impaciente.

Adrien se gira hacia mí frunciendo el ceño.

—Ynada. No puedo llamarla. No puedo.

—¿No puedes, pero quieres? ¿O no puedes porque te horroriza la idea? —insisto.

—Grace, deja que Adrien se explique.

Guardo silencio, aunque en realidad lo que quiero decirle es que salte al vacío sin pensar, que llame a esa tal Rita y la invite a tomar tacos en algún mexicano y que la lleve a bailar, porque la vida son dos días, ¿qué digo?, ¡medio día! Pero, por experiencia, sé que, aunque parezca fácil visto desde fuera, no es tan sencillo.

—Me gustaría salir con ella, fue agradable poder pasar un rato divertido con una mujer, pero no puedo hacerlo. Siento que estoy traicionando a mi Kate.

—Te entiendo. —Matilda asiente.

—Yo sigo guardándole luto a mi marido desde que falleció y ya han pasado más de treinta años —interviene Jane con la voz temblorosa—. ¿Y me permites decirte algo, querido? —Se gira hacia Adrien, que está sentado a su lado.

—Pues claro.

—Deberías llamarla.

—Pero si acabas de decir que tú...

—Precisamente por eso. Sé de lo que hablo. La vida... La vida puede hacerse muy larga si no tienes amigos y amores con los que compartirla. Me entran ganas de levantarme y

abrazar a esa mujer, pero no lo hago porque la siguiente persona del grupo que se anima a hablar es mi madre. —Jane tiene razón, aunque es comprensible tu miedo —añade con tiento—. Yo también me he sentido así en algún momento, a pesar de lo diferente que es mi situación. A veces la idea de hacer algo con Grace, de compartir un momento con la hija que me queda, se vuelve más difícil de lo que debería ser porque me hace pensar que nunca podré hacer eso mismo con Lucy...

No digo nada mientras el resto del grupo continúa hablando sobre la culpa y la traición. Nunca me había planteado que mi madre se sentiría así

con respecto a nosotras, a Lucy a mí, y me reconforta que haya querido compartirlo conmigo.

Regresamos a casa al terminar la sesión.

Mi madre nota que estoy nerviosa por la inminente cena con Will y eso parece hacerle gracia, ya que la veo sonreír un poco antes de decir:

—Así que ese chico te gusta de verdad. —Sí. Un poco. Mucho. Muchísimo. —Veo que lo tienes claro.

—Nunca he tenido dudas en lo referente al corazón. —Lo suelto sin pensar porque es la verdad. No recuerdo haber confundido el sexo sin compromiso con algo más, o haber imaginado lo que no era al liarme con alguien, ni tampoco haber sentido por nadie lo mismo que por Will. Siempre he tenido las cosas claras porque no creo en la tibieza de las emociones.

—¿Y cómo es?

—Si vas a conocerlo en menos de una hora... —Ya. Pero quiero saber cómo lo ves tú. —Pues... inteligente.

—Eso se agradece.

—Ydivertido. Me hace reír.

—Que no es nada fácil.

—Cierto. —Giro el volante. Me apetecía conducir de regreso a casa. El cielo es de un suave tono rosado con toques naranjas—. Y, aunque suene frívolo, es muy atractivo. Además, es capaz de seguirme el ritmo en una conversación, tiene réplicas para todo y no siento que esté hablando sola como me ocurre con la mayoría de la gente.

—Solo por eso ya tiene mi admiración —bromea.

—Qué graciosa. —Pero no puedo dejar de sonreír.

—Me gusta verte enamorada, Grace. Todo el mundo debería enamorarse al menos una vez en la vida —añade, y yo me pregunto si está pensando en Lucy y en las cosas que no vivió y no vivirá—. Me recuerdas un poco a mí...

—¿A cuando conociste a papá? —Mmm, sí. Pero también a antes. —¿Antes? —Desvió la mirada.

—Tu padre no fue el primer hombre del que me enamoré. Salí durante un año y medio con otro chico, un inglés al que conocí en la universidad. Fue muy intenso.

—Tampoco hace falta que entres en detalles.

—Lo que intento decirte, Grace, es que incluso los amores que son fugaces, esos que duran meses o años, vale la pena vivirlos apasionadamente. A veces parece que solo se

valoran los «para siempre», pero, en mi opinión, eso es una tontería.

Sé que tiene razón, pero me limito a continuar conduciendo.

Nunca me han gustado los finales. Cuando termino un libro, siempre noto un hormigueo en la punta de los dedos porque deseo seguir pasando unas páginas que no existen. Me pregunto qué ocurrirá después, qué será de esos personajes, y me parece injusto ser testigo tan solo de un pequeño tramo de sus vidas. En las películas, no me muevo mientras aparecen las líneas de crédito y, en ocasiones, la rebobino una y otra vez para disfrutar esa última escena y pienso en que ojalá pudiera hacerlo en la vida real. Y cuando una canción me gusta mucho la escucho tantas veces que termino por aborrecerla, pero incluso entonces me aferro a ella. No, no me gustan los finales.

Dejo el coche delante del garaje sin meterlo porque llegamos un poco tarde y no quiero perder el tiempo. La casa huele a carne recién hecha y a miel y a hierbas aromáticas. Encontramos a papá delante de los fogones de la cocina.

—Hola. Qué bien huele todo —le digo.

Me mira por encima del hombro y sonrío.

—Saltamontes, tienes una sorpresa en el comedor. O dos, mejor dicho. Ve.

Giro sobre mis talones y me dirijo hacia allí. Oigo las voces antes de abrir la puerta y encontrarme a Will sentado en el sofá junto a un hombre de mejillas arrugadas, ojos de un gris que recuerda al acero y cabello de nieve. —¡Abuelo! —Me lanzo hacia él.

## 41

### Will

Tan solo necesito ser testigo de este abrazo para entender que el lazo que une a Grace con Henry va mucho más allá de la sangre. Ella cierra los ojos cuando envuelve su cuerpo porque se siente segura y respira hondo en busca del olor familiar. Él se ríe y le da unas palmaditas en la espalda con aparente incomodidad, pero en realidad está emocionado.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Ya iba siendo hora de volver y parece ser que lo hice en el momento perfecto, aunque nadie me mandó una invitación para cenar —dice burlón, y luego señala la maleta que descansa en la entrada—. Vengo directo del aeropuerto.

—Ya conoces a Will, por lo que veo.

—Sí. Ya lo he interrogado —bromea.

—Solo me ha amenazado con una pistola eléctrica, nada grave —intervengo apretando los labios para evitar echarme a reír—. Aún conservo todos los miembros.

—De momento —añade él.

—¡Abuelo!

Le dirijo a Grace una mirada tranquilizadora porque, en realidad, la charla ha sido todo lo contrario: reconfortante. Hemos hablado de su viaje a Florida y de su trabajo en el taller, de la cajita que diseñó para el juego de Lucy y de los días que yo pasé junto a ella en aquella sala de café del hospital.

Pero esa calma se desvanece en cuanto la señora Peterson entra en el salón. Primero saluda a su padre y después sus ojos se clavan en mí. En el

instante en el que lo hace, sé que me reconoce. Frunce el ceño, visiblemente confundida.

—¿Tú eres Will?

—Sí —contesto.

—Nos hemos visto antes.

—Lo sé.

La señora Peterson mira a su hija.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

El abuelo Henry lanza un suspiro y mira a su nieta dubitativo pero sereno, quizá porque sabe que es el momento y que ya no hay vuelta atrás. —¿Todavía no se lo has contado, Grace?

—No —responde ella bajito.

—¿Qué tienes que contarme?

No hace falta nada más para que Henry y yo salgamos del salón y las dejemos a solas. Vamos a la cocina y Jacob nos dirige una mirada interrogante tras apagar el horno.

—¿Ocurre algo? —pregunta.

—Rosie está a punto de descubrir que existe «El mapa de los anhelos» —masculla Henry—. Y yo necesito una copa de vino para sobrellevar mejor esta llegada triunfal.

—Estaba a punto de abrir una botella —dice Jacob. Después la descorcha, sirve dos vasos y me mira—. ¿Prefieres beberlo en copa?

—No, gracias. Tomaré agua.

—Buen chico —dice Henry.

La inquietud reina en la cocina. Imagino que Jacob y el abuelo Henry temen que Rosie no encaje bien en la existencia del juego, aunque Grace ha dejado caer en varias ocasiones que su madre se muestra más serena. Yo me siento un poco fuera de lugar. Hace mucho tiempo que no asisto a una reunión familiar, ni siquiera cuando se trata de mi propia familia. El último año decidí pasar las navidades aquí y, cuando mis padres se rindieron y dejaron de insistir, se marcharon a Canadá para celebrar las fiestas con mis tíos y el resto de la familia. Pero, cuando Grace me invitó, y a pesar de tener que pedirle a Paul que me diese la noche libre, no pude negarme. Sin embargo, no estoy seguro de qué esperan de mí los Peterson, y la idea de tener que cumplir unas expectativas me paraliza un poco porque me recuerda a esa versión de mí mismo que intento dejar atrás.

—Grace me contó que estudiaste Derecho —dice Jacob, imagino que para romper el incómodo silencio y sacar algún tema de conversación.

—Sí. —Bebo agua. —Pero no ejerces. —No.

Jacob inspecciona la carne para asegurarse de que está en el punto perfecto de cocción y después se limpia las manos en el delantal que lleva puesto.

—¿Has pensado hacerlo? Porque si tienes nociones de Derecho inmobiliario, creo que en la empresa estaban buscando personal...

—Aún no sé bien qué voy a hacer.

—Ah, comprendo. ¿Estás en uno de esos años sabáticos? Yo lo viví cuando terminé la universidad. Menuda época. Estuvo genial, no me arrepiento.

Jacob empieza a machacar unas almendras y Henry me mira tras darle un sorbo a su copa de vino. Creo que el abuelo es capaz de percibir que no, no estamos hablando exactamente de lo mismo, pero no saco de su error al padre de Grace. Tampoco parece muy prometedor admitir delante de ellos que no tengo ni idea de qué voy a hacer con mi vida y que siento un nudo en la garganta tan solo al pensar que en algún momento deberé tomar una dirección, porque me aterra volver a equivocarme.

Esperamos otros quince minutos hablando de trivialidades. En realidad, Jacob se empeña en romper el silencio y a Henry, por el contrario, no parece molestarle en absoluto. Está ahí tranquilo y pensativo con el vaso de vino en la mano cuando Grace aparece en la cocina con los ojos brillantes y el rostro pálido.

—¿Cómo ha ido? —pregunto.

—Bien, muy bien. Ya está sentada a la mesa esperando que se sirva la cena.

Grace esquivo a su abuelo y coge un manojo de servilletas y los cubiertos. Me adelanto para ayudarla y hacerme cargo de vasos y platos. No sé por qué parece tan afectada si se supone que todo ha ido bien, algo que confirmo en cuanto entro en el salón y veo a la señora Peterson. No hay signos de debilidad en su rostro.

Cuando todos nos acomodamos, me mira fijamente.

—Gracias por los momentos que pasaste junto a Lucy en el hospital. Por lo poco que mi hija me contaba sobre ese chico con el que jugaba, sé que eras importante para ella. Valoraba mucho tu amistad.

—Yo también la suya —le aseguro.

—Bien. Pues brindemos todos. —Alza la copa que Jacob acaba de llenar y sonrío mirándonos—. Por Lucy. Brindemos por ella.

El suave tintineo llena el salón antes de que empecemos a cenar. La comida está deliciosa, eso o me sabe así de bien porque hacía mucho que no comía un plato caliente elaborado, con la carne tan suave que se deshace en la boca y la salsa y la guarnición perfectas. Pero, mientras los platos se van vaciando, mientras Rosie intenta arrancarle palabras a su padre sobre el viaje y mientras Jacob se rellena demasiado a menudo la copa de vino, me inquieta la actitud de Grace, que permanece callada.

—Entonces, ¿no piensas contarnos nada más sobre tu estancia en Florida? ¿Vas a ser tan escueto como durante las llamadas telefónicas? —Mmm. —Henry mastica y traga—. Los mosquitos eran un incordio. —¿Y eso es todo? —Su hija alza las cejas—. Espero que lo pongan en

los programas turísticos de Florida. «Algo que destacar: los mosquitos». —Rosie, ¿qué quieres saber? Tan solo me levantaba, iba a pescar, comía, paseaba y dormía. Unas vacaciones reales, de esas que la gente hacía antiguamente, cuando no había que ver y probar todo lo imaginable en el menor espacio de tiempo posible.

—Suená reparador —opina Jacob.

Y Grace no interviene en la conversación, algo raro en ella. La miro. Está removiendo las verduritas asadas de su plato, pero cuando nota que la observo me sonrío y pincha una zanahoria.

Al contrario de lo que esperaba, al final la cena resulta amena. Jacob se esfuerza por

hacerme sentir cómodo, a pesar de que debido a ello pregunta demasiado, y Rosie es muy amable. Los silencios del abuelo Henry, lejos de molestarme, son de agradecer. Les cuento que nací allí y que luego mi familia se mudó a Lincoln, pero no recuerdan haber tenido relación con ningunos Tucker que tuviesen una granja a las afueras. Vuelven a preguntarme por mis estudios y yo salvo la situación sin entrar en demasiados detalles. Cuando termino de comerme el postre, siento que la tensión del acontecimiento da paso al cansancio. A eso y a una nostalgia inesperada, porque estar ahí con esa familia me recuerda a la mía, a las

veces que mamá preparaba una desorbitada cantidad de comida y nos reuníamos a la mesa y nos poníamos al día. Recuerdo las miradas orgullosas de mis padres cuando les contaba qué estaba haciendo o qué planes tenía, unas miradas que fueron espaciándose cada vez más, ya antes del accidente, conforme empezaron a intuir que el hijo que creían conocer no existía.

El final de la velada lo marca Henry cuando se despide para irse a casa a descansar. Entonces, los padres de Grace aseguran que se ocuparán de recoger los restos de la cena y yo me inclino y le digo al oído que me encantaría ver su habitación, porque es cierto, quiero saber cómo es ese rincón tan suyo, pero también disponer de un poco de intimidad.

Subo las escaleras tras ella.

Cierra la puerta a mi espalda cuando entramos. Ahí está, un lugar bastante parecido a lo que había imaginado. La cama con la colcha de un lila claro, la lamparita con la base de madera que parece hecha por manos artesanas, probablemente las de su abuelo, el escritorio caótico lleno de trastos, libros apilados aquí y allá, ropa encima de la silla y, más allá, una pared abarrotada de pequeños papeles, postales con fotografías y obras de arte, un rincón repleto de belleza y enigmas en el que destaca un papel donde pone «¿POR QUÉ?» en letras mayúsculas. Tengo la sensación de que cada pieza es una parada en el camino para llegar hasta el alma de Grace. Tomo aire y desvío la vista hacia su mesilla de noche. Veo la postal con la obra de Klimt, ese beso que duerme en Viena, y también, junto a algunos anillos y caramelos mentolados, descansa el libro que está leyendo.

Lo cojo y lo levanto hacia ella. —*Expiación* —digo. —Deberías leerlo, Will. —¿Es una indirecta?

La veo sonreír despacio.

—¿Quién sabe?

—Para tu información, ya lo hice. —Lo dejo en su sitio—. No estuvo mal, pero me resultó un poco pretencioso y aburrido.

—¡No! ¿Cómo puedes pensar eso? Es una de mis novelas favoritas. Es la segunda vez que la leo, de hecho. Hay algo profundamente vulnerable entre sus páginas.

—Si tú lo dices...

Grace me deja observar su mundo a mis anchas, sin restricciones. Me fijo en cada detalle insignificante como solo puede ocurrir cuando estás tan deslumbrado por una persona que todo lo que la rodea te parece trascendental.

—Ha sido raro, ¿sabes? Lo de invitarte a cenar. Es la primera vez que pasa. También es la primera vez que un chico sube a mi habitación.

—¿Lo dices en serio? —Me acerco a ella.

—¿Por qué te sorprende tanto?



—Tienes un lado rebelde. Imaginaba que fuiste de las que en la adolescencia acababan sacando a algún chico por la ventana de la habitación y obligándolo a saltar desde el tejado.

—Es más probable que eso te ocurriese a ti. —Culpable. —Sonríó y le rozo la mejilla. —Aunque admito que he estado en el otro lado. —¿Saltando por una ventana?

—Sí. En bragas. Nada que quieras saber.

—Oh, créeme, sí quiero saberlo.

—Pues será otro día. La cuestión, Will, es que este es mi reino. Y me cuesta dejar que cualquiera entre en mi territorio, ya te lo dije.

—Pero no soy cualquiera.

—Exacto. Así que no rompas nada.

—No lo haré. Caminaré de puntillas si hace falta.

Grace curva los labios despacio y yo le robo la sonrisa con un beso lento y suave que no consigue borrar lo que sea que la inquieta durante esta noche.

—¿Vas a contarme qué es lo que te pasa?

—Es que no sé... —Se aparta y suspira mientras abre la ventana—. A veces ni siquiera me entiendo a mí misma, así que ¿cómo podrías hacerlo tú?

—Déjame intentarlo.

Pone un pie en el alféizar de la ventana y me mira por encima del hombro. A pesar de la oscuridad de la noche, el aire que penetra en la habitación es cálido.

—¿Sales conmigo?

—Claro.

La sigo. La seguiría donde fuese. Hay un hueco entre la ventana y las tejas que se inclinan hacia abajo. Nos sentamos muy juntos porque el espacio es tan reducido que no sobra ni un centímetro. Cojo su mano derecha y le acaricio los dedos despacio, me fijo en sus uñas rectas y cortas, en el anillo con una piedrecita morada que lleva en el dedo anular y en la forma del hueso de su muñeca. Nunca había sentido la necesidad de estudiar así a alguien. Creo que lo hacemos mutuamente. Cualquiera pensaría que somos los primeros seres humanos recién llegados a la Tierra y que estamos reconociéndonos como iguales.

—¿Algún problema con tu madre?

—No, qué va. Se lo ha tomado genial. Ha dicho: «Mi Lucy, siempre brillando hasta el final» y me ha abrazado. Ni siquiera ha preguntado como papá si le había dejado alguna carta.

—¿Y entonces?

—Cuando hablaba con ella, le he dicho que tan solo quedan dos casillas...

—Ya. —Tomo aire.

—No quiero que se acabe. —Lo sé, Grace. —Cuando termine...

—Ella ya no estará. No de esa manera, al menos. Pero sí de otras. —Lucy tenía razón, la

necesito. ¿Qué haré sin ella?

—Yo creo que te ha abierto el camino.

—Sí.

—Y que sabrás seguir andando...

—Es posible. Aunque me encantaría que «El mapa de los anhelos» durase para siempre, hasta el fin de mis días, que nunca acabase y que la vida fuese un juego. ¿Te he hablado alguna vez de lo poco que me gustan los finales?

—Creo que no.

—Pues los odio, pero solo cuando algo me gusta mucho, muchísimo. Y cuando no es así, me ocurre todo lo contrario, casi que ni me acuerdo de lo que sea que pasó por mi vida. Tienes delante de ti al ser humano más contradictorio del mundo.

—Ven aquí. —La abrazo y pego mi mejilla a la suya antes de suspirar—. Te irá bien, Grace. Lo sé.

Estoy completamente seguro de ello y no deja de ser irónico que pueda darle consejos que no me aplico, creer en ellos a pies juntillas y ver su futuro tan claro.

En fin, ¿quién no es contradictorio?

## 42

### *Grace*

—Coge un bañador, una toalla y ya compraremos algo para comer durante el camino. — Esas fueron las palabras exactas de Will cuando apareció el sábado por la mañana de improviso delante de la puerta de casa.

—¿De camino adónde? —pregunté.

—Eso es lo de menos. Venga, vamos.

Y después de más de dos horas de trayecto, ahora estamos delante de un río de agua cristalina bajo el resplandeciente cielo azul y rodeados de naturaleza.

—Tú primero —repito.

—No me convence la idea.

—Elegiste el sitio. Es lo justo.

Will lanza un suspiro resignado. Resulta que el agua está helada, lo sé porque hemos metido dentro los pies y, en lugar de seguir adelante, ambos hemos dado un paso atrás. Y ahí seguimos, teniendo una charla de lo más estúpida sobre quién debería lanzarse en primer lugar.

—De acuerdo —accede él.

—Me encanta cuando te muestras razonable.

—Pero...

—¿Sí?

—Odio sentirme solo.

—¿Qué demonios...? —Y no termino la frase porque me coge y me carga sobre su hombro izquierdo—. ¡WILL! ¡WILL! ¡NO !

Pero es demasiado tarde. Salta. Y volamos, casi parece que nos quedamos suspendidos en el aire unos segundos, y luego caemos. El frío me deja sin respiración. Es agudo e intenso. Me aferro a su cuerpo cuando

salimos a la superficie del agua gélida. Quiero golpearlo y besarlo, todo a la vez. Al decírselo, Will tose mientras intenta en vano no reírse. Lo suelto y doy un par de brazadas a contracorriente.

—¿Qué pretendes hacer?

—Entrar en calor —digo.

Él sonríe mientras me sigue.

—Se me ocurren formas más divertidas de conseguirlo.

Me giro hacia él con los brazos extendidos y el agua se escurre a mi alrededor siguiendo la trayectoria del río, siempre abajo. A diferencia de nosotros y del resto del mundo, tiene una dirección fija. Me muerdo el labio y sonrío.

—Hablas mucho, Will, pero...

Me alcanza por detrás y me abraza contra su pecho. Besa mi hombro derecho y sube hacia la nuca hasta rozar mi oído y detenerse justo ahí: —¿Ibas a decir que hablo mucho y demuestro poco?

—Es posible. —Tengo los ojos cerrados.

—¿Y sigues pensándolo?

Mueve las caderas y siento su excitación contra mi trasero. El calor irrumpe con fuerza porque hay algo en él, en su manera de moverse, en su voz profunda, en su forma de tocarme, que consigue derretirme. La visión de la mantequilla fundiéndose en una sartén viene a mi mente y recuerdo cuando le dije que me gustaba aquello la noche que nos quedamos juntos a cerrar el local. Me siento exactamente así. Él es la sartén, esa que siempre he sabido que quemaba. Y yo soy la inconsciente mantequilla.

—Solo un poco —digo para molestarlo.

—¿En serio? —Su mano se cuela bajo la bragueta del biquini y alcanza con facilidad el lugar exacto, exactísimo, que provoca que las piernas me tiemblen—. ¿Y ahora? —Continúa mientras se aprieta más contra mi espalda.

—Mmm, bueno...

Para de golpe. Sus dedos permanecen dentro del biquini, pero no los mueve. Me roza el lóbulo de la oreja con los dientes. Quiero matarlo lentamente.

—Medítalo, Grace —murmura.

—Eres idiota. —Tengo un nudo en el estómago de anticipación, de ganas y de emoción contenida—. Un idiota que habla tan bien como

demuestra las cosas.

—Eso está mucho mejor.

Me besa el cuello mientras sus dedos vuelven a moverse en círculos despacio, muy despacio. No puedo creer que el agua que fluye entre nosotros siga estando helada, porque estoy ardiendo. Apoyo la cabeza en su pecho cuando el placer se vuelve más agudo y termina atravesándome. Gimo bajito y noto su sonrisa en mi mejilla.

Abro los ojos. El cielo sigue siendo azul celeste.

Me giro hacia él con una sonrisa traviesa.

—¿Y ahora qué hacemos contigo?

—Lo dejo a tu elección. Soy tuyo.

—Gracias, pero ya tengo suficiente conmigo misma. Menuda carga sería tener que tirar de los dos con lo que nos gusta complicarnos la vida. Sin embargo...

—Continúa. —Tiene la mirada brillante.

—Se me ocurre que podrías quitarte el bañador. Si te atreves. O si te da igual que en cualquier momento aparezca por aquí una feliz familia para disfrutar de un picnic y te toque salir del agua tal como llegaste al mundo. Will sonríe y, poco después, lanza el bañador hasta la orilla. Me río, porque me encanta esto. Me encanta pasármelo bien con él. Me encanta sentir que en este instante no necesito a nadie más. Me encanta comportarme de forma estúpida a su lado.

—Escandalicemos a familias felices —dice.

En realidad, dudo que nadie aparezca, aunque es difícil asegurarlo. Estamos en una zona apartada de los tramos más turísticos y rodeados por árboles.

Me acerco a él para colgarme de su cuello y besarlo.

—Sigues siendo un chico malo —susurro. —No. —Yse aparta. Y está serio. —Will, solo era una broma.

Hunde el rostro en mi cuello y se queda ahí unos segundos hasta que empiezo a acariciarlo bajo el agua y noto que todo su cuerpo se tensa en respuesta. Lo siento duro al rodearlo con la mano y Will murmura algo en mi oído que no llego a escuchar e instantes después tira del lazo de la parte superior de mi biquini y la tela cae al agua.

Nos movemos para acercarnos a la orilla.

No dejamos de besarnos. Hay algo irrepetible en la manera en la que dos personas se besan cuando acaban de enamorarse. Parece que el mundo empieza y termina en los labios del otro, y un acto tan sencillo y primitivo se vuelve adictivo como si fuese el intento frustrado de tener más, de sentir más, de conocer más.

Me quita la única prenda que me queda y le rodeo las caderas con las piernas. Y sencillamente nos mecemos así, desnudos, tan juntos uno del otro que el agua nos rodea para poder seguir su curso. El sol caliente me acaricia la espalda y me siento bien, tan bien que me atemoriza pensar que esto sea un espejismo.

Lo acaricio otra vez cuando nuestros labios se encuentran. Lo toco como él ha hecho antes conmigo, despacio al principio, más deprisa conforme su respiración se acelera y acaba gruñendo contra mi mejilla cuando se deja ir, como si la rapidez con la que el placer aparece y se marcha le resultase frustrante.

Seguimos un rato más allí abrazados, hasta que el calor empieza a disiparse y el frío del agua va ganando la batalla.

—Deberíamos salir.

—Vamos —contesta.

Me levanta con suavidad para que pueda alcanzar la orilla y luego él se impulsa con los brazos. Buscamos los bañadores, nos vestimos y nos dejamos caer sobre las toallas. Siento la piel fresca y elástica mientras me seco al sol y Will, a mi lado, tiene los ojos cerrados y respira hondo una y otra vez.

—¿Qué estás haciendo? —Nada —responde él. —Estabas respirando raro.

—Solo profundamente. Era uno de esos momentos... Uno de esos momentos en los que me siento agradecido por poder respirar. —Gira la cabeza y me mira con un destello de diversión—. Quizá tengas algo que ver.

—¿Y a qué debo el honor?

—Digamos que me haces feliz.

Nadie me había dicho algo tan simple o grandilocuente, depende de cómo se mire. Debería sentirme halagada, pero noto una sensación burbujeante en la tripa a la que no sé ponerle nombre; se asemeja a un

pececillo que boquea intranquilo. Quizá sea miedo o angustia ante la idea de que la felicidad de otra persona dependa de mí.

—La felicidad resulta demasiado efímera, casi un espejismo. No puede durar porque, entonces, uno dejaría de ser consciente de que se siente así. Es como enamorarse. Algo tan intenso está destinado a estabilizarse; de lo contrario, enloqueceríamos.

—Tiene sentido —contesta él. —La felicidad es una asíntota. —¿Qué intentas decir con eso?

—Pues lo evidente. Siempre me ha gustado esa palabra: «asíntota». Algo que se desea y a lo que te acercas de manera constante, pero que nunca llega a cumplirse.

Will asiente, su mano roza la mía y vuelve a cerrar los ojos. Lo estudio en silencio e imagino que es una antigua escultura griega, ahí tumbado bajo el sol, con las líneas perfectas de su cuerpo talladas en piedra. Si tuviese que dibujarlo, sé que empezaría por la mandíbula, porque todo él parece partir de ese hueso que le da un distinguido aire masculino y luego subiría por sus mejillas, con la piel marcada en algunas zonas por los rastros de acné juvenil, y el trazo de la nariz sería limpio y preciso antes de detenerme en el entrecejo, justo donde se concentran todas las preocupaciones de Will. Sé que siguen ahí. Lo sé. No puedo verlas, pero lo percibo. Los problemas de Will no van a solucionarse tan solo porque decidiese contármelos. No estoy segura de qué percepción tiene de sí mismo después de cambiar de ciudad, de amores, de amistades, de familia, de trabajo, de sueños y, lo más importante, de corazón. A veces me gustaría profundizar más en ello y en otras ocasiones prefiero no tocar nada, caminar de puntillas y aferrarnos a esto que tenemos como si el amor fuese la cura para todo, unos mililitros al día cada ocho horas. Es, probablemente, lo que hemos hecho durante las últimas semanas: dejarnos llevar. Pasar días perfectos como este o como la noche que celebramos su cumpleaños viendo las Perseidas y comiendo espaguetis con mucho queso. Disfrutar solo del presente después de enterrar el pasado y de evitar pensar demasiado en el futuro.

—La felicidad es viajar sin equipaje —susurro.

—Sí. —Abre los ojos—. Y sentirse libre.

—Yun helado de chocolate enorme.

Will bosteza relajado y estira los brazos.

—La felicidad es mandar a la mierda la felicidad.

—Sin duda. Estoy completamente de acuerdo. Y pasan unos segundos hasta que digo: — Pero quiero ser feliz.

—Yo también.

Comemos lo que hemos comprado de camino en la gasolinera. Unos paquetes de patatas fritas, sándwiches y dos latas de cola. Luego, damos un paseo por los alrededores. Lo hacemos cogidos de la mano y es perfecto, como todas las cosas sencillas del mundo, los botones de flores que nos rodean, amarillos y blancos, o la ausencia de nubes. No hablamos. Y no hace falta. No, no quiero hablar, no quiero romper este precioso silencio que nos abraza. No sé qué será de nosotros, de Will y de mí, pero sí sé que, cuando piense en un día de verano dentro de muchos años, recordaré este instante.

Ya ha empezado a anochecer cuando reconozco el camino porque falta poco para llegar a casa. Me he pasado la mitad del trayecto dormitando y siendo la peor compañera de viaje que alguien podría desear.

—Roncas —dice Will.

—Eres un mentiroso.

—Te grabaré la próxima vez.

Suena la melodía aguda de su teléfono móvil, es una cancioncilla anodina e imagino que la usa por defecto. Will aparta la vista de la carretera un segundo para ver quién es y lo ignora como si no lo oyese. Distingo el nombre en la pantalla: Lena.

—¿No piensas cogerlo?

—No.

—Voy a repetir la pregunta: ¿te llama la mujer con la que ibas a casarte y no piensas cogerlo? —Trago saliva. Me inquieta que no descuelgue el teléfono.

—No.

—¿Puedes ser menos conciso? Me recuerdas al Will que conocí hace meses, ese que se comunicaba con monosílabos. —Y odio hablar así de él, separando sus versiones como si lo estuviese desmembrando. Sé que es probable que sea algo que le hace daño, pero no puedo evitarlo porque es el

primero que no se acepta en su conjunto y marca líneas divisorias que no deberían existir.

—Ya sé lo que tiene que decirme. —Continúa mirando al frente con las manos aferrando el volante—. Se va a mudar con su novio porque está embarazada y el apartamento del Upper East Side solo tiene una habitación y se le queda pequeño.

—¿Y eso en qué te incumbe?

—Nunca regresé. Mis cosas siguen allí.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. ¿Por qué te sorprende tanto?

—Porque es necesario cerrar etapas para empezar otras.

Will niega con la cabeza.

—Esa etapa de mi vida está bien cerrada, créeme.

—¿Tanto te costaría ir a Nueva York para recoger tus cosas? Podría ser... Podría ser hasta algo bonito, ¿sabes? Como despedirte de la ciudad. Will me dirige una mirada llena de consternación.

—¿Hablas en serio? —pregunta, y alzo las cejas—. Oh, mierda, sí que hablas en serio. Mira, está bien, si te quedas más tranquila, le contestaré al correo que me envió la semana pasada, le daré la enhorabuena y le diré que puede tirar todas mis cosas.

Durante un largo minuto, los dos nos quedamos callados.

—Will, lo que creo es que tienes miedo. No sé si de enfrentarte a lo que fuiste o de mostrarte tal como eres ahora. Pero me da la impresión de que te estás escondiendo.

Él pone los ojos en blanco y suspira, pero eso no me hace cambiar de idea, no. Y tampoco que, justo cuando cruzamos la entrada de Ink Lake, me diga algo que me haga olvidarme del tema anterior y darlo por zanjado, porque sabe que no podré resistirme.

—¿Quieres abrir la penúltima casilla?

Siento un pequeño tironcito en la tripa por culpa de los nervios. ¿Cómo será la vida cuando el juego haya llegado a su fin, cuando ya no quede nada «vivo» de Lucy en el mundo, nada por descubrir? Recuerdo la persona que era cuando esto empezó, tan estancada en la monotonía, tan aburrida de mi propia existencia; y me sorprende ver que, aunque nada ha cambiado, todo lo ha hecho. Sí, sigo sin trabajo estable, sin expectativas claras de futuro y sin independizarme, pero me noto distinta al mirarme al espejo y vislumbro

algunas posibilidades a lo lejos. Todavía me siento llena de grietas, pero en lugar de verlas como vacíos insondables, empiezo a pensar que quizá ahí dentro pueda crecer algo en un futuro no muy lejano.

—Está bien. Hagámoslo.

Will se desvía para ir hacia el parque de caravanas. Caminamos por la gravilla, entramos y saca el juego de debajo de la cama. Distingo al lado una esquina de papel brillante que parece de regalo, pero lo olvido en cuanto él abre la casilla y saca un pequeño papelito en el que se indica la carta correspondiente. Me la da y se sienta en la cama, a la espera. Me acomodo junto a él, la abro y casi puedo oír la voz de mi hermana susurrándome al oído con ese tono suyo risueño y dulce.

*Pequeña Grace :*

*¿Recuerdas cuando llegaba Navidad y los tíos y el abuelo nos daban dinero? Tú te lo gastabas una semana después porque siempre has sido impaciente y yo..., bueno, yo lo guardaba. No estoy segura de para qué, pero es que todo lo material me pareció siempre trivial y nunca necesité grandes cosas, ya lo sabes. ¿Y aquel verano que trabajé con Marge en la cafetería? Pues también ahorré todo lo que gané. Así que sí, ese dinero es tuyo, te lo regalo. Lo encontrarás en el tablón suelto de mi habitación, ya sabes cuál es. No voy a decirte en qué deberías gastarlo, pero espero y confío en que merecerá la pena .*

*El juego está llegando a su fin .*

*Ojalá pudiese verte ahora .*

*Con amor, Lucy .*

Tengo una congoja en el pecho que no desaparece cuando Will me abraza y me da un beso en la frente. Me quedo ahí un momento para coger aire y dejar que el nudo que me atenaza la garganta se deshaga, pero no ocurre. Sigue dentro, bien prieto.

Will me lleva de regreso a casa. Encuentro a mis padres en el salón viendo las noticias; ella está en el sofá y él, en la butaca. Es una escena familiar de lo más cotidiana y por eso resulta sorprendente lo extraña que me parece, como si algo no encajase; pero ahí están, juntos.

Subo las escaleras y, en lugar de entrar en mi habitación, voy a la de Lucy.

Aparto un poco el escritorio de un empujón y me agacho en el suelo. Me equivoco en el primer intento, pero la segunda tabla sí se mueve y logro levantarla. Veo una bolsita de tela y sonrío porque me encanta imaginarla

ideando el juego, pensando en cada detalle. La abro. Está llena de dinero. Mucho dinero. Casi íntegramente lo que debió de ganar aquel verano trabajando, más años y años siendo una hormiguita.

Y no tengo ninguna duda sobre qué haré con él.

## 43

### *Grace*

—¿Un viaje por Europa?

—Un viaje por Europa, sí.

—Pero eso suena... ¡increíble! —Olivia sonrío con toda la cara porque no sabe hacerlo de otra manera.

—Me da un poco de vértigo, pero creo que a Lucy le hubiese gustado la idea. Todavía no he pensado mucho en los detalles, aunque me gustaría irme pronto, en cuanto termine el verano, y probablemente esté fuera varios meses...

Levanto la vista cuando escucho las campanillas de la puerta y veo a Will entrando en la cafetería. Viste pantalones vaqueros, camiseta oscura de manga corta y, por la manera en la que el pelo cae desordenado por su frente, es evidente que acaba de ducharse. Les pedí a él y a Olivia que viniesen porque quería que se conociesen. Esboza una sonrisa pequeña al verme, de esas que le dibujan un hoyuelo en la mejilla derecha, aunque no llegue a curvarle los labios del todo. Se acerca con paso seguro y me da un beso suave en los labios. Aún sigue sorprendiéndome el gesto, que me salude así cada día o la idea de poder hacer lo mismo cuando me apetezca. Después, mira a Olivia y se presenta.

—Encantada. He oído hablar bastante de ti, aunque no te imaginaba así. Ahora que te veo, creo que puedo entender por qué a Grace le fascinas tanto...

Consigo darle un pisotón por debajo de la mesa, pero lleva unas botas militares de color amarillo que interfieren en mi cometido.

—¿Ya habéis pedido? —pregunta Will.

—No, estábamos a punto de hacerlo.

—Yo me levanto. ¿Qué queréis? —Tarta de zanahoria —dice Olivia. —Dos tartas. Y café con leche —añado.

—Dos cafés con leche y dos tartas —concluye Olivia.



La mirada de Will va de una a otra hasta que vuelve a sonreír y sacude la cabeza, como diciendo «ya sé por qué os lleváis bien». Se aleja hacia la barra y nosotras continuamos comentando posibles alternativas sobre el viaje. Cuando regresa, deja el pedido en la mesa y se sienta a mi lado. —¿De qué estáis hablando?

—Del viaje —dice Olivia.

—Ah, eso. ¿Has decidido por dónde empezar?

Fue el primero al que le conté lo que pensaba hacer con el dinero, después lo compartí con el abuelo cuando fui a visitarlo y lo encontré en el taller del garaje y, por último, informé a mis padres y a Olivia. Todos parecen estar de acuerdo en que es una buena decisión, pero hasta la fecha ni siquiera tengo claro el primer destino y debería empezar a planificarlo pronto, porque debo ocuparme del visado y otros papeles.

—Todavía no estoy segura. *Estamos* —añado.

—No, la decisión es tuya —se apresura a recalcar Will haciendo un gesto con las manos—. Yo solo voy a ser un fiel escudero, pero este viaje depende de ti.

Tiene razón. Cuando le pregunté a Will si le gustaría acompañarme, no lo dudó ni un solo segundo antes de aceptar, pero el viaje sigue siendo mío. He tardado todo este tiempo en darme cuenta de que deseaba cosas que no sabía que deseaba y quizá sea lo más triste de todo, que no me cuidaba lo suficiente como para mirarme por dentro. Sí, la vida en Ink Lake es bastante agradable, pero quiero ver más, mucho más. Quiero viajar para conocerme lejos de casa, para verme en el reflejo de otras aguas y contemplar mi hogar desde una perspectiva distinta, más abierta, cuando decida que me apetece regresar.

Olivia me coge de la barbilla para obligarme a mirarla. —Contesta sin pensar. ¿Qué ciudades deseas ver? Cierro los ojos con fuerza sintiéndome tonta y digo: — ¡Ámsterdam, Florencia, Roma, París, Londres...!

—No está nada mal. —Olivia me suelta, se lleva un trozo de tarta a la boca y permanece meditativa sin dejar de masticar—. ¿Cuánto tiempo

durará el viaje?

—Aún no lo sabemos —admito.

—Sois muy previsores —bromea ella.

—Yo me estoy dejando llevar. —Will sonríe.

Nos quedamos un rato más hablando. Olivia dice que, con independencia de las ciudades que decida visitar, debería ir a la biblioteca y coger algunas guías de viaje. «A la antigua usanza, nada de mirarlo todo en la red». Y, en realidad, me gusta el plan, poder abrir uno de esos libritos y sumergirme en otro lugar saboreando cada página. Así que le digo que es probable que lo haga cuando tome una decisión sobre a qué sitios ir. Después del café, me despido rápido de los dos para ir a pasear a Mr. Flu. Como de costumbre, Anne me recibe con una sonrisa amable y me invita a entrar.

—Acabo de tomar café —digo cuando me ofrece.

—Perfecto. Pues no te entretengo más.

Engancho la correa en el collar del perro y, antes de salir por la puerta, me giro hacia ella, que permanece ahí parada tan elegante como siempre, con unos zapatos de tacón de terciopelo verde, vestido negro de cuello ovalado y medias, a pesar de estar en verano. Me maravilla su capacidad para estar siempre impecable.

—Señora Rogers...

—Llámame Anne.

—Anne, te agradezco lo que has hecho por mi madre.

—Oh, bobadas, yo no he hecho nada...

—Lo digo en serio —la corto, porque no quiero andarme con rodeos ni sutilidades y las dos sabemos la verdad—. Creo que necesitaba una amiga que le tendiese la mano, alguien que no fuésemos el abuelo, mi padre o yo. Y casi todo el mundo se había olvidado ya de ella, pero tú..., bueno, le diste la oportunidad de escoger.

Anne aprieta los labios. Está visiblemente emocionada.

—Ha sido un placer, Grace.

Entonces sí, le sonrío y luego bajo los escalones con Mr. Flu tirando de la correa. Nos dirigimos hacia el parque de siempre y nos sentamos en el banco de siempre y miramos las hojas de siempre. Hace unos meses me sentía entumecida entre una monotonía semejante, pero todo ha cambiado,

aunque me resulte difícil señalar el qué con precisión. Quizá sea yo. Puede que en las respuestas más sencillas resida la verdad.

Al caer la noche, me acerco a casa del abuelo para cenar.

—¿Qué has preparado? —Le quito la tapa a la olla.

—Un guiso. Tenía que aprovechar lo que había en la nevera.

—Huele muy bien —comento, y cojo un plato para servirme.

Nos sentamos a la mesa y compartimos unos minutos de silencio mientras nos llevamos a la boca una cucharada tras otra. La comida caliente siempre me reconforta y me hace sentir bien, sobre todo si ha sido cocinada por él. Me lo termino todo y suspiro.

—Podría irme rodando de aquí. —Dejo el plato en el fregadero y vuelvo a ocupar mi sitio frente a él, que pela una manzana con parsimonia—. ¿No piensas decir nada?

—¿Sobre qué? —Arruga la frente.

—¿Sobre qué va a ser? Will.

—Mmmmm. —Para ser exactos, es una mezcla entre murmullo y gruñido que usa a menudo y que su interlocutor debe traducir, cosa que ahora mismo no me apetece hacer.

—Abuelo... —protesto.

—Me gustó. —Sin embargo, por su manera de decirlo, sé que a continuación viene algo más, aunque no parece dispuesto a dejarlo ir con facilidad.

—¿Cuál es el «pero»? —insisto.

El abuelo me mira y suspira hondo. —Buen corazón. Cabeza enredada. —¿Y a quién no le ocurre lo mismo?

—Sí. —Asiente y deja caer en la mesa la piel de la manzana con forma de espiral—. Siempre hay astillas en la madera.

No indago más sobre el tema, quizá porque, aunque estoy de acuerdo con el abuelo, lo que le he dicho es cierto: a veces la vida se le enreda a uno de tal manera que parece imposible encontrar el principio y el final del hilo. Lo sé mejor que nadie. Sigo sintiéndome hecha un lío la mayor parte del tiempo, lo que ocurre es que le estoy pillando el punto a esto de observar mis propios nudos e intentar deshacerlos con un poco de maña y paciencia, pero sin prisa, paso a paso.

Lo único que me inquieta respecto a Will es si él es capaz no ya de deshacer sus propios nudos, sino de atreverse a mirarlos de cerca y sin miedo.

—¿Tenéis claro el viaje?

—No. —Cojo el trozo de manzana pelada que me ofrece como si siguiese siendo una niña a la que le dan la fruta preparada—. Pero creo que Ámsterdam debería ser el punto de partida.

Asiente con la cabeza y ya no decimos nada más. Sin embargo, estamos bien así, callados, haciéndonos compañía.

Cuando salgo de casa del abuelo, me dirijo al centro de Ink Lake. Lo hago en bicicleta y disfruto del placer de sentir el aire templado en la cara y de que me ardan los pulmones y de pedalear con todas mis fuerzas hasta notar las piernas temblorosas. Siento que, después de mucho tiempo, mi cuerpo y mi cabeza están en sintonía. Y es justo en este instante de liberación cuando una idea parece colarse en mi interior al tomar una bocanada de aire y se me queda dentro, atascada detrás de las costillas. Ya sé que no voy a poder sacarla de ahí.

Ato la bicicleta a la farola que hay junto al local donde Will trabaja y empujo la puerta. Hay bastantes clientes. Paul pasa por mi lado con una bandeja en la mano llena de vasitos de licor.

—¡Grace! ¿Cómo estás?

—Menos ocupada que tú —bromeo.

Paul se ríe y niega con la cabeza mientras sigue su camino hacia una de las mesas. Me acerco a Will, que está tras la barra, y ocupo uno de los taburetes libres.

—No sabía que vendrías.

—Yo tampoco —admito—. Se me ha ocurrido una idea de camino hacia aquí.

Alza las cejas y coge una botella.

—¿Debería preocuparme?

—No, no. Al revés. Es sobre el viaje.

—Si es importante, quiero prestarte atención. Espera un momento, termino con este pedido y el siguiente y luego...

—Tranquilo. Tú sírreme un refresco con mucho hielo y más tarde hablamos.

—De acuerdo.

Así que durante la siguiente hora y media me dedico a beber a sorbitos de mi vaso mientras leo el libro que llevaba en el bolso. De vez en cuando, levanto la vista de las páginas y observo a Will, porque disfruto comprobando una y otra vez lo meticuloso que es; su manera de servir las bebidas sin que se derrame ni una gota, lo organizado que lo tiene todo detrás de la barra y cómo la limpia con el trapo cada dos por tres.

Al acabar la jornada, cuando todos los clientes se han ido, me quedo allí con él y con Paul, que hace recuento de la caja. Parece satisfecho cuando la cierra.

—¿Una buena noche? —pregunto.

—Bastante aceptable, sí —dice.

—¿Te importa que hoy salga un poco antes? —le pregunta Will.

—No. Yo me encargo de recoger lo que queda. —Paul le da una palmada en la espalda y sigue a lo suyo mientras Will rodea la barra y me alcanza.

Una vez fuera, le quito el candado a mi bicicleta. Aunque él ha traído el coche, decide acompañarme a casa dando un paseo con la excusa de que le apetece mover las piernas. Caminamos despacio, yo empujando la bici y él a mi lado mirando hacia el cielo oscuro de vez en cuando como si estuviese buscando algo.

—¿Qué querías decirme antes?

—Ah, sí, sobre eso... —Hago una pausa y vuelvo a meditarlo—. Creo que sería una buena idea empezar el viaje en Ámsterdam. Desde ahí movernos a Londres, París, Florencia y Roma.

—Me parece perfecto.

—Pero todo eso podría variar.

—Sí. En los viajes de este estilo siempre surgen imprevistos, está bien que vayas con la mente abierta...

—Excepto en una cosa —lo interrumpo—. Hay algo que me gustaría que fuese inamovible. He pensado en alargar el viaje hasta el veintinueve de noviembre y, cuando ese día llegue, necesito estar en Viena.

—¿Debería saber por qué?

—Será el aniversario de la muerte de mi hermana. Y no quiero que sea triste, me niego a ir al cementerio para dejarle flores. Desearía que ese día fuese el más bello del mundo por si acaso..., por si acaso me está viendo. ¿Suenan estúpido?

—No.

—Bien. Porque quiero ver la obra de Klimt y caminar por Viena y sonreír.

—Me parece perfecto. —Will se inclina sin dejar de andar y me da un beso en la sien—. Haremos todo eso. Te lo prometo.

## 44

### **Grace**

*Estimada señorita Grace Peterson :*

*Nos complace haber recibido su solicitud para cursar sus estudios en Academy of Art University, pero debemos comunicarle que no ha sido seleccionada para formar parte del curso que empezará en breve. La razón es bastante evidente, pero, dada la excepcionalidad de su caso, queríamos recordarle que el plazo para las inscripciones se cerró un mes antes de que su carta llegase a nuestro departamento .*

*No obstante, a título personal, voy a tomarme la licencia de decirle que su carta me ha parecido tan desastrosa como sincera. Su nota media dista mucho de ser excelente y hay un intervalo de años en blanco que podrían poner en duda su constancia, pero, pese a todo ello, no puedo pasar por alto que cada palabra me ha emocionado y, al final, ¿acaso el arte no trata precisamente de eso? Si el año que viene sigue deseando proceder con sus estudios, le sugiero que envíe su solicitud dentro del plazo establecido porque, de ser así, estoy bastante segura de que con gusto le asignaremos una plaza en el curso correspondiente. Confío en que así será . Cordialmente, Tally Fisher .*

**Grace**

La sesión grupal de esta semana ha sido intensa porque Adrien nos contó que al final se decidió a quedar con la mujer a la que conoció en el *parking* y fue una cita maravillosa. Faith ha aplaudido, Dona se ha echado a reír, y Jane y Matilda han estallado en llanto. Después, ha habido muchos abrazos entre restos de limonada y pastelitos de coco rellenos de fresa. Ha sido extrañamente alegre y triste a la vez.

Cuando hemos salido de allí, mamá se ha puesto frente al volante y en lugar de dirigirse hacia casa ha girado al llegar a la avenida principal y me ha traído hasta este lugar en el que ahora nos encontramos, un barrio que queda a las afueras de Ink Lake, con varias hileras de casitas idénticas que alguien dejó a medio construir. Faltan las ventanas, los últimos acabados y la mayoría de las fachadas están pintarrajeadas.

—¿Qué te parece? —pregunta cuando termina de contarme en qué punto se encuentra el proyecto y cuál va a ser exactamente su cometido. —Son bonitas. Es una pena que estén abandonadas.

—Eso mismo pensé cuando vine a verlas...

Suspira y alza la vista hacia una de las casas. Se queda mirándola un buen rato y me pregunto si se dará cuenta de que estar en este lugar, vestida con un pantalón beis que hacía mucho que no usaba y con la mirada llena de ilusión, es una victoria inesperada, porque ni siquiera yo, que siempre anhelé que mi madre fuese mi madre en el sentido más clásico de la palabra, habría apostado que ocurriría y me siento afortunada de poder ser testigo de ello.

—Todo el mundo dice que eras la mejor...

—Bueno... —Baja la vista hacia mí y la veo dudar, pero después su semblante cambia y asiente—. Pues sí. La verdad es que lo era, ¡qué demonios!

—Eso. Bien dicho.

Y nos sonreímos antes de regresar al coche.

Ya es tarde, pero le pido si puede dejarme en la biblioteca. Ella asiente y cambia de dirección para llevarme hasta allí. Le explico que estoy planificando el recorrido del viaje y que quiero coger algunas guías de varias ciudades y poder leerlas con calma, pasando las páginas, nada de buscar en Internet tan solo los lugares más emblemáticos o visitas ya organizadas. Quiero ir por libre, pero teniendo conocimientos previos. Frena delante de la puerta cuando llegamos.

—¿Vuelves por tu cuenta? —pregunta.

—Sí, es un paseo. No te preocupes.

Salgo del coche y entro en el edificio. No es demasiado grande. Los libros están en la segunda planta y abajo hay varias salas de reuniones. Subo por las escaleras, saludo a la recepcionista y voy directamente a la sección de viajes. Recorro las hileras de guías y libros con el dedo índice, tocando los lomos; es algo que hago siempre cuando veo una estantería abarrotada y me encanta porque es como saludarlos, «ya estoy aquí — quiero decirles—, ya voy a descubrir qué escondéis entre las páginas». Miro, reviso, abro, cierro, saco, meto, leo.

Una hora más tarde, la biblioteca está a punto de cerrar y yo me llevo siete libros que

consigo meter en la mochila de milagro. Cuento los escalones cuando los bajo, no sé muy bien la razón, y al llegar al último me detengo de golpe porque escucho una voz familiar.

—Yo también, Allison.

Solo eso, tres palabras que podrían no significar nada y tan solo ser la respuesta a un comentario trivial como «adoro los guisantes con cebolla», pero no es el caso. No lo es porque quien lo dice es mi padre, que se encuentra justo delante de una de las salas de reuniones, y su mano, esa mano que me ha sostenido durante toda mi vida, aferra la de Allison con una mezcla de ternura y deseo que me destroza.

Ella es la primera en verme. Sus ojos se agrandan.

Después, él se gira para ver qué le ha llamado la atención y me descubre ahí, paralizada todavía en ese último escalón, contemplándolos como si

fuesen un retrato en miniatura de Jean Baptiste Weyler y tuviese que agudizar mucho la vista para distinguir bien la escena que representan. En este caso, es una bastante desagradable. Se me revuelve el estómago. —¿Qué estás haciendo? —Y es mi voz la que grita, pero no tengo la sensación de que sea así, como si hubiese dejado de pertenecerme.

—Grace, te lo puedo explicar. No es lo que...

—Oh, joder. Ni te atrevas a decir esa frase.

Y bajo el maldito escalón. Estoy enfadada. Estoy decepcionada. Estoy contrariada. ¿Cómo es posible que esto esté ocurriendo cuando al fin parecía que las piezas encajaban, que todo iba bien, que mis padres estaban acercándose?

—Saltamontes, espera, por favor.

—No me llames así. En serio, no lo hagas.

Abro la puerta de la biblioteca de un tirón y salgo. Ya casi ha anochecido. Camino calle abajo a paso rápido, muy rápido, aunque sé que me está siguiendo. Tomo aire e intento calmarme, pero solo veo esas dos manos unidas y no dejo de pensar en mamá, en lo injusto que es después de todo lo que ha sacrificado por nosotras y por él. Media vida. Media vida y un corazón. ¿Y esto es lo que recibe a cambio? Parece una broma del destino.

—¡Grace! —me llama—. Para. Hablemos.

Freno de golpe y me doy la vuelta.

—¿Sí? ¿Quieres que nos tomemos un café para que me cuentes cómo te entretenías con esa mujer mientras nosotras atravesábamos el peor momento de nuestras vidas? ¿Quieres convencerme de que no ha significado nada y todo eso?

No contesta. En lugar de negarlo, de luchar o insistir, se queda ahí plantado en mitad de la calle y, al final, me giro y me alejo sin mirar atrás, un paso tras otro. Noto el peso de la mochila en la espalda, me arden los pulmones y me pica la nariz. No es por mí. Es por ella. Es porque me duele tener que contarle esto y me aterra que la haga derrumbarse otra vez después de lo mucho que le ha costado levantarse.

Cuando llego a casa, el coche de mi padre está en el garaje. Ha sido más rápido. Encajo la llave en la cerradura con el corazón latiéndome a mil por hora.

No se oye nada. Eso me sorprende.

Voy al comedor. Mamá está sentada en el sofá con un libro en la mano que cierra en cuanto me ve. Él está en el sillón y no deja de frotarse las sienes, aunque levanta la vista al oír mis pisadas. Dejo las llaves en la repisa de la chimenea.

—¿Qué está pasando?

—Verás, lo de antes...

—Tu padre y yo vamos a divorciarnos —lo corta ella, y el tono de su voz es seco y contundente—. Empezamos los trámites hace unas semanas. Estoy confusa. Tan confusa que sigo anclada en el último escalón, en las manos acariciándose y en el tono bajo de su voz diciendo «yo también, Allison».

—¿Mamá lo sabe todo o eres tan cobarde que ni siquiera has sido capaz de decírselo? —pregunto mirándolo.

—Yo... —murmura él con voz temblorosa.

—¿Que hay otra mujer? —Ella se levanta y se acerca hacia mí. Me acaricia la mejilla y en sus ojos veo tanto dolor como alivio—. Sí. Lo sé desde hace tiempo, Grace. Tranquila.

—Pero ¿cómo es posible? Después de todo lo que hemos pasado... Ella sacude la cabeza y dice:

—Ahora... todo está bien.

Él se pone en pie. Se muestra perdido y le brillan los ojos como si estuviese reteniendo las lágrimas. De pronto parece más pequeño, más viejo, más débil. O quizá sea solo cosa de mi percepción, porque el hombre que creía conocer, ese que pensaba que estaba regresando poco a poco, acaba de esfumarse de golpe. No estoy segura de quién es en estos momentos y me cuesta mirarlo porque al hacerlo siento un pellizco de desilusión.

—Creo que debería irme esta noche. Volveré mañana a primera hora. —Te lo agradecería, Jacob. —Mamá le dirige una mirada afectuosa que me cuesta encajar y yo sigo ahí sin moverme hasta que escucho la puerta cerrarse.

—No lo entiendo... —susurro.

—Ven, Grace, tomaremos algo.

Mamá me rodea los hombros con un brazo y nos dirigimos a la cocina. Calienta agua en el microondas y luego le añade una bolsita de manzanilla.

Después me pone la taza delante, se sienta enfrente y remueve la suya con lentitud.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Unos meses... —Suspira hondo—. Aunque supongo que lo sospeché casi desde el principio. Él no se atrevió a decírmelo entonces, le ha costado tanto aceptar sus sentimientos como encontrar el valor para ser sincero, y quizá a mí no me importaba lo suficiente como para molestarme en indagar más.

—No me lo puedo creer...

—En realidad, hacía mucho tiempo que tu padre y yo ya no caminábamos en la misma dirección. Por lo visto quiso solucionarlo antes, pero entonces Lucy murió y..., bueno, no ha sido fácil. Pensó que no podría soportar otro golpe.

—Es que no es justo para ti...

—La cuestión es que soy fuerte, siempre lo he sido. Y me siento capaz de seguir



adelante sin él. Creo que es lo mejor para los dos, nuestra relación ha mejorado bastante desde que tomamos la decisión de divorciarnos.

Así que era eso. Cuando creía que estaban mejor que nunca, que empezaban a compartir espacios y momentos, a entenderse y encontrarse, en realidad lo que ocurría era que habían optado por romper su matrimonio y tomar desvíos distintos. De ahí la paz en casa.

—¿Por qué nadie me lo contó?

—Íbamos a hacerlo pronto. Pero te veíamos tan bien que no queríamos ser una preocupación para ti después de todo lo que hemos pasado este último año. Y acabas de empezar con ese chico... Y estás a punto de irte de viaje... tan lejos... Mi pequeña. —Alarga la mano por encima de la mesa y aprieta la mía con ternura—. Yo le pedí que esperase.

Tengo un nudo en la garganta, soy incapaz de beberme la infusión. —¿En qué momento dejas de querer a una persona?

—No lo sé, tu padre y yo no hemos dejado de hacerlo...

—Pero... esto... —Hago un gesto con las manos y, finalmente, las dejo caer—. ¿Cómo puedes defenderlo?

—Eres joven. Sé que ahora no lo entiendes. Y también sé que cuando te enamoras, al principio, todo parece tan perfecto que te preguntas si el resto del mundo habrá vivido algo igual o lo que sentís vosotros es único y diferente. Pero, cuando ese amor fugaz pasa, lo que queda son dos personas

de carne y hueso, con sus debilidades y fortalezas. Tu padre y yo hemos pasado por mucho juntos. Mucho, Grace. Solo nosotros sabemos lo que queda dentro... y lo que ya no queda. ¿Lo entiendes?

Asiento con la cabeza, aunque no estoy segura.

—¿Y tú... estás bien? —susurro.

—Sí, de verdad que sí. Ha sido complicado... —Se le llenan los ojos de lágrimas y, cuando se escurren, se las limpia con el dorso de la mano—. He pasado tantos años viviendo para Lucy que ahora me cuesta vivir para mí. Ella era todo mi mundo...

Me levanto para ir a su lado y me siento en su regazo como si siguiese siendo una niña, quizá porque a veces todavía me siento así. Y la necesito. Si alguna vez dije lo contrario, mentí. Necesito a mi madre y ella me necesita a mí. El abrazo que le doy dice: «Quédate a mi lado para siempre y yo haré lo mismo».

—Me da miedo irme al viaje y dejarte aquí.

—De eso nada. Estaré perfectamente. Tengo el grupo de terapia, que es fantástico. Y está el abuelo, él nunca falla. Y Anne; de hecho, he quedado con ella para cenar el viernes en un restaurante que acaba de abrir. —Pero...

—Y quiero que seas la protagonista de tu propia vida, Grace. ¿Quién sabe si podrás hacerlo en otra ocasión? El próximo año es posible que estés estudiando en esa escuela de arte. O que Will y tú no podáis coincidir porque tengáis compromisos...

Le digo que sí, que tiene razón, aunque hace días que siento algo pegajoso dentro, pero no sé explicar por qué. Se ha convertido en algo molesto. Una piedrecita en el zapato. Y tiene que ver con él, con Will, pero no sé qué es, no sé qué es...

—Deberías cenar algo —me dice.

—Más tarde, quizá. Ahora no me apetece.

En mi habitación, saco las guías de viaje y las dejo desperdigadas sobre la cama. Me pongo el pijama y cierro la ventana, porque septiembre se perfila a lo lejos y empieza a refrescar por las noches. Paso un rato perdida entre las calles de Ámsterdam mientras leo, pero termino desistiendo porque no me concentro. No dejo de pensar en esa mano, en el gesto dulce que compartían, en la mirada de Allison, en los comienzos.

¿Cómo es posible que todo cambie tanto con el paso del tiempo? Hubo una época, aquella en la que Lucy apenas recayó y que duró un par de años, en la que fuimos felices. En el álbum de fotografías que hay en el salón aparecemos los cuatro disfrazados en Halloween, junto al árbol de Navidad o en Sunken Gardens. Lucy sonríe con toda la boca, enseñando los dientes. Yo hago muecas. Mamá nos acoge entre sus brazos. Y papá la mira a ella y no a otra mujer que ni siquiera conozco. Sobre el papel, todo es perfecto. Me pregunto si el resto del mundo siente el mismo tipo de nostalgia incómoda cuando mira fotografías antiguas y hace balance de lo ganado y lo perdido.

Ahora Lucy está muerta. Y mamá es ella, pero otra. Y papá está lejos. Yo estoy abriendo los ojos. Aún tengo legañas. No conozco todos los desvíos y creo que voy a tener que aprender a improvisar, pero siento que me encuentro en el camino correcto y estoy decidida a seguir avanzando hacia delante.

Es precisamente lo que me hace reflexionar sobre lo que le dije a Will días atrás: hay que cerrar etapas para empezar otras nuevas. Y por eso necesito terminar «El mapa de los anhelos». Lo necesito, sí.

## 46

### Will

—Así que vas a dejar el trabajo —repite Paul.

—Lo siento. Quizá debería haberte avisado con más antelación...

—No, no te preocupes por eso. —Termina de limpiar la barra con el trapo y después lo aparta y me mira—. ¿Cuándo has dicho que os vais al viaje?

—En un par de semanas.

—¿Estaréis fuera un mes o dos? Porque quizá pueda encontrar ayuda temporal hasta que regreses y guardarte el puesto mientras tanto.

Sigo colocando los vasos en la estantería, todos perfectamente alineados.

—Es que no sé cuándo volveré.

—¿Cómo que no lo sabes? Me encojo de hombros. —Depende de Grace.

—¿Y te da igual no saberlo?

Levanto la vista hacia él todavía con uno de los vasos en la mano. Lo cierto es que no me había parado a pensarlo. Que no quiero pensarlo, en realidad. Todo está bien así. Es la primera vez que siento por una persona esta mezcla de admiración, confianza y deseo. Grace es un refugio. Un haz de luz entre mis propias sombras.

—Sí, no me importa. Me gusta viajar sin más. Y Grace necesita hacerlo, así que simplemente estaré a su lado. Además, es la primera vez que se aleja de casa.

Nos quedamos callados un rato mientras terminamos de recoger. Cojo la escoba y barro entre las mesas y las sillas. Paul se ocupa de la caja. Al

terminar, tras anotar el recuento de la jornada en una libreta, la cierra y lanza un suspiro largo.

—¿Y qué harás cuando el viaje acabe? —Todavía no estoy seguro —admito. —¿Dudas entre varias opciones?

—Mmm... —No me apetece seguir hablando del tema, pero como conozco a Paul porque llevamos tiempo trabajando juntos, sé que no lo dejará correr, así que digo—: Es posible que me marche a San Francisco si el próximo año Grace entra en la universidad.

Paul alza las cejas y frunce el ceño con lentitud.

—Debo suponer que tu ocupación actual es seguir los pasos de tu chica. ¿No hay nada que a ti te apetezca hacer con independencia de ella?

No lo pienso. No lo medito. No lo analizo. No quiero.

—No —contesto secamente, y me pongo la chaqueta.

La luna brilla en lo alto del cielo cuando camino por el parque de caravanas y entro en la mía. Nunca imaginé que terminaría cogiéndole tanto cariño a este lugar, pero me gusta su aplastante sencillez. No puedo acumular cosas, me veo en la obligación de ir al supermercado a diario y paso horas leyendo en la lavandería. Pero tiene todo lo que alguien como yo puede necesitar: un techo, paredes, agua, luz.

Me quito la ropa y me pongo algo más cómodo.

Cuando me dejo caer en la cama, noto que huele a ella. El olor de Grace es bastante específico porque usa una colonia de moras silvestres con un rastro dulzón; la vi en la mesilla de noche cuando estuve en su habitación. Me giro, enciendo una vela y suspiro antes de agacharme para mirar debajo de la cama. En este lugar guardo gran parte de mis pertenencias. Ahí está «El mapa de los anhelos», el regalo de cumpleaños que nunca le di a Grace y el libro que estaba buscando y del que me olvido al instante porque mi mano decide tirar con suavidad del lazo del regalo. El paquete se desliza por el suelo. Lo cojo. Debería habérselo dado esa noche, pero fue imposible. Y después no he encontrado el momento. En realidad, ya no sé si lo encontraré. No queda mucho tiempo.

Termino dejándolo sobre el banco, junto a las pilas de novelas. Cojo el libro y me tumbo. Leo una media hora hasta que, de pronto, alguien aporrea la puerta de la caravana.

**47**

***Grace***

Vuelvo a llamar con fuerza.

Will abre y una sonrisa se dibuja en su rostro. Y es tan arrolladora y perfecta que quiero que se quede ahí curvando sus labios hasta que me aburra de ella, algo que está lejos de ocurrir. Se aparta para dejarme entrar y cierra a mi espalda.

—Admito que me estoy aficionando a esto de que aparezcas de madrugada.

—Lo siento...

—¿No me has oído? No hay nada que sentir.

Sus manos están calientes cuando acogen mis mejillas y se inclina para besarme lenta y profundamente. Se me aflojan las rodillas. Por un instante, rendida ante el beso, me olvido de la razón por la que había ido a verlo y me dejo llevar, me pierdo en la suavidad

de su lengua y en la calidez de su boca, pero luego todo me golpea de pronto: la ausencia de mi hermana, el divorcio de mis padres, mi propia inconsistencia...

—Will. —Apoyo las manos en su pecho.

—Dime —murmura contra mi cuello.

—He venido porque... —Estoy un poco mareada, tanto por sus caricias como por mi propósito—. Necesito abrir la última casilla.

Él se aparta en ese momento y me mira fijamente.

—¿Estás segura?

—Sí, muy segura. Solo faltan un par de semanas para que nos embarquemos en el viaje y quiero acabar antes «El mapa de los anhelos» — digo atropelladamente—. Me da miedo. Me da miedo quedarme vacía cuando todo termine, pero ¿acaso la vida no va justo de eso? De afrontar

esos miedos y los vacíos y las aristas. No hablo de superarlos ni de ignorarlos, sino tan solo de ser capaz de mirarlos de frente.

Will me observa en silencio unos instantes. No sé qué está pasando por su cabeza, no puedo saberlo porque tiene un don para que su rostro se muestre inexpresivo cuando no quiere dejarme entrar. No contesta. No como esperaba que lo hiciese. Tan solo asiente y se agacha para sacar de la cama el juego.

—Está bien, si es lo que quieres...

Lo deja en mis manos. Como todo lo demás.

Y sé que es algo a lo que debería prestarle atención, porque la sensación pegajosa regresa, pero lo ignoro todo cuando abro la última casilla. Hay un papelito enrollado con el número de la carta que Will me da. Me siento en la cama. Saco la nota. Cojo aire.

*Pequeña Grace :*

*Esta será la última carta que te escriba. Quiero pensar que, si la estás leyendo, significa que completaste el juego y no que te rendiste a medias y fuiste directamente al final; pero, si tomaste ese desvío, no pasa nada. Lo comprendo. Sé que era un desafío porque a veces es tan difícil enfrentar lo que tememos como lo que anhelamos .*

*Tengo tantas cosas que decirte que no sé por dónde empezar. Quizá debería hacerlo por el principio. Tu llegada al mundo cambió mi vida, Grace. Y no lo digo en el sentido literal, no me refiero a esas células tuyas que luego fueron mías, no, sino a ti. Soy incapaz de imaginar mi existencia sin tenerte alrededor. Mamá siempre cuenta que, cuando éramos pequeñas, te dormías acariciándome la uña del dedo pulgar y, si me ingresaban en el hospital y no estaba en casa, llorabas y llorabas hasta que caías rendida por culpa del sofoco. Ser tu hermana mayor ha sido muy fácil, Grace. Seguirte la corriente cuando se te ocurrían travesuras, reírme de tus bromas, ser testigo de los tropiezos y las victorias. Y de cómo crecías. Lo has hecho. Has crecido mucho. Ahora que creo que el final llegará pronto, me paso los días imaginando qué será de tu vida cuando yo ya no esté; ¿de quién te enamorarás?, ¿cómo será la casa en la que vivas?, ¿en qué trabajarás?, ¿con qué personas quedarás a tomar algo? A veces voy más allá y fantaseo pensando en cómo serás cuando te hagas vieja, si seguirás llevando la misma melena corta de siempre o habrás cambiado, si cultivarás plantas en las ventanas o habrás aprendido a hacer bizcocho de plátano o si tendrás un gato que ronronee cuando lo acaricies tras las orejas... Me entristece pensar en las cosas que voy a perderme, porque, ¿sabes?, eres lo más parecido a una compañera de vida que se puede tener, paso a paso, mano a mano. Los padres y los hijos se mueven en dimensiones distintas, pero tú eres mi hermana, nacimos como iguales. No deberíamos separarnos nunca.*

*Pero...*

*El «pero» es la peor palabra del mundo, ¿no crees? Siempre aparece para que una vuelva a poner los pies en el suelo y lo destroza todo a su paso. «Te quiero, pero...», «nos ha gustado mucho tu currículum, pero...», «me encantaría, pero...» o, en mi caso, «no quiero despedirme de ti, pero voy a morirme» .*

*Todos seríamos más felices si desterrásemos esa palabra, pero no es posible. ¿Lo ves? Ahí está. Y, sin embargo, voy a pedirte ese imposible: me gustaría que vivieses como si no existiese. Grace, no malgastes tus días echando el freno o quejándote por nimiedades. La vida es un tablero de ajedrez; si te han regalado uno, no te quedes ahí parada mirando las partidas de los demás, porque quizá en algún momento te arrebaten tus fichas y ya sea tarde. Prepara una buena defensa, pero juega. Hazlo, aunque no siempre sepas cuál será el mejor movimiento. No se trata de ganar, sino de intentarlo. Confía en tu intuición y sé compasiva contigo misma. ¿Recuerdas lo que te dije sobre el dolor? Permítete estar triste. Permítete llorar. Permítete caer y date tiempo para recuperar fuerzas. Siempre he creído que el dolor hay que atravesarlo, no rodearlo. Al dolor hay que tenerle respeto y tratarlo con cariño y paciencia .*

*Supongo que te lo imaginarás, pero he pensado mucho en la muerte durante toda mi vida. Demasiado, quizá. Hubo épocas en las que me aterrorizó. Soñaba que estaba dentro de un ataúd, que no podía salir y las uñas se me rompían al arañar la madera. Tuve otros momentos en los que la apatía y la indiferencia se adueñaron de mí, no me importaba morirme porque estaba cansada de luchar y luchar. No fue hasta hace poco tiempo cuando decidí que me limitaría a fluir como un río. Y llegó la placidez .*

*He comprendido que la muerte es constante y siempre está presente, porque mueren los instantes que vivimos y dejamos atrás, mueren los sueños y aquellos que fuimos, muere la niñez y la inocencia, mueren las ciudades que van cambiando con el paso del tiempo, muere hasta el odio. Todo muere. Todo. Pero hay belleza en ello. Es una belleza eterna .*

*Y tú, que llevas años en busca de la belleza, deberías verlo así. Me gustaría que lo hicieses. Que atravesases el dolor y encontrases belleza en este adiós, porque si estoy aquí escribiéndote significa que viví, que tuvimos la suerte de ser hermanas y que algún día, ¿quién sabe?, quizá volvamos a encontrarnos. Si ocurre, Grace, espero que tengas muchas cosas que contarme. Cosas maravillosas. Cosas que nos hagan reír juntas .*

*Con amor, Lucy .*

*Levanto la cabeza cuando las lágrimas empiezan a emborronar las letras y solo entonces soy consciente de que estoy llorando. No, no lloro. Sollozo. Un gemido roto se escapa de mi garganta y siento que me ahogo, que estoy en medio del océano bajo las olas y no puedo respirar, no puedo. Will me rodea con sus brazos, me acuna contra su pecho, besa mis lágrimas con tanta delicadeza que lloro con más fuerza. Y sé que me dice algo al oído, palabras de consuelo, quizá, pero no oigo nada, no veo nada, no siento nada excepto este dolor asfixiante que me estruja los pulmones al pensar que*

*todo ha terminado, que ahora sí, que Lucy se ha ido, no solo su cuerpo, también los pedacitos de su alma que dejó para mí en estas cartas. Ya no me queda nada de mi hermana y la echo de menos como si me hubiesen mutilado.*

*Así que me abandono y sigo llorando.*

*No es fácil regresar del dolor, ese lugar que imagino como la guarida de una araña en mitad de un bosque denso. El dolor posee cierto encanto porque puedes dejarte ir y todo lo demás se vuelve trivial, te sientes casi etérea y liviana al parar de luchar y aceptar el abrazo de la tristeza. Y es fácil desear permanecer en la telaraña balanceándose con suavidad, pero si lo haces, si decides quedarte, corres el riesgo de perderte la hermosura salvaje y apabullante del resto del bosque. «Atraviesa el dolor». «Atraviésalo». Oigo su voz en mi cabeza. Y ahora comprendo que eso es precisamente lo*

que he estado haciendo durante los últimos meses de mi vida. Que empecé en la telaraña, estancada y rodeada de gente que no me sumaba, y después me liberé, toqué el suelo con los pies y caminé despacito, muy despacito, entre helechos y raíces y flores.

Sigo dentro del bosque. Sigo ahí. Pero las ramas de los árboles altos son menos frondosas y se ven trozos de cielo azul. A veces, hasta me alcanzan rayos de sol.

—Grace... —Su voz es una caricia invisible—. ¿Qué puedo hacer? —Nada. Nadie puede caminar por mí.

—¿A qué te refieres?

Sacudo la cabeza con el rostro todavía hundido en su pecho. Lo huelo. Lo huelo porque cuando lo hago sigo evocando cascadas y frío y violetas. Y escucho su corazón latiendo con fuerza contra mi oreja derecha, pum, pum, pum. Will está vivo y yo también. Y ese hecho absurdamente corriente de pronto me parece insólito. Respiramos. Lo hacemos a la vez. Su cuerpo y el mío funcionan a la perfección como dos máquinas recién engrasadas, cada célula cumple su función específica, podemos ver y oír y olerlos y saborearnos y tocarnos. Podemos querernos.

—Will...

—Dime.

—Voy a echarla tanto de menos...

—Lo sé. —Me besa la nariz, limpia el rastro de lágrimas.

—Gracias por acompañarme durante todo el juego. Has hecho que fuese aún mejor de lo que seguramente mi hermana imaginó.

—Joder, Grace. —Acaricia mi mejilla.

Tengo cuatro palabras atrapadas en la lengua: «Creo que te quiero». No, no lo creo, lo sé. Porque Will se ha convertido en el amigo que tanto necesitaba, en un amante, en un confidente, en esa persona capaz de hacerme reír mientras nos quitamos la ropa o de debatir intensamente sobre cualquier tema que al resto de la humanidad le resulte insignificante. Y me gusta su corazón. No es perfecto, no lo es, algunas zonas han pasado demasiado tiempo a la sombra, pero es un corazón que sabe arrepentirse. Sin embargo, no las digo. Me trago las palabras con fuerza.

—¿Tú crees que la tristeza puede ser infinita? Will me mira y me aparta el pelo de la cara. —Depende de qué tipo de tristeza.

Veo borroso cuando él se mueve y coge la caja del juego. Saca las cartas que quedan, esas que son de otros colores y que vi la primera vez que me enseñó «El mapa de los anhelos». Una es roja, otra morada y dos de un azul pálido.

—Son para tu padre, tu madre y tu abuelo —dice mientras le da la vuelta a la de color morado y suspira hondo—. Y esta es para mí.

Nos quedamos callados unos segundos.

—¿Vas a abrirla ahora?

—Creo que más tarde.

Asiento, y el silencio regresa. Es extraño que esto que nos unió, un juego que hace meses me pareció una locura sin sentido, haya llegado definitivamente a su fin. Paseo la vista por el interior de la caravana. Hay un libro distinto junto a la cama, porque a Will le duran poco, la ropa está doblada en un montón y, al lado, junto a la pila de libros, veo

un regalo. El mismo regalo que estaba en el asiento del coche la noche de la feria. Lleva ahí todo este rato y no sé cómo es posible que no le prestase antes atención, pero imagino que estaba tan centrada en lo que había ido a hacer que no veía nada más.

—Will.

—¿Sí?

—¿Qué es ese regalo?

Gira la cabeza para mirarlo.

—Ah, eso. Iba a ser tu regalo de cumpleaños, pero el final de la noche se torció y, bueno, no he encontrado el momento adecuado para dártelo. O quizá no estaba seguro de hacerlo. —Parece nervioso—. Es posible que no te guste.

Me encantan los regalos. Me encantan de una manera absurda e infantil. Hay pocas cosas más emocionantes que descubrir lo que otra persona piensa que podría gustarte, aquello que le ha hecho recordarte de entre todos los objetos que tenemos diariamente al alcance, y deshacer el lazo, romper el papel del envoltorio...

Es justo lo que necesito esta noche. Una distracción.

—¿Puedo abrirlo?

—Claro. Espera.

Will coge el regalo y me lo ofrece.

Deslizo la punta del dedo por el contorno del lazo dorado y lo pienso unos segundos antes de tirar de uno de los extremos. No necesito levantar la vista para saber que Will sigue estando inquieto, porque se frota el mentón mientras espera a que lo abra del todo. Lo hago. Le quito la tapa a la caja de cartón. Y ahí están.

Unos patines de color lila. Los más bonitos que he visto jamás.

Siento que vuelvo a entrar en la espiral emocional de la que intentaba escapar minutos atrás. Los ojos se me llenan lentamente de lágrimas. —Mierda, Grace. Lo siento, lo siento...

—No.

—Fue un error, pensé... No sé lo que pensé...

Me abraza intentando consolarme. Yo tardo unos instantes en entenderlo y me aparto un poco para apoyar mi frente en la suya. Le acaricio las mejillas.

—Son perfectos, Will.

—¿En serio?

—Sí. De verdad. Es que tengo las emociones a flor de piel y no puedo dejar de llorar. Pero los patines son el mejor regalo del mundo.

—Me alegra oírlo. Encontré una pista de patinaje en Lincoln y se me ocurrió que quizá algún día podríamos pasarnos por allí...

Will habla en susurros y no deja de limpiarme las lágrimas con los pulgares. Aunque le he asegurado que estoy bien, una arruga de preocupación surca su frente. Ahora mismo solo quiero que desaparezca. Y

que él me bese. Que me bese y que el resto del mundo se silencie con la misma facilidad que la luz al apretar un interruptor. Bombillas. Mi cabeza está llena de bombillas encendidas y quiero que Will las apague una a una hasta que todo esté a oscuras y lleno de calma y paz.

**48**

**Will**

—Me gustaría que me besases sin parar. Solo eso. Un beso y luego otro y después otro más. Y que cuando nos demos cuenta ya esté amaneciendo. —Creo que eso puedo hacerlo —le aseguro.

Sus labios buscan los míos y me dejo llevar.

Besar es como volver a leer un libro. A pesar de saberte el final, de conocer todos los movimientos y cada centímetro de la boca del otro, no quieres dejar de hacerlo. Hay una emoción contenida en el hecho de pasar páginas, de marcar la piel beso a beso.

Grace tira con fuerza de mi camiseta para quitármela. Después, busca la goma de los pantalones e intenta bajármelos. Respiro entrecortadamente cuando le sujeto las muñecas y la miro a los ojos. Sigue llorando. Las lágrimas son silenciosas pero perseverantes. Le beso los pómulos para llevarme el rastro salado. Ella encuentra el nudo del cordón de los pantalones de chándal y lo afloja.

—No creo que esto sea lo mejor...

—Te necesito ahora, Will —dice.

—Mmm... —Cierro los ojos cuando su mano me acaricia sobre la ropa interior e intento serenarme—. ¿Estás segura? Porque podríamos... abrazarnos. O salir y mirar las estrellas. Casi mejor eso —añado con la idea de poner distancia entre los dos.

Coge mi rostro para que la mire.

—Por favor, Will. Por favor.

Y hago lo que me pide. Dejo que me quite la ropa y la ayudo a ella a desprenderse de la suya, que acaba en el suelo. Me acomodo encima. Los dos estamos desnudos y, pese a la diferencia de altura, cada parte de

nuestros cuerpos parece estar unida: los pulmones, los ombligos, mi miembro sobre su sexo, las piernas y las rodillas. Nuestras bocas. Tenemos los labios hinchados, húmedos, enrojecidos. Y, aun así, no parece suficiente. Beso a Grace en el cuello, en los pechos, en el hueso de la cadera, entre las piernas, hasta que la escucho gemir y arquearse pidiendo más. Un poco después, me hundo en ella. Es fácil sentirse seguro así, justo así, cuando el resto del mundo duerme y solo veo su rostro y no pienso en nada más. No hay culpa, dudas o temores. Solo está Grace. Ella y sus piernas rodeándome. Ella y la satisfacción dibujando una mueca en su rostro. También la otra cara. La de ella y el deseo de querer congelar este instante, porque ya he aprendido tras varias caídas que todos los comienzos tienen su final, que no hay árbol que no acabe siendo leña, que la felicidad son destellos que deslumbran tanto que te aturden.

Es como el placer que nos sacude. Arrollador y efímero.

Me quedo un minuto sin moverme hasta que me levanto para ir al baño. Cuando regreso, ella sigue en la misma posición, con la vista clavada en el techo. Me tumbo a su lado y la abrazo con suavidad. «Todo mi cuerpo parece hecho para encajar con el suyo», pienso, a pesar de ser consciente de que es la típica cursilada que solo puedes creer cuando estás tan locamente perdido por alguien que no ves nada más allá.



—¿Estás bien, Grace?

—Sí. Un poco triste. Un poco contenta.

—Yahora es cuando pido el comodín de la respuesta larga.

Noto su risa en la palma de la mano que mantengo apoyada sobre su barriga.

—Estoy triste porque me cuesta asimilar que todo haya llegado a su fin, pero contenta porque logré hacerlo y ha sido... revelador. Me pregunto si mi hermana me conocía mejor de lo que llegué a conocerme a mí misma tiempo atrás...

—Es posible.

—Creo que tenemos una imagen distorsionada de *lo que somos* porque, en realidad, cambiamos un poco cada día. ¿Es posible que el corazón sea más elástico que el cerebro? Eso explicaría que nos aferremos a un par de adjetivos y vayamos con ellos a cuestras durante gran parte de nuestras vidas. Quizá aceptar que una es «caótica» o «introvertida» sea más fácil que

redefinirse constantemente. ¿Recuerdas lo que te dije una vez sobre los colores? Que para mí eras morado, pero, en el fondo, todos somos arcoíris. Grace se da la vuelta y apoya la cabeza sobre mi pecho. Me pregunto si puede oír los latidos de mi corazón. Y también si es consciente de mis silencios, porque en ocasiones soy incapaz de seguirle la pista y siento que va por delante, cada vez más rápido, y se aleja y se aleja. No puedo correr porque estoy atado. Yo mismo puse las cadenas y ahora ya no recuerdo dónde metí la llave.

Cierro los ojos. El sueño se acerca en un vaivén que ella interrumpe con el movimiento de sus dedos. Me concentro en la yema del índice que baja por mi ombligo, lo rodea, traza una espiral, sube hasta escalar por el pecho...

—Grace, ¿qué estás haciendo? Tarda unos segundos en contestar. —Estoy... patinando.

—¿Cómo?

—Patinando por tu piel.

Me despejo y presto atención al dibujo que crea con los dedos. Noto la punta de su uña al clavarse con suavidad en la carne antes de deslizarse hacia abajo con lentitud. Respiro hondo. No sé por qué este momento me resulta tan trascendental, pero no puedo parar de mirar la mano de Grace dejando su huella en la piel erizada.

—Will...

—Mmm.

—Quiero usar los patines. Si no fuese la una de la madrugada, te pediría que fuésemos ahora mismo a esa pista que encontraste.

Me incorporo un poco y la miro.

—¿De verdad? —Sí —susurra. —Pues hagámoslo. —¿Cuándo? —Ahora. Vamos.

Me levanto y cojo la camiseta que está a los pies de la cama. Grace me mira con incredulidad.

—¿Te has vuelto loco?

—Tú solo... vístete.

Lo hace, aunque no parece demasiado convencida, y coge la caja con los patines. La humedad de la madrugada nos abraza al salir de la caravana para ir hasta el coche y, antes de que pueda pensar con detenimiento lo que estoy haciendo, ya estamos de camino hacia allí. Cuando giro la cabeza hacia Grace descubro que se ha quedado dormida con mi chaqueta por encima, y luego me concentro en la carretera y solo en eso. No estoy seguro de qué espero conseguir, ni siquiera estoy acostumbrado a dejarme llevar por impulsos sin tenerlo todo bien calculado antes, sobre todo porque son el tipo de actos que no suelen terminar bien. Pero sigo adelante. Sigo conduciendo en mitad de la noche.

La pista de patinaje se encuentra dentro de un centro comercial.

El lugar está desierto. Tan solo hay dos coches en el *parking* cuando apago el motor. Me quedo mirando el enorme edificio de enfrente cuyas puertas, como es evidente, están cerradas. No tengo ningún plan cuando me inclino hacia Grace y susurro su nombre para despertarla. Abre los ojos lentamente.

—Ya hemos llegado —le digo.

Me mira en la oscuridad del coche unos instantes antes de sonreír y quitarse la chaqueta, aunque la animo a que se la ponga por encima cuando bajamos.

Avanzamos hacia el centro comercial.

Paramos en la puerta. No hay timbre. No hay nada. Camino hacia atrás unos cuantos pasos, miro hacia arriba y lanzo un suspiro. Grace alza las cejas y sonríe.

—Will Tucker, ¿estás calculando si es posible saltar el muro?

—Sí.

—Yyo que pensaba que eras el más sensato de los dos...

—¿Qué me dices? ¿Puedes subir a mis hombros?

—¿No has pensado que la puerta de la pista de patinaje también estará cerrada?

—Todo a su tiempo, Grace.

—Mierda, ¿vas en serio?

—Joder, claro. ¿Quieres patinar o no?

—Sí. Sí quiero.

—Pues venga.

Me agacho y ella trepa por mi cuerpo. Coloca los pies en mis hombros y la sujeto por las piernas. Se aferra a la parte superior del muro, pero en ese momento me muevo un poco a la derecha y pierde el equilibrio. Suelta un grito. Un grito que deben de haber oído en todo el país.

Y medio minuto después...

—¿Quién anda ahí?

Una linterna oscilando por el muro.

—¡Hola! ¡Estamos aquí! —exclamo, y Grace me mira como si me hubiese vuelto loco del todo, cosa bastante probable—. En la puerta. ¿Sería tan amable de abrirnos?

Un silencio indeciso da paso al chasquido del cerrojo. El hombre que aparece cuando la puerta se abre es joven, de cabello rubio y ondulado, con un rostro ligeramente ovalado. Nos apunta con la linterna como si fuese un arma y le muestro la mejor de mis sonrisas mientras Grace permanece callada a mi lado, toda una rareza.

—Lamentamos robarle un minuto de su tiempo —comienzo diciendo—. Pero hemos venido desde lejos. Muy lejos —añado para aderezar la historia.

—Son las tres de la madrugada —dice el hombre.

—Sí. Nos preguntábamos si podríamos entrar un minutito de nada a la pista de patinaje. Comprendo lo extraño que parece todo esto, pero no somos ladrones ni nada parecido, tan solo... —Como si buscara intimidad, me acerco más a él, que está completamente alucinado—. La chica con la que he venido es mi novia y necesita volver a patinar. Le encantaba hacerlo cuando era pequeña, pero después...

—¿Después...? —Está intrigado.

—Su sueño se truncó —contesto.

Él me mira unos segundos y sacude la cabeza.

—Vuelvan por la mañana. Abrimos a las diez.

Da un paso atrás y sujeta la pesada puerta con la intención de cerrarla cuando me interpongo en su camino. No parece hacerle demasiada gracia, así que aflojo un poco y dejo escapar el aire contenido. Hago un esfuerzo por recordar a ese Will que era capaz de convencer a media universidad para cambiar el lugar donde iba a celebrarse la fiesta de fin de año o de presentarse a una entrevista de trabajo y parecer imprescindible para la

empresa, tan seguro y eficiente que nadie dudaba de que terminaría liderando la oficina.

—¿Nunca has cometido una locura por amor? —le pregunto y, antes de que tenga tiempo de meditarlo, continúo—: Si lo que quieres es dinero, puedo pagarte. Y si no, haz una excepción por una vez. Piénsalo: podrás contárselo a tus nietos algún día. Recordarás este momento y, en lugar de preguntarte durante años por qué no dejaste pasar a esa pareja, se convertirá en una anécdota de tu vida. Por favor. Te lo ruego.

Vacila y ya sé que he ganado.

—Me juego mi puesto.

—Nadie se enterará jamás de esto, te lo aseguro.

—Diez minutos —dice. —Veinte —me arriesgo. —Quince. Ni uno más.

Mira a ambos lados de la calle antes de abrir las puertas y dejarnos pasar. Grace sigue sin decir nada hasta que él nos conduce a la pista de hielo, busca la llave correcta en su cinturón y la encaja en la cerradura. Nos enciende un par de luces, pero el recinto está prácticamente a oscuras. Me hace un gesto señalándose el reloj que quiere decir que el tiempo corre y que no tenemos mucho. Asiento y le doy las gracias.

—No me lo puedo creer —susurra ella cuando desaparece.

—Rápido, ponte los patines. Ven, te ayudo.

Grace se muestra un poco aturdida mientras le quito las zapatillas y saco los patines de la caja. Apenas siento el frío que hace aquí dentro porque la adrenalina lo nubla todo. La acompaño cuando agacha la cabeza para cruzar la valla y se mete en la pista.

—¿Estás bien, Grace?

—Creo que sí. Creo... que estoy mejor que nunca.

Me sonrío y yo me siento el hombre más afortunado sobre la faz de la tierra cuando veo que se desliza por el hielo. Mueve las piernas, primero despacio, casi temblorosa, y después se impulsa con más fuerza. Y es... es como si volara. Parece un pájaro que acaba de escapar de una jaula después de años encerrado sin poder extender las alas. Todo su cuerpo se arquea con gracilidad, el rostro se le relaja, alza los brazos y se ríe. Si no fuese imposible, pensaría que su risa se me cuela dentro y se queda ahí rezagada y burbujeante. Mirarla es hipnótico y no puedo dejar de hacerlo. Mientras

permanezco apoyado en la valla que limita el perímetro de la pista, soy consciente de que contemplarla es un regalo y me cuesta creer que mis actos me hayan conducido hasta este instante.

Pero aquí estoy. Aquí estamos.

—Ven conmigo. —Grace se acerca hasta mí con las mejillas heladas y enrojecidas. Los patines lilas en sus pies hacen que esté casi a mi altura cuando entro en el hielo con ella —. Lo de esta noche... ha sido la estupidez más perfecta que nadie ha hecho por mí jamás. Nunca voy a olvidarlo.

Me abraza y nos quedamos en silencio en la pista. Me da un par de besos rápidos antes de alejarse riéndose como una estrella fugaz que deja una chispa de luces a su paso. Durante los siguientes diez minutos, gira a mi alrededor, se desliza, se impulsa, coge velocidad, la pierde poco a poco... —Ojalá no tuviera que decir esto, pero tenemos que irnos.

—Lo sé. Lo sé. —Se acerca jadeando y, sin perder la sonrisa, se quita los patines y los mete en la caja justo cuando el hombre aparece y nos mira. —Es la hora —comenta.

Lo acompañamos hasta la puerta del centro comercial. Grace se despide de él con tanto entusiasmo que parece un poco aturdido, y yo le estrecho la mano.

—Gracias. De corazón.

Asiente y cierra cuando salimos.

Nos dirigimos hacia el coche. La noche se ciñe sobre nosotros y enciendo el motor para poner la calefacción, pero no nos movemos. Permanecemos en el *parking* a oscuras, cada uno pensando en sus cosas con nuestras manos acariciándose a medio camino de forma distraída, hasta que Grace dice:

—Mis padres van a divorciarse.

—Mierda. No sabía que estaban mal, la otra noche parecían compenetrados.

—Son amigos. O eso creo. —Deja de mirar nuestras manos y alza la vista hacia mí—. Me he enterado hoy. Es decir, ayer por la tarde. Resulta que él está enamorado de otra mujer.

—Lo siento —digo en voz baja.

Nos quedamos callados unos segundos. —No quiero que esta noche termine. —Yo tampoco.

—Pues quedémonos hablando hasta que amanezca.

—Está bien. —Apoyo mejor la cabeza en el asiento.

—¿Sabes una cosa, Will? Había olvidado que un día tuve una revelación mientras estaba patinando y hoy, al volver a la pista, lo he recordado. Ha sido extraño, como un golpe. Aquella tarde no dejaba de darme de bruces contra el hielo una vez tras otra y comprendí que el éxito está formado de pequeños fracasos. Pero, sobre todo, que cuando perder el equilibrio y caerte deja de darte miedo, todo cambia. La vida cambia.

En este instante debería contestar preguntándole: «¿Y cómo dejas de tener miedo?», porque quizá Grace pueda regalarme la respuesta adecuada. Sin embargo, no lo hago. Me limito a seguir entrelazando nuestros dedos con el corazón desbocado.

Después, hablamos entre susurros de cualquier cosa que se nos ocurre. Volvemos a tocar el asunto de sus padres, lo mucho que a Grace le inquieta la incertidumbre de no saber qué sucederá. También mencionamos las cartas de Lucy, esas que dejó para su familia y que Grace deberá repartir cuando crea que ha llegado el momento adecuado. Y el viaje termina imponiéndose como tema central: repasamos las posibilidades, ella quiere leer las guías de viaje de la biblioteca a pesar de tener la ruta bastante clara y fantaseamos con todas las aventuras que viviremos juntos.

—Cuando vayamos a Italia podrás comer pasta con queso sin cesar — me dice mientras las primeras luces del alba empiezan a despuntar.

—Es algo en lo que pienso a diario —bromeo.

Grace se mueve y se acurruca en mi regazo. Es un espectáculo maravilloso incluso a pesar de encontrarnos en un *parking* cualquiera. Porque los atardeceres son mágicos y están llenos de nostalgia, pero ver amanecer es asistir a un comienzo, una hoja en blanco, un puñado de oportunidades. Y la luz es suave, apenas unas pinceladas rosas y amarillas un poco aguadas. Alrededor, todo permanece en calma, en paz.

Nosotros también, hasta que decidimos que ha llegado la hora de regresar. Arranco y le digo a Grace que duerma un rato si le apetece, pero niega con la cabeza. Me meto en una avenida. Estoy convencido de que todos los coches que hay alrededor tienen como destino el trabajo de sus propietarios o el colegio de los hijos de estos. Giro hacia una calle recta de viviendas idénticas.

—¿Conoces esta zona? —pregunta Grace.

—Sí. La casa donde vivía no está lejos.

—¿De verdad? Me encantaría verla.

Quiero negarme. Es lo último que me apetece y no solo porque estoy cansado después de conducir y pasar la noche en vela, sino porque no me entusiasma que Grace entre en esa parte de mi mundo que solo me recuerda las malas decisiones que tomé. Sencillamente, no encaja. Son dos partes diferenciadas de mi existencia.

Pero cedo. Lo hago porque creo que será tan solo un momento y después nos marcharemos y volveremos a Ink Lake.

Dejamos atrás varios vecindarios hasta llegar al barrio donde crecí. La casa de mis padres está casi en una esquina. Al lado, se encuentra la de la familia de Josh. Paro unos metros más atrás, pero no apago el motor. La señalo.

—Es esa de allí.

—¿La de la enredadera?

—Sí. —Echo un vistazo rápido a las ventanas y los árboles del jardín. Nada parece haber cambiado, pero tengo una extraña sensación de lejanía. —¿Estarán tus padres?

—Supongo. ¿Por qué?

—Deberías entrar a saludarlos. Es la excusa perfecta para que pueda conocerlos. Podríamos desayunar con ellos, ¿qué me dices?

—No. —Pero... —No, Grace.

Y presiono el acelerador para alejarme cuanto antes de ese lugar. No tardamos en dejar atrás el barrio, la ciudad entera. No decimos nada durante veinte largos minutos y tampoco es necesario para comprender que Grace está enfadada por mi reacción, pero ¿qué esperaba? ¿Entrar ahí y desayunar huevos, tostadas y zumo junto a mis padres como si fuese algo de lo más corriente? Eso me recuerda que no hemos probado bocado y soy el primero en rendirme en esta batalla sinsentido.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres parar?

—No, gracias. Estoy bien.

—Como quieras.

Así que ya no digo nada más hasta que aparco delante de su casa. Puedo percibir la tensión flotando alrededor y me incomoda que esté ahí cuando

hace apenas unas horas, con Grace deslizándose por el hielo, todo era perfecto.

—No tienes razones para estar cabreada.

La mirada de ella es una navaja recién afilada.

—¿De verdad lo crees? Mira, lo que has hecho esta noche por mí, como todo lo demás, ha sido maravilloso. Sería fácil dejarme cegar, pero no puedo ignorar el resto, Will. No puedo. Porque me importas de verdad. —Ni siquiera sé de qué estás hablando.

—Sí lo sabes. Evitas enfrentarte a todo lo que te incomoda. Eres incapaz de coger las riendas y contestarle a la mujer con la que ibas a casarte o de abrirte con tus padres y demostrarles quién eres ahora. No puedes evitarlo eternamente.

—Joder, Grace. No es tan sencillo.

Ella traga saliva y se muerde el labio antes de alzar la barbilla para buscar mis ojos. Hay un brillo distinto en su mirada que me desconcierta. —¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sabes que sí.

—¿Por qué quieres acompañarme en el viaje?

Pensaba que indagaría sobre algo relacionado con mi familia o Lena. Pero no. Y las palabras se quedan en el aire unos instantes hasta que encuentro una respuesta.

—Porque me gusta hacerte feliz.

—Mierda, Will.

Gira la cara y deja escapar el aire contenido.

—¿Cuál es el problema? —¿De verdad no lo ves? —No, joder. Oye...

Pero antes de que pueda decir nada más, Grace se inclina hacia mí y me da un beso en los labios como despedida. Abre la puerta del coche y sale. Me quedo ahí unos segundos intentando descifrar lo que acaba de pasar, pero no llego a ninguna conclusión, así que

al final arranco y me alejo calle abajo con las manos aferradas al volante.

Al llegar a la caravana, me dejo caer en la cama.

Y duermo. Duermo viéndola girar en el hielo.

**49**

### **Grace**

Después de despedirme de Will, subí a mi habitación, cogí un papel y escribí «confrontar». El verbo dio vueltas en mi cabeza. Nunca había sido tan consciente de hallarme en medio de dos situaciones antagónicas. La venda con la que intento taparme los ojos ha cedido y ya no hay manera de apretarla. Podría hacerlo si no me importase lo suficiente, como ocurría con Tayler, o si fuese la chica que era hace meses.

Pero no con él... No con él y ahora...

Sigo anclada en la misma palabra dos días después. Me he refugiado en casa del abuelo porque necesitaba alejarme del ruido; de la preocupación por mi madre, de la conversación pendiente con mi padre, de los enredos de Will.

Ensimismada, contemplo al abuelo mover la gubia redonda para tallar la madera. Está haciendo un pequeño joyero para la vecina que vive al final de la calle e imagino que es de tilo, porque es la madera que más le gusta manejar por la textura fina. También suele usar el cerezo y el nogal, el álamo y el roble. He visto al abuelo tantas horas trabajando en su taller que conozco todos y cada uno de sus movimientos: la manera en la que usa la escofina para repasar las hendiduras, su precisión con el formón en los cortes rectos o la delicadeza cuando usa la lija o la esponja.

—¿Hasta cuándo vas a quedarte ahí mirándome?

No contesto. Me limito a sostener la taza de leche humeante que me calienta las manos. Nos separan unos cuantos metros; el abuelo está sentado delante del tablero de trabajo y yo, en una silla que hay pegada a la pared. —Grace...

—Estoy pensando.

—¿Ahora?

—No, desde que llegué aquí. —¿Llevas dos días pensando? —Sí.

El abuelo suspira y cambia de herramienta.

—¿Quieres que hablemos?

Sé que le ha costado formular esa pregunta porque él no es de los que te sonsacan, sino de los que esperan. La última vez que mantuvimos una conversación relevante tuve que insistirle para que me dijese qué impresión le había dado Will durante la cena en la que se conocieron. «Buen corazón, cabeza enredada», dijo. Y creo que tenía razón, aunque entonces todavía intentaba ignorar las señales de neón.

—Es que estoy confusa.

—¿Por qué?

—Porque me gustaría que las cosas fuesen diferentes, pero creo que si sigo ignorando la realidad tan solo conseguiré que todo empeore aún más. —Entiendo que hablamos de Will.

—No quiero meter la pata. Es una decisión importante.

El abuelo continúa trabajando en el joyero.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Que se quede conmigo por las razones equivocadas.

—Tiene asuntos pendientes —adivina él.

—Unos cuantos. Debería haberse hecho cargo de ellos mientras yo hacía lo mismo con los míos siguiendo «El mapa de los anhelos», pero... —Coincidir en el camino es complicado.

—Sí.

Me quedo mirando las virutas de madera que alfombran el suelo del garaje, ajenas a que en el momento más inesperado una escoba acabará con todo. Es un símil de la vida, vaya. Y del amor. Lo que ha dicho el abuelo es cierto, no debe de ser fácil que dos personas se encuentren en el mismo lugar, a la misma hora, con los mismos propósitos. ¿Y qué ocurre entonces? ¿Qué pasa cuando estás enamorada de alguien que no avanza al mismo ritmo que tú? Tratándose de Will, digamos que ha hecho una parada en el camino, pero no sé si es para coger impulso o porque no quiere seguir adelante.

—Abuelo, ¿nunca tuviste dudas?

—¿Seguimos hablando de amor?

—Sí, seguimos hablando de amor.

—Claro que las tuve, Grace. Y no siempre fue fácil. Me equivoqué en varias ocasiones y discutíamos cuando no estábamos de acuerdo, como todos los matrimonios...

—¿Te arrepientes? —pregunto.

Deja la pieza en la que está trabajando y me mira. Está serio y conozco lo suficiente las expresiones de su rostro para adivinar que va a decirme algo importante.

—¿De equivocarme? Supongo que sí, pero no sería humano de lo contrario. ¿De no coincidir siempre? No. Sé que sería más bonito decirte que si pudiese volver atrás en el tiempo para ver a tu abuela y ella me dijese que el cielo es verde le daría la razón, pero, si lo piensas bien: ¿le estaría haciendo un favor o todo lo contrario? Ser el compañero de vida de alguien no es sencillo, porque cada uno se convierte en la persona que mejor conoce al otro y eso implica dejar al descubierto las fortalezas y las debilidades. Los momentos buenos son fáciles, pero los malos... desvelan si el vínculo es fuerte y si se tiene la confianza suficiente como para asumir las imperfecciones.

Probablemente sea la frase más larga que el abuelo ha dicho jamás. Aprieto la taza entre las manos, aunque ya se ha enfriado.

—Gracias —susurro.

—En cualquier caso. —Vuelve a coger la gubia—. De verdad necesito que me digas si piensas quedarte en casa más días, porque luego iré a hacer la compra.

Niego con la cabeza y sonrío. —Me iré pronto. O eso creo. —Vale. Si cambias de opinión... —Serás el primero en saberlo.

Me levanto y beso su mejilla suave y arrugada. Después, busco en el bolsillo trasero de mi pantalón vaquero la carta que cogí antes de venir a verlo. Saco el sobre de un azul pálido y se lo ofrezco. El abuelo lo mira primero con extrañeza, pero en apenas unos segundos su rostro cambia: se dulcifica como si alguien acabase de untar la piel con una



capa de merengue. Las comisuras de su boca caen, los ojos le brillan y deja de mover las manos porque se ha olvidado de lo que estaba haciendo.

—¿Es para mí? —Tiene la voz ronca.

—Sí. Terminé el juego. Lucy te la dejó.

Le tiembla la mano cuando coge la carta. Está tan emocionado..., tan nervioso... Le digo que voy a dejarlo a solas para que tenga intimidad, pero ya no me oye, está demasiado ocupado abriendo el sobre con torpeza. Sonrío y salgo del garaje.

El día es gris perla. Entro en la casa, subo al dormitorio que el abuelo hizo para mí y guardo las pocas cosas que me traje en una mochila de mano.

Creo que es hora de terminar de poner orden en mi vida.

No hay nadie en casa cuando regreso. Me doy una ducha larga y me seco el pelo mirándome al espejo y fijándome bien en esas partes de mi cuerpo que a veces no he querido mirar. Después, bajo a la cocina. Hay una pizza en la nevera que meto en el horno porque llevo casi dos días sin poder probar bocado por culpa de la inquietud, así que estoy hambrienta.

Acabo de sacarla cuando mi padre aparece.

—Grace... —Aún sostiene las llaves en la mano cuando me ve en la cocina—. Me alegra ver que has vuelto. Estaba preocupado por ti.

—¿En qué sentido?

—No quiero que sufras.

Y después tiro por tierra todo sobre lo que he estado reflexionando. En lugar de mostrarme comprensiva, tan solo digo:

—¿Y mamá? —Tampoco. —¿En serio?

—Sí, Grace. Quiero a tu madre. No exactamente de la manera en la que lo hacía hace años, pero sí como se quiere a las personas importantes de tu vida. Aunque no lo creas, me gustaría que todo hubiese sido diferente. Pero a veces...

No dice nada más. Yo tampoco. Me quedo mirando la pizza que tengo delante: el tomate triturado, las olivas troceadas, los champiñones laminados, el queso deshilachado; supongo que, en ocasiones, para que algo termine de encajar hace falta cortar y moldear.

Lanzo un suspiro y miro a mi padre.

—Dijiste que mamá era para ti como un faro en medio de la tormenta. —Lo es. Sigue siéndolo, aunque hay cosas que han cambiado y ella también lo sabe. Sé que resultaría más fácil pensar que todo se debe a una tercera persona, pero no es verdad. Hace años que estamos... agotados. Cuando la vida te pasa por encima, llega un momento en el que la persona que tienes al lado te recuerda demasiado a todo lo que has perdido. Tu madre necesita empezar de cero y yo también.

Asiento con la cabeza, aunque me invade la melancolía y la añoranza de todo lo que nunca viví. Puedo imaginar a mis padres conociéndose en esa fiesta: ella con un vestido espectacular, él todo elegancia y belleza. Bailan y ríen y hablan sin cesar. Lo veo a él mudándose de ciudad para estar a su lado. Y luego la barriga de mi madre creciendo y creciendo hasta que Lucy llegó al mundo siendo un bebé diminuto y perfecto. Seguro que fueron muy felices. Al menos hasta que se vieron empujados a traerme a mí al mundo, porque el cáncer de mi hermana y mi nacimiento siempre han sido dos

acontecimientos que han ido de la mano. Después, la vida haciendo de las suyas. Veo momentos dulces entremezclados con otros más agrios. Infecciones de orina, neumonías, descamación, ictericia. Trabajo y hospitales y un cansancio tan extremo que me sorprende que hayan sido capaces de soportarlo con entereza hasta el final, ese día que enterramos a mi hermana y tuvimos que permanecer allí de pie contemplando con impotencia la lápida en la que podía leerse: «Lucy, hoy las estrellas brillan más contigo en el cielo».

—¿Y ahora qué? —le pregunto.

—No lo sé. Vamos a ir paso a paso. Tú te marchas a Europa, mamá acaba de empezar a trabajar... —Sonríe levemente, y sé que está feliz por ella.

—Todo ha cambiado mucho —digo.

—Sí, todo ha cambiado. —Y asiente.

No decimos nada más, pero empujo el plato de pizza hacia él y acepta el ofrecimiento cogiendo una porción pequeña. Yo lo imito. Cada bocado parece acercarnos más a una especie de tregua definitiva. Cuando dejo de tener apetito, le pido que espere un momento y subo a la habitación para buscar el sobre rojo que Lucy dejó para él. Sigue sentado en la cocina cuando lo dejo en sus manos.

La expresión de su rostro es muy diferente a la del abuelo. No es dulce. Es desgarradora. Los ojos se le inundan de lágrimas que acaban precipitándose por sus mejillas en silencio. No abre el sobre de inmediato, sino que repasa con la punta del dedo las letras mayúsculas que Lucy escribió, las dos pes y las dos aes que forman un «PAPÁ».

No me marcho y él tampoco me pide que lo haga. Permanezco en silencio sentada enfrente hasta que se decide a abrir el sobre y sacar la carta que hay en su interior. Es larga. La lee en silencio sin dejar de llorar, pero la angustia de su rostro se va transformando en algo parecido a la serenidad. No sé qué pone exactamente en la carta, pero sí sé que con cada palabra que deja atrás se muestra más calmado y estoico. Cuando termina de leerla, la guarda con suma delicadeza y me mira.

—¿Estás bien? —atino a preguntar. —Sí. Tu hermana era muy especial... —Lo sé.

—Tú también lo eres.

—Bueno...

—Ven aquí, saltamontes.

No me muevo, pero él sí lo hace. Se levanta para abrazarme contra su pecho que, pese a todo, sigue siendo sólido. Los recuerdos llegan como una tromba de agua: papá jugando con las dos en el suelo del salón, papá cocinando mientras tararea, papá junto a la cama de Lucy con la baraja de cartas en la mano, papá plantando las flores preferidas de mamá en el jardín, papá peleándose por teléfono con los del seguro médico, papá llevándome a la pista de patinaje...

Y creo que es verdad lo que un día me dijo Will.

Todos somos versiones de nosotros mismos.

**50**

**Grace**

Se ha convertido en una costumbre atravesar por la noche el camino de gravilla para llegar hasta él. Quizá sea porque cuando la luna está en lo alto del cielo el mundo se

queda en silencio y mi cabeza empieza a darle vueltas y vueltas a todo hasta que tengo que salir porque no puedo contener más los pensamientos.

No lo he visto desde que me dejó en casa después de cometer juntos una locura y contemplar el amanecer en el aparcamiento del centro comercial. He buscado excusas. Que estaba con el abuelo. Que había quedado con Olivia. O que tenía que terminar de ultimar los preparativos del viaje. Y todo es cierto, como también es cierto que he estado evitándolo porque sabía lo que ocurriría cuando quedásemos.

Lo que está a punto de ocurrir ahora.

Llamo a la puerta de la caravana con una sensación incómoda en el pecho. Contengo el aliento cuando abre la puerta y me sonríe, porque sé lo cómodo que sería quedarme a vivir en esa maravillosa y cálida sonrisa, pero también que el conflicto continúa ahí, latente, y una de las partes le ha ganado terreno a la otra, así que no puedo seguir ignorándolo.

Will me coge de la mano y tira de mí para que entre.

Sus dedos me sujetan la barbilla cuando me besa y, por un momento, olvido mis intenciones. Lo olvido todo y solo existe su boca y el torbellino de emociones que siento al tenerlo cerca. El mundo se vuelve de un morado mágico y brillante.

Su lengua juguetea con el lóbulo de mi oreja. —No perdamos nunca esta costumbre. —¿Cuál? —Mi voz es un murmullo.

—Que aparezcas aquí de madrugada.

Y es como si de golpe el hechizo se rompiera. Ya no hay carroza ni vestido, tan solo una calabaza que se interpone entre los dos. Por eso coloco las manos sobre su pecho y me aparto. Will comprende de inmediato la magnitud de ese gesto tan pequeño. Da un paso hacia atrás y percibo el dolor atravesando su rostro antes de que consiga mostrarse imperturbable. Por primera vez, el silencio entre nosotros es incómodo.

—¿Qué ocurre, Grace?

—Yo... —balbuceo y cierro la boca. Llevo días masticando las palabras que pensaba decirle, pero ahora parecen haberse esfumado todas. Y me duele el costado. Me duele como cuando te das un golpe y te quedas momentáneamente sin aliento.

Will suspira y se da la vuelta como si quisiera moverse para diluir la tensión, pero la caravana es tan pequeña que estamos obligados a enfrentarnos cara a cara.

Tomo aire para armarme de valor. —He comprado un billete de avión. —Uno —puntualiza él.

—Sí. Solo uno.

—Bien. Vale.

Will se muerde el labio inferior y asiente con la cabeza. La expresividad ha vuelto a su rostro. Me dan ganas de abrazarlo al verlo tan vulnerable, pero sé que solo sería dar un paso atrás y posponer lo que tiene que pasar. —Es que tengo que hacer sola este viaje.

—De acuerdo. Lo comprendo. Te esperaré.

—No lo estás entendiendo, Will. Me mira fijamente y traga saliva. —¿Estás rompiendo conmigo? —Creo que sí.

—*Crees* .

—No es fácil. —Noto que me pican los ojos y la nariz, así que hago un esfuerzo por mantener la compostura—. Pero lo vi claro cuando te pregunté por qué querías acompañarme al viaje y tú dijiste que deseabas hacerme feliz.

—Menuda atrocidad —replica sarcástico.

—Lo es. Solo que contra ti mismo.

—¿Qué demonios querías oír?

—Que te hacía feliz *a ti*.

Will alza las cejas y sacude la cabeza.

—Menuda idiotez. ¿Quieres acabar con todo lo que tenemos tan solo por una cuestión semántica?

—No. Quiero acabar con todo lo que tenemos porque necesito que dejes de refugiarte en mí, y que salgas ahí fuera y asumas la realidad.

—Tengo la realidad muy asumida, Grace.

Me acerco a él. No se mueve cuando acuno su mejilla en la palma de mi mano, pero percibo la tensión que se asienta en sus hombros. Sus labios son una línea fina y apretada y, por un instante, lo único que deseo es besarlos hasta que los relaje.

—Estoy haciendo esto porque te quiero.

—Joder, Grace. No. Así no.

Da un paso atrás para apartarse y se sacude el pelo. Sé lo que ha querido decir. Sé que le ha molestado que mi primer y último «te quiero» sea en un momento así, tan feo y triste. Pero es lo más cercano a la verdad que voy a decirle hoy.

—Para mí sería más fácil fingir que no pasa nada y disfrutar del viaje contigo o animarte a que el próximo año vengas a San Francisco sin siquiera pararte a pensar ni un solo segundo en qué implicaría eso para ti. Pero no puedo hacerlo, Will. No puedo permitir que me sigas porque quizá ahora no, pero dentro de un tiempo, meses o años, te darás cuenta de que te dejaste llevar por la corriente en lugar de nadar y de que perseguiste mis sueños porque eras incapaz de pensar en los tuyos. No quiero que me elijas por las razones equivocadas. Quiero que me elijas sin renunciar a ti. Así que sí, hago esto porque te quiero, aunque ahora sea lo último que te apetezca oír. Pero también por mí, porque estoy convencida de que solo así tendremos una oportunidad.

Los ojos de Will han estado fijos en los míos en todo momento. Verdes, abrasadores, punzantes. Me gustaría que dijese algo que lo cambiase todo. Un «tienes razón», quizá. O «te prometo que voy a intentarlo». Pero eso no ocurre. Está enfadado. Es fácil enfadarse con las personas que te aprecian porque suelen ser las que te dicen lo que no quieres oír.

—Así que esto es todo... —susurra.

La visión se me distorsiona por culpa de las lágrimas. Me aterra no saber si será un punto y aparte o un punto final, pero estoy convencida de que si lo arrastro conmigo estaremos destinados a fracasar. Porque Will no es libre. Will lleva una mochila llena de piedras colgada de la espalda y yo puedo empujarlo a que la vacíe, puedo recordárselo, pero, en el fondo, él es el único capaz de sacar cada piedra. Requiere esfuerzo. Lo sé por experiencia. Abrirse a uno mismo con un bisturí es mucho más difícil que abrirse a los demás, porque corres el riesgo de tocar órganos vitales y debilidades.

Si nunca se decide a hacerlo, es posible que este sea el final. Y si lo es, si el vínculo que

hemos tejido estos meses va a romperse ahora, odio la idea de que sea así, con él frunciendo el ceño y deseando que salga de la caravana.

—Will... —Trago saliva—. Tú solo piénsalo.

Abre la boca, pero vuelve a cerrarla y sacude la cabeza.

—¿Has venido en coche?

—Sí.

—Bien. —Se gira, y me parte el alma ver que su preocupación por mí sigue estando por encima de lo que sea que esté sintiendo. Lo veo coger unos papeles—. Toma.

Acorta la distancia que nos separa y me da unas cuantas hojas llenas de apuntes. Su caligrafía es alargada y fina. Dejo de respirar cuando lo tengo tan cerca que reprimirme para no tocarlo se convierte en toda una hazaña. —¿Qué es esto?

—Algunas notas que estaba tomando para el viaje. Hay sitios interesantes y también cosas prácticas que quizá te sirvan de ayuda en algún momento.

Me doy cuenta de que estoy llorando cuando Will me limpia las lágrimas con los pulgares. Su expresión de enfado da paso al cariño.

—Vete ya, Grace. Es tu momento. —También podría ser el tuyo. —Podría. —Yahí se queda.

El silencio es esclarecedor. Avanzo hasta la puerta, la abro y lo miro una última vez. Recuerdo lo que pensé el día que lo conocí, esa melancolía púrpura que parecía flotar tras él y que ahora es más evidente que nunca. Quiero arrancársela, pero no puedo.

Hay algo horrible en la expresión «romper con alguien». Cuando pienso en la palabra «romper», imagino una sandwichera estropeada o un jarrón cayéndose al suelo y haciéndose añicos. Al romperse lo que se comparte con otra persona no puedes ir a una tienda para comprar un sustituto o limitarte a recoger los pedazos desperdigados por la moqueta. Cuando se abre una grieta que marca dos mitades rotas, te quedas con todo: con los recuerdos, los interrogantes y la dichosa grieta. Y es como volver a montar en bicicleta; no se olvida, no, pero al principio cuesta un poco encontrar el equilibrio. Quizá por eso no le digo adiós. Por eso y porque no quiero despedirme: esta es una situación que me recuerda lo poco que me gustan los finales. Si fuese una película, rebobinaría para disfrutar de las conversaciones que compartimos, del sabor del algodón de azúcar en sus labios, de dejarle un hueco en mi ventana, de bañarnos en el río...

Pero, como no lo es, la cinta sigue grabando.

## 51

### **Grace**

Cuando entré en la habitación, ella me pareció más pequeña que la última vez, a pesar de que sabía que era imposible. La habían bajado a planta tras pasar dos semanas intubada. Tenía los labios agrietados, el rostro pálido, las ojeras como dos medias lunas bajo esos ojos que se posaron en mí de inmediato. Y, pese a todo, Lucy sonrió al verme.

—Perdona. El autobús se ha retrasado.

Me senté junto a ella en la cama y mamá se levantó del sillón para dejarnos a solas con la excusa de bajar a la cafetería del hospital. Cogí la manta que reposaba a los pies de Lucy y tiré de ella para taparla un poco más.

—Tengo calor —se quejó.

—Pero hace frío. No vayas a coger otro resfriado...

—Grace, en serio, estoy sudando.

—Como quieras. —Bajé la manta.

—¿Me he perdido algo estas semanas? ¿Hay novedades?

Me hubiese gustado contarle alguna historia apasionante, pero lo cierto es que no había ocurrido absolutamente nada. Mientras ella estaba en cuidados intensivos, había estado trabajando con la esperanza de no acumular otro despido a la larga lista y un par de noches había quedado con Tayler tan solo para olvidar por un instante lo sola que me sentía y el miedo que me daba perder a mi hermana.

—Nada —dije—. Me alegra que estés de vuelta. Lucy asintió, pero había algo distinto en su rostro. —Pensaba que esta vez no saldría.

—¿Qué quieres decir?

—Estaba preparada para...

—¡Lucy! No digas... No lo digas.

—Pero es cierto. Y no tenía miedo. Ya no.

Encontré su mano bajo la sábana y se la estreché con fuerza. Ella me devolvió un apretón mucho más débil. La miré a los ojos con el corazón latiéndome muy fuerte contra las costillas. Pensé que la quería tanto, era tan fundamental en mi vida, que no podía soportar siquiera oírle decir que estaba lista para abandonar este mundo. «¿POR QUÉ?», la pregunta de mi vida. Que se fuesen otros, pero ella no. Lucy merecía mucho más, porque tenía un corazón bondadoso y una cabeza llena de ideas fascinantes. Aún no se había enamorado. Y no había viajado. Y no había aprendido a montar en monopatín o a tocar el piano. Le quedaban muchas cosas por hacer.

—No deberías irte antes de tiempo —susurré.

—¿Qué es mucho o poco tiempo cuando se trata de vivir? Para una mariposa habré tenido una existencia infinita. El otro día se posó en la ventana una amarilla y naranja que estaba moribunda y le dije: «Jódete, he ganado. Tú solo has vivido cinco días y yo, años».

—Deja de decir tonterías —le pedí, aunque sabía que no lo era. —¿Sabes, Grace? Sí que tengo frío. —Fui a coger la manta, pero ella

me apretó la mano otra vez—. Túmbate conmigo un rato.

Me acomodé a su lado intentando ocupar el menor espacio posible. Comprobar que Lucy seguía oliendo a Lucy me calmó. Mientras anochecía, hablamos en susurros; me contó que imaginaba el más allá de color rosa, con una textura algodonosa y un sabor parecido al de unos caramelos de nata y fresa que comprábamos de pequeñas. Y en algún momento debí de quedarme dormida y, entre sueños, supe que mamá nos arropaba con ternura.

Lucy vivió un año más, pero cuando pienso en ese final que hasta ahora nunca me había atrevido a aceptar, me viene a la memoria esa noche que dormimos juntas. A la mañana siguiente, cuando nos asomamos a la ventana, descubrimos que había caído la primera nevada del año y nos miramos sonrientes, con los ojos brillantes como cuando de pequeñas encontrábamos los regalos bajo el árbol.

Y así, justo así, quiero recordarla.

52

### **Grace**

El ajetreo del aeropuerto me aturde por un momento. Hay mucha gente, muchas pantallas, muchas indicaciones, mucho movimiento. El pánico es una emoción de lo más resbaladiza, resulta difícil atraparla y mantenerla bajo control. Mamá parece darse cuenta y apoya una mano en mi hombro mientras avanzamos hacia el primer control.

—Todo va a ir bien, ya lo verás.

—Sí. Eso espero —susurro.

—Y si surge algún problema, tienes un teléfono.

—Cierto. —Me relajo un poco.

Cuando llegamos a la cola, me giro y miro a mi madre, que está sonriéndome, y también a papá y al abuelo. Los tres han querido acompañarme para despedirse. Voy a estar fuera un tiempo y supongo que va a ser raro para todos. Quizá, cuando regrese, las cosas hayan cambiado aún más de lo que ya lo han hecho. Me he dado cuenta de que, en realidad, el pilar maestro de nuestras vidas era Lucy. Por eso, cuando ella se fue, las paredes que sostenía empezaron a derrumbarse. El abuelo cumplió su deseo de marcharse a Florida, papá y mamá decidieron divorciarse para tomar rumbos distintos y, en cuanto a mí, me siento dentro de una crisálida, justo a punto, a puntito, de alzar el vuelo.

Pese a los nervios y al vacío que Will ha dejado. Pese a las dudas y los interrogantes abiertos. Pese a todo lo que aún tengo que aprender.

Acepto abrazos y besos hasta que decido que ha llegado la hora de irme. Pero, antes de hacerlo, saco la carta que quedaba, la última, y le entrego a mi madre el sobre azul. Sonríe. No es una sonrisa triste sino apacible.

—La estaba esperando. Gracias, Grace.

No me sorprende. Quizá, durante todo este tiempo, cuando pensaba que mamá estaba adormecida y no se daba cuenta de nada, en realidad veía más de lo que creía.

—Cuídate mucho. Y llámame.

—Lo haré, te lo prometo.

—Y un consejo más. Solo uno. —Me abraza y me susurra al oído—: No olvides que cada instante de tu vida es único e irrepetible.

Así es como me marchó. Con tres personas diciéndome adiós, una ausencia que me encoge el corazón y un puñado de palabras que me guardo para siempre.

### **La historia de Grace y Will**

53

### **Will**

Septiembre llena las aceras de hojas doradas y rojizas que crujen con cada pisada. Los días se vuelven tan monótonos como lo eran antes de que Grace llegara a mi vida, convertida en un paréntesis inesperado. Por las mañanas leo, pienso demasiado y voy al supermercado. La colada suelo hacerla por las tardes y, mientras la lavadora da vueltas,

rememoro cada palabra que ella dijo antes de marcharse como si entre las vocales o las consonantes pudiese encontrar la respuesta que busco. Al caer la noche, acudo al trabajo y el tiempo transcurre un poco más rápido cuando hay clientela y estoy ocupado.

Los días del calendario van quedando atrás así, uno tras otro.

Paul preguntó al principio, tras enterarse de que los planes de viaje se habían cancelado, pero, al final, cuando comprendió que no estaba dispuesto a hablar del asunto, dejó de insistir. Cada jornada abrimos juntos el local y, últimamente, cuando llega la hora de cerrar, lo animo a irse antes porque no me importa ocuparme de limpiar y dejarlo todo a punto para el día siguiente. Casi agradezco tener algo útil que hacer.

—¿Estás seguro? —me pregunta dubitativo cuando me ofrezco. —Claro. Ya lo sabes. ¿No estabas viéndote con una chica?

—Sí —dice mientras coge ya la chaqueta.

—Pues ve con ella y pásatelo bien.

Ha venido varias noches a tomar algo con unas amigas. Es simpática y se ríe a menudo. Cuando la veo, recuerdo las noches en las que Grace se dejaba caer por el local sin avisar y, si me dejo llevar por la imaginación, casi me convengo de que en cualquier momento aparecerá por la puerta. Aunque sé, en el fondo sé, que eso jamás ocurrirá.

He llegado a conocer bien a Grace Peterson durante estos meses.

Sé las cosas que le gustan y aquello que no soporta. Sé que tiene un lunar bajo la clavícula que me encantaba besar y que cierra los ojos cuando hace el amor. Sé que cuando llora le tiembla la barbilla y que su risa me recuerda a un instrumento musical. Sé que está llena de debilidades, pero también que es la persona más fuerte que he conocido. Y por eso, precisamente por eso, sé que le cuesta tomar decisiones; sin embargo, cuando lo hace, el día que al fin mueve ficha, ya no hay vuelta atrás.

Grace no va a regresar. No lo hará.

Estoy pensando justo en eso cuando, a pesar de que he bajado un poco la persiana, la puerta se abre y lo veo entrar. Tiene el mismo aspecto de siempre. Es como si la vida no hiciese estragos en él más allá de los inevitables signos de la edad.

—Lo siento, pero está cerrado.

Taylor me ignora y se sienta en un taburete. Dejo la escoba a un lado y voy tras la barra para situarme frente a él. Mirarlo es como meterme en una máquina del tiempo y volver al pasado, solo que ya no me siento tan pequeño ni tampoco me da miedo.

—Aún estás recogiendo, por lo que veo. —Está cerrado —repito secamente. —Venga, ponme una cerveza.

No sé por qué lo hago, pero mis manos se mueven solas, cogen el botellín y le quitan la chapa. No le ofrezco un vaso y él tampoco lo pide. —He oído que Grace se ha ido.

—Hace semanas —confirmo.

—Así que al final ninguno ganó.

Lo miro de forma inexpresiva, aunque por dentro estoy lleno de rabia y frustración. ¿Yo he sido, en algún momento, parecido a él? ¿Es posible que me acercase a convertirme en el tipo de persona que tanto desprecié años atrás?

—Nunca se trató de ganar o perder.



—Oh, no me digas que estabas enamorado —bromea y, después, alza las cejas y lanza un silbido—. Qué predecible. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

Nunca se lo he dicho. No lo sabe.

—Will Tucker —respondo.

Espero una exclamación de sorpresa, la comprensión cruzando su rostro, la extrañeza al percatarse de que es la segunda vez que nuestros caminos se entrelazan. Pero no hay nada de todo eso. Tayler no me reconoce. Por un instante, mientras lo veo terminarse la cerveza de un trago largo, me planteo decirle que, cuando éramos críos, me jodió la vida. También medito seriamente la idea de darle un puñetazo en la nariz. Pero luego comprendo que no serviría de nada, porque no va a cambiar.

Y eso me recuerda que nuestras posturas son parecidas.

Yo también podría cambiar. Pero no lo hago.

Se levanta poco después y deja un par de billetes en la barra. Los meto en la caja registradora mientras él se encamina hacia la puerta. Antes de salir, dice:

—Oye, Will, sin rencores, ¿vale? —Chasquea la lengua—. Y hazme caso: olvídate de Grace. Es demasiado complicada, no vale la pena.

La puerta se cierra a su espalda y me quedo mirando ese punto durante un buen rato. Es curioso que existan personas que puedan marcar tu vida de una manera tan profunda y que ni siquiera te recuerden años más tarde. Debería estar enfadado, pero tan solo me siento vacío. Y pienso que, en cierto modo, Tayler ha recibido su merecido: tener que pasar el resto de su vida consigo mismo.

Cuando termino de recoger y voy al coche, encuentro un papel de propaganda sujeto en el limpiaparabrisas. Lo cojo y entro porque el viento sopla con fuerza.

«Compra y venta de coches usados. ¿Quieres vender tu viejo coche o buscas uno nuevo? Ven a visitarnos, puedes encontrarnos en la siguiente dirección».

En lugar de tirarlo, me lo guardo en el bolsillo de la chaqueta.

## 54

### *Grace*

Despedirse de Ámsterdam no es solo dejar atrás esta ciudad, sino también a la chica que he sido entre los canales y las casitas estrechas. Nunca había conocido esa versión de mí; una que es capaz de perderse entre las callejuelas y mantener la calma hasta conseguir volver al hostel, una que disfruta sentándose a leer a solas en cualquier sitio mientras contempla los barquitos de colores que se balancean en el agua, una que ha empezado un diario porque necesita hablar consigo misma.

Escribirte es la mejor manera de conocerte. En el folio en blanco puedes dejar guardadas las palabras que no te atreves a decirte en voz alta. Cada día empiezo así: «Hoy me siento...» e intento hacer el esfuerzo de mirarme por dentro para ordenar mis emociones.

Ámsterdam está tan lleno de queso que resulta casi obsceno. En cualquier tiendecita que entres, te ofrecen una pequeña degustación. Y no dejé de pensar en lo mucho que le hubiese gustado a Will. Podríamos haber alquilado algún apartamento, cocer espaguetis en una cazuela y aderezarlos con toneladas de queso.

Pero en estos momentos nos separa un océano, tanto metafórica como literalmente. Y lo

echo de menos de una manera tan intensa que a veces me sorprende que pueda sentirme así por otra persona. Supongo que por eso leí sus notas dos días después de llegar. Pensé que esas palabras me consolarían, pero en realidad fueron casi dolorosas. Había algunos sitios de interés general, como un local conocido por hacer las mejores patatas fritas del mundo, pero la mayoría eran asuntos prácticos como el teléfono de las diferentes embajadas de cada país o temas médicos.

Hay algo reconfortante en el hecho de que otra persona se preocupe por ti en esos aspectos cotidianos a los que a veces una misma no presta atención: un masaje en la espalda cuando tienes una contractura, una taza de caldo caliente o esa mano en la frente para comprobar la temperatura. Es la manera física en la que se revela el amor.

Will es perfecto para mí, pero no es perfecto para él.

Renunciar a alguien con la esperanza de que vuelva a ti es un gran acto de fe. He pensado mucho en ello mientras paseaba por los jardines de Vondelpark; el suelo estaba lleno de hojas amarillas, rojizas y marrones, y por un instante me asombró darme cuenta de que esos árboles desnudos volverían a vestirse de verde en primavera.

Supongo que la esperanza consiste en confiar.

Así que Ámsterdam se convierte en eso, en esperanza, en el placer de descubrirme, en emborracharme con la belleza postimpresionista de Van Gogh y los autorretratos de Rembrandt, en aprender a estar sola y volver a subir en bici y pedalear sin cesar en línea recta.

55

### **Will**

No estoy seguro de cómo he acabado aquí, pero delante de mí hay dos docenas de coches usados y detrás de mí el vendedor del concesionario que se anunciaba en mi limpiaparabrisas contempla ensimismado el Audi del que estoy a punto de desprenderme.

A decir verdad, me sorprende no haberlo hecho antes.

No es que tenga nada en contra de ese coche, pero no me siento cómodo en él. En cambio, en cuanto piso este lugar, los ojos se me van hacia un viejo Jeep que tiene pinta de haber recorrido muchas millas. Me giro hacia el hombre.

—¿Cuánto cuesta ese coche de ahí?

—Bueno, esta semana tenemos una promoción especial...

Y después repite el mismo discurso que probablemente dice cada día y que incluye frases como «estamos de liquidación», «hay otras dos personas interesadas en él» o «es una oportunidad única». Pero no me importa. Ya he decidido que voy a comprarlo antes incluso de probarlo. Cuando se lo confirmo al vendedor, sus ojos se agrandan con entusiasmo. Me ofrece por el Audi bastante menos de lo que sé que podría sacar si me tomase la molestia de llevarlo a otros sitios, pero de repente tengo tantas ganas de desprenderme de él que no me lo pienso antes de aceptar sus condiciones. Así que llego allí con un Audi elegante y salgo con un Jeep destartado, que en realidad se traduce en que llego con apatía y salgo más contento de lo que esperaba.

Al principio me siento un poco raro mientras lo conduzco. He dejado los trastos en la parte de atrás, aunque ya he decidido que voy a donar la mayoría de los libros a la biblioteca. Piso el acelerador con cuidado,

conduzco por las calles de la pequeña ciudad, dejo atrás el parque de caravanas y sigo hacia las afueras. Pongo la radio. Suena *All We Ever Knew*, y parece un mensaje cuando dice «Now I'm trying to wake up from this. I'm trying to make up for it».

Estoy tan concentrado en la letra de la canción y en la sensación de libertad que me invade al conducir este coche que no sabría decir si me interno en este camino de forma inconsciente o porque en realidad es exactamente adonde quiero ir. Avanzo despacio conforme me acerco. El sol no tardará en esconderse tras el horizonte cuando llego

hasta la granja y paro el coche. Es lo que me impulsa a salir antes de que la oscuridad me impida hacerlo. Cierro la puerta y me guardo las llaves en el bolsillo.

El edificio en ruinas me recibe con su silencio.

Recuerdo el día que vine aquí con Grace y lo importante que me pareció volver con ella a mi lado, aunque ni siquiera pudiese imaginárselo. Y me gustó lo que dijo, aquello sobre que resultaba perturbador entrar en la intimidad de una familia y no saber qué había sido de ellos. Visitar casas abandonadas es viajar al pasado. Si hubiese sido sincero con ella sobre quién era, al encontrar la fotografía la habría sacado de dudas diciéndole: «Los padres siguen unidos y siendo encantadores, la abuela murió mientras dormía y en cuanto al niño, bueno..., se perdió un poco. Pero ya ves, la Tierra es muy grande, tiene un diámetro considerable, ¿cómo no perderse alguna vez?».

Si no le conté desde el principio que su hermana y yo fuimos amigos de niños fue porque entonces tendría que haberle explicado todo lo demás. Y creo..., creo que en el fondo deseaba que Grace me conociese de verdad, sin prejuicios, sin juzgarme. No pensé que resulta imposible descubrir el estado de un edificio contemplando solo la fachada.

Me dirijo hacia la casa y entro.

Todo sigue igual que la última vez, pero el lugar me parece más decadente. Dejo atrás el salón en el que mi abuela solía leer y tejer y contarme historias, avanzo hacia las escaleras y subo con cuidado. Tengo un nudo en la garganta. Mi habitación es la primera puerta a la derecha. Solo queda un somier, algunos marcos viejos, papeles y la tela raída de una antigua manta. Me planto en medio e intento recordar, recordarme.

A veces me siento como si tuviese el cerebro lleno de grietas y este es uno de esos momentos. ¿Qué le diría a mi yo de hace ocho o nueve años?

Probablemente repetiría las palabras que la abuela me dijo en aquel cumpleaños solitario: «No cambies, no dejes que ellos ganen. Algún día estarás rodeado de gente que te amará por quien eres, tan solo debes tener un poco de paciencia y mantenerte fuerte».

La abuela siempre tenía razón.

Me quedo un rato más allí antes de bajar. Cuando salgo de la granja, ya está anocheciendo y me invade una melancolía extraña porque sé que no volveré. En este lugar, solo quedan fantasmas.

Entro en el Jeep. Enciendo la calefacción y permanezco delante del volante mientras el sol se esconde y las estrellas empiezan a salpicar el cielo.

De entre todos los lugares del mundo, ¿por qué decidí regresar a Ink Lake? Podría haber empezado desde cero en alguna ciudad desconocida o haber viajado hasta otro continente, embarcarme en una aventura diferente. Y, sin embargo, acabé volviendo. Quizá fue porque coincidir con Lucy en el hospital me hizo recordar este lugar, esta etapa de mi vida, esa inocencia perdida. O puede que fuese porque, al fin y al cabo, los seres humanos somos animales. ¿Y adónde iría un ratón asustado y herido? A su madriguera.

Cuando llego a la caravana, ni siquiera me molesto en quitarme la chaqueta antes de coger el sobre morado que Lucy dejó para mí. Todavía no lo he abierto. He pasado semanas mirándolo, pero no he sido capaz de leer su carta. Me avergüenza pensar que probablemente todos los Peterson lo hayan hecho antes. Quizá sea un cobarde, siempre lo haya sido, o puede que necesitare encontrar el momento adecuado.

Y sé que es este.

Querido amigo :

*Si tienes esta carta en tus manos, significa que acompañaste a Grace por su mapa particular de los anhelos olvidados. Te estoy agradecida por ello. Imagino que, llegados a este punto, ya sabrás por qué te elegí a ti para que fueses su guía: pensé que era un recorrido que tú también necesitabas hacer. Espero que fuese satisfactorio y que disfrutases de cada pasito junto a Grace. Ya te habrás dado cuenta de que es una persona increíble, con sus peculiaridades, sí, pero una se da cuenta con el paso de los años de que la normalidad no existe, todos somos maravillosamente raros .*

*Tú también, Will .*

*El tiempo que compartimos juntos fue un regalo inesperado. Quizá significó más para mí que para ti, pero es que es fácil sentirse sola cuando estás enferma, la vida se ve a través de un filtro grisáceo. Por eso me escapé de mi planta aquel día, en un acto estúpido de rebeldía, y te vi en esa cama. Nunca olvido una cara; cuando el futuro es dudoso, te refugias entre recuerdos. Y ahí estabas. Me pareció una señal. Lo cierto es que pensé mucho en ti cuando volví al colegio y descubrí que te habías marchado. Y me pareciste tan difuso y vacío que creí que tú también necesitabas una amiga. La buena noticia, Will, es que todo lo difuso puede volverse claro y todos los vacíos pueden llenarse .*

*Ojalá hayas logrado perdonarte .*

*Sujetarse al salvavidas es fácil. Lo verdaderamente complicado llega después, cuando toca nadar y nadar en medio del océano .*

*Te deseo suerte en la vida, Will .*

*PD: ¿Recuerdas que te prometí que te enseñaría las fotografías del baile de fin de curso? Te dejo una de ellas. Si alguna vez piensas en mí, recuérdame así, con ese vestido rojo y una sonrisa .*

*Con cariño, Lucy .*

Suelto el aire contenido mientras contemplo la instantánea. Lucy está radiante delante de la escalera de la casa de los Peterson. A su derecha posa una amiga con un vestido largo y azul. Y a la izquierda está Grace, imagino que porque sus padres le pedirían que se pusiese para la foto; viste unos vaqueros y una camiseta que deja al descubierto su ombligo. Me quedo mirándola tanto rato que, cuando aparto la vista, me siento mareado. Mareado y más seguro que en mucho tiempo, como si de golpe las cosas se hubiesen colocado mágicamente en su lugar.

Lucy tiene razón. Lo jodido es nadar.

**56**

### **Grace**

Detesto Londres los primeros tres días y, a partir del cuarto, empiezo a enamorarme de la ciudad. Sí, me resulta fría y un poco hostil, pero es fácil cogerle el punto cuando te rindes y te adaptas a ella. Te conviertes en una más de las muchas personas que la habitan y se mueven cada día por sus calles con la mirada al frente y paso seguro, como si tuviesen muy claro hacia dónde se dirigen. Yo también finjo hacer eso. Y al final me pregunto si no estaremos todos fingiendo.

En Londres me derrumbo un poco en contraste con lo cómoda que me sentí en Ámsterdam. Me cambio de hostel tras pasar las primeras noches compartiendo el baño del pasillo con un grupo de chicos belgas que no atinaban a mear dentro del retrete. Me aseguro de pagar más para tener un servicio propio y me mudo a la otra punta de la ciudad para encontrar un dormitorio minúsculo de suelo enmoquetado por el que las

cucarachas corretean a sus anchas. Es su reino, no tengo dudas. Lloro. Lo hago subida a la cama y me planteo llamar a mis padres, al abuelo o incluso a Will; con él esto hubiese sido mucho más divertido, algo anecdótico que contar años después. Consigo contenerme. Los siguientes días como hamburguesas, comida india, libanesa, china, coreana... Lo bueno de Londres es que, en cierto modo, lo tiene todo. Paseo por Hyde Park y St James's, los jardines me transmiten algo romántico y melancólico y me gusta escribir ahí mi diario. La tercera noche que duermo en la habitación, hago un esfuerzo mental para racionalizar mi miedo a las cucarachas; al fin y al cabo, solo son insectos inocentes, no tienen la culpa de su fealdad, es probable que también estén asustadas y me consideren una intrusa. Duermo mejor. Visito la National Gallery. Empiezo a frecuentar la zona de Camden. Me compro

un plumífero porque el frío llega con fuerza a la ciudad y me pilla desprevenida. Por las noches, antes de dormir, acostumbro a contar minuciosamente el dinero que me queda y a revisar la planificación del viaje. Sueño con Will y me despierto con los ojos llenos de lágrimas, aunque, por más que lo intento, no consigo recordar qué era lo que estaba soñando. Voy a mercadillos de todo tipo de cosas y me compro una cámara analógica de segunda mano que es preciosa. Visito Notting Hill y recuerdo las veces que vi la película de Julia Roberts y Hugh Grant junto a mi hermana. Me hago amiga de un señor que lleva sombrero y se sienta todos los días a leer en el mismo banco. Y, la guinda del pastel, encuentro una pista de patinaje a la que voy en varias ocasiones.

Cuando me despido de Londres, ya casi me he encariñado con las cucarachas.

57

## **Will**

Regreso a casa un martes cualquiera sin avisar. Mi madre parpadea confundida cuando me ve en la puerta y, a continuación, como si acabase de recibir una descarga eléctrica, se aparta para invitarme a entrar y me agasaja con sus cuidados. «¿Quieres tomar café?», «qué buen aspecto tienes, hijo», «¿te apetecen unos pastelitos de calabaza?», «puedes quedarte a cenar, pensaba preparar pollo al horno con patatas».

—Está bien, me quedaré —le digo.

Ella abre mucho los ojos, como si no pudiese creérselo, y yo me siento tan mal que se me revuelve el estómago. Encuentro a mi padre en el comedor con una tónica en la mano mientras ve un partido de los Nebraska Cornhuskers. Ella no tarda en anunciarle las buenas noticias y él me mira con cierta desconfianza. No lo culpo.

—¿Necesitas dinero? —pregunta cuando nos quedamos a solas. —No.

—¿Y entonces por qué estás aquí?

—Me apetecía venir a veros.

Mi padre alza las cejas y asiente.

—Ah. Vale.

La cena no es exactamente incómoda pero sí extraña. Mamá no para de hablar en ningún momento y resulta demasiado evidente que se esfuerza por no dejar huecos en los que pueda colarse el silencio. Es difícil seguirle el ritmo y me veo respondiendo a todas sus preguntas para intentar complacerla. Papá se mantiene más callado, aunque me mira con atención cuando les hablo del Jeep que me he comprado y de la caravana en la que vivo. Ya lo sabían, pero nunca había entrado en detalles.

—¿Y cómo siguen las cosas por Ink Lake? —No ha cambiado mucho. Es tranquilo. —  
¿Piensas quedarte allí más tiempo? —No estoy seguro...

Es la verdad. No sé muy bien qué hago en casa de mis padres y adónde iré después, pero he dejado el trabajo en el *pub* y solo he pagado por adelantado el alquiler de este mes de la caravana.

Cuando terminamos de cenar, mamá insiste en sacar los pastelitos de calabaza y nos sentamos en el salón. La chimenea está encendida, aunque todavía estamos a mediados de octubre. Creo que ninguno de los tres sabemos qué decir, así que nos limitamos a mirarnos, a carraspear y a preguntar cosas obvias.

Mi relación con mis padres no siempre ha sido así. Hubo un tiempo en el que estuvimos muy unidos. Con ella tenía la suficiente confianza como para hablarle de cosas que la mayoría de los adolescentes no contaban a sus madres, íbamos al cine juntos algún domingo y al salir nos tomábamos un batido en un sitio que tenía un repertorio de sabores inimaginable. Con él las palabras escaseaban más, pero usábamos juntos el telescopio y lo escuchaba con atención cuando me hablaba del cielo o de los negocios familiares.

No recuerdo en qué momento esos afectos empezaron a romperse, pero probablemente fue cuando me marché a la universidad. Los veía menos, tan solo cuando regresaba unos días por Navidad o durante el verano, si no estaba de viaje. Conforme los años fueron pasando, la relación se desgastó. Cuando vivía en Nueva York y la pantalla del móvil parpadeaba porque me llamaba mi madre, siempre estaba haciendo algo más interesante que me impedía cogerlo en ese momento y me decía a mí mismo que la llamaría más tarde, pero la mitad de las veces la intención caía en el olvido.

Y luego llegó el accidente. El culmen de todas las decepciones.

Cuando el dinero que tenía en la cuenta disminuyó considerablemente por culpa de los costes del proceso judicial, mis padres se hicieron cargo de ello. Contrataron a los mejores abogados, asistieron a las reuniones con ellos y pelearon hasta el final, cuando pagaron la indemnización que se fijó para Josh.

La lógica dicta que el agradecimiento debería haberme convertido en un hijo mejor, más atento y cariñoso, pero ocurrió todo lo contrario. Me alejé.

Arrastraba la vergüenza y la incomodidad del fracaso. Al verlos, esa sensación asfixiante se volvía más intensa. Así que hice lo más fácil: esconderme de todo lo que dolía, empezando por ellos.

Y, ahora, aquí estoy. En el punto de partida.

—Es tarde, Will —dice mi madre.

—Sí. —Él mira por la ventana.

—Tu habitación sigue como la dejaste.

—Deberías quedarte —añade mi padre.

Ni siquiera intervengo, tan solo asiento con la cabeza y dejo que ellos lo organicen todo, aunque eso me recuerde la razón por la que me distancié. Sin embargo, aunque soy un adulto, por un momento resulta agradable sentir que otros toman las riendas y que no tengo que esforzarme para sobrevivir. Supongo que por eso la infancia es el periodo más feliz de la existencia, por la ingenuidad y la falta de responsabilidades.

Lo pienso cuando me dejo caer en la cama. Desde ahí veo la ventana de enfrente, esa por la que se asomaba Josh cada día. Trago saliva y me giro para darle la espalda. Tardo una eternidad en dormirme. Me encuentro raro en esa habitación que ya no siento como mía y me pregunto qué es lo que pretendo volviendo allí, pero no obtengo ninguna respuesta sólida a la que aferrarme. Recuerdo que en algún lugar leí que dudar es de valientes y, después, cuando las palabras se asientan en mi pecho, me quedo dormido.

Amanece un día lluvioso.

He dormido hasta tarde y, al bajar a la cocina, mi madre ya tiene algo en el horno que no alcanzo a distinguir y está sentada a la mesa con una taza de café.

—Buenos días, Will.

—Buenos días. —Me siento a su lado.

—¿Te apetecen tostadas, un zumo, revuelto, salchichas...?

—Solo café, pero gracias.

Nos quedamos contemplando las gotas de lluvia que golpean el cristal de la ventana. El viento sopla con fuerza y zarandea los árboles del jardín. —Hace un tiempo terrible, no deberías salir.

Asiento con aire distraído.

Y en ese momento comprendo que no voy a irme, que he vuelto para quedarme; no sé si durante unos días o unas semanas, soy incapaz de planificar algo más allá de las próximas horas, como si tuviese el cerebro entumecido y tan solo pudiese concentrarme en el aquí y el ahora. Así que eso es lo que hago. Presto atención a mi madre cuando me habla de unos vecinos nuevos que han llegado a la calle, el problema con la luz de la nevera (que prometo revisar cuando termine de desayunar) y la sorprendente noticia de que, por lo visto, mi padre está pensando en jubilarse.

—No tenía ni idea —le digo.

—Tampoco habláis mucho...

Reprime un suspiro y busca migajas del tamaño de un alfiler que va cazando con la punta del dedo índice. Tomo aire mientras la observo. Ya sabía que este momento llegaría: el de las explicaciones y las disculpas y las excusas...

—Lo siento, mamá...

—No, Will. No importa.

—Lo digo en serio. Debería haberos llamado más a menudo, pero... no podía. Estaba paralizado. Sigo paralizado —aclaro, y ella levanta la vista. —Sabes que a nosotros no nos importa.

—¿El qué? —pregunto confundido.

—Pues eso. Que estés paralizado. —Se estira el delantal y me mira con los ojos brillantes—. Te queremos igual. Eres nuestro hijo. Nuestro único hijo, Will.

Muevo la cabeza en una especie de asentimiento que se queda a medio camino. No sé si merezco todo este amor incondicional, no he hecho nada durante los últimos años para ganármelo, así que me cuesta decidir qué hacer con él.

Al final, termino aceptándolo.

Es fácil. Es... sencillo.

No he traído mucha ropa, pero sí la suficiente como para ir tirando. Tengo un par de libros en el coche que me dedico a releer por las noches durante los siguientes días. Las mañanas las paso con mi madre. Me convierto en una persona de lo más extraña que apenas reconozco y que se dedica a acompañarla a hacer la compra, a ayudarla en la



cocina y a reparar

todos los pequeños desperfectos que hay en la casa, a pesar de que resultaría mucho más sencillo llamar a alguien especializado.

Al final de cada jornada coincido con mi padre. Compartimos un rato en el salón y nos ponemos al día sin entrar en detalles. No sé cómo, un día terminamos hablando de su jubilación, de que quiere disfrutar de los años que le quedan; quizá, viajar a Islandia a ver auroras boreales. Y a raíz de eso abrimos la caja de Pandora.

—Si quisieses mi puesto en la empresa... —empieza a decir—. Estoy seguro de que los demás socios lo aprobarían. Tendrías el voto de tu tío. —Gracias, papá, pero creo que no.

Quizá en otro momento hubiese aceptado. Es el pasaporte hacia un futuro cómodo: un buen empleo muy bien pagado. Pero no creo que sea para mí.

—¿Tienes algún plan mejor?

—No estoy seguro... —Dubitativo, pienso en mis opciones. Es evidente que este año está perdido, pero creo que debería tomar una decisión de cara al próximo—. Me imagino que buscaré trabajo y después... quizá pida un préstamo para un máster.

—¿Un préstamo? Pero si nosotros...

—Lo sé, papá. Es por mí —aclaro.

Tarda un poco, pero cuando finalmente asiente, parece satisfecho. Creo que entiende que no quiero seguir dependiendo de su dinero, no porque no agradezca el ofrecimiento, sino porque necesito retomar el control de mi vida a todos los niveles.

—¿Y en qué quieres especializarte?

—Propiedad Intelectual. Era algo que me gustaba. Creo que estaría bien ir hacia esa dirección y después... El después ya se verá.

## 58

### *Grace*

Paso tantos días en el interior del Louvre que, cuando una mañana decido tomarme un café en una pequeña plaza, me sorprende el hecho de estar en París. Es como si al refugiarme en el arte convencional hubiese olvidado que, en esencia, toda la ciudad es un cuadro maravilloso y está vivo, los trazos de pintura cambian y se entremezclan.

La belleza de París, con sus luces y sombras, es apabullante.

Me dejo conquistar por las calles adoquinadas, el olor a *croissants* recién horneados, los pintores en la orilla del Sena y los puestos de libros de segunda mano, el queso fundido que me sirven en crepés, el pan crujiente y tostado, y el barrio de Saint-Germain-des-Prés, donde se alza la iglesia más antigua de París, con sus calles repletas de galerías que conducen al Museo de Orsay, famoso por sus cuadros impresionistas.

En esta ciudad, es tan fácil perderse como encontrarse.

Cada día descubro un rincón nuevo y no quiero irme, así que decido improvisar y alargo un poco más mi estancia allí, a riesgo de tener que recortar el recorrido por Italia. En estos momentos estoy deslumbrada y ya pensaré en el «mañana» cuando llegue.

Disfruto de esos últimos días visitando palacios, jardines y callejeando. Me tomo algo en el Café des Deux Moulins tan solo porque aparecía en *Amélie* y es, sin duda, una de mis

películas favoritas; Lucy solía bromear diciéndome que me parecía a ella por el corte de pelo y mis rarezas. Como típica enamorada de Monet, voy al Musée Marmottan. También visito la Sainte-Chapelle, la Catedral de Notre Dame y las catacumbas de París. Y recorro Montmartre junto a todos los demás transeúntes, porque me encanta haberme convertido en una turista más, con la cámara analógica que me

compré en el mercadillo de Londres colgada del cuello. Fotografío a un niño que sube y baja las escaleras de la Basílica del Sagrado Corazón y luego me quedo mirándolo hasta que él y sus padres se marchan.

No sé qué es lo que me impulsa a ir al cementerio de Père-Lachaise, pero pasear entre esas tumbas me entristece de una manera inesperada; el lugar es tan hermoso como melancólico. Cuando salgo de allí ya es tarde y cojo el metro. Compró un poco de pan y queso para cenar en la habitación que tengo alquilada. La casera vive justo enfrente, debe de tener unos noventa años, pero sube los escalones del edificio más rápida que yo. Llamo a su puerta con los nudillos.

—*Que veux-tu?*

—Yo tengo que... irme, *je me'n va...*, eh...

—*Quand pars-tu?*

—*Demain* —anuncio.

—*D'accord, pas de problème. Bonne nuit* .

Después, me cierra la puerta en las narices. Admito que me gusta el carácter de los franceses. Son muy suyos, como creo que todos deberíamos ser.

En la habitación, meto el trozo de queso en el pan y me lo como distraída. A través de la minúscula ventana, contemplo los tejados de París y sé que es el recuerdo perfecto para mi última noche en la ciudad. Me fijo en las diminutas luces encendidas que parecen luciérnagas colgando de los edificios y pienso en toda la gente desconocida con la que comparto este espacio en el mundo. Siento entonces el mordisco de la soledad, pero es pequeño, casi amable. Al fin y al cabo, pasar tiempo con esta versión de mí es gratificante: entiendo mi peculiar sentido del humor, uno que es un poco sarcástico, me divierten mis ideas y me siento cada vez más cómoda en mi propia piel.

Estoy bien. Estoy conmigo.

**59**

## ***Will***

Llevo un par de semanas en casa de mis padres y todo parece tan perfectamente normal que resulta evidente que en breve algo romperá esa monotonía, porque así es la vida en general: una gráfica llena de picos y bajadas, y vuelta a empezar.

Estoy podando uno de los árboles del jardín cuando se me agota la paciencia y lanzo al suelo las tenazas. No están afiladas y el óxido se extiende por las hojas de metal; es imposible cortar las ramas más gruesas con eso, así que decido coger el Jeep y comprar una herramienta decente. Se lo digo a mi madre, que está hablando por teléfono en el salón, y asiente distraída sin prestarme atención. Cojo la chaqueta y monto en el coche.

Dejo atrás el barrio residencial donde vivimos, pero no me interno en la ciudad, sino que avanzo hacia la gasolinera más cercana porque sé que allí venden utensilios de jardinería. Entro en el establecimiento y recorro los pasillos en busca de mi objetivo. El sitio es grande. Al final, como no lo encuentro, me acerco a uno de los reponedores que está agachado delante de las botellas de refrescos. Espero hasta que se gira.

Una mueca cruza su rostro antes de que consiga disimularlo.

Es George Dannis, lo sé porque solía ser el blanco de las bromas de Josh. En una ocasión, en la clase de Plástica, vació un tubo de pintura azul en su cabeza y las risas de casi toda la clase se extendieron alrededor. Recuerdo una sensación extraña trepando por mi cuerpo: náuseas e incomodidad. Pero no hice nada. Permanecí al lado de Josh, fiel e inseparable, porque pensaba que estar en ese extremo era mejor que encontrarme en el otro. Casi me sentía... afortunado.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunta con profesionalidad.

—Yo... —Este es el momento en el que debería pedirle perdón. Lo sé. Soy tan plenamente consciente de ello como de que el cielo es azul. Y, sin embargo, me aturullo y digo—: Buscaba unas tenazas.

—¿Cortas o largas?

—Cortas. Para podar.

—Todas son para podar —masculla, y noto cierta irritación en su voz que, en lugar de animarme a dar el paso, me empequeñece de golpe.

—Sí, claro. ¿Dónde están? —Segundo pasillo, al fondo. —Gracias.

Cuando lo miro por última vez, George está alineando con cuidado las botellas de refresco y parece ignorarme a propósito. No lo culpo. Me alejo de él, consigo encontrar la herramienta y pago en la caja. Después, cuando entro en el coche, me quedo un rato contemplando la puerta de la gasolinera hasta que decido arrancar y marcharme.

Por la noche no puedo dormir.

Cuando me canso de dar vueltas en la cama, enciendo la lámpara y busco en el primer cajón de la mesilla una libreta y un bolígrafo. Garabateo un poco hasta que la tinta empieza a salir y, entonces, pienso en todas las personas a las que he hecho daño a lo largo de mi vida, ya sea de forma directa o eligiendo no mover un dedo.

¿Cuántas veces no tenemos en cuenta los sentimientos de alguien? ¿Cuántas veces hemos actuado de manera egoísta? ¿Cuántas veces hacemos daño a gente que queremos o decimos palabras que en realidad no sentimos? ¿Cuántas veces nos hemos equivocado, cometido errores, metido la pata hasta el fondo...?

Pienso que lo más cercano a dar marcha atrás viajando en el tiempo es hacer esta lista. Así que empiezo por lo más básico, mis padres y mi familia, esa que llevo ignorando varias navidades, sigo por Grace, continúo recordando a gente que pasó por mi vida: compañeros, exnovias, amigos que dejaron de serlo..., y termino con Lena, la chica a la que le rompí el corazón.

Y solo cuando doblo ese listado y lo guardo en mi cartera, logro conciliar el sueño.

Zambullirse en el pasado es toda una aventura.

Empiezo por los compañeros del colegio y el instituto; me resulta fácil encontrar a la mayoría porque tengo el anuario a mano y aparecen los nombres y los apellidos. Así que, como la idea de ir puerta por puerta es disparatada e imposible, uso las redes sociales para escribir varias disculpas. Un chico que jugaba en el equipo de fútbol me contesta casi al instante con amabilidad e incluso me pregunta qué tal me van las cosas. En cambio, la respuesta de Laura Hells, a la que dejé de llamar de golpe tras un par de meses saliendo, es «Eres un imbécil, Will Tucker». ¿Quién puede culparla? La mayoría, sencillamente, no contestan a pesar de ver los mensajes.

A lo largo de la semana, me acerco unas ocho veces a la gasolinera. Compro cereales,

limonada, pastillas para encender el fuego, chicles de menta, un bote de Kool-Aid, tiritas, un libro de bolsillo que va sobre unos extraterrestres y barritas energéticas.

No estoy seguro de qué es lo que me impulsa a coger el coche y acercarme allí cada vez que necesito cualquier tontería, pero lo hago. Me cruzo con George en un par de ocasiones y, cuando compro el libro, es él quien me cobra. Lo hace con calma, apretando en la máquina cada número y metiendo la novela en una bolsa con delicadeza.

Pero no dice nada. Y yo tampoco lo hago.

Los días transcurren uno detrás de otro.

Mi madre pronto se acostumbra a darme órdenes en la cocina. Mi padre no tarda en dar por hecho que los partidos de fútbol los vemos juntos y, una noche, incluso me anima a salir con él al jardín porque el cielo está plagado de estrellas.

—¿Recuerdas cuando mirábamos por el telescopio?

—Sí. ¿Dónde está? —pregunto. —En el desván. Ya nadie lo usaba. —¿Tampoco tú?

—No. —Suspira.

Nos quedamos allí un rato más contemplando la inmensidad del universo. Mirar las estrellas es un acto fascinante en sí mismo porque son magníficas y atrayentes, pero, si te paras a pensarlo, es aún más impresionante, porque estás contemplando el pasado, la luz que nos llega. Al observar la Luna, vemos cómo era hace un segundo; cuando recibimos la luz del Sol, sabemos que se emitió hace unos ocho minutos; y, en el caso de Andrómeda, la galaxia más cercana a la Tierra, lo que podemos ver en una noche despejada es cómo era hace más de dos millones de años. —Deberíamos volver a montarlo —le digo.

—Sí. —Mi padre asiente—. Quizá algún día...

Vuelvo a la gasolinera.

Ya no sé ni qué demonios comprar.

Recorro los pasillos durante un buen rato hasta que me decido a coger un paquete de patatas sabor barbacoa. Ni siquiera sé si serán comestibles, pero no me importa. Voy hasta la caja y me atiende George, coge el billete que le tiendo y me da el *ticket*.

No es tan difícil. Solo tengo que decir «lo siento», pero no consigo pronunciar las palabras. Con la bolsa de patatas en la mano, salgo de la gasolinera. Creo que me da miedo que piense que soy estúpido, algo que sin duda ya sospechará después de mis múltiples visitas, o que no recuerde por qué me disculpo o me pida que me meta esas disculpas por donde me quepan. Lo único que sé es que cada vez estoy más lejos de averiguarlo. Regreso a casa y mi madre me ordena que pele unas manzanas para hacer compota.

Creo que debería ir pensando en abandonar el nido.

El desván está lleno de trastos.

Hay un montón de juguetes viejos que dudo que nadie vuelva a usar: muñecos, patinetes, una bicicleta con las ruedas desinfladas, puzzles... Encuentro el telescopio casi al fondo. Resoplo al ver que está desmontado e intento encontrar todas las piezas. Cojo el trípode, la

montura, el tubo y salgo de allí al jardín. Encuentro las partes más pequeñas, como el ocular o el buscador, en una caja.

Mi madre aparece cuando estoy ajustando los últimos tornillos. —Cuánto tiempo. Te gustaba mucho cuando eras pequeño. —Me gusta —aclaro conjugando en presente.

He pensado a menudo en la razón por la que Lucy le pidió a Grace que escribiese en un papel todo aquello que le encantaba, supongo que porque lo guardo y lo he leído tantas veces que me lo sé de memoria, y creo que era un ejercicio de consciencia. Casi todas las casillas del juego derivaban en actos que no siempre estaban encadenados a encontrar respuestas de forma clara. Si no hubiese sido tan sutil quizá no hubiese funcionado. Y he llegado a la conclusión de que, en este caso, era una especie de recordatorio, un toque de atención para que pusiese el foco en sí misma.

¿Cuántas veces pensamos que nos gusta algo tan solo porque durante años ha sido así? O, al contrario, nos negamos a volver a probar cosas que descartamos hace una eternidad cuando nosotros ya no somos los mismos y la persona que tomó esas decisiones tan solo vive en el pasado, como las estrellas que vemos cada día.

Parar y valorar todo tu mundo no es fácil. ¿Te sigue gustando la misma decoración o la ropa que compraste hace cinco años? ¿Tienes los mismos intereses que entonces? ¿Te preocupan las mismas cosas? ¿Qué es lo que te define ahora, no hace un año ni ayer?

—Creo que a tu padre lo hará muy feliz —dice mi madre. —Sí, pensé que le gustaría. —Me sacudo las manos. —¿Eso significa que te irás pronto? —adivina ella.

Asiento con la cabeza. Sonríe y me palmea la espalda antes de volver a entrar en casa. Hace frío. Noviembre ha llegado con su aire gélido para tirar las últimas hojas que temblaban en las ramas de los árboles y, aunque es pronto, en algunas tiendas ya empieza a anunciarse la venta de abetos de Navidad. Tengo la sensación de que es hora de moverme antes de que el frío congele todas mis buenas intenciones.

Y no dejo de pensar en Grace. La imagino en Ámsterdam, en Londres, en París, en Roma o en Florencia. La veo recorriendo calles, descubriendo el mundo mientras también se descubre a sí misma, y me pregunto cuánto la marcará esta aventura, porque he vivido lo suficiente para saber que uno no vuelve igual después de un viaje así.

Entro en la dichosa gasolinera.

Doy una vuelta por los pasillos. A estas alturas, si me contratasen para trabajar allí, no tendría ningún problema a la hora de reponer el producto porque sé exactamente dónde va cada cosa. Al final, como no cojo nada, voy directo al mostrador. George está allí. Me mira con esa expresión neutra que usa con todos los demás clientes, como si no me conociese. Señalo los donuts que hay tras un cristal.

—Ponme un par de esos.

—¿De chocolate?

—Sí. Y también uno de fresa.

—De acuerdo.

Lo veo coger los donuts con unas pinzas y meterlos en la bolsa de papel. Recuerdo al George del instituto, con la cara llena de acné y unas gafas parecidas a las que lleva en estos momentos. Los signos propios de la pubertad han desaparecido, pero a simple vista no ha cambiado demasiado; sin embargo, parece más seguro de sí mismo, no encoge los hombros ni baja la cabeza cuando alguien le habla. Lleva un anillo de boda en la mano y me pregunto qué será de su vida, si tendrá hijos o se sentirá feliz.

Tomo aire mientras presiona una tecla de la caja registradora.

—Oye, George... —Levanta la vista sorprendido de que me dirija a él por su nombre, a

pesar de que en la placa del uniforme lo pone—. Lo siento.

Una media sonrisa alza su mejilla.

—No era tan difícil, eh.

—Ya.

—Toma, unos caramelos de regalo. Deja un puñado encima del mostrador. —Esto... gracias —contesto.

—No hay de qué. ¡Siguiente!

Y me aparto a un lado para que avance la señora que está a mi espalda en la cola. Permanezco unos segundos algo confuso mientras me alejo hacia el Jeep. Enciendo la calefacción, aunque he descubierto que falla más veces de las que funciona, una de las consecuencias de comprar un coche por

impulso. Pero me gusta igual. Sigo sintiéndome cómodo en él. Conduzco despacio por las calles residenciales y, cuando llego a mi destino, veo salir de la casa de al lado a un tipo alto que derrocha soberbia al caminar. Va mirando el móvil y no distingo bien su rostro, pero hubiese reconocido a Josh en cualquier parte tan solo viéndolo desde atrás. Me planteo apretar el acelerador para llegar hasta él. ¿Y luego qué? Decirle quizá algo del tipo: «¿Cómo es posible que la amistad que mantuvimos desde niños te importase tan poco?». Estoy a punto de hacerlo cuando me arrepiento. Piso el freno. No tiene sentido que le pregunte eso porque ahora entiendo que nosotros jamás fuimos amigos, tan solo «asociados»; encontramos en el otro lo que andábamos buscando, seguridad o halagos, lo mismo es. No tengo nada que decirle. No hay nada que hablar. Es una calle sin salida que no pienso recorrer.

—Mira ahora. Se ve estupendamente. Está muy despejado.

Me inclino para acercarme al telescopio. Ahí está Saturno con sus majestuosos anillos. La noche es tan clara que creo que puedo ver la División de Cassini. Por un instante, vuelvo a sentirme como cuando era pequeño, con una paz inmensa extendiéndose por mi pecho al recordar que estoy vivo.

Pasamos así el rato, mi padre con una cerveza en la mano y yo con una lata de Dr. Pepper. Conseguimos ver la Nebulosa de Orión, que a simple vista parece una mancha algodonosa, y contemplamos ensimismados la superficie irregular de la Luna.

Es casi de madrugada cuando guardamos el telescopio.

Nos pasamos la vida midiéndolo todo. Ya desde que nacemos, lo primero que consta de nosotros es el nombre y unas medidas: cincuenta centímetros, tres kilos y cien gramos de peso. Y crecemos así. Las estadísticas demuestran que la posición social familiar es un factor determinante para el futuro; tanto tienes, tanto vales. Aspiramos a «más» de forma instintiva. Deseamos más dinero, más amigos, más ligués, más viajes, más experiencia, más recompensas. Invocamos la frustración. Porque un día te

das un golpe en la cabeza y descubres asombrado que no puedes medir tu riqueza interior, la amistad, el amor, la esperanza o la tristeza. Te pierdes. ¿Cómo sostener las riendas cuando todo en lo que creías se desvanece? Las reglas se han roto. Toca empezar desde cero: folio en blanco y a escribir.

Si no puedes organizar tu mundo midiendo todo lo que te rodea, ¿de qué manera hacerlo? Empiezo a imaginar que mi cabeza está llena de pequeños cajones en los que he ido compartimentando mi vida, separando esto de aquello, como si algunas partes fuesen perros y otras, gatos. Lo saco todo. Guardado dolía menos, pero solo así puedo organizar el caos. Me voy viendo poco a poco, conforme el pasado y el presente se entremezclan. Limpio el polvo. Tiro cosas como la decepción o la culpa. Saco brillo.

Me ordeno la cabeza.

60

### **Grace**

Ocurre lo que había temido: tengo que acortar una parte del viaje por falta de tiempo y recursos. Decido ir a Roma porque he dedicado más tiempo a leer la guía de la ciudad que cogí de la biblioteca. Allí, cuando me siento frente al Coliseo después de andar tanto que noto entumecidas las plantas de los pies, pienso en lo pequeño que es mi mundo, lo pequeña que soy yo, lo pequeños que son mis sueños. Ink Lake, ese trozo de tierra en el que se condensaba toda mi existencia, es tan anecdótico en el planeta Tierra que de pronto al recordar mi hogar me entra una ternura irracional. Viajar también te regala eso: la nostalgia de lo que has dejado atrás, apreciar lo propio de forma diferente. Y medito sobre los olores, sobre el hecho de que siempre he pensado que nuestra morada no tenía ningún aroma. Puede que no fuese así. Puede que seamos incapaces de percibir lo que llevamos adherido a la piel, porque de pronto estoy convencida de que cuando vuelva seré capaz de distinguirlo en cuanto cruce el umbral de la puerta.

En Roma me pierdo a partes iguales entre sus calles, museos y edificios. Una piensa que después de tanta belleza se quedará anestesiada para todo lo demás, pero me ocurre justo lo contrario. De pronto, encuentro también belleza en unos *bucatini* con tomate, en la decadencia de algunas callejuelas, en un grafiti reivindicativo en la pared o en una pareja compartiendo un helado por los alrededores de la Fontana di Trevi.

Al final, será que la vida es bella y ya está.

Es el lugar en el que más segura me siento, porque he perdido el miedo a desorientarme o a hacerme entender en un idioma que no domino, pero, al mismo tiempo, también empiezo a notar el cansancio tras más de dos meses

de viaje, y la soledad no siempre es amable; en ocasiones se vuelve punzante.

Por eso pienso a menudo en casa. Y en Will.

Me pregunto todo el tiempo qué estará haciendo y siento el deseo de compartir con él cada cosa. Esta comida, este paisaje, esta anécdota, esta reflexión, esta duda, esta mirada, este chiste, esta sonrisa, esta tontería, esta sensación. Y si eso no es amor, entonces yo ya no sé nada.

Me esfuerzo por ignorar su ausencia.

Hablo a menudo con mis padres y con el abuelo. Le mando alguna que otra fotografía a Olivia, que responde de la misma manera. Mi diario se ha convertido en una de mis posesiones más preciadas y está llenísimo; guardo en él no solo lo que siento, también *tickets* de comida, entradas a museos, hojas secas de árboles de cada ciudad y sobres de azúcar vacíos. Me planteo qué pensaré sobre mí, sobre esta chica que soy ahora, cuando quizá lo lea dentro de diez, veinte o cuarenta años. Y me gusta la idea de plasmarme en las páginas para poder volver a esta versión de Grace siendo otra. Comprendo que madurar no es saber de pronto a qué quieres dedicarte

el resto de tu vida ni que te concedan una hipoteca para comprarte un apartamento. Madurar es dejar de vivir hacia fuera y empezar a vivir hacia dentro. Cuando te das cuenta de que eres un ser humano irrepetible y adquieres una conciencia profunda de tu propia existencia.

Al despedirme de las calles de Roma y de esa luz que solo he visto en Italia, me siento en paz. Y así es como me dirijo a mi último destino. Así es como quiero trazar el punto final de mi propio mapa de los anhelos.

**Will**

El recuerdo que guardaba de la ciudad era distinto. Solía sentirme cómodo cuando paseaba por las calles de Nueva York, casi en casa, pero ahora tengo la impresión de que sabe que soy un intruso y que solo estoy de paso. El ambiente ruidoso me aturde por un momento y tomo aire antes de girar la última esquina y esperar delante de un semáforo en rojo. Sigo caminando cuando cambia a verde y todos los demás reanudan el paso.

La puerta del edificio está exactamente igual. El vestíbulo, también. Hasta el portero es el mismo tipo. Resulta raro regresar a un lugar que no ha cambiado cuando tú sí lo has hecho. El suelo enmoquetado de rojo ahoga mis pisadas mientras avanzo. Le indico al hombre el número del apartamento al que me dirijo y él asiente y me abre la puerta del ascensor. Entro en la pequeña caja metálica. Trago con fuerza. Subo directamente hacia el último nombre de mi lista: Lena Sawn.

Llamo al timbre del que tiempo atrás fue mi hogar. Me recuerdo encajando la llave en esta cerradura y tengo la sensación de que ocurrió hace una eternidad, casi en otra vida.

Lena abre la puerta.

Lleva el pelo igual que la última vez que nos vimos, una melena castaña hasta media espalda. Tiene puestas las gafas, aunque jamás sale de casa con ellas porque fuera usa lentillas, y la redondeada barriga destaca en su cuerpo menudo.

—Vaya... —digo—. Estás estupenda.

—Anda, pasa. —Suspira hondo.

La casa no está tan intacta como el edificio. El cambio más evidente es que algunos muebles ya no están, imagino que los que Lena ha decidido

llevarse a su nuevo apartamento, pero hay pequeños detalles materiales de la historia que compartimos juntos. El cuadro del pasillo lo compramos en una galería de arte en Brooklyn, la alfombra granate del salón la elegí yo y decidimos renovar los radiadores que ahora permanecerán en este piso para que otras personas los disfruten. Resulta curioso el rastro inevitable que los humanos dejamos a nuestro paso. Es como caminar por la nieve: siempre hay huellas.

—Tus cosas están por ahí. —Señala al fondo de una habitación en la que ha ido almacenando trastos aleatorios; entre ellos, los míos.

—Gracias por guardarlo todo, Lena.

—Ya. Yo... —Se frota el brazo—. No estaba segura.

Me giro hacia ella. Su incomodidad resulta tan palpable que por un instante me inmoviliza, pero luego recuerdo lo que ocurrió e imagino por lo que debió de pasar. La veo hablando con sus exigentes padres y contándoles la situación. La veo cancelando la cita en la iglesia, los encargos de flores, el banquete, el vestido y todo lo demás. La veo dando las explicaciones que yo no tuve que dar porque en mi cabeza la ciudad de Nueva York y todo lo que dejé allí sencillamente dejaron de existir. La enterré.

—Lena... —Tengo la voz ronca.

—No es necesario que digas nada. Tú solo... revisa las cosas, por favor. Mis padres quieren alquilar el apartamento el próximo mes, así que...



—Claro.

Ella asiente y se aleja por el pasillo.

Entro en la habitación y les echo un vistazo a mis antiguas pertenencias, pero tan solo es una manera de hacer tiempo, porque sé que no voy a llevarme nada. Hay una carpeta con informes y recuerdo algunos casos en los que trabajé cuando los reviso por encima; no sé exactamente qué me deparará la vida, pero sí sé que sigue gustándome el derecho y creo que, ahora que por fin estoy poniendo orden, debería rescatar lo poco valioso que todavía queda de esa versión del pasado, como lo que estudié.

Salgo de allí diez minutos después sin haberlo visto todo.

Lena está en el salón, sentada en una silla de líneas modernas, con la vista clavada en una chimenea que es tan solo de atrezo. Todo su cuerpo parece estar en tensión. Cojo aire y la rodeo para plantarme frente a ella. Se sobresalta al verme.

—¿Ya has acabado? —pregunta.

—Sí. Tíralo todo. O dónalo. Lo que quieras.

—¿Todo? —Se pone en pie—. Hay ropa, cosas de valor y...

—En realidad solo quería venir aquí para decirte que lo siento.

Lena parpadea con incredulidad y luego se lleva una mano a los riñones como suelen hacer las embarazadas. Me azota la idea de que este podría haber sido mi futuro si todo hubiese seguido según lo planeado y resulta extraño estar plantado delante porque tengo la sensación de haber vivido varias vidas; quizá todos lo hagamos, probablemente cada persona tenga cientos de «lo que podría haber sido y no fue».

—¿Has cogido un avión a Nueva York para decirme esto?

—Supongo que sí. —Tomo aire y sacudo la cabeza—. Mira, fui un imbécil. Tú eras increíble y yo..., bueno, digamos que no estuve a la altura. —No voy a discutirlo.

Nos miramos fijamente unos segundos mientras a ella se le empañan los ojos de lágrimas. La veo luchar en vano por evitar llorar delante de mí. Cuando me acerco, se aparta. Respira hondo e intenta serenarse.

—Estaba enamorada de ti —susurra—. Y fue... duro.

—Lo siento muchísimo, Lena. Si pudiese volver atrás... —No le digo que lo nuestro estaba destinado a fracasar de una manera u otra, pero creo que lo entiende. Sin embargo, sí cambiaría todo lo demás. Lo que le hice. Cada acto egoísta.

Se encoge de hombros y se limpia las lágrimas.

—En fin, supongo que, de haber seguido contigo, nunca habría conocido al futuro padre de mi hija. Fue el tipo con el que tuve que discutir acaloradamente al anular la reserva de la finca rústica del convite. Una cosa llevó a la otra...

—Vaya. —Sonrío.

—Sí, vaya. Mi padre lo odia.

—Eso solo puede significar que estás con el hombre adecuado. Se le escapa una sonrisa pequeña y después suspira y me mira. —Siempre tuviste el don de salirte por la tangente.

—En realidad, estoy intentando ir en línea recta.

—Es un primer paso.

No tenemos mucho más que decirnos. Lena me acompaña a la salida y volvemos a mirarnos en silencio. Los dos sabemos que será la última vez que lo hagamos.

—Cuidate —susurro.

—Tú también, Will.

El chasquido de la cerradura resuena en el pasillo vacío y marca el final definitivo de nuestra historia juntos y, en parte, de mi vida en Nueva York. Mientras el ascensor desciende los diecisiete pisos que me separan del suelo, me siento más ligero. Cuando salgo a la calle, a pesar de estar rodeado por rascacielos, tengo la sensación de flotar.

Grace tenía razón.

Para continuar adelante, uno debe cerrar las puertas que ha ido dejando abiertas; de lo contrario, corres el riesgo de enfrentarte a corrientes de aire imprevistas.

El peso disminuye conforme avanzo. Las emociones más oscuras se diluyen como acuarelas aguadas. El futuro se dibuja raro e incierto, pero lleno de posibilidades.

Siguiendo la tradición anual, la ciudad ha empezado a vestirse con adornos navideños; los escaparates compiten entre ellos por llamar la atención de los visitantes, el cielo encapotado anuncia lluvia o, quizá, si cae al anochecer, termine nevando. El frío es intenso, pero, lejos de molestarme, me satisface poder sentirlo mordiéndome la piel.

Estamos a finales de noviembre y, por primera vez en mucho tiempo, sé exactamente hacia dónde me dirijo.

**62**

### ***Grace***

Me he preguntado muchas veces cómo me sentiría cuando llegase este día y en ninguna de mis fantasías estaba corriendo desesperada por las calles de Viena.

Es veintinueve de noviembre. Ha pasado un año desde que Lucy tomó su última bocanada de aire y cerró los ojos para siempre, desde que sostuve su mano inerte entre las mías mientras sentía que un centenar de insectos me devoraban por dentro, desde que el mundo cambió porque ella se marchó, aunque ese mundo no lo sepa. Pero así es. Cada vez que alguien muere y nace, todo se recoloca; es un engranaje que gira, se rompe, encaja otra vez. Parece que no ocurra nada, pero estoy segura de que de cerca pueden verse pequeñas fisuras y muescas que simbolizan la tristeza y la felicidad.

Consigo coger un taxi y le indico mi destino al conductor: el palacio Belvedere.

Tras diez minutos de trayecto, en pleno corazón de Viena se dibuja el edificio barroco rodeado de jardines. Es inevitable quedarse sin aliento al verlo. No solo por su esplendor, sino porque sé lo que alberga en una de sus galerías.

Pago la carrera, espero, consigo entrar, me muevo con torpeza entre las salas e intento descifrar el mapa del folleto que he cogido. Es tarde. El palacio pronto cerrará sus puertas y me encuentro perdida en su inmensidad. Si durante estos meses las ciudades que me han acogido no me hubiesen puesto a prueba una y otra vez, me habría rendido. Pero no lo hago. Consigo calmarme, le pregunto a una mujer que no habla mi idioma y que, sin embargo, logra que la entienda con unas cuantas señas.

Y avanzo hasta el lugar indicado.

Hay más gente allí dentro, pero se vuelven invisibles en cuanto mis ojos se posan en el cuadro que se alza imponente en la sala. Es inmenso, casi dos metros de alto y de ancho. El icónico beso de Gustav Klimt reina en todo su esplendor.

Lo admiro en silencio. Me empapo de la imagen y me fijo en cada detalle; la manera de combinar las dos y las tres dimensiones, que la ropa de ella tiene motivos florales y redondeados, pero la de él está estampada con formas rectangulares. El uso del oro como pigmento, su brillo ligero, también la plata. La delicadeza que desprende el jardín a los pies de los amantes y ellos, abandonándose entre los brazos del otro. Siempre he pensado que el amor es tan inestable como el clima, pero la ternura y la intimidad son resistentes.

Y entonces percibo su presencia.

Se mueve despacio, como lo haría un gato en mitad de la noche, pero lo siento. Lo hago porque sé cómo huele, cómo se alza su cuerpo a mi lado, la distancia exacta entre su cabeza y la mía, y la rigidez de sus hombros.

Will está aquí.

Después de casi tres meses sin vernos, nos encontramos los dos delante de *El beso*. No giro la cabeza, no digo nada, casi ni respiro. Por fuera me convierto en una estatua, aunque por dentro todo mi ser parece volverse líquido e inestable. No sé cuánto tiempo permanecemos callados hasta que su voz llega como una cascada y me inunda.

—Pensé en lo que me dijiste aquella noche en la noria.

—No lo recuerdo —miento.

—Sobre que, en esencia, todos nos estamos muriendo y que, si tuviésemos un cronómetro donde poder ver el tiempo que nos queda, no sabríamos qué hacer.

—Ya.

No quiero mirarlo. No quiero. Peor aún: no puedo. Tengo la sensación de que si lo hago se esfumará, dejará de ser real y confirmaré que tan solo es una ilusión.

—Hace ya bastante que descubrí con quién me gustaría compartir ese tiempo.

Las palabras logran desentumecerme y me atrevo a girar la cara para mirarlo.

Está igual que siempre y, a la vez, diferente. Se ha cortado el pelo y lleva una camisa clara bajo el abrigo negro. En sus ojos hay... más luz. Esperanza. La bruma se ha disipado. Y todo en él sigue resultándome tan fascinante como lo recordaba.

Will se acerca un poco más. Y tiemblo. Tiemblo por culpa de los nervios y de la anticipación. Tiemblo porque su presencia, lo que esto podría significar, me sobrecoge. Cuando pierdes algo y lo encuentras en el momento más inesperado, comprendes que estás delante de un regalo. Y quieres abrirlo. Quiero abrirlo.

—No pienses que lo que voy a decirte es algo improvisado. —Parece saborear cada palabra antes de dejarla ir—. He reflexionado mucho antes de darme cuenta de que, de entre todas las cosas que podría hacer o todas las personas con las que podría estar, tan solo querría pasar ese tiempo a tu lado. Es así de sencillo y complicado.

—Will...

—Espera, déjame acabar. —Hace una pausa y aparta los ojos del cuadro que tenemos delante—. Tenía que volver a encajar las piezas de mi vida. Tú llevabas razón. Debía aceptar quién fui para poder decidir quién quiero ser, porque seguir huyendo o

escondiéndome tan solo era poner parches. Y no voy a negar que afrontar las partes más feas y oscuras de uno mismo es duro, porque reconocerlas las hace reales, pero ahora entiendo lo que intentabas decirme aquella última noche en la caravana y te agradezco lo que hiciste por mí. Necesitaba... un empujón. Un empujón en la dirección correcta.

Cuando alzo la vista hacia él, comprendo que una mirada puede significarlo todo. Las palabras son efímeras, los gestos pueden ser teatrales, pero los ojos..., los ojos no mienten. Una mirada puede ser demoledora y dejarte ver en apenas un instante lo que alguien esconde en lo más profundo de su corazón.

—Espero que no sea demasiado tarde.

—Llegas justo a tiempo —le aseguro.

No quiero llorar, pero *El beso* se distorsiona lentamente alrededor; los colores se entremezclan, el dorado se funde con el manto de flores. Y esa visión borrosa es preciosa en sí misma. Tomo aire y, sin moverme apenas, alargo la mano y encuentro la suya. Su calidez contrasta con el frío del que nunca logro desprenderme. Reconozco sus nudillos, la forma de las uñas, el

tacto suave de su piel. He visto estas manos pasando las páginas de un libro y acariciando todo mi cuerpo. Y las he echado de menos profundamente. Lo he echado de menos.

—No pienso soltarte.

—Vale. —Will sonríe.

He entrado sola a la galería, pero salgo junto a él.

Durante unos minutos, nos alejamos en silencio del palacio hasta internarnos en la monumental ciudad a orillas del Danubio. Sus calles ya están preparadas para la llegada de la Navidad, acaban de encender las luces y la gente pasea entre los mercadillos, las cafeterías y los establecimientos abiertos.

—¿Y ahora qué? —pregunto. —Ahora está anocheciendo en Viena. —No era una pregunta literal —digo.

Will sonríe sin soltar mi mano. La avenida que transitamos huele a algo dulce que no sé identificar y me siento un poco mareada por tantas emociones.

—Deberíamos conocernos —propone, y yo alzo las cejas—. Sí. Imagina que nos hemos visto por primera vez en esa sala de la galería. Me has llamado la atención porque... me gusta tu chaqueta nueva. ¿El estampado es de libélulas?

—Sí, la compré en una tienda de segunda mano de Londres.

—Así que eres una chica aventurera.

Hubiese respondido que no cuando nuestros caminos se cruzaron por primera vez la primavera pasada, pero ahora, unos meses después, me veo asintiendo y sonriendo.

—Así es. Me encanta viajar.

—Amí también me gusta.

Dejamos de caminar y nos miramos.

—Me llamo Grace Peterson.

—Will Tucker. Encantado.

Él traza espirales en el dorso de mi mano. Es un gesto pequeño que me resulta inmenso y me encoge la tripa.

—¿Lo tienes todo claro en la vida?

—Solo lo importante —contesta.

—Bien, hay que dejar espacio para la improvisación. —Estamos muy cerca, la gente avanza a nuestro alrededor y sé que probablemente molestamos, pero no me importa porque, de pronto, cuando lo miro, deja de existir lo demás—. Me gustaría hacerte algunas preguntas más antes de pasar la velada con un completo desconocido así por las buenas. Creo que es comprensible —bromeo.

—Del todo. Adelante. —¿Dulce o salado? —Salado.

—¿Color favorito? —Mmm...El morado. —¿De dónde eres?

—Nebraska. Nací en una ciudad pequeña llamada Ink Lake.

—¿Crees en los fantasmas?

—No.

—¿Te has enamorado alguna vez?

Will alza una ceja y después sonríe lentamente sin dejar de mirarme. —¿No es un poco atrevido preguntarle algo así a un desconocido? —Tú solo responde —le ruego.

—Ya lo sabes, Grace. Lo sabes.

—Pero quiero que me lo digas.

Los dos nos olvidamos del juego cuando Will se inclina hacia mí. Por un instante creo que va a besarme, pero pasa de largo y me susurra al oído: —Sí. Me enamoré de una chica a la que le gustaban las pelucas de colores, las pepitas de las uvas, el olor de los rotuladores y las escaleras de caracol...

—No deberías dejarla escapar. Parece interesante esa chica —contesto. —Lo es. Me robó el corazón.

Me entra la risa y él me rodea la cintura con los brazos. Me hace gracia tanto lo cursi que suena como el hecho de que acabemos hablando en tercera persona, casi una tradición entre nosotros. Siento la nariz roja por culpa del frío. Él alarga la mano y sacude el pompón del colorido gorro de lana que llevo en la cabeza y suena, porque dentro hay un diminuto cascabel.

—Will, sospecho que la chica está deseando que te olvides de su gorro y la beses de una vez por todas.

—Mmm. ¿Tú crees?

Me está sacando de quicio a propósito. Lo sé. Lo conozco.

—No te quepa duda.

Todavía sonríe cuando sus labios rozan los míos tan suavemente que la impaciencia me impulsa a ponerme de puntillas para profundizar este beso bajo el cielo de Viena. Nos quedamos ahí parados reconociéndonos en la boca del otro. Si esto fuese una película, la cámara empezaría a alejarse de los protagonistas y, poco a poco, se entremezclarían

con el resto de la gente que pasea por la ciudad. Cualquiera diría que son una pareja más en medio de un mar de personas, pero en este instante se sienten únicos, pletóricos de felicidad. Al fin y al cabo, esa es exactamente la magia del amor.

## **Epílogo**

*Querida Lucy :*

*Quizá te gustaría saber que, tras unos días inolvidables recorriendo la bonita Viena (cuando lográbamos salir de la habitación), estoy en un tren con destino a no-lo-sé, porque todavía no hemos decidido en qué parada nos bajaremos.*

*Es tarde y, frente a mí, Will duerme .*

*Si alargase el brazo, podría rozar su mejilla. Y eso me hace sentir afortunada. No dejo de pensar que, en cierto modo, tú entrelazaste nuestros caminos tanto a través del juego como al final, cuando él me encontró frente al cuadro porque sabía que ese día estaría en la galería .*

*No sé qué será de nuestras vidas. No sé si el próximo año me admitirán en la universidad o si él hará ese máster que le interesa mientras trabajamos en lo que encontremos y pedimos un préstamo estudiantil. No sé si viviremos los dos en San Francisco, quizá compartiendo apartamento, o si tendremos que mantener una relación a distancia durante un tiempo. No sé si envejeceremos juntos o si acabaremos tomando caminos separados, pero lo que sí sé es que en este preciso momento es mi persona favorita y quiero vivir intensamente con él cada segundo .*

*Durante este año he aprendido mucho gracias a ti y tus delirantes ideas .*

*Me has hecho entender que es diferente ver que mirar, oír que escuchar, reír que ser feliz, perder que olvidar, atreverse que ser valiente, existir que ser .*

*Y he comprendido que soy el resultado de todo lo que me ha sucedido, lo ganado y lo perdido, pero también de las cosas que no he vivido. Así que no puedo saber quién seré mañana, pasado o dentro de un año. Pero tengo*

*el presentimiento de que, sea lo que sea que decida hacer, lo haré apasionadamente. He decidido que, si voy a llorar, lloraré hasta desahogarme; si río, que sea hasta que me duela la tripa; y si amo, pienso hacerlo apostándolo todo a un número y con el corazón abierto .*

*Somos tiempo. Huesos, carne y tiempo. Y todo lo demás es solo el atrezo de esta obra de teatro llamada vida. Así que voy a disfrutar cada instante por las dos, por ti y por mí, y si alguna vez tengo la suerte de volver a verte, te lo contaré todo como me pediste, te lo prometo .*

*Lucy, te quiero hasta el infinito y más allá .*

*Con amor, Grace .*

**FIN**

## **Agradecimientos**

Escribir *El mapa de los anhelos* no ha sido fácil, pero tengo la suerte de estar rodeada de gente que ha aportado su granito de arena para que las palabras fluyesen una tras otra hasta terminar convirtiéndose en esta novela que tienes en las manos.

Quiero dar las gracias a Editorial Planeta y a todas las personas maravillosas que trabajan cada día para que podamos seguir soñando con historias y adentrarnos en otros mundos. En especial, no podría estar más agradecida con Lola Gulias, que

depositó su confianza en este libro desde que le hablé de Grace Peterson; con Raquel Gisbert, que me apoya en cada pasito que doy, y con Laia Manchón, que siempre ha defendido mis novelas con cariño y dedicación. El resto del equipo es igual de increíble.

A Pablo Álvarez, mi agente, que es un experto en cartografía cuando se trata de elegir qué camino tomar, y que me acompaña en este mundo de letras.

A mi madre, que trabajó durante muchos años en Oncología Pediátrica y que, junto a varias compañeras, me han ayudado a documentarme para esta historia. Si hay algún error, sin duda es culpa mía y pido disculpas de antemano.

A Bea, que desde el principio me lee con tantísimo cariño.

A Julia, porque nuestras conversaciones sobre libros siempre me hacen pensar.

A Abril Camino, que accedió a ser mi correctora, a pesar de los plazos ajustados, y que me regala su amistad cada día. A Neïra, porque coincidir a la hora de escribir es de lo más terapéutico. A Saray, porque sé que siempre puedo contar con ella. A Dani, que es ese abrazo cálido que reconforta pese a la distancia. A María Martínez, Cherry Chic, Alexandra Roma y muchas

otras compañeras que consiguen que este oficio tan solitario e íntimo sea todavía mejor (y más divertido, desde luego).

A mi familia, que me apoya en todo.

A mis lectoras, por avanzar conmigo historia tras historia y confiar en que todavía tenga algo más que decir, incluso cuando a mí me asaltan las inseguridades.

Y a Juan, porque la vida es infinitamente mejor desde que avanzamos por la misma ruta en nuestro particular mapa de los anhelos. De aquí hasta el final.



ALICE KELLEN nació en 1989 y actualmente reside en Valencia. Influida por sus padres, desde muy pequeña se interesó por la literatura y pronto comenzó a escribir sus

propias historias. En sus ratos libres, le gusta estar con su familia y amigos, salir a practicar *running* y viajar. Además, se declara una apasionada de los animales, sobre todo de los gatos, el cine y las series de televisión. Es adicta al chocolate y a las visitas interminables a librerías.

Es autora de las novelas *Sigue lloviendo*, *El día que dejó de nevar en Alaska* y *El chico que dibujaba constelaciones*, que fueron todo un éxito de críticas. Es una enamorada de los gatos.